

AMOR ^y SUERTE



Autora del *bestseller* internacional *Amor y helado*

∞ JENNA EVANS WELCH ∞

CROSS
BOOKS

AMOR ^y SUERTE

∞ JENNA EVANS WELCH ∞

CROSS
BOOKS

ÍNDICE

Prólogo
The Wild Atlantic Way
Los acantilados de Moher
El Burren
La península de Dingle
Parque Nacional de Killarney
La piedra de la elocuencia
Cobh
Anillo de hadas secreto
Amor y suerte
Epílogo
Agradecimientos
Acerca del autor
Créditos

*Para Nora Jane, dueña de dos pies osados y una
sonrisa con un único hoyuelo que iluminó mi oscuridad
durante más de un año. Este es para ti, corazón.*

A ti, que tienes el corazón roto:

¿Qué ves cuando te imaginas viajando por Irlanda? ¿Canciones que te desgarran la voz en fiestas de algún pub oscuro y ruidoso? ¿Castillos mohosos? ¿Campos de tréboles de cuatro hojas y tus pies descalzos a toda velocidad sobre ellos? O tal vez aquella canción de Johnny Cash: «verde, verde, cuarenta tonos de verde».

Sin importar lo que hayas imaginado, querida amiga enferma de amor, puedo decirte con toda seguridad que estás equivocada. No quiero decir que no terminarás cantando una emotiva versión de «All Me Grog» en una pequeña taberna de Dublín o que no pasarás buena parte de tus tardes caminando por castillos anegados. Lo que digo es que este viaje tuyo será, sin duda alguna, mejor de lo que imaginaste. ¿No me crees? Espera a estar parada en la orilla de los acantilados de Moher, que el viento atrape tu cabello en una sola trenza mientras tu corazón late como tambor. Entonces hablamos.

Sé que te sientes frágil, tórtola, así que déjame explicártelo todo. Estás a punto de enamorarte locamente de un lugar que no sólo te va a arreglar ese corazoncito, sino que te retará de todas las formas concebibles. Es hora de abrir tu maleta, tu mente y, sobre todo, esta guía, porque no sólo soy una experta insufrible en todo lo que tiene que ver con Irlanda, soy también una experta insufrible en el desamor. Considérame una guía dos en uno. Y no finjas que no me necesitas. Las dos sabemos que hay miles de guías de viaje de Irlanda y tú abriste esta.

Viniste al lugar correcto, corazón. La isla Esmeralda podrá no ser el único lugar para reparar un corazón roto, pero es el mejor.

Confía en mí.

P. D. Hace poco, durante una tarde particularmente vibrante en el condado Clare, en Irlanda, conté cuarenta y siete tonos de verde. Así que, toma esa, Johnny.

—Introducción a *Irlanda para corazones rotos: una guía poco convencional de la isla Esmeralda*, tercera edición

PRÓLOGO

EL PEOR VERANO DE LA VIDA

Ese es el pensamiento con el que fui al otro lado. No fue «estoy cayendo». No fue «acabo de empujar a mi hermano por los acantilados de Moher». Ni siquiera fue «mi tía me va a matar por arruinar su día especial». Sólo: «el peor verano de la vida».

Podría decirse que mis prioridades no estaban del todo claras. Y ahí, al fondo del risco, tampoco lo estaba yo.

Cuando por fin dejé de rodar, mi vestido de diseñador y yo habíamos cruzado por lo menos diez charcos y estábamos encima de algo que sin duda había salido de una vaca. Pero los desechos del ganado no eran lo peor del asunto. En algún punto del camino me golpeé con algo —algo duro—, y mis pulmones intentaban con desesperación recordar lo que tenían que hacer. «Inhalen», les supliqué. «Sólo inhalen».

Por fin pude respirar. Cerré los ojos y me obligué a hacer una pausa e inhalar y exhalar contando hasta cinco, como hago siempre que pierdo el aliento. Me pasa con más frecuencia que a la gente común.

Tengo lo que mi entrenador de fútbol llama el *factor de agresión*. Eso significa que, siempre que llegamos a una escuela en la que las jugadoras parecen Atila el Huno con cola de caballo, sé que jugaré el partido completo. Que me saquen el aire es una de mis especialidades. La cosa es que, cuando me pasa, tengo puestos tacos de fútbol y una camiseta; no lápiz labial y tacones de diseñador.

«¿Dónde está Ian?». Rodé hacia un costado en busca de mi hermano. Como yo, estaba bocarriba, con el saco azul marino desgarrado, la cabeza apuntando colina abajo, hacia los turibuses en el estacionamiento. Pero, contrario a mí, no se movía.

No se movía nada.

«No». Me levanté como con resortes; el pánico envolvía mi visión. Mis tacones se atoraron en el dobladillo de mi vestido, y batallé para desenredarme. Imágenes del cursi video de primeros auxilios de la clase de salud centelleaban en mi cabeza. ¿Comenzaba con respiración boca a boca? ¿Con compresiones en el pecho? ¿Por qué no puse atención en clase?

Estaba a punto de abalanzarme sobre él cuando sus ojos se abrieron de pronto.

—¿Ian? —susurré.

—Guau —dijo con voz pesada, entrecerrando los ojos, que miraban hacia las nubes, mientras sacudía un brazo y después el otro.

Me desplomé sobre un montículo elevado; las lágrimas me inundaban los ojos. Podía haber empujado a mi hermano por un risco, pero no lo había matado. Eso debía valer algo.

—Seguimos avanzando; vean hacia acá —dijo una voz británica que estaba demasiado cerca. Me paralicé—. Hag's Head está un poco más allá. Oh, y miren: hay una boda allá arriba. ¿Ven a la hermosa novia? Y... ay, Dios. Creo que perdió a una dama de honor, una pequeña dama color lila. Hola, hola, pequeña dama lila. ¿Estás bien? Parece que te caíste.

Me sacudí. Mi cuerpo se tensó, listo para descargar su furia sobre quien fuera que me acabara de llamar «pequeña dama lila», pero lo que vi me hizo desear haber sido aún más pequeña. Ian y yo no sólo habíamos aterrizado mucho más cerca de la calle de lo que hubiera pensado, sino que una guía de turistas con un poncho color cereza y un sombrero de ala ancha paseaba junto a nosotros a un grupo de turistas embelesados. Pero ninguno de ellos miraba el increíble paisaje o a la bella novia, que resultaba ser mi tía Mel. Me veían a *mí*. Las treinta personas me veían a mí.

Era como si nunca hubieran visto una pelea a puñetazos durante una boda. «Contrólate».

Me enderecé y estiré mi falda.

—Sólo un tropezón —dije con fingida alegría.

Uy. *Tropezón* no era una palabra normal en mi vocabulario. ¿Y de quién era esa voz robótica que salía de mi boca?

La guía de turistas me apuntó con su sombrilla.

—¿De verdad acabas de caer por ese cerro enorme?

—Eso parece —dije, otra vez con voz alegre, aunque lo que en realidad quería decir burbujeaba bajo la superficie: «No, sólo vine a tomar una siesta en un vestido tapizado de estiércol». Giré la mirada hacia Ian. Parecía estarse haciendo el muerto. Conveniente.

—¿Segura que estás bien?

Esta vez le infundí a mi voz una fuerte dosis de *váyanse ya*.

—Segura.

Funcionó. La guía me hizo una mueca por un segundo y después alzó su sombrilla y le cacareó al grupo, el cual avanzó a regañadientes como un enorme ciempiés con un solo cerebro. Por lo menos eso se había terminado.

—Podías haberme ayudado con los turistas —le dije al bulto inmóvil que era Ian.

No respondió. Típico. En estos días, salvo que fuera para presionarme para que les dijéramos a nuestros papás lo que había pasado ese verano, apenas si me volteaba a ver. No lo culpaba. Yo apenas podía mirarme al espejo y, en primer lugar, yo era quien había echado a perder las cosas.

Una gota de lluvia me salpicó sobre la piel. Luego otra. «¿En serio? ¿Ahorita?». Le lancé una mirada de reproche al cielo y puse el codo cerca de mi cara, para cubrirme la cabeza con el brazo mientras estudiaba mis opciones. Además de buscar refugio en las tiendas de *souvenirs* construidas en las colinas como guaridas de hobbits, mi única opción era caminar de vuelta hacia el cortejo de la boda, el cual incluía a mi madre, cuya ira ya barría toda la campiña. No había poder humano que me hiciera ponerme en la línea de fuego antes de que fuera necesario.

Escuché las olas estrellarse con violencia contra los acantilados. El viento acarrea pedazos de voces desde la cima de la colina, como el confeti que habíamos lanzado unos minutos antes:

—¿Viste eso?

—¿Qué pasó?

—¿Están bien?

—¡No estoy bien! —grité; el viento se devoró mis palabras.

Llevaba exactamente una semana y tres días sin estar bien, desde que Cubby Jones —el chico con el que había estado escapándome todo el verano, el chico de quien había estado enamorada toda mi adolescencia— decidió triturar mi corazón y espolvorearlo sobre el equipo de futbol. El equipo de futbol de Ian. Con razón no soporta verme.

Así que, no, por supuesto que no estaba bien. Y no iba a estarlo en mucho, mucho tiempo.

Tal vez nunca.

The Wild Atlantic Way

Yo otra vez, corazón. Estoy aquí para darte un tip de lo más importante mientras estás en la etapa de planeación de tu viaje. Lee con cuidado, porque esta es una de las pocas reglas estrictas que vas a encontrar en todo este libro. ¿Estás oyendo? *Aquí va: en tu primera visita a Irlanda, bajo ninguna circunstancia comiences tu viaje en la capital, Dublín.*

Sé que suena agresivo. Sé que hay una superoferta a Dublín en esa página de viajes que has vigilado como buitres toda la semana. Pero escúchame. Hay varias razones para hacerle caso a mi consejo, de las cuales la principal es:

Dublín es infernalmente seductora.

Sé lo que vas a decir ahora, cariño. Me dirás que el infierno no es muy seductor, a lo que yo te contestaré que es un excelente lugar para conocer personas interesantes. ¿Y esos lagos de fuego? Son perfectos para remojar el estrés.

Pero no nos desviemos del tema.

Las cosas como son: Dublín es una aspiradora, y tú eres el par de tus aretes largos favoritos, el que no encuentras desde Año Nuevo. Si te acercas demasiado a esa ciudad, te va a jalar y no tendrás esperanza de sobrevivir. ¿Sueno demasiado dramática? Bien. ¿Usé demasiadas metáforas? Excelente. Porque Dublín es dramática y digna del exceso de metáforas. Está llena de museos interesantes y estatuas con apodosos hilarantemente inapropiados y pubs que escupen fragmentos de la mejor música del mundo. A donde sea que vayas, verás cosas que quieres hacer, ver y probar.

Y ese es el problema.

Muchos viajeros bienintencionados han puesto pie en Dublín con planes de pasar uno o dos días casuales ahí antes de darle su atención al resto de Irlanda. Y esos muchos viajeros bienintencionados se han encontrado, una semana después, en su centésima vuelta por el Temple Bar, con dos globos de nieve con figurines de duendes y una bolsa con camisetas demasiado costosas como únicas evidencias de su viaje.

Es el cuento más viejo del mundo.

Mi firme recomendación (¿imposición?) es que comiences por el oeste, en particular por

The Wild Atlantic Way. Para ser más específica, el Burren y los acantilados de Moher. Hablaremos de ellos ahora.

TAREA PARA EL CORAZÓN ROTO: ¡Sorpresa! Mientras atravesamos esta isla salvaje, estaré asignándote pequeñas actividades diseñadas para que interactúes con Irlanda y salgas paso a pasito de debajo del aplastante y doloroso mal de amores que llevas contigo. ¿La primera tarea? Sigue leyendo. Sí, en serio: sigue leyendo.

—Fragmento de *Irlanda para corazones rotos: una guía poco convencional de la isla Esmeralda*, tercera edición

—Estaban peleándose... durante la ceremonia.

Siempre que mi mamá se enojaba, bajaba el tono de voz tres octavas y señalaba cosas que eran evidentes para todos.

Desvié la mirada de los mil tonos de verde que atravesaban corriendo mi ventana e inhalé para mantener la calma. Estaba envuelta en el vestido, apretujado como un tutú lodoso, y tenía los ojos hinchados a más no poder. Y no es como que pudiera quejarme al respecto; el ojo de Ian se veía mucho peor.

—Mamá, la ceremonia ya se había terminado; nosotros...

—¡El otro lado, el otro lado! —gritó Archie.

Mamá maldijo y desvió el auto a la izquierda para alejarse de un tractor que se aproximaba a nosotros mientras yo le hundía las uñas al pedazo de carne más cercano, que resultó ser mi hermano mayor, Walter.

—¡Addie, ya! —gimió y me arrebató su brazo—. Pensé que habíamos quedado en que ya no me ibas a arañar a muerte.

—Casi nos estrellamos con un enorme pedazo de maquinaria agropecuaria. No es como que pueda controlar lo que hago —me encendí y lo empujé hacia la izquierda.

Había pasado las últimas veinticuatro horas atrapada entre mis dos hermanos mayores en todos los tipos de transporte posibles, y mi claustrofobia se acercaba al nivel nueve. Si subía más, empezaría a lanzar golpes... de nuevo.

—Mamá, no los escuches. Lo estás haciendo genial. Había bastante espacio entre el tractor y tú —dijo mi otro hermano mayor, Archie, mientras extendía el brazo por debajo de la cabecera del asiento del conductor para darle una palmadita en el hombro.

Entrecerró los ojos azules mientras me miraba y, sin enunciar una palabra, me dijo:

—No la estreses.

Walt y yo volteamos a vernos y pusimos los ojos en blanco. El hombre de la renta de autos en el aeropuerto insistió en que a Mamá le tomaría una hora, dos a lo mucho, sentirse cómoda manejando del otro lado, pero llevábamos más de cuarenta y ocho y, cada vez que me subía al auto, sentía la misma sensación de vacío que me causan los juegos mecánicos improvisados de las ferias. «Tragedia inminente». Hice responsable al hombre de la renta de autos de cualquier daño emocional y psicológico con el que sin duda regresaría a casa.

Sólo Ian, cuyos mareos perpetuos lo hacían el dueño tácito del asiento delantero, no se había inmutado. Bajó la ventanilla, lo que hizo que una oleada fría de aire con olor a vaca inundara el auto, mientras su rodilla rebotaba como siempre lo hacía.

Hay dos cosas sobre Ian que es importante saber. Una: nunca deja de moverse. Nunca. Es el más pequeño de mis hermanos, sólo unos centímetros más alto que yo, pero nadie se da cuenta porque su energía llena cualquier habitación en la que esté. Y dos: tiene un umbral de enojo. ¿En los niveles del uno al ocho? Grita, como todos los demás. ¿Del nueve para arriba? Se queda en silencio. Como ahora.

Me incliné hacia adelante para volver a ver su ojo morado. Un salpicón de lodo le atravesaba la oreja y tenía pasto adornándole el cabello. Tenía el ojo muy hinchado. ¿Por qué se había hinchado tan pronto?

Ian se tocó con cuidado la piel bajo el ojo, como si hubiera pensado lo mismo que yo.

—¿Peleándonos? Ay, Mamá. Sólo fue una discusión. Ni siquiera creo que alguien nos haya visto.

La voz de Ian sonaba calmada, casi aburrida. En verdad intentaba convencerla.

—*Discusión* implica que no hubo violencia. Yo vi puños. Eso lo hace una pelea —añadió Walter muy servicial—. Además, miren nada más el ojo de Ian.

—No lo miren —gruñó Ian, perdiendo el estado Zen.

Todos miraron de reojo a Ian, incluida mi mamá, quien de inmediato comenzó a desviarse hacia el lado equivocado de la carretera.

—¡Mamá! —gritó Archie.

—Ya sé —exclamó ella, girando a la izquierda.

«Sí que lastimé a Ian». Mi corazón se lanzó en una peligrosa caída libre, pero logré jalarlo de vuelta a su lugar. No tenía ni un poco de espacio para la culpa. No mientras estuviera llena hasta las orejas de arrepentimiento, vergüenza y autodesprecio. Además, Ian se merecía ese ojo morado. Él era el que no dejaba de mencionar a Cubby (más bien, no dejaba de provocarme con Cubby). Era como si tuviera una llama en la punta de una lanza con la que podía apuñalarme cada vez que se le antojara.

La voz de Ian se apareció en mi cabeza como el disco rayado que llevaba escuchando diez días. «Tienes que decirle a Mamá antes de que alguien más le cuente».

Una ansiedad calurosa y cosquilleante me trepó por las piernas, y de inmediato me incliné por encima de Archie para bajar la ventanilla, permitiendo que una nueva oleada de aire entrara al auto. «No pienses en Cubby. No pienses en la escuela. No pienses». Estaba a seis mil kilómetros y diez días de mi penúltimo año de preparatoria; no tenía por qué pasar el tiempo que me quedaba pensando en la zona de desastre a la que volvería.

Miré fijamente por la ventana en un intento por anclar mi mente en la escenografía. Las casas y los hostales coloreaban el paisaje en grupos pequeños y adorables; sus frescos exteriores blancos estaban acentuados con puertas de colores muy vivos. Los tendederos se mecían hacia adelante y atrás bajo la llovizna irlandesa, y las vacas y ovejas estaban acorraladas tan cerca de las casas que parecían estar en los patios.

Seguía sin poder creer que estaba ahí. Cuando una piensa en destinos para bodas, no se imagina un risco lluvioso y ventoso en la costa oeste de Irlanda, pero ese fue justamente el lugar que mi tía había elegido. Los acantilados de Moher. Moher se pronuncia *mojr*.

El destino turístico con más viento, más lluvia, más metros verticales por atravesar en tacones altos color rosa pálido. Pero, fuera del hecho de que mis hermanos tuvieran que hacer de sherpas para que la nueva suegra de mi tía llegara hasta la cima, o que todos nos cubrimos hasta los tobillos de lodo antes de siquiera escuchar el «Queridos hermanos», entendía por completo por qué mi tía había escogido este lugar.

Para empezar, era maravilloso para la televisión. El equipo de filmación móvil de la tía Mel —un par de chicos de veintitantos con vello facial arreglado a la perfección— nos obligó a hacer la marcha nupcial dos veces, dándole vueltas a la novia mientras el viento movía hacia todos lados su vestido art déco

en una forma que debía haberla hecho parecer los muñecos inflables de los autolavados, pero, en cambio, la hizo ver esbelta y serena. Y, una vez que estuvimos todos en nuestros lugares, todo se trató del paisaje, la abrumadora majestuosidad del paisaje: enormes tramos de un suave verde que terminaban de forma abrupta en escarpados riscos que caían en vertical hasta el océano, donde las olas arremetían contra las rocas formando aspersiones eufóricas.

Los peñascos eran antiguos y románticos, y no parecía impresionarles en lo más mínimo que yo hubiera pasado el verano arruinando mi vida. «¿Te destrozaron el corazón en público?», preguntaban. «¿Y qué? Mira cómo destruyo esta ola en un millón de fragmentos de diamante».

Por un momento, el paisaje opacó cualquier otro posible pensamiento. No había cámaras, Cubby, ni hermano enojado. Fue la primera vez que descansé mi mente en más de diez días, hasta que Ian se inclinó hacia mí y susurró:

—¿Cuándo le vas a decir a Mamá?

Entonces, toda la ansiedad que tenía guardada en el pecho estalló. ¿Por qué no podía dejar el asunto en paz?

Walter bajó su ventanilla, lo que provocó un túnel de aire cruzado en el asiento trasero. Suspiró con alegría.

—Todo el mundo vio la pelea. Los invitados ahogaron un grito al unísono cuando cayeron por la orilla. Seguro que por lo menos un camarógrafo lo grabó. Y luego estaban los turistas. Les estaban hablando a ustedes, ¿no?

El rebote de la pierna de Ian se detuvo y lo sustituyó un puño apretado. Se dio vuelta hacia Walter.

—Walt, ya cállate.

—Todos... —comenzó a decir mi mamá, pero luego se detuvo—. Ay, no.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Archie arqueó el cuello hacia adelante, con los hombros cerca de las orejas—. Glorieta —dijo en el mismo tono con el que un científico de la NASA anunciaría un «ardiente meteorito que podría destruir la Tierra».

Me aferré a los brazos de mis dos hermanos. Walter apretó el cinturón de seguridad contra su pecho y Archie volvió al modo entrenador, a ladrar instrucciones.

—El conductor va por dentro de la glorieta. Cede el paso cuando entres, no cuando estés dentro. Concéntrate y, haz lo que haz, no pises el freno. Tú puedes.

Entramos a la glorieta como si fuera un remolino infestado de tiburones, todos conteniendo la respiración, salvo Mamá, quien soltó una marejada de profanidades, e Ian, quien continuó con sus habituales tics nerviosos. Cuando por fin salimos del otro lado, hubo una exhalación colectiva desde el asiento trasero, seguida de un último impropio detrás del volante.

—Muy bien, Mamá. Si podemos navegar así todas las glorietas, estamos del otro lado —dijo Archie, desenganchando mis garras de su bíceps.

Walt se inclinó hacia el frente, también sacudiéndose de mi agarre.

—Mamá, por favor deja de decir groserías. Eres malísima.

—No se puede ser malo diciendo groserías —dijo ella con voz temblorosa.

—Acabas de refutar tu propia teoría —sostuvo Walt—. Tiene su ciencia; hay palabras que van con otras. No puedes aventarlas todas juntas porque sí.

—Los voy a aventar a ustedes todos juntos —dijo Mamá.

—¿Ves? Eso estuvo bien —contestó Walt—. Quédate con las respuestas ingeniosas. Esas por lo menos tienen sentido.

—Se trata del contexto y del respeto a la forma —agregó Ian.

Su voz había vuelto a la calma. Hundí los dedos en mi falda lodosa. Ahora estaba confundida. ¿Estaba calmado-enojado o calmado-calmado?

Archie nos lanzó una mirada fulminante a todos.

—Mamá puede usar cualquier combinación de palabras que quiera, lo que sea que nos lleve al hotel con vida. Recuerda lo que practicas en tus meditaciones de negocios, Ma. «Ve a tu lugar empoderado».

—Genial —gimoteó Ian—. Invocaste a la Catarina.

—No hay razón para traerla a colación —agregué.

Mamá nos miró con expresión amenazante. Hacía trece meses, mi mamá había intercambiado sus pants de yoga y playeras extragrandes por un vestuario de agente de bienes raíces y un montón de audiolibros de «Sé el negocio, siente el negocio» hechos por una gurú local de los bienes raíces, Catarina Hayford. Y ni siquiera nos podíamos burlar de ella, por eso, porque en un año había vendido más que 90% de sus colegas con más experiencia. Incluso se ganó un lugar en los anuncios espectaculares de su agencia. Eso significaba que podías estar casi en cualquier lugar de Seattle, levantar la mirada y verla sonriendo impetuosamente. Y, con su nueva y apretada agenda, algunos días esa era la única forma de verla del todo.

—Recuérdeme por qué pagué para traerlos a Irlanda —explotó Mamá, levantando la voz.

Walt también alzó la voz.

—Tú no pagaste, fue la tía Mel. Además, si no hubiera sido por el espectáculo de Addie e Ian hace rato, habría sido una boda de lo más aburrida, incluso con esa vista. —Me dio un empujoncito—. Mi parte favorita fue cuando mi hermanita aquí presente decidió tirar a Ian del peñasco. Tuvo una cierta «intención», como en esa escena de *El pirata y la princesa*, cuando Buttercup empuja a Wesley y él baja rodando la colina gritando «¡Como ordeneeeeeees!».

—Dos cosas —dijo Ian, el largo cabello le rozó los hombros cuando volteó hacia atrás y su mirada me asaltó—. Una: excelente referencia; los acantilados de Moher fue donde filmaron las escenas de los Acantilados de la Locura. Y dos: ¿viste lo que pasó?

Walter jaló aire con pesadez.

—¿Por qué nadie me dijo antes de ir? Tienes razón. Por supuesto que estábamos en los Acantilados de la Locura. Pudimos haber hecho una recreación...

—Cá-lla-te. —Usé el tono más amenazante posible.

Cuando Walter comenzaba era como una locomotora: ruidoso y muy difícil de detener.

—¿O qué? ¿Me vas a tirar de un acantilado?

—Fue más como un golpe de karate —intervino Archie—. O, tal vez, un gancho de derecha. La técnica fue bastante buena. Me impresionó, Addie.

Ian reviró como un resorte. Esta vez, el ojo golpeado me miró fijamente.

—No me tiró. Me resbalé.

—Sí, claro. —Se rio Walter—. Buena forma de salvar el ego, compa.

Hundí los codos en las piernas de Walter y Archie, pero ambos me tomaron los brazos y me mantuvieron inmóvil hasta que logré zafarme.

—Nos fuimos al otro lado de la colina. Nadie estuvo en peligro.

Walter agitó la cabeza.

—Qué suerte. La tía Mel nunca nos habría perdonado si hubieras arruinado la boda de sus sueños con un asesinato —susurró *asesinato* como lo hacía el narrador de su programa de detectives favorito.

—Pero, ¿te imaginas los *ratings* del episodio de la boda si hubiera pasado? —bromeó Archie—. HGTV te habría amado por siempre. Seguro te darían tu propio *reality show*. Sería como «intrusa de bodas/sicaria».

—Todos, basta. —Mi mamá se arriesgó a quitar una mano del volante para masajearse la sien derecha—. ¿Saben qué? Me voy a orillar.

—¿Qué haces, Mamá? —grité mientras rebotábamos hacia una orilla de la calle seguidos de una multitud de autos que tocaban el claxon.

Si tenía que quedarme emparedada en este coche un minuto más de lo necesario, me iba a volver loca.

—Hay una larga fila detrás de nosotros y casi no hay acotamiento.

—Sí, Addie, ya lo sé. —Temblorosa, puso el auto en *parking*, lo que nos aventó a todos hacia adelante—. Esto no puede esperar.

—La pelea en el acantilado fue 100% culpa de Ian. —Las palabras se escurrieron de mi boca, sin planearlo, y mis tres hermanos me miraron horrorizados.

Acababa de romper la primera regla de los hermanos Bennett: «Nunca eches a otro de cabeza». Pero el asunto de Cubby estaba en otro nivel. Tal vez las viejas reglas no aplicaban.

La cara de Ian se tensó de rabia.

—Fuiste tú la que...

—¡SUFICIENTE! —La voz de Mamá reverberó por el auto como un gong—. No me importa quién empezó. No me importa si Addie te bañó de miel y te aventó en la guarida de un oso. Son adolescentes, casi adultos. Y estoy harta de sus discusiones. Se cayeron de un risco. Durante una boda. —¿Guarida de oso? ¿Miel? Mamá tenía una gran imaginación. Walter comenzó a reírse, pero Mamá torció el cuello hacia él y se quedó en silencio. Luego, se enfocó en Ian—. Te queda un año antes de entrar a la universidad y, si crees que voy a aguantar cómo te has estado portando, estás equivocado. Y, Addie, tienes dieciséis años y el autocontrol de una niña de diez.

—¡Oye! —comencé, pero Archie me dio un codazo en las costillas y me doblé.

Fue un gesto de salvación. Si tenía alguna oportunidad de sobrevivir a esto, sería a través del sutil arte de quedarme callada.

Y Mamá tenía razón. Como mi exabrupto lo había demostrado, sí tenía problemas de impulsividad, y eso me traía muchos otros problemas.

—Ustedes dos son tan unidos —dijo Mamá—. Los más unidos de todos. Hubo años en los que pensé que ninguno de los dos sabía que existían otras personas. ¿Qué les pasa este verano?

De pronto, el auto se quedó en silencio. En un horrendo silencio. Todo estaba callado salvo por los limpiaparabrisas, que escogieron ese preciso momento para cobrar vida. «Llu-via, llu-via, llu-via», cantaban mientras barrían el agua del parabrisas. La rodilla de Ian se detuvo, y sentí la pesadez de su mirada sobre mi cara. «Dile a Mamá».

Levanté los ojos y se encontraron con los suyos. Mi mensaje telepático era tan insistente como el suyo. «No».

—Bueno. No me digan entonces. —Mamá azotó la palma de la mano sobre el volante y todos brincamos—. Si Papá estuviera aquí, saben que estarían en el primer vuelo de regreso a Seattle.

Ian y yo levitamos en nuestros asientos en el mismo instante.

—¡Mamá, no! TENGO que ir a Italia. ¡Tengo que ir a ver a Lina! —grité.

La voz mesurada de Ian llenó el auto.

—Mamá, tienes que pensarlo bien.

Mamá alzó una mano y bloqueó nuestras emociones como con uno de los reverses que domina cuando juega tenis.

—No dije que no iban a ir.

—Ay, cálmate, Addie —susurró Walter—. Casi atraviesas el parabrisas.

Me hundí de vuelta en mi asiento, exudando pánico. Lo único bueno de la boda de la tía Mel —además de la increíble ubicación— era que me había llevado a Europa, el continente que me había robado a mi mejor amiga al principio del verano.

Mi tía había organizado un tour irlandés posboda que se suponía que nos incluiría a todos, pero yo había logrado convencer a mis papás de que me dejaran faltar para pasar unos días en Italia con Lina. No la había visto desde que se mudó a Florencia, hacía noventa y dos días, para vivir con su padre, Howard, y cada uno de esos días había sido eterno. No verla era impensable. Sobre todo ahora, cuando era más que probable que ella fuera la única amiga que me quedaba.

Ian se encorvó hacia el frente, aliviado, y se ató el cabello como un tenso sacacorchos. Yo juraba que se lo había dejado crecer sólo para tener más formas de liberar su inquietud.

—No me malinterpreten —continuó mi mamá—. Debería regresarlos a ambos, pero gastamos demasiado en esos boletos a Florencia y, si no paso un tiempo lejos de ustedes dos y de sus peleas continuas, me voy a quebrar.

Una dosis fresca de rabia inundó mi sistema.

—¿Me puede alguien explicar por qué viene Ian conmigo a Italia?

—Addie —estalló mi mamá.

Ian me lanzó una mirada fulminante que decía «Cállate YA».

Lo miré de vuelta, nuestros ojos se conectaron. A pesar de que, sin duda, tenía que estar «Callándome YA», era una pregunta más que válida. ¿Por qué querría él ir de viaje conmigo si, como sugería la evidencia, no me soportaba?

—Así está la cosa —dijo Mamá, entrometiéndose en nuestro duelo de miradas—. Mañana en la mañana, Archie, Walter y yo nos iremos al tour, y ustedes dos se irán a Florencia.

Hablaba despacio; sus palabras se alineaban como fichas de dominó. Contuve la respiración, a la espera de que derribara la primera.

Pero... no lo hizo.

Tras casi diez segundos de silencio, levanté la mirada. La esperanza elevó el tono de mi voz.

—¿Así nada más? ¿Podemos ir?

—¿Los vas a mandar a Italia? —preguntó Walter, sonando tan incrédulo como yo me sentía—. ¿No los vas a, como... castigar?

—¡Walter! —gritamos Ian y yo.

Mamá se torció de nuevo, enfocándose primero en mí, luego en Ian, moviendo la columna con fluidez. Al menos le daba buen uso a sus clases de yoga.

—Irán a Italia. Pasarán tiempo de calidad juntos —dijo, con énfasis en la palabra «calidad»—. Pero hay una condición.

Claro que la había.

—¿Qué? —pregunté impaciente mientras extraía un punzante pasador de su lugar elegido en la parte trasera de mi marchito peinado. Si no lo hubiera hecho perder la razón, se lo habría puesto a Ian en el cabello para tratar de quitarle un poco de la cara.

—Aquí vamos —farfulló Ian, apenas con volumen suficiente como para que lo escuchara.

Mamá hizo una pausa dramática; sus ojos brincaban de Ian a mí.

—¿Me están oyendo los dos?

—Te oímos —le aseguré, y la rodilla de Ian brincó como correspondía. ¿No podía quedarse quieto?

—Esta es su oportunidad para demostrarme que pueden comportarse. Si el papá de Lina me informa acerca de cualquier cosa mala que hagan, y me refiero a *cualquier cosa*: si pelean, si gritan, si se ven feo mientras están ahí, están fuera de sus respectivos equipos.

Hubo un segundo de aire muerto; luego, el auto explotó.

—¿Qué? —dijo Archie.

—¡Uy, uy, uy! —Walter sacudió la cabeza—. ¿Hablas en serio, Mamá?

—¿Nos vas a sacar de nuestros equipos? —pregunté de prisa—. ¿De fútbol y americano?

Mamá asintió, una sonrisa de autosatisfacción le recorrió el rostro como mantequilla caliente. Estaba orgullosa de esto.

—Sí, de fútbol y de americano. Y ni siquiera tienen que hacer algo los dos. Si uno de los dos se equivoca, los castigo a ambos. Y no hay ni una sola segunda oportunidad. Un *strike* y están fuera. Se acabó.

Pensé que no me quedaba espacio para más pánico, pero logró apretujarse entre todas las cosas anteriores hasta convertir mi pecho en un acordeón. Me incliné hacia adelante, con las manos sobre los asientos delanteros para equilibrarme.

—Mamá, sabes que tengo que jugar este año. —Mi voz salió aguda y frágil, ni de cerca tan razonable como había querido que sonara—. Si no juego, los reclutadores de las universidades no me verán y entonces no habrá manera de que entre a un equipo colegial. Este es el año que importa. Este es mi futuro.

—Entonces más te vale no meter la pata.

Los ojos de Ian se encontraron con los míos, y alcancé a ver el pensamiento que circulaba en su cabeza: «Ya metiste la pata, Addie».

Le disparé láseres con los ojos.

—Pero...

—Depende de ti. Y de Ian. No me voy a echar para atrás con esto.

No era necesario que agregara eso último. Mis padres nunca se echaban para atrás con nada. Era una de las constantes de la vida: la distancia más corta entre dos puntos es una línea recta, los flotantes siempre saben mejor medio derretidos, y mis papás nunca se retractan de sus castigos.

Pero, ¿el fútbol? Esa era mi entrada a una buena escuela. Por más que lo intentara, mis calificaciones no eran tan buenas; eso significaba que dependía de los deportes para entrar a cualquier universidad con un programa de ingeniería decente. Era poco probable, pero tenía que intentarlo.

Además, el fútbol. Cerré los ojos; me imaginé el aroma del césped, el complicado ritmo de mis compañeras, la forma en que el tiempo desaparecía, cómo el resto de la vida quedaba fuera de los límites del juego. Era mi lugar, el único en el que de verdad encajaba. Y, con Lina lejos e Ian odiándome, necesitaba ese lugar más que nunca.

Olvidemos a la Addie futura. La Addie presente necesitaba el fútbol. Si tenía alguna oportunidad de sobrevivir al mundo poscubby, tendría que ser en el campo de fútbol.

Mamá ladeó la cabeza hacia Ian, quien parecía imitar a una marioneta colapsada.

—¿Me estás oyendo, Ian?

—Te oigo —respondió con una voz de extraña resignación.

Su lenguaje corporal y su voz decían «no me importa», pero yo sabía que no podía ser verdad. El deporte era aún más importante para él que para mí. Él era mucho mejor.

—Entonces, ¿entiendes que si tú o Addie hacen cualquier cosa indebida estás fuera del equipo de americano? Sin segundas oportunidades, sin discusión: estás fuera.

—Ajá —contestó con un tono tan casual como pudo.

Hundió de nuevo la mano en el cabello para anudarlo con firmeza.

Archie alzó un dedo al aire.

—No es por criticar tu sabiduría, Ma, pero sí parece un poco excesivo. Uno de los dos se equivoca y los dos están...

—Sin comentarios de la grada —siseó Mamá.

—Momento, ¿qué? —tartamudeé cuando por fin procesé la segunda parte del castigo—. ¿Quieres decir que si Ian mete la pata, me vas a castigar a mí?

—Sí. Y, si tú metes la pata, voy a castigar a Ian. Piensa que es un juego en equipo. Si uno de los dos la riega, todos pierden.

—Pero, Mamá, no tengo control sobre lo que hace Ian. ¿Cómo es eso justo? —gemí.

—La vida no es justa —respondió Mamá con un dejo de gozo en la voz.

Mis papás adoraban las máximas como otras personas adoraban el queso o los buenos vinos.

¿Cómo es que Ian estaba tan tranquilo? Desde el momento de su primer juego infantil, cuando por cuenta propia le dio la vuelta al partido y después guio metódicamente a su equipo al campeonato, el fútbol americano había sido

su vida. No sólo era el mariscal de campo titular de nuestra preparatoria, ya había tenido contacto con dos universidades que le habían hablado de posibles becas. Una de ellas se le había acercado justo antes del campamento de entrenamiento. Con razón actuaba como si no le importara; casi sin duda estaba en medio de un colapso interno.

«¿Sabes qué ha estado haciendo Cubby? Está...». Sin advertencia, las palabras de Ian irrumpieron en mi cabeza, y tuve que abalanzarme sobre ellas antes de que ganaran más terreno. No podía pensar en el campamento en ese momento, a menos de que quisiera pasar del borde de la locura al fondo de la locura, y no cuando Italia estaba en juego.

—Bien. Estamos todos de acuerdo —le dijo Mamá a nuestro silencio. Giró hacia el frente y puso las manos sobre el volante en la posición perfecta: a las diez y a las dos—. Este es el plan para esta noche: cuando lleguemos al hotel, quiero que todos empaquen. Walter y Archie, el turibús sale a una hora inhumana en la mañana y quiero que estén listos. Ian y Addie, se van a bañar y a cambiar, y luego los voy a llevar a la habitación de su tía, donde le pedirán disculpas y le rogarán que los perdone.

—Mamá —gruñí, pero ella levantó una mano.

—¿Dije *rogar*? Quise decir *arrastrarse*. Después, vamos a ir a la cena de la boda, en donde confío que todos se comportarán como seres humanos o, por lo menos, como simios amaestrados. Luego, cuando hayamos bailado y comido pastel o cualquier otra cosa que mi hermana quiera que hagamos, nos iremos a dormir. Por último, Ian y Addie, sugiero que encuentren una manera de resolver sus problemas sin violencia. De otra forma, van a pasar unos días miserables en Italia. Oí que el cementerio en el que vive Lina es muy pequeño.

—No, es enorme —se me escapó.

—Addie —intervino Ian, con la paciencia extinta—. Cállate. Ya.

—No entiendo por qué...

—¡Addie! —gritó el auto entero.

Me lancé hacia atrás, contra los fornidos hombros de mis hermanos. «Deja de hablar». Si quería jugar fútbol tendría que concentrarme en dos objetivos: mantener a Mamá contenta y llevarme bien con Ian.

Me mordí el interior del labio. El desaliñado cabello de Ian cubría las orillas de mi campo de visión. ¿Cómo es que llevarme bien con Ian se había convertido en un objetivo?

En cualquier otro momento de nuestra vida, que Ian viniera conmigo a Italia habría tenido mucho sentido. Siempre había sido mi compañero de aventuras. Cuando estábamos en la primaria inventó un juego en el que encontraba lugares extraños en el vecindario para sorprenderme. Una vez entramos a una cabaña abandonada llena de cómics mohosos; otro día me ayudó a subir a un enorme roble lleno de iniciales grabadas.

Excursiones, las llamaba. Y, conforme fuimos creciendo, mantuvimos la tradición, y nuestras licencias de conducir ampliaron las posibilidades. Acabábamos de hacer una excursión hacia tres semanas.

—Hora de la excursión.

Como de costumbre, Ian no se molestó en tocar la puerta. Tan sólo irrumpió en mi recámara y me atropelló contra el escritorio para lanzarse sobre mi cama destendida.

—No vamos a poder. La compañera de Mamá llegará en una hora y estaremos en la cena —dije, haciendo mi mejor imitación de Mamá—. Además, estás ensuciando mis sábanas.

En realidad, no había volteado aún, así que todo era especulación. Pero conocía a Ian. En vez de bañarse y cambiarse como una persona normal, Ian casi siempre salía disparado cuando terminaba el entrenamiento. Las lodosas vestiduras de nuestro auto compartido lo evidenciaban.

Garabateé una última respuesta y pasé a una página nueva del cuaderno. Me ofendía hasta el alma estar inscrita en la escuela de verano, pero apenas había logrado aprobar biología, y mis padres y yo decidimos que una segunda vuelta sería buena idea.

Ian se sacudió de manera dramática, haciendo que los resortes de mi cama rechinaban.

—Mamá no tiene problemas con que faltemos a la cena para ir a nuestra importante junta del Comité Atlético Estudiantil.

—¿El CAE? —Giré junto con mi silla—. Dime por favor que no me inscribiste a eso.

El CAE era un nuevo y desesperado intento de nuestra escuela por reparar su reputación como los espectadores más agresivos (entiéndase maleducados) del estado.

Ian esbozó su típica sonrisa, esa que le cruzaba el rostro entero y me dejaba saber que algo emocionante estaba por suceder.

—No te preocupes. No te inscribí. Aunque si Mamá pregunta, es a donde vamos.

Dejé caer el lápiz sobre la mesa.

—Sabes que te van a obligar a hacerlo, ¿verdad? La señora Hamton dijo que reclutarían a los mejores y más queridos atletas de la escuela, y te juro que te hacía ojitos mientras lo decía. —Me llevé la mano al corazón, intentando imitar su tembloroso falsetto lo mejor que pude—. ¡Ian, nuestra brillante estrella perfecta, sálvanos de nosotros mismos!

Ian hizo un gesto de asco.

—Por favor, por favor, por favor, ¿podemos no hablar de fútbol americano? Te espero en el auto. —Se levantó de un brinco y salió de prisa, dejando el lodoso contorno de su cuerpo sobre mis sábanas blancas.

—Ian —me quejé al ver su marca.

Pero tomé mis tenis de abajo de mi escritorio y salí detrás suyo. Perseguir a Ian nunca parecía una decisión; era como dormir o lavarme los dientes. Era algo que simplemente hacía.

Los acantilados de Moher

Cada vez que un viajero va a Irlanda y no se detiene en los acantilados de Moher, una banshee pierde su voz. Así es, cariño, una banshee. A fin de cuentas, estamos en Irlanda. Abundan los fantasmas chillones. Y, como tu guía turística y ahora amiga, estoy obligada a decirte que uno, simple y sencillamente, no puede ir a Irlanda y no ver los acantilados. No están sujetos a negociación. Son lectura obligatoria. Son el meollo del asunto.

Este es el porqué: los acantilados son hermosos. Te dejan sin aliento, literalmente. Pero no de manera suave y enternecedora, como un atardecer o un borreguito recién nacido. Son hermosos como son hermosas las tormentas, una de esas tormentas tempestuosas que te dejan asombrada y asustada al mismo tiempo. ¿Alguna vez te has quedado atrapada en un auto durante una terrible tormenta eléctrica? Esa es la clase de belleza de los acantilados. Piensa en drama, ira y paz, todo envuelto en un mismo e increíble empaque.

Estudí los acantilados durante años antes de descubrir su secreto, aquello que los transforma de escenografía en algo trascendental: son hermosos porque son contradictorios. Colinas suaves y mohosas se convierten en riscos petrificantes. Un turbio mar se agita bajo un cielo sereno. Los visitantes se pasan en un estado de reverencia y exuberancia simultáneas. Antes de los acantilados, sabía que la belleza podía ser encantadora e inspiradora. Después de los acantilados, supe que también podía ser parca y miserable.

De hecho, los acantilados se parecen bastante a cierto corazón que conozco; ya sabes, el corazón que logra contener tanto una alegría deslumbrante como un aplastante dolor y aún mantener una exquisita belleza.

No es como que alguien me lo haya preguntado.

TAREA PARA EL CORAZÓN ROTO: Liberemos algo de rabia, ¿de acuerdo, linda? Quiero que encuentres algo que lanzar. ¿Una roca? ¿Una paloma molesta? Ahora, nómbrala. Dale la identidad de lo que más te molesta de la situación y déjala volar. A veces un poco de rabia es bueno para el sistema. Después, quiero que respire profundo. Y luego una vez más. ¿Ves cómo las inhalaciones comienzan a llegar? ¿Te das cuenta de que ahora se hacen cargo de sí mismas?

—Fragmento de *Irlanda para corazones rotos: una guía poco convencional de la isla Esmeralda*, tercera edición

—Bonito vestido, hermanita. ¿Vas a enseñar una casa después?

Levanté los ojos de mi libro, con toda la intención de lanzarle una mirada asesina a Archie, pero estaba tan sólo a la mitad cuando perdí el impulso, lo que me dejó varada entre el disgusto y el desdén. Después del día que acababa de tener, no me quedaba nada de asesina.

Archie, siendo Archie, entendió mi pasividad como una invitación y se tiró de lado al sofá, lanzándome a mí junto con mi guía por los aires en el proceso.

—Archie, ¿qué te pasa? —gruñí, retorciéndome para volver a mi lugar y sintiendo un repentino pánico por tener en las manos un libro con las palabras *corazones rotos* en el título.

El libro casi había brincado a mis brazos desde su estante en la diminuta biblioteca junto al salón del hotel. La biblioteca era conveniente por varias razones. Además de otorgarme una vista clara de mi todavía iracunda madre, tenía un relajante olor a lavanda y polvo, y estaba llena de lo que parecían ser libros olvidados por huéspedes anteriores. En otras palabras, era el lugar perfecto para esconderse.

Irlanda para corazones rotos llamó mi atención de inmediato. No era ninguna maravilla a la vista. La portada estaba decorada con tréboles en forma de corazón y una marca de café tapaba parte del largo título. Pero la portada no importaba: estaba en Irlanda y tenía el corazón roto. Este libro era mi alma gemela.

—¿Qué lees? —preguntó Archie mientras yo intentaba guardar el libro detrás de los cojines del sofá.

—*La pequeña casa en la pradera* —dije lo primero que me vino a la mente. De niña me costó trabajo empezar a leer, pero, una vez que comencé, leí esos libros hasta que se cayeron a pedazos—. No deberías brincar en los muebles. Creo que el sillón es una antigüedad.

—Todo el hotel es una antigüedad. —Señaló hacia el salón repleto de más muebles antiguos, brillantes candelabros y cristal precioso de los que había visto en mi vida entera.

Pero, incluso como escenario pretencioso para una boda, Ross Manor tenía sin duda un aire de cabaña mágica en el bosque gracias al opulento césped decorado con frondosos rosales y las acolchadas almohadas que daban frutos de chocolates envueltos en papel dorado todas las noches antes de dormir. Hasta los posaderos eran adorables: una pareja de arrugados y canosos viejitos que estaban siempre al acecho para emboscar a sus huéspedes con ofrecimientos de té y galletas. Walter los había bautizado los «gnomos de jardín». Les quedaba bien el apodo.

—Por cierto, ¿cuánto odiaría Papá este lugar? —comentó Archie.

—Estoy tan contenta de que no esté aquí.

A principios del verano, cuando la noticia del compromiso de nuestra tía cayó sobre nuestra casa como un panal de abejas costoso, mi papá pintó su raya al instante y con firmeza. «Tu hermana colecciona hombres como otras personas coleccionan llaveros. No iré a otra boda en la que pasemos una semana intentando recrear un cuento de hadas».

Me incliné hacia adelante, como parte de mi estrategia de echarle un ojo a Mamá cada quince minutos. En ese instante, caminaba por el salón, arreglando los centros de mesa florales que una hora antes la tía Mel declaró con un grito que habían comenzado una «lenta danza de la muerte». Obviamente, no había lugar para las danzas de la muerte, no si había *ratings* de por medio.

Hace cinco años, mi tía Mel empezó a grabar un programa de diseño interiores que HGTV compró. Eso significaba que, una tarde cualquiera, podía aplastarme en el sillón con un par de Pop-Tarts de fresa y verla hacer una de sus remodelaciones en *Treinta minutos con Mel*, donde le mostraba a la audiencia cómo convertir una tarima vieja en un librero usando sólo un destornillador y un frasco seco de barniz de uñas. O por lo menos, creo que de eso se trata. Nunca he logrado ver un episodio entero.

Archie ladeó la cabeza en dirección de la tía Mel.

—¿Cómo crees que engañó a este para que se casara con ella?

—¿Clark? —pregunté.

Nuestro nuevo tío estaba cerca del bar, tambaleándose un poco. Desde el momento en que anunciaron su compromiso, parecía un pedazo de madera que flotaba en una corriente constante. Lo normal. Los tíos número uno y dos

también se veían así. Alguna vez escuché a Papá describir a la tía Mel como agua revuelta, lo que hizo enojar a Mamá, y a Papá lo hizo verse honesto. Mamá sólo se enojaba cuando la gente decía la verdad.

—Seguramente con su dinero y su relajado estilo «ecléctico moderno» —contestó, imitando la voz de la tía Mel.

—Sí, pero ¿es suficiente? Mamá me dijo que lo obligó a bajar diez kilos.

—Y a rasurarse el bigote —agregué.

—La sociedad debió obligarlo a rasurarse el bigote. Parecía que tenía una rata mojada en la cara.

Me reí, mi primera risa real en diez días, y salió rechinante, como una puerta que no había sido abierta en mucho tiempo.

Archie me dirigió una sonrisa.

—Es bueno escuchar eso. Ha pasado un rato. Has estado un poco... deprimida.

Mi humor se desplomó de nuevo. Tenía razón. Cada vez que, de alguna manera, lograba olvidar cómo sería mi penúltimo año, Cubby aparecía de pronto, se posaba en mis hombros y hundía mis ánimos tres metros. Como ahora. «¿Cómo pude haber sido tan estúpida?».

—¿Ian y tú se arrastraron bien? —preguntó Archie.

Asentí, agradecida por el cambio de tema.

—Yo sí. Ian se quedó ahí parado con su mirada desafiante.

Archie se quejó.

—En otras palabras, fue Ian.

—Exactamente.

Fue justo como en el acantilado con los turistas. Yo estaba desesperada por dar una explicación mientras él se hacía el muerto. Por lo menos, esta vez estuvo de pie.

—Hablando de... ¿dónde está Ian? —preguntó Archie.

Alcé la barbilla.

—Ocho en punto, sentado en esa silla que parece trono.

Ian había utilizado la misma estrategia de supervivencia que yo: encontrar un mueble antiguo que no estorbara en el cual acampar y fingir estar en cualquier otro lugar menos donde estaba en realidad. Pero él había estado enviando mensajes de texto toda la noche, con el rostro estirado y con una expresión que sólo podría describir como de regocijo.

—¿Está sonriendo? —dijo Archie, incrédulo—. ¿Después de todo lo que pasó hoy? Es muy raro.

Me mordí el labio, en un esfuerzo por combatir mi instinto de defender a Ian en automático. Esa es la forma en la que nuestra familia siempre se ha alineado: Ian/Addie contra Walter/Archie. De vez en cuando formábamos alianzas, pero nuestros grupos esenciales no cambiaban. ¿Eso lo había arruinado para siempre?

—Le lleva sonriendo al teléfono desde que nos fuimos de los acantilados. Con quien sea que se escribe, seguro es algo bueno.

—Seguro es una chica —dijo Archie.

—Lo dudo.

Todas las chicas del mundo estaban enamoradas de Ian, pero él rara vez salía al mundo como para darse cuenta, lo que me obligaba a bloquear a todas las arribistas que creían que acercarse a su hermanita sería el camino a su corazón. Ja.

Archie me jaló la manga.

—Pero, en serio, hermana. El vestido. Pareces doña Bienes Raíces Seattle. Esta vez, la mirada salió sin esfuerzo.

—Ya, Archie. Viste lo que pasó en los acantilados. No es como que tuviera muchas opciones. Tuve que ponerme algo de Mamá.

—¿No tenía algo menos... *bienesraizoso*?

—Eh, ya sabes cómo es Mamá, ¿no? —dije.

—Un poco. Es la que siempre nos grita, ¿verdad? ¿Cabello corto? ¿Se le ha visto en anuncios espectaculares?

Me estremecí.

—Tenemos que convencerla de que los quite este año.

—Buena suerte con eso. Esos anuncios pagan mi colegiatura.

—El futbol americano paga tu colegiatura y la de Walt —apunté—. Seguro Ian será el primer estudiante universitario al que le paguen por jugar. Yo soy la única que va a necesitar esos anuncios para pagar la universidad.

No era autocompasión; era la verdad. Mis hermanos se habían llevado todos los genes de «atletas naturales» y a mí me dejaron que me las arreglara con los de «atleta entusiasta». Era buena, pero no era la estrella. Esas no son buenas noticias cuando tus hermanos tienen altares en su honor en el pabellón de deportes de la escuela.

El rostro de Archie se suavizó.

—Oye, no renuncies tan rápido a la idea de jugar en la universidad. Te vi mejorar muchísimo este año. Claro que tienes oportunidad.

Me encogí de hombros. Estaba de un humor demasiado frágil como para un discurso motivacional.

—A menos de que meta la pata con Ian.

—No va a pasar. Tú sólo vas a estar con Lina; Ian va a estar... no sé... siendo Ian.

«Siendo Ian». Era como su propio deporte extremo olímpico. Música, americano, la escuela... lo hacía todo con mayor intensidad que cualquier otra persona.

—¿Tú tienes idea de por qué Ian quiere venir a Italia conmigo? Creo que ni siquiera le cae bien Lina. Vivió con nosotros seis meses, e Ian apenas le habló. ¿Lo hace para torturarme?

Archie se encogió de hombros.

—¿La pequeña Lina? Seguro que le cae bien. Es graciosa y un poco extravagante. Además, tiene todo ese cabello loco. ¿Cuánto tiempo hace que se fue?

Quería decir el número exacto de días, pero sabía que sonaría neurótica.

—Desde principios de junio.

—¿Y se va a quedar en Italia para siempre?

Mis hombros se enredaron sobre sí mismos. *Para siempre* sonaba como a una cadena perpetua.

—Se va a quedar el año escolar completo. Su papá, Howard, viaja mucho, así que van a todas partes. En octubre llevará a Lina y a su novio a París.

El novio de Lina, otra cosa que había cambiado. Durante el último año, Lina había vivido muchos cambios, empezando por el diagnóstico de cáncer de páncreas de su mamá, Hadley. Un ardor familiar en mi garganta se hizo presente, el mismo que siempre surgía cuando pensaba en Hadley. Fue una mujer muy especial, sin duda: creativa, aventurera, caótica, y te daba la ración justa de atención para que te sintieras querida, pero nunca asfixiada.

A veces sentía que viví la pérdida de Hadley por duplicado: una vez por mí y otra por Lina. Había estado ansiosa por sacar a Lina del duelo en el que se hundía, al punto en que terminé enferma de preocupación.

Me mordí el interior de la mejilla, luchando por contener la sensación de impotencia y por volverme a concentrar en Archie y en el viaje.

—Tendría mucho más sentido que Ian prefiriera visitar los castillos y todos esos otros lugares a los que ustedes van a ir. ¿No irán al lugar donde filmaron *Corazón valiente*?

Archie se animó, justo como sabía que lo haría. Todos mis hermanos podían recitar esa película de memoria.

—Por supuesto que iremos al castillo de *Corazón valiente*. Walt compró pintura facial para que hagamos recreaciones.

«Ay, Dios». A la tía Mel le iba a encantar eso.

—¿Ves? Ian ama esa película. Se quedaba dormido viéndola. Creo que va a Italia sólo a molestarme.

—Tal vez quería pasar tiempo de calidad con su hermana.

—Claro, como ha pasado tanto tiempo conmigo este verano.

Archie puso los ojos en blanco, pero no había manera de refutar mi sarcasmo. Ian había pasado la mayor parte del verano encerrado en su habitación, escribiendo ensayos para sus solicitudes de ingreso a la universidad y saliendo en el auto para hacer encargos misteriosos, con la música a todo volumen. Luego, me junté con Cubby, y nuestra relación se congeló.

Sin mencionar lo que ocurrió en el campamento.

De pronto, Archie cambió, sus ojos perforaban los míos.

—Habla, pues, Addie.

Su voz tenía un cierto filo y mi pulso se elevó a un nivel peligroso.

—¿De qué?

—¿Qué pasa?

—¿Con... Ian? —pregunté con incertidumbre. «Que no haya oído, por favor». Archie negó con la cabeza. El corazón se me subió a la garganta y empujó mi voz hacia afuera en un estallido de furia—. Pues no sé de qué hablas entonces.

—Con calma, hermanita. No soy el hermano con el que estás enojada. —Me niveló con la mirada—. Escuché lo que te dijo Ian. Antes de que lo empujaras.

La respiración se me atoró en la garganta, y luché por recordar a la perfección lo que Ian había dicho. ¿Qué tanto podría saber Archie a partir de una conversación susurrada?

—¿Qué oíste?

—¿Estás en problemas? ¿Qué es lo que quiere Ian que le digas a Mamá y Papá?

«No sabe lo que pasó». Me hundí en el sofá, aliviada.

—No estoy en problemas —contesté al instante.

Hasta ese punto, era verdad. Mientras aquello no creciera más, no estaría en problemas. ¿Estaba avergonzada y tenía el corazón roto? Sí. ¿Estaba en problemas? No. Por eso no le decía a mi mamá.

Archie me estudió, con la cabeza apoyada en la mano.

—¿Entonces? ¿Tiene que ver con un chico? Supongo que alguien del equipo de Ian, por lo enojado que sonaba.

¿Lo dijo con un dejo de incredulidad? Mi cuerpo se tensó.

—¿Qué? ¿Crees que es imposible que a un popular jugador de americano le guste alguien como yo? —estallé.

—¿Qué? No —Archie alzó las manos en un gesto defensivo, con los ojos azules bien abiertos—. Addie, eso no fue lo que dije. ¿Por qué te comportas tan extraño?

«Porque me duele el corazón. Porque, de hecho, sí es imposible que a alguien como Cubby le guste alguien como yo». Mantuve los ojos fijos en la tapicería de terciopelo verde, rasgando con la uña una costura rota del asiento. Las lágrimas me quemaban los ojos.

—¿Mamá y Walt oyeron?

Negó con la cabeza.

—Mamá estaba cerrando un trato en secreto por teléfono, y Walt traía puestos los audífonos bajo el cabello. Ni siquiera se enteró de que ustedes se cayeron hasta que todo el mundo se volvió loco.

Al menos había sido Archie el que había oído y no Walter. De todos mis hermanos, Archie era el más normal con los secretos, o sea que los guardaba casi todos, casi todo el tiempo. Los otros dos eran los extremos. De un lado estaba Ian: en cuanto le contabas algo, se convertía en una bóveda humana. Por eso no tenía que preocuparme de que les dijera a mis papás sobre Cubby. Del otro lado estaba Walt, el extremo opuesto: siempre que tenía un secreto que guardar, era como un juego de papa caliente, tenía que tirarlo a algún lugar y, por lo general, lo lanzaba justo hacia donde no querías que lo hiciera.

—Si este tipo te hizo algo, con gusto lo voy a visitar antes de volver al campus. ¿Tal vez deba esperar a que esté cruzando la calle y hago como que me distraigo mientras conduzco? ¿Me lanzo en reversa sin ver el espejo? Lo único que necesito es su nombre. —Su tono había pasado del usual Archie relajado al Archie hiperintenso, que era poco común.

—No. Archie, no quiero que atropelles a nadie —dije con toda seriedad, en caso de que su pseudobroma fuera medio en serio.

—¿Segura?

—Sí, segura —grité—. No es como que eso vaya a arreglar algo.

—Arreglaría que él se deje de meter con gente con la que no debería meterse.

Asenté las manos sobre sus hombros.

—Archibald Henry Bennett, prométeme que no vas a hacer nada.

—¿Segura?

—¡Prométemelo! —grité.

—Está bien, te lo prometo.

«Ay, demonios». Hermanos. Era como tener un montón de perros guardianes que a veces te mordían. Estaba completamente exhausta de la conversación, del día entero.

—Bueno, gracias por la charla, pero necesito estar un rato a solas —dije mientras volteaba sin gracia la cabeza hacia la puerta.

Había aprendido hacía mucho que las sutilezas e indirectas no funcionan con los chicos, o por lo menos no con los chicos de mi familia. Ser directa siempre era lo mejor.

Archie se puso ágilmente de pie y me dio una palmadita incómoda en el hombro.

—Estoy aquí para ti, Addie —dijo.

—Y en verdad te lo agradezco. —Incliné la cabeza de forma intencional hacia la puerta.

—Ya, ya me voy. —Dio un brinco y salió de la habitación. Su lista de pendientes se dibujó en colores neón sobre su cabeza: «Apoyar a mi hermanita; palomita».

Una vez que Archie salió de mi vista, tomé la guía y encendí la polvorienta lámpara de la biblioteca. Intenté concentrarme en las palabras, pero Ian seguía desviando mi mirada. No se había movido de su silla ni un segundo y seguía absorto en su teléfono, con el cabello echado hacia adelante para taparse el rostro.

Justo después de Navidad, Ian había decidido dejar de cortarse el cabello; sin importar cuánto se lo rogó Mamá, no había cedido. Ahora le llegaba casi hasta los hombros y era un recordatorio constante de lo injusta que era la distribución de genes. Todos mis hermanos tenían el grosor de las cejas y del ondulado cabello castaño de mamá. El ralo cabello rubio de mi abuela se había saltado una generación, la de mi padre, de cabello oscuro, para caer sobre mí.

Pero todos teníamos ojos azules, e incluso desde ahí los de Ian se veían más azules que de costumbre, acentuados por el círculo oscuro alrededor del ojo izquierdo, cortesía mía. El golpe se veía muy doloroso. Y final, era el punto al final de una oración muy larga y miserable.

De repente, una sonrisa se asomó en el rostro de Ian, y una mezcla de emociones se posó sobre mi pecho. Eso es lo que pasa con la sonrisa de Ian: siempre era 100% genuina. Ian no fingía nada para nadie; nunca lo había hecho. Si lo hacías reír, sabías que en verdad eras graciosa. Si lo hacías enojar, sabías sin duda que estabas siendo una estúpida.

«Soy una estúpida».

El pánico me burbujeaba en el pecho. Me puse de pie y me coloqué la guía bajo el brazo. Necesitaba aire fresco. Ya.

En cuanto a mi mamá la absorbió una conversación con la madre del novio, me fui, abrazando la pista de baile por la orilla para atravesar las puertas y salir al jardín.

Afuera hice una pausa para inhalar unas cuantas gloriosas veces. Si yo escribiera un panfleto de turismo para Irlanda, comenzaría con el aroma. Es una combinación de lluvia fresca con tierra y algo más, algo secreto, como la pizca extra de nuez moscada en la receta ultrasecreta de pan francés que Papá y yo pasamos perfeccionando el fin de semana del 4 de julio.

«¿Y si Papá se entera?».

Antes de que pudiera hincarle el diente a la idea en mi cabeza, comencé a moverme. Bajé las escaleras, junto a una fuente brotante que se desbordaba con agua de lluvia. Tiras de luces cálidas y parpadeantes zigzagueaban por el sendero del jardín; los focos amarillos emitían un alegre tintineo cuando se encimaban. Pequeños charcos brillaban en los surcos en el empedrado, y el aire bailaba con una perfección fresca y destellante. ¿Cómo era posible sentirse tan horrible en un lugar tan hermoso?

Me clavé las uñas en las palmas de las manos; un dolor sordo me surgió en el pecho. A veces no sabía si extrañaba a Cubby o si extrañaba la imagen de nosotros que había creado en mi cabeza. Siempre era la misma. Era mediados de septiembre, una o dos semanas después de que los nervios de inicio de año desaparecieran. Caminábamos juntos por el pasillo, su brazo de forma casual alrededor de mis hombros, perdidos en una de esas conversaciones en las que lo único que importa es la persona con la que estás. Los murmullos nos seguían por el pasillo. «Ella es Addie Bennett. ¿No se ven lindos juntos? Ya sé. Yo tampoco sé por qué nunca le había puesto atención».

Pues mi deseo se había cumplido. Sin duda habría murmullos. Pero no serían sobre lo que yo hubiera querido.

Por fin llegué a un nicho rodeado por hiedra en la esquina más lejana del jardín. Era una versión exterior de mi escondite en la biblioteca. Intenté sentarme con las piernas cruzadas, el frío colándose por la apretada falda de mi mamá. Saqué mi teléfono y el corazón casi se me sale del pecho cuando vi un mensaje nuevo.

DÓNDE ESTÁAAAAS????????????????????

Lina.

Lina y dieciocho signos de interrogación. Los conté dos veces para estar segura. La puntuación agresiva nunca era buena señal con Lina. Por lo general, escribía como una maestra del siglo XIX que de alguna forma había conseguido un celular: usaba mayúsculas, mantenía los emojis al mínimo y siempre usaba oraciones completas. Los múltiples signos de interrogación eran el equivalente a Lina parándose a la mitad de una misa y gritando groserías con un altavoz. No estaba enojada; estaba furiosa.

Presioné «responder» y tecleé de prisa un mensaje por demás ambiguo.

Perdón, no puedo hablar. Boda :(

Me estaba volviendo buena para los mensajes ambiguos y para evitar llamadas. El emoji triste me miraba, juzgándome.

—¿Qué? —le reproché—. Para tu información, tengo una muy buena razón para no contestarle.

No estaba hablando con Lina porque no podía hablar con Lina. Me conocía demasiado bien. En el momento en que escuchara mi voz sabría que algo estaba mal. Y me negaba —me ne-ga-ba— a contarle lo de Cubby por teléfono. Si Lina me iba a juzgar, quería verlo en persona. Había también un problema con el volumen de cosas que tenía que contarle. Lina no sabía nada sobre Cubby; eso significaba que tendría que recapitular todo el verano.

Sólo tenía que llegar a Italia. Una vez que estuviera ahí, desenredaría la historia y la sacaría toda, de principio a fin, sin dejar nada fuera. Sabía a la perfección cómo sucedería todo. Primero, Lina se sorprendería; luego estaría confundida. Al final, del cielo le caería un brillante plan para ayudarme a sobrevivir el penúltimo año, al tiempo que me aseguraría que todo iba a estar bien.

Eso, por lo menos, era lo que me decía para mis adentros.

La primera vez que Cubby me dirigió la palabra fue cuatro días después de que nos mudamos a Seattle. Yo estaba preparando waffles. Eran waffles de chantaje, para ser exactos, y no me estaba resultando fácil. Archie y Walter habían sido los encargados de desempacar la cocina y, no sé cómo, lograron convertirla en un campo minado. Ya me había golpeado en la cabeza una charola para hornear, y tiré una docena de huevos cuando me tropecé con una panera. Pero en cuanto el primer waffle salió de la wafflera, con sus deliciosas volutas de vapor volando por el aire, supe que valdría la pena.

Inhalé profundo y con satisfacción. Los waffles tenían que estar deliciosos. Eran mi boleto de entrada para la convivencia matutina en la que Ian me había prohibido participar. Nadie le grita «Addievetedeaquí» a alguien con un plato de waffles calientes en la mano. Ni siquiera cuando quieren impresionar a sus nuevos amigos.

—Tienes masa en el cabello.

Ahí estaban: las primeras palabras que Cubby Jones me dijo. Sin duda, no fue la presentación más romántica del mundo, pero yo tenía sólo doce años. No sabía qué nombre darle a la forma en que toda mi atención se desviaba hacia Cubby siempre que entraba a una habitación. Incluso ahora seguía sin saberlo.

Cuando me limpiaba el fleco con una toalla de cocina, Cubby dio un paso hacia mí, mientras olisqueaba el aroma a waffle. En cuanto estuvo a dos metros de mí, me di cuenta de lo que lo hacía diferente.

—¡Tus ojos! —grazné y tiré la toalla.

Los ojos de Cubby eran de dos colores distintos.

La sonrisa se le borró del rostro.

—Se llama heterocromía. Es una cosa genética. No es raro.

—No dije que fuera raro —dije—. Déjame ver. —Lo tomé del brazo y lo jalé hacia mí—. ¿Azul y gris? —susurré.

—Morado —me corrigió.

Asentí.

—Sí. Ese me gusta más. Si estuvieras en una película de ciencia ficción, ese ojo sería la fuente de todos tus poderes.

Abrió ambos ojos como platos y luego sonrió; era una sonrisa lenta, como una llovizna sorprendida que empezaba en su boca y subía hasta sus ojos disparejos. Fue en ese momento que me di cuenta de que había dos formas distintas de ver a los chicos. Estaba la forma normal, como lo había hecho toda la vida, y estaba esta forma, una forma que hacía que las cocinas se inclinaran un poco y que los waffles quedaran olvidados en waffleras de Mickey Mouse.

La despedida con luces de bengala para los recién casados fue un chiste. No sólo mi hermano mayor, en su estado de ebriedad, intentó —y logró— incendiar uno de los rosales, sino que el camarógrafo número dos no lograba conseguir la toma del novio y la novia. Eso implicó repetir el proceso una y otra vez hasta que nos quedamos sin luces de bengala y los invitados más ansiosos por estar a cuadro comenzaron a amotinarse.

—Los autobuses llegan mañana a las seis y media en punto —gritó la tía Mel por encima del hombro mientras el tío número tres la cargaba de vuelta al hotel. La cola de su vestido se arrastraba a espaldas suyas, levantando pedazos de confeti y luces de bengala extintas. La despedida había sido puro espectáculo. Se estaban quedando en Ross Manor, junto con todos los demás.

—Por fin libres —dijo mi mamá en voz baja, pasándose una mano cansada por el cabello.

Tenía el rímel corrido y hacía que los ojos se le vieran borrosos.

Los demás la seguimos, arrastrando los pies en silencio por la escalera del color de una mesa de billar; luego entramos en fila, uno por uno, al clóset que teníamos por habitación. A pesar de que éramos cinco, incluidos dos jugadores

de fútbol americano universitario que eran, más o menos, modelos a escala de King Kong, la tía Mel nos había asignado la que resultó ser la habitación más pequeña del hotel.

Un felpudo papel tapiz floral decoraba las paredes, y los catres de mis hermanos ocupaban casi todo el espacio, así que lo único que quedaba era un pequeño pasillo junto a los pies de las camas. Y, por supuesto, mis hermanos lo habían llenado con su interminable flujo de porquerías: envoltorios de dulces, cables de teléfonos enredados y más tenis de los que deberían existir en el mundo. Yo tenía una forma de llamarlo: espagueti de hermanos.

Logré apropiarme del baño primero y cerré la puerta con seguro. Abrí el agua de la tina lo más que se podía. En realidad, no tenía intención de darme un baño, sólo necesitaba ahogar el ruido de todos chocando por el cuarto. Viajar con mi familia me daba dolor de cabeza.

Me arranqué el vestido de vendedora de bienes raíces y lo cambié por una playera extragrande y un par de shorts de pijama negros; luego, me lavé los dientes lo más lento posible.

—¡Tengo que hacer pipí, hermanita! —gritó Walt mientras golpeaba la puerta—. Tengo que hacer pipí, pipí, pi-píiiii.

Abrí la puerta para detenerlo.

—Bonita canción. ¿Has pensado en registrarla?

Me quitó del camino con un empujón.

—Sabía que te iba a gustar.

Me abrí paso por la habitación, evitando media docena de minas de tenis antes de subirme a la cama y hundirme en mis sábanas. Estaba ansiosa por dormir, por olvidar. Había sido mi mecanismo de defensa los últimos diez días, desde que Ian irrumpió en mi habitación para decirme cómo le había arruinado la vida. *Su* vida. Como si fuera él quien tendría que pasar todo el año siguiente evitando a Cubby y a todas las personas que conocían a Cubby. Mi estómago se retorció tanto como las sábanas.

—¿Cuál es la estrategia aquí? ¿Usar mi playera hasta que se me olvide que es mía? —La voz de Ian atravesó las cobijas y me descubrí la cabeza despacio.

¿Me estaba hablando a mí?

Mi mamá rellenaba su maleta como si fuera un pavo navideño, y Archie estaba acostado con la cara sobre el catre con el traje aún puesto. Ian se acomodó sobre una montaña de almohadas, un audífono puesto y el rostro apuntado más o menos en dirección mía.

—Tú me la diste —dije, intentando que mi voz fuera algo que un escritor de comedia hubiera anotado como *respuesta: con actitud*. Era una playera increíblemente cómoda con cuello y mangas negras y tenía escrito en el pecho con letra de molde: «huele a la única canción de Nirvana que conoces».

—¿Por «me la diste» quieres decir que invadiste mis cajones y sacaste la playera más suave?

Exacto.

—Si quieres, te la devuelvo —dije.

«Ian me está hablando. Me. Está. Hablando». Una chispa de esperanza se encendió en mi pecho.

—¿Por lo menos entiendes la referencia? —preguntó mientras golpeaba su almohada para amoldarla.

Su cabello estaba atado en un triste remedo de chongo masculino, con bultos a los lados y un largo mechón que le caía por detrás. Era obvio que no había visto aquel tutorial «Cómo hacerte un chongo como todo un hombrecito» que le envié.

—Ian, me senté contigo en Fleet Street a escuchar todo el *Nevermind*. ¿Cómo no voy a saber lo que quiere decir?

Eso fue durante la época de Nirvana de Ian. Hicimos tres excursiones con temática de Nirvana, incluida una visita a la casa roja de la infancia de Kurt Cobain. Incluso acepté disfrazarme de Courtney Love para Halloween, aunque había sido necesario que usara una tiara y nadie supo de qué era mi disfraz.

—Por lo menos sabes lo que significa. —Ian se dejó caer de mala gana hacia un costado; hizo una pausa, miró su teléfono y habló casi en un susurro—. ¿Cuándo le vas a contar a Mamá?

Le gruñí a mis sábanas. Estaba empezando de nuevo. ¿Ahora? ¿Cuando Mamá, Archie y Walt estaban todos tan cerca que podían alcanzar a oírlo? Y eso sin mencionar que por eso tenía un ojo morado. Uno de los compañeros de equipo de Ian le había escrito para preguntarle sobre Cubby. Y, en vez de esperar a que terminara la ceremonia, a que estuviéramos solos, me embarró el teléfono en la cara y me exigió a murmullos que le contara a Mamá. Que nuestros papás se enteraran era lo peor que podía pasarme. ¿Por qué no lo entendía?

—¡Ian! —siseé.

Desvió los ojos hacia Mamá, luego me lanzó una mirada amenazante. Solté un quejido gutural y me hundí bajo las sábanas, obligándome a relajar la respiración. Las posibilidades de que no estallara contra Ian eran las mismas de que él no sacara a Cubby a colación cada vez que pudiera. En otras palabras, no me favorecían.

Era hora de terminar la conversación.

—Buenas noches, Ian.

Me sumergí aún más en las sábanas, pero todavía sentía la mirada fulminante de Ian sobre mi espalda, filosa como una navaja. Unos minutos después, lo escuché revolcarse en las cobijas; la música que salía de sus audífonos llenaba el aire entre nosotros.

¿Cómo íbamos a sobrevivir una semana juntos?

A la mañana siguiente, desperté con el sonido de lo que parecía la sección de vientos de la célebre y excepcional banda de la escuela luchando contra el nada excepcional club de teatro. Apenas y abrí los ojos. Mi mamá desenredaba la pierna del despertador y los cables de la lámpara.

—Maldito infierno escupido —farfulló.

O, por lo menos eso parecía haber farfullado. Walter tenía razón: necesitaba una intervención de groserías.

Abrí los ojos medio milímetro más. La débil luz del sol se colaba por debajo de las cortinas. Archie y Walter, con peinados de almohada extremos, estaban parados junto a la puerta, completamente confundidos respecto a su estado de conciencia.

—Los dos traen sus pasaportes, ¿verdad? —les preguntó Mamá, después de lograr liberarse al fin.

La voltearon a ver con miradas vacías, opacadas por el sueño. Mamá suspiró antes de abalanzarse sobre mí en una nube de humectante.

—Su taxi llega a las nueve. Los gnomos van a venir a despertarlos. — Presionó su mejilla contra mi frente como hacía cuando era chica y tenía fiebre —. Prométeme que vas a arreglar las cosas con Ian. Ustedes son los mejores amigos que jamás tendrán.

Qué manera de echarle sal a la herida.

—Te amo, Mamá —dije, apretujando los ojos.

Se acuclilló junto a Ian y le murmuró algo; luego, los tres dejaron el cuarto e hicieron un escándalo por el pasillo.

Tras lo que parecieron sólo unos minutos, el estruendo de golpes me sacó del sueño. Me senté de prisa, desorientada, pero no tanto como para no darme cuenta de que todo el ambiente de la habitación había cambiado. No sólo se sentía mucho más grande sin Archie, Walter y mi mamá, sino que las cortinas batallaban contra la intensa y brillante luz del sol. La habitación estaba en silencio, lo que resaltaba la sensación de disgusto que flotaba en el aire. ¿Alguien había estado ahí?

—Ian —susurré—. ¿Estás despierto?

No se movió, típico de él. Ian podía quedarse dormido en cualquier situación.

Giré sobre la espalda y me quedé quieta, haciendo un esfuerzo por escuchar. El silencio del hotel era tan espeso como una malteada. De repente, la puerta de la habitación se cerró casi en silencio, seguida de una explosión de pasos por el corredor. Alguien había estado en nuestro cuarto. ¿Un ladrón? ¿Un secuestrador europeo? ¿Uno de los gnomos?

—Ian —dije, cayéndome de la cama—. Alguien estuvo aquí. Hubo alguien en nuestra habitación. —Me estiré para sacudirle el hombro, pero en una escena por demás desconcertante, mi mano se hundió y lo atravesó.

Jalé las cobijas y encontré un montón de almohadas. ¿Me acababa de engañar con un muñeco de almohadas? Di vueltas para revisar el resto de los catres: vacío, vacío y vacío.

—¡Ian! —grité al abismo.

Mis ojos se dispararon a la puerta, y lo que vi me provocó una inquietud real por primera vez. En lugar de las dos maletas azul marino que se suponía debían estar junto a la puerta, sólo había una: la mía.

Me apresuré a llegar al despertador, pero sólo me mostró su cara vacía. Mi mamá lo había arrancado de la pared. Tenía que encontrar mi teléfono.

No estaba bajo las sábanas; no estaba debajo de la papelería del hotel; no estaba entre los panfletos revueltos. Por fin, corrí hacia las ventanas y abrí las cortinas, sólo para recibir una patada en las retinas. La campaña estaba encendida; el verde y la luz del sol se combinaban para crear un intenso fulgor. Al parecer, sí había sol en Irlanda, y era cegador.

Di tumbos hacia la puerta y salí de la habitación; mis pisadas hicieron eco en *staccato* por el corredor.

Abajo hice una inspección al área del desayunador y la estancia, pero la única forma de vida ahí era un obeso gato anaranjado que se había instalado en una silla de terciopelo. Salí a galope por la puerta y al estacionamiento, y una oleada de aire frío me embistió. El sol irlandés es sólo decorativo.

El único vehículo en el estacionamiento era una solitaria camioneta de trabajo junto a una hilera de rosales que me enviaban frenéticos mensajes con el viento. «¿Dónde está Ian? ¿Perdiste tu taxi?».

Necesitaba recobrar el control. Incluso si me había quedado dormida, no era como que Ian se hubiera ido a Italia sin mí. Tal vez sólo había salido a dar una caminata matutina... ¿con su maleta?

El sonido lejano de un motor que se encendía me sacó de mi trance. Me dirigí hacia el ruido, que se hacía más fuerte conforme me acercaba a ese lado del estacionamiento. Cuando di vuelta a la esquina, derrapé para frenar y me tomó un par de segundos procesar lo que veía.

El vehículo de sonidos atormentados era, en el sentido estricto de la palabra, un auto, pero apenas calificaba como tal. Era diminuto y acartonado, como si un Volkswagen y un conejito se hubieran querido de más, con manchas de pintura y un escape que colgaba a unos centímetros del suelo. Y, dando decididas zancadas hacia él, con maleta azul marino en mano y mochila al hombro, estaba Ian.

La adrenalina me inundó de golpe. Mis piernas recibieron el mensaje antes que yo, y me encontré de pronto galopando por el estacionamiento con mi hermano en la mira.

Me vio justo antes de alcanzar la puerta del copiloto; pero, para entonces, era demasiado tarde. Lo embestí como si yo fuera Hulk intentando chocar palmas; con excesiva fuerza, pues. Su mochila voló por los aires, y ambos caímos al suelo, dando vuelcos por segunda vez en veinticuatro horas. El dolor fue un pulso incandescente en mi cabeza.

—¿Qué haces? —escupió Ian, batallando por ponerse de pie.

—¿Qué hago? ¿Qué haces tú? —grité de vuelta, dando brincos para sacudirme el dolor de la caída.

Se dirigió a su mochila, pero me le adelanté y enredé la agarradera en mis dedos.

—¿Te estabas yendo sin mí?

—Regresa a la habitación. Te dejé una nota en el espejo del baño. —No me miraba a los ojos.

—¿Una nota? ¿Este es el taxi que nos pidió Mamá? ¿Por qué es esta carcacha?

De pronto, la ventana del lado del copiloto comenzó a bajar a jalones bruscos y desaparejos. El sonido de un lento aplauso de reconocimiento, seguido de una voz irlandesa llenaron el aire.

—Ay, Ian, ¡te venció una chica! Me hubiera gustado grabarlo. Me encantaría ver una repetición.

—¡Rowan! —Ian trotó hacia la ventana.

Su voz sonaba mucho más alegre que la de alguien que acababa de ser tacleado en un estacionamiento. Tenía estampada la misma sonrisa que había tenido durante sus sesiones de mensajes telefónicos.

Dejé la mochila de Ian en el suelo y corrí hacia él; lo aparté del camino para poder asomarme al interior del auto.

—Hola, hola —dijo el conductor.

Era de la edad de Ian, tal vez un poco mayor, con cabello revuelto, enormes ojos grises y anteojos de pasta que debían estar colocados sobre el rostro de un anciano y que, sin embargo, lograban verse adecuados en el suyo. Su playera decía «Gato hipnótico» y mostraba a un enorme felino con ojos de espiral. Era obvio que no era un taxista. Sonrió, y un hoyuelo encantador se le formó en uno de los costados de la cara. Hasta ese momento había creído que los hoyuelos sólo existían en pares.

—¿Quién eres? —le exigí.

Sacó la mano por la ventanilla.

—Soy Rowan. Tú debes ser Addie. —Su acento era 100% irlandés, cantado y con vocales que se suavizaban y se mezclaban como el jarabe de chocolate en el helado.

Ignoré ambas: la mano y la voz chocolatosa. Pero no podía ignorar la forma en que me miraba, como si yo fuera algo que acababa de descubrir en la naturaleza.

—¿Cómo sabes quién soy? —pregunté.

—Sabía que Ian tenía una hermana que se llama Addie y, seamos honestos, sólo un guardia o un hermano taclearía a alguien en medio de un estacionamiento empedrado. —Como no correspondí su sonrisa, ocultó la suya y, cohibido, se llevó ambas manos a las orillas de los anteojos para acomodárselos—. O, por lo menos, supongo que así funcionan los hermanos. Además, pareces una versión femenina de Ian.

—*No* me llames versión femenina de Ian —contesté agresiva.

En mi primera semana de preparatoria, por lo menos cinco de los amigos de Ian se habían dado a la tarea de decirme que me veía como mi hermano con una peluca rubia, lo cual no era el empujón anímico que buscaba.

Levantó la mano de prisa.

—Tranqui. No quería molestar. Seguro que tampoco me gustaría que me dijeran que soy la versión masculina de una mujer. —El hoyuelo reapareció—. Además, vengo en son de paz. Por favor no me ataques a mí también.

Ian me sacó del camino apresuradamente.

—Perdón por esto, Rowan. Un pequeño error en el sistema. Addie, regresa a la habitación. Tu taxi va a llegar después. La nota te lo va a explicar todo.

¿Acababa de llamarme un error en el sistema?

—¿Cómo que mi taxi? Nuestro taxi. ¿Por qué estás aquí hablando con...?

—Me detuve, estuve a punto de llamarlo el *tipo del gato hipnótico*, pero eso sonaba grosero.

Ian me tomó del brazo y me alejó del auto para que el tipo del gato hipnótico no pudiera oírnos.

—Buenas noticias: tu deseo se cumplió. *No* iré contigo a Italia. Sube y lee la nota, contiene todos los detalles.

El estacionamiento dio vueltas a mi alrededor.

—¿No vienes a Italia? ¿Desde cuándo? —pregunté mareada.

Se quitó el cabello de los ojos y puso una mano firme sobre mi hombro.

—Desde siempre. Te veré en Dublín para el vuelo de regreso.

Mi mamá sólo había arreglado nuestros vuelos hacia y desde Italia. El plan era que regresaríamos a Dublín para volver a casa con el resto del grupo. Ahora parecía que el plan no se iba a seguir.

—Pero... ¿por qué? —pregunté, desesperada.

La voz de Rowan perforó el aire entre nosotros.

—Pensé que Addie era parte del plan. ¿Por qué no sabe que vamos a Stradbally?

Me distraje un instante. La forma en que dijo mi nombre lo hizo sonar como si lo hubiera tocado un violincillo irlandés.

—Le dejé una nota —dijo Ian; sus mejillas se fueron sonrojando poco a poco.

Se quitó el cabello de la cara y me vio con ojos de culpa.

—Es más fácil así.

—¿Para quién? —disparé en respuesta.

Rowan se inclinó hacia el asiento del copiloto, los ojos detrás de los lentes mostraban preocupación.

—¿Una nota? Con razón te tiró. Esto debe verse de lo más sospechoso. ¿Te ves con un tipo extraño y se van a un lugar del que ella no sabe nada?

Levanté las manos hacia el cielo.

—Por fin alguien dice algo que tiene sentido.

Rowan me miró directamente.

—Stradbally es un pueblito cerca de Dublín. Pero iremos a algunos otros lugares antes. Tenemos que hacer investigación para...

—¡Ya... ya... ya! —tartamudeó Ian—. Por favor, no le digas nada. —Me volvió a apartar con un empujón y jaló la manija de la puerta, pero esta no cedió.

—¿No le digas nada de qué, Ian? ¿Qué no quieres decirme? —Lo tomé de la mochila.

Rowan le dirigió una sonrisa de arrepentimiento a mi hermano.

—Lo siento, Ian. Según el dueño anterior, esa puerta no ha funcionado desde finales de los noventa. Los amigos siempre tienen que meterse por la ventana.

—¿Quiénes son los amigos? —pregunté como si esa fuera la pregunta que necesitaba respuesta con más urgencia.

Ian metió su mochila al auto y se deslizó por la ventana antes de estirarse para tomar su maleta. Intenté tomarla, pero logró hacerlo antes que yo.

—Addie, sólo ve a leer la nota. Te veo en unos días.

Apreté mis temblorosas manos sobre el marco de la ventana.

—¿No estabas en el auto ayer, Ian? ¿No oíste lo que Mamá dijo sobre meter la pata? Esta es la definición de *meter la pata*.

Sus hombros se hundieron.

—Ya, Addie, tú lo dijiste: no quieres que vaya a Italia. Lo entiendo. Hasta lo respeto. Así que, ve, haz tu viaje; yo hago el mío. La única forma de que nos metamos en problemas con Mamá y Papá es si les decimos y, seamos sinceros, ninguno de los dos les va a decir.

—Ian...

—Vamos a hacer una parada en Electric Picnic —agregó Rowan con la voz tranquilizante que uno usa con un perro agresivo—. Terminamos el lunes en la mañana. Nada de qué preocuparse, hermana ninja.

—¿Electric qué?

El gato hipnótico me miró con compasión. Mi voz sonaba histérica, ahorcada.

—Electric Picnic. Es el festival de música más grande de Irlanda. Se hace cada año. Hay un montón de cosas indie y alternativas. Pero este año es especial. Adivina quién es el artista principal. —Rowan hizo una pausa; su sonrisa parecía sugerir que le había puesto algo caliente y caneloso bajo la nariz.

—Ian no —respondí sin fuerza.

—Sí, Ian, sí —dijo él—. Definitivamente sí. Y a ti ni siquiera te importa porque vas a estar en Italia pasándola increíble.

—Titletrack va a estar en Electric Picnic —dijo Rowan; su tono indicaba que los dos lo habíamos decepcionado.

Titletrack. Me tomó un segundo, pero mi mente brincó a un enorme póster colgando sobre el escritorio de Ian. Cuatro hombres, cuatro expresiones melancólicas y un sonido genuinamente auténtico que había comenzado a esperar con emoción en las mañanas cuando Ian me llevaba a la escuela.

—Esa banda británica que te encanta.

—Ya lo tienes —añadió Rowan con tono alentador—. Sólo que no son británicos, son irlandeses. Ian tiene el plan de...

—Okey, Rowan, suficiente. Addie, pásala muy bien en Italia. —Ian intentó subir la ventana, pero me lancé sobre ella, usando todo mi peso para mantenerla abajo.

—Ian, detente. —Rowan miraba decepcionado a mi hermano—. ¿De verdad le ibas a cerrar la ventana?

Ian se encogió ante los ojos de Rowan, y bajó la mirada a sus inquietas manos como si estuviera por decidir algo.

—Addie, te lo explico todo después. Sólo asegúrate de que Mamá y Papá no se enteren y todo va a estar bien. Ya encontrarás la manera. —Inhaló profundamente y dijo la siguiente parte con prisa—. Le has mentido a todo el mundo el verano entero, así que esto debe de ser fácil.

Esa frase estaba ensayada. La había cargado en el bolsillo para alguna emergencia, en caso de que le estorbara.

—Ian. —Las lágrimas me punzaron los ojos, lo que, por supuesto, me puso furiosa. No podía perder la calma en ese momento, no enfrente de este extraño vestido tan raro y mucho menos cuando Ian estaba acomodado en el auto de

un extraño mal vestido—. Ian, no hay forma de que lo logremos. Sabes que se van a enterar de que no llegaste a Italia y vamos a tener que dejar los equipos.

Su mirada colapsó sobre el tablero del auto.

—¡Ay, Addie! Los deportes no son todo.

—¿Los deportes no son todo? —El aire ahora salía en pequeñas explosiones de mi pecho. ¿Qué iba a decir después? ¿Las cabras que se desmayan no son graciosas?—. ¿Quién eres?

—Esta es mi única oportunidad para ver a Titletrack en vivo. Lo siento si no te parece, pero voy a ir. —El filo de su voz se asentó pesado y tembloroso; sus ojos eran de un azul acero.

Esa mirada disparó en mi interior una reacción en cadena de pánico. Oficialmente habíamos entrado en la Fase de Ian Retador, también conocida como la Fase Nunca Cede. A menos de que hiciera algo drástico para detenerlo, iría a ese concierto.

Era ahora o nunca.

Arremetí por la ventana, saqué las llaves del encendido y me escurrí hacia afuera antes de que cualquiera de los dos pudiera procesar lo que estaba pasando.

—¡Addie! —Ian se arrancó el cinturón de seguridad y batalló para salir por la ventana.

Yo ya estaba del otro lado del auto, con las llaves marcándose en la palma de mi mano.

—¿De verdad vas a hacer esto?

—¡Guau! Ustedes sí que son divertidos, como en una comedia de televisión. —Rowan reclinó ruidosamente el asiento.

Me cuadré frente a mi hermano.

—Ian, no puedes hacerlo. Sabes que tengo que jugar fútbol si quiero entrar a una buena escuela. No me lo arruines.

—Tus planes para la universidad no son mi problema —su voz cayó a media frase.

Intentaba hacerse el fuerte, pero bajo esa máscara estaba el Ian real, el que sabía lo mucho que había batallado —y fracasado— en la escuela. A veces me daba la impresión de que se sentía culpable por lo sencillo que le resultaba todo, mientras que a mí nada se me daba fácil.

Nos miramos fijamente, a la espera de que el otro hiciera el primer movimiento. Ian dio un paso hacia mí y yo corrí en la dirección contraria, usando el auto como protección.

Ian gruñó.

—Perdón, Ro. Déjame lidiar con esto y podremos irnos. Sólo es un pequeño bache.

—¿No quieres decir error en el sistema? —pregunté, haciendo una voz sarcástica a propósito—. Y... ¿Ro? ¿Ya tienes un apodo para este tipo?

Ian se echó el cabello hacia atrás y se acercó más a mí.

—Lo conozco desde hace más de un año.

—¿Cómo?

—Nos conocimos en línea.

Ian arremetió contra mí, pero su pie resbaló en la grava, lo que me dio tiempo suficiente como para dar la vuelta hacia el otro lado del auto. Se puso de pie despacio, levantando las manos en señal de rendición.

—Ya, ya, ya. Tú ganas.

—Ian, dame algo de crédito. He peleado contigo dieciséis años. ¿Crees que no sé que fingir es tu jugada favorita?

Él sólo alzó más las manos.

—Mira, incluso si Mamá y Papá se enteran, eso sólo significa que estamos a mano. Yo tengo que lidiar con las consecuencias de tus cosas con Cubby y tú tienes que lidiar con las consecuencias de que me quede en Irlanda. Ahora, dame las llaves.

—Te dije que dejaras de hablar de Cubby —dije—. Que tú te sientas avergonzado frente a tus amigos no es una consecuencia.

La voz de Rowan salió flotando por la ventana.

—¿Cubby es su hermano mayor?

—No —dijo Ian con voz cortante, sus ojos aún fijos en mí—. Ese es Walt.

—Ah, claro, Walt. —Rowan empujó su puerta y salió con una caja familiar de cereal con el nombre Sugar Puffs en la tapa—. Miren, chicos. Aunque son de lo más divertidos, todos sabemos que no podemos seguir así por siempre. Así que: ¿por qué no entramos y desayunamos de verdad? —Sacudió los Sugar Puffs con aire de victoria en dirección de Ian—. O algo más fuerte, si lo necesitan. ¿Una cerveza? Podemos hablar.

Sacudí la cabeza.

—No tenemos edad para una cerveza. Y no hay nada de qué hablar...

En un relámpago de cabello oscuro, Ian se deslizó por encima del cofre del auto y me tomó de la muñeca. De pronto ya estábamos en un agarrón a muerte: Ian luchaba por quitarme las llaves de las manos, mientras yo me encogía como chinche, concentrando todas mis energías en mantener los puños apretados. Otra estrategia clásica de las peleas entre Addie e Ian. En la secundaria, alguna vez mantuvimos esa posición durante once minutos y medio, y aquello había sido por una Oreo. Walter nos había cronometrado.

—I-an... suél...ta...me.

Rowan se recargó en el coche y se echó un puñado de cereal a la boca.

—Ustedes dos son el mejor argumento del mundo para no tener más de un hijo. —Masticó un segundo y luego tragó—. Okey, idea descabellada: Addie, ¿y si me cedes la custodia de las llaves y nos acompañas a nuestra primera parada?

—No es buena idea —respondió Ian, mientras apalancaba su hombro contra el mío.

—¿Cómo que los acompañe? —Mi codo se hundió en las costillas de Ian.

—Addie —se quejó Ian—. Eso dolió.

—Esa es mi jugada favorita —dije con orgullo.

—Escúchenme. —Rowan alzó los Sugar Puffs por los aires—. La primera escala no está lejos de aquí, a menos de una hora. Addie, puedes venir con nosotros y saber un poco más de lo que Ian está haciendo. Luego, los dos pueden pensar en un plan sólido para que sus papás no los descubran; luego, Addie se puede ir, sin luchas a muerte.

«Primer lugar». ¿Eso significaba que había más de uno? La curiosidad me picó, pero no estaba por empezar a hacer preguntas, no sobre un viaje que Ian *no* iba a hacer. Y menos aún cuando toda mi energía estaba enfocada en mantener las llaves de Rowan en mi poder.

—No podemos arriesgarnos a perder nuestro vuelo —dije con un fuerte énfasis en el *nuestro*—. No ver a Lina no es opción.

—¿Quién es Lina?

—Mi mejor amiga.

—Ah, claro, la que se mudó a Italia.

—¿Qué más te dijo Ian sobre mí? —pregunté y redoblé esfuerzos por aferrarme a las llaves.

—Que no se te suba a la cabeza —dijo Ian—. Aunque no lo creas, no pasamos todo nuestro tiempo hablando de ti.

Di un giro para liberarme e intenté correr hacia el hotel, pero Ian realizó una media tacleada y las llaves se me escaparon de las manos y cayeron escandalosamente en la grava. Intenté recuperarlas, pero Ian se me adelantó.

Corrió hacia el auto.

—¡Vámonos! —gritó y le lanzó las llaves a Rowan.

Pero Rowan no lo siguió. En vez de eso, se metió las llaves al bolsillo y me estudió con seriedad.

—Acompáñanos sólo a la primera parada. El aeropuerto está a tiro de piedra del Burren. Llegaremos con tiempo de sobra.

Burren. ¿Dónde había escuchado esa palabra antes? «Sabes en dónde, corazón», me dijo una vocecita. La señora de la guía. Claro.

—¿El lugar de piedra? —dije.

A Rowan se le iluminó el rostro y se acomodó los anteojos con entusiasmo.

—¿Lo conoces?

—Leí sobre él anoche.

Irlanda para corazones rotos tenía una sección entera al respecto, justo después de la entrada sobre los acantilados de Moher. ¿Qué probabilidad había de que la primera parada de Ian en la excursión que no iba a hacer estuviera también en mi guía para el desamor? Mi postura cambió.

—¿De verdad crees que llegaríamos a tiempo?

—Sin duda. —Rowan esbozó una sonrisa amigable.

Ian soltó un ruido ahogado y luego se colocó entre nosotros.

—Mira, Rowan, agradezco lo que quieres hacer, pero es mala idea. —Y, por si Rowan no entendía lo que decía, continuó—. Una muy mala idea. Necesitamos apegarnos al plan original.

—No es una *muy* mala idea —protesté.

—De hecho sí seguiríamos el plan original, sólo con una pequeña desviación al aeropuerto. No nos atrasaríamos nada.

La voz de Rowan era lenta e incierta; tenía las cejas arqueadas. No necesitaba decirle nada a Ian para que lo escucháramos: «¿Por qué estás siendo un patán?».

Los hombros de Ian se desplomaron y su mano derecha desapareció nerviosamente entre su cabello.

—Pero... hay muchísimas cosas en tu auto. ¿Dónde se va a sentar?

—Fácil. Es un huevito. Le hacemos espacio. —«¿Un huevito?». Rowan levantó la cara en dirección mía—. No te importa ir apretada como una hora, ¿o sí?

Me acerqué para asomarme por la ventana trasera. Ian no estaba exagerando. El auto no sólo tenía el asiento trasero más pequeño del universo, sino que estaba tan retacado como el de Archie o el de Walter cuando se iban de casa para iniciar un nuevo semestre en la universidad. Un bulto de ropa, libros y artículos de limpieza. Por primera vez, ser diminuta iba a resultar una ventaja.

—Me puedo acomodar.

Ian se balanceaba sobre los pies, y subía y bajaba el cierre de su chamarra de forma mecánica. Estaba conflictuado. Sin importar lo que dijera, no se sentía bien de abandonarme en el hotel. Su instinto de hermano mayor era demasiado fuerte. Tenía que usar eso en mi favor.

—Mira, tiene sentido. —Rowan le extendió la caja de cereal a Ian, pero él la rechazó—. Lo que ustedes necesitan es tiempo para acostumbrarse a la idea. Ir al Burren nos dará ese tiempo.

—Es una mala idea —repitió Ian.

—Ya dijiste eso.

Dos escenarios se desarrollaron en mi cabeza: en el mejor de los casos, usaba el tiempo adicional para enderezarle las ideas a Ian. En el peor de los casos, veía otro sitio de mi guía y tal vez me acercaba un poco a curar mi corazón roto —si es que la señora de la guía sabía de lo que hablaba— antes de ir a Italia sola. La «bola ocho» en mi cabeza me mostró una respuesta: «Todo apunta hacia el sí».

Di un paso con mucha autoridad hacia Rowan.

—Necesito que me des las llaves.

—No se las des —ordenó Ian.

Rowan alzó una ceja; una sonrisa se dibujó en la orilla de su boca.

—Tengo que ir por mi maleta y necesito una garantía de que no me abandonarán mientras no estoy.

—Rowan... —le advirtió Ian.

Rowan asintió y me lanzó las llaves con un suave y fluido movimiento. Seguía mostrando los dientes. Sus sonrisas eran como ganar la lotería.

—Lo siento, Ian. Tiene razón. Yo tampoco nos dejaría solos en el estacionamiento. Y no hay nada que me guste más que un argumento bien razonado.

Victoria.

Ian se sacudió el cabello para que le cayera sobre la cara y se cruzó de brazos con fuerza.

—Addison Jane Bennett, si no estás de vuelta en cinco minutos, subiré por ti.

El hoyuelo en la cara de Rowan le hundió la mejilla.

—Será mejor que te apures, Addison Jane.

—Addison Jane Bennett, ¿siete en geometría? Pensé que sólo sacabas dieces.

Trastabillé bajo el marco de la puerta con una mano en el pecho. Era temprano una mañana de julio, y si no estaba alucinando, Cubby Jones estaba parado en mi cocina viendo mis calificaciones.

Parpadeé con fuerza, pero cuando miré de nuevo, ahí seguía. Sólo que ahora había desplegado la famosa sonrisa, con una mano sobre el refrigerador.

Muchas cosas habían cambiado desde aquella mañana en la que le hice waffles. La sonrisa de Cubby ya no llegaba hasta sus ojos, y algo en esa sonrisa parecía premeditado, como si hubiera descubierto su poder y ahora lo usara a su favor. Como en ese momento.

—¿Qué haces aquí? —logré balbucear.

Sonrió de nuevo y se montó sobre la barra con un movimiento sencillo y atlético.

—No cambies el tema. ¿Siete? ¿Qué va a pensar tu hermano, el del cuadro de honor?

—Me fue mal en el final —dije, intentado sonar casual, sin lograrlo—. Sí sabes que las boletas son confidenciales, ¿cierto? Son sólo para la persona que las recibe.

Intenté arrebatárselo el papel de las manos, pero lo apretó con más fuerza, jalándome hacia él antes de soltarlo.

Y, de pronto, yo tenía doce años otra vez, en esta misma cocina, y lo miraba a los ojos por primera vez y me daba cuenta de que Cubby era diferente. El recuerdo debió haberlo golpeado también, porque el Cubby viejo estaba de vuelta, con la

sonrisa en los ojos.

—Entonces... —se aclaró la garganta y me miró de arriba a abajo—, ¿vas a salir a correr?

Tan rápido como pude, crucé los brazos encima del pecho al recordar lo que traía puesto: una playera harapienta y un antiquísimo par de shorts de voleibol tan corto que sólo los usaba para dormir o para hacer viajes rápidos a la cocina temprano en la mañana en busca de Pop-Tarts. O, en este caso, viajes rápidos a la cocina que resultaban en encuentros con el chico que me gustaba desde hacía años.

A veces odiaba mi vida.

—No voy a correr. Sólo voy a, eh... —Me mordí el labio por los nervios, desesperada por salir de ahí, pero desesperada también por quedarme—. ¿Qué haces aquí, Cubby?

—Ya nadie me dice Cubby, Addison —dijo, ladeando la cabeza un poco.

—Pues a mí nadie me dice Addison. Y la pregunta se mantiene.

Me encaminé hacia el pasillo; la loseta me enfriaba los pies. La mirada de Cubby encendía demasiadas emociones en mi estómago, y se enredaban en un nudo. ¿Por qué me veía tan mal? Arriba, la puerta del baño se cerró con un azotón.

—Vine a recoger a tu hermano. El entrenador nos llamó a una práctica extra hoy en la mañana. Ian dijo que tú tenías el auto hoy.

—Tenemos custodia compartida —dije—. Me toca este fin de semana.

Cubby asintió con gesto cómplice.

—Te aseguraste de explicarle al auto que los dos lo quieren y que no es su culpa, ¿verdad?

Una explosión de risa salió de mi cuerpo mientras Ian aparecía en la puerta. Tenía el cabello mojado por el baño y los cordones de las dos sudaderas que traía puestas estaban enredados y revueltos. Era la única persona que conocía que usaba dos sudaderas al mismo tiempo. Cómo lograba ponérselas era un misterio que yo llevaba varios años intentando resolver.

Cubby alzó la barbilla.

—¿Qué hay, Bennett?

Ian asintió, somnoliento; luego entrecerró los ojos para verme.

—Addie, ¿qué haces despierta tan temprano?

—Estaba hablando con Lina. —La diferencia de horario implicaba que a veces tenía que levantarme muy temprano si quería hablar con ella.

Miró mi pijama y arrugó la cara. No necesitaba ser psíquica para saber lo que pensaba.

—Adiós, Addison. —Su sonrisa me desarmó; Cubby brincó de la barra y me dirigió una larga mirada mientras seguía a Ian hacia la salida.

—Adiós, Cubby —le contesté.

El corazón me latía como un colibrí. En cuanto desapareció de mi vista, me dejé caer sobre la barra. ¿Por qué siempre tenía que actuar como una niña de diez años enamorada? Sería lo mismo si anduviera con una playera que dijera «Yo ♥

CUBBY JONES».

De repente, la cara de Cubby apareció desde la esquina.

—Oye, Addie, ¿quieres pasar el rato uno de estos días?

Me enderecé como si tuviera resortes.

—Eh... ¿sí?

Cualquiera pensaría que vivir con tantos hermanos me habría enseñado a hablar con chicos, pero no fue así. Sólo me enseñó a defenderme. Y no había defensa para la forma en que Cubby me miraba, como si de verdad me viera. Me incendiaba el cabello.

De vuelta en la habitación del hotel, impuse un récord mundial al vestirme, empacar y encontrar mi teléfono en menos de seis minutos. Una vez que me abroché los tenis, metí la cabeza en el baño para buscar la supuesta nota de Ian. Y sí, había un pedazo de papel doblado y metido en la orilla del espejo con mi nombre escrito con la diminuta letra de Ian.

—Ay, Ian —me quejé.

Lo más probable es que no la hubiera encontrado ahí.

Me metí la nota en el bolsillo del pantalón; arrastré la maleta hacia el pasillo e hice una pausa cuando vi la guía asomándose debajo de mi catre. Me apresuré y la recogí. No me gustaba la idea de robar algo de la biblioteca de los gnomos, pero había algo en las páginas de esa guía que me hacía sentir mejor, menos sola. Además, ¿y si la señora de la guía decía la verdad? ¿Y si sí era una experta en corazones rotos? Necesitaba toda la ayuda que pudiera encontrar. Tal vez hallaría la forma de enviarles el libro a los gnomos desde Italia.

Afuera, el auto estaba justo donde lo había dejado y Rowan estaba escarbando en la cajuela. Ahora que no estaba ocupada luchando con mi hermano, pude ver a Rowan de verdad. Era más alto de lo que me había parecido al principio, y muy delgado, como de la mitad de ancho que Archie y Walter. Pero, aun así, sin duda tenía lo que mi mamá llamaba *presencia*. Supuse que al cruzar cualquier cafetería en cualquier lugar, diez chicas levantarían la mirada de sus sándwiches y susurrarían «¿Quién es él?» con la misma voz falta de aliento.

La buena noticia es que mi voz estaba en hibernación permanente.

—Bienvenida de vuelta. —Rowan tomó mi maleta y la lanzó a la cajuela.

Señalé las calcomanías que tapizaban la parte trasera del auto.

—¿Las escogiste tú o ya existían anteriormente?

—Sin duda ya estaban ahí. Sólo he tenido el auto tres semanas.

IMAGINA CHÍCHAROS REVUELTOS
ESTE AUTO ES IMPULSADO POR PURA SUERTE IRLANDESA
EQUIPO DE LA COMA OXFORD
LOS CUPCAKES SON MUFFINS QUE NO ABANDONARON
SUS SUEÑOS

—El de los muffins es bastante gracioso —dije, abrazando la guía contra mi cuerpo.

—Yo también lo creo. Puede ser la única razón por la que compré el auto. No hay mucho más de qué enamorarse.

Negué con la cabeza.

—Falso. El auto está equipado con un escape caído inusual. Estoy segura de que la gente enloquece con él en las exhibiciones.

—Momento. ¿Es broma o el escape sí está caído?

Miró ansioso el toldo del auto, con la mirada clavada a unos dos metros de donde en realidad estaba el escape. Caray. Creo que era seguro decir que Rowan no sabía de autos.

—Eh... ¿el tubo ese? —dije, señalando debajo de la defensa trasera—. Suelta los desechos de tu auto. Si empieza a arrastrarse contra el suelo, va a hacer un ruido horrendo.

—Oh... —exhaló; un rubor se extendió por sus mejillas—. De hecho, creo que ya empezó a hacer ese ruido, de camino para acá. Sobre todo cuando el camino se puso turbulento. Pero Trébol hace muchos ruidos horrendos, así que

pensé que no era nada fuera de lo normal. —Le dio unas palmaditas afectuosas al auto.

—¿Trébol?

Rowan señaló la calcomanía más grande: un deslavado trébol de cuatro hojas.

—Su nombre.

—Qué irlandés.

—Nada como un buen estereotipo —respondió, retorciendo la boca para formar otra sonrisa.

Deseé que dejara de sonreír. No hacía más que traer recuerdos de otra sonrisa notable.

—Hora de irnos. —Ian sacó la cabeza por la ventana y golpeó la puerta con las manos.

Creo que no era su intención, pero su gesto de emoción cayó justo en mí.

—Addie, te hice un espacio. Creo que lo mejor será que entres por este lado.

Me apresuré, ansiosa por mantener el buen ánimo, pero, cuando me asomé, el brillo que la sonrisa de Ian había creado se desvaneció. De alguna forma había logrado apilar todas las cosas de Rowan en una frágil torre que casi tocaba el techo. El único espacio real estaba detrás del asiento de Ian y tenía el tamaño suficiente para tres ardillas malnutridas y un erizo... si contenían la respiración.

—Genial, Ian —dijo Rowan a mis espaldas—. Hiciste maravillas ahí atrás.

Era un mentiroso o un gran optimista.

—Eh, sí, claro. Gran trabajo, Ian... —le hice eco, sosteniéndome con las manos a cada lado de la ventana. Necesitaba mantener las cosas en tono positivo—. ¿Y cómo, exactamente, es que voy a caber ahí?

—Brinca —dijo Ian—. Puedes pasar por encima de mí.

—Genial. —Pasé la pierna sobre la ventana y logré mantener la guía pegada al cuerpo mientras me trepaba a la consola central.

—¿Qué tienes? —preguntó Ian, estirándose para tomar el libro.

Lo lancé al asiento trasero de prisa.

—Una guía de turismo de Irlanda.

—Ah, claro. Donde leíste sobre el Burren —dijo Rowan.

—Sí.

Dudé, sin saber cuál sería mi siguiente paso. Evitar la torre de cosas no iba a ser un proceso sencillo.

—Tal vez puedes poner el pie en... —Comenzó Rowan, pero yo ya estaba en el aire, con las cosas de Rowan arañándose cada parte expuesta de mi piel. Caí sin una pizca de elegancia.

—Sin duda había una manera menos violenta de hacer eso.

Rowan alzó las cejas.

—Sin duda había una manera menos violenta de hacerlo, pero ninguna más entretenida.

Las vestiduras eran de un terciopelo crujiente y deslavado por el sol que olía un poco a queso. Y el asiento de Ian estaba tan cerca del mío que mis rodillas apenas cabían. Apreté las piernas tan bien como pude y retorcí la cara durante la contorsión; luego hurgué en la pila de cosas.

—¿Qué es todo esto, Rowan?

—Larga historia. —Encendió el auto y señaló el ojo morado de Ian—. Y, ¿me van a contar qué pasó o será el gran misterio del viaje?

—Pregúntale a ella. —Ian señaló con el pulgar hacia atrás—. Ella es la responsable.

Rowan se dio vuelta y me miró de forma juzgona.

—¡Guau! ¿Siempre eres tan agresiva?

—Siempre —respondió Ian por mí.

¿Era mi imaginación o había una delgada capa de orgullo encima de toda esa exasperación? Como fuera, no protesté. Que Rowan pensara que era peligrosa podía darme una ventaja.

—¿Listos? —preguntó Rowan.

Antes de que pudiéramos responder, pisó el acelerador y el coche se impulsó con tanta fuerza que la torre se estremeció y escupió un puñado de discos y un zapato. Una parvada se dispersó mientras zumbamos con violencia por el estacionamiento y nos adentramos a la iluminada carretera con rastros de pétalos de rosas que se levantaban a nuestro paso.

O, por lo menos, así imaginé nuestra salida. Había demasiadas cosas tapándose la vista como para saber cuál era la realidad.

Creí que una vez que estuviéramos en la carretera se aclararían algunas cosas. Por ejemplo, qué tenía que ver un sitio turístico al oeste de Irlanda con la banda favorita de mi hermano. Pero, en vez de explicarme algo, Ian sacó un gigantesco y garabateado mapa de Irlanda que, al parecer, había estado cargando en la mochila; Rowan circuló la caja de cereal, y los dos comenzaron a gritarse.

No eran gritos de enojo, sino gritos felices, en parte necesarios por el volumen de la música —pues, como nos explicó Rowan, la perilla del volumen del estéreo estaba extraviada— y en parte por la emoción. Era como si los dos tuvieran guardado un arsenal de cosas por decirse y, ahora que estaban cara a cara, tenían que expulsarlo todo o enfrentar su destrucción. Y Rowan era un nerd musical del mismo calibre que Ian, tal vez mayor. En diez minutos ya habían cubierto:

- Un músico de los ochenta llamado Bruce alguien que era famoso por componer sinfonías para guitarra que implicaban tener más de treinta guitarristas en el escenario al mismo tiempo.
- Algo llamado *violencia punk*, que Rowan argumentaba (e Ian concordaba con entusiasmo) que era el contrapeso natural al synth-pop que surgió en los primeros años de MTV.
- Por qué el término *indie* ya no significaba nada ahora que las enormes disqueras indies producían artistas en masa

Yo estaba dividida entre escuchar cómo Ian se desenvolvía en su elemento e intentar no tener un ataque de pánico cada vez que miraba la carretera. Rowan era el tipo de conductor al que todos los padres temen. Conducía a una velocidad apenas un poco por debajo de la barrera del sonido y tenía una especie de método psíquico para determinar qué curvas no requerían que se mantuviera en su carril.

Pero yo era la única que se preocupaba. La exaltada voz de Ian subió y subió hasta asentarse en el techo del auto, y su cuerpo alternaba entre sus tres formas favoritas de inquietud: la rodilla saltarina, los dedos tamborileros y el peinado nervioso. ¿No se suponía que debía explicarme ciertas cosas?

Mi teléfono silbó, así que lo busqué con torpeza. Dejé de escuchar la conversación mientras abría un mensaje gigantesco:

(1) ¡Gracias por su suscripción a los DATOS DE GATOS DE LINA, la divertida forma de dejar de ignorar a su mejor amiga y aprender sobre felinos en el proceso! ¿Sabía usted que cuando el gato familiar moría en el antiguo Egipto, los miembros de la familia llevaban su duelo rasurándose las cejas? Y, dato adicional: ¿Sabía usted que está en riesgo de que le rasuren las cejas? ¿De que lo haga yo? (Sobre todo porque llegas a Italia hoy y no he oído de ti en DIEZ DÍAS). Para poder recibir el doble de DATOS DE GATOS al día, por favor siga ignorándome. Gracias de nuevo por su suscripción. ¡Que tenga un MIAURavilloso día!

—¡Ay, no! —murmuré para mis adentros.

De inmediato, los mensajes de Lina comenzaron a llover como pequeñas bolas de pelo. Los familiares egipcios habían sido sólo el comienzo.

(2) Los gatos que caen de una altura de cinco pisos tienen una tasa de supervivencia de 90%. Las amigas que ignoran a sus amigas por más de siete días tienen una probabilidad de 3% de seguir siendo amigas (y sólo si tienen una muy buena excusa). Gracias de nuevo por su suscripción. ¡Que tenga un MIAURavilloso día!

(3) Los gatos pertenecen al grupo de los félidos. La gente que deja de hablarle a su mejor amiga es... de lo peor. Este no es un DATO DE GATO, es sólo un hecho. Gracias de nuevo por su suscripción. ¡Que tenga un MIAURavilloso día!

(4) En la década de los sesenta, la CIA convirtió a un gato en espía al implantarle un micrófono y una cámara en el oído y en la columna. Por desgracia, la misión del Gato Espía se vio interrumpida cuando después del implante corrió hacia el tráfico y fue atropellado por un taxi. Esto me recordó a aquella vez que decidiste visitarme en Italia y, luego, una semana antes de llegar, me dejaste de hablar por completo. ¿¿¿POR LO MENOS VAS A VENIR??? Gracias de nuevo por su suscripción. ¡Que tenga un MIAURavilloso día!

La culpa se me retorcía en el estómago. Tenía que responder a ese mensaje.

PERDÓN perdón perdón. Claro que voy a Italia.

Explico todo cuando llegue.

—¿Es Mamá? —La voz de Ian pasó por encima de la pila de cosas de Rowan para golpearme en la cara.

Tenía una hebra de cabello mojado cerca de la boca.

—Qué asco —dije, señalando el cabello—. Y no. Es Lina.

Mordió el mechón.

—¿Qué dice?

—Que está muy emocionada de vernos, ¿sabes? Porque los dos vamos a ir.
—Alcé las cejas mientras lo decía.

El humor a veces funcionaba de maravilla con Ian.

—Sigue soñando —dijo.

Supongo que no iba a funcionar ese día.

—¿Quieres cereal, Addie? —Rowan pasó su caja de Sugar Puffs por el espacio entre los dos asientos delanteros.

—No, gracias. —Me recargué en el asiento y me sobé el muslo.

Estar apretujada en ese espacio tan pequeño había hecho que me ardiera la pierna con punzadas como de agujas.

—¿Cuándo me van a informar, chicos?

—¿Informarte qué? —Ian se sacó el cabello de la boca, el cual rebotó alegremente sobre su hombro.

—De su plan maestro. —Apunté hacia el mapa—. Puedes empezar por decirme qué tiene que ver el Burren con Titletrack.

Ian sacudió la rodilla.

—Buen intento, hermanita. Tenemos una hora antes de dejarte en el aeropuerto y el trato es que te quedes callada hasta entonces. Así que quédate tranquila ahí atrás, ¿sí?

Odiaba cuando Ian usaba ese tono paternal conmigo. Sólo aparecía cuando intentaba establecer su poder como el hermano mayor. Quince meses no era mucho tiempo de experiencia adicional, pero según él toda la creación había ocurrido en ese periodo.

—¿Qué trato? No hicimos ningún trato.

Se dio vuelta, con una saltarina sonrisa que me tomó desprevenida. Incluso conmigo ahí, estaba más feliz de lo que había estado todo el verano.

—Que entraras al auto conmigo fue prueba de que aceptabas los términos y condiciones. Fue un arreglo contractual.

—Déjame adivinar: tú estás a cargo de los términos —pregunté.

—Exacto. —Me dio una palmadita condescendiente en el brazo—. Ya estás entendiendo.

Le empujé la mano.

—¿Sabes qué? No importa. De hecho, es muy buena idea. En vez de pensar en un viaje por Irlanda que no vas a hacer, puedo pasar mi tiempo admirando el paisaje y pensando en lo bien que la vamos a pasar en Florencia.

—Sigue soñando, hermanita.

Los ojos de Rowan se encontraron con los míos en el reflejo del retrovisor, las orillas de su boca volteadas en una entretenida sonrisa. Había esperado que intercediera por mí —a final de cuentas, había sido él quien había sugerido que usáramos ese corto viaje para poner todas las cartas sobre la mesa— pero, en cambio, él e Ian se sumergieron de nuevo en su conversación. La fuerza de la música era demasiado grande.

Estiré la espalda hacia el frente para buscar pistas en el mapa de Ian. Una hilera de «X» formaban una espiral que crecía desde la parte inferior de Irlanda; cada lugar rodeado de pequeños torbellinos escritos con la diminuta letra de Ian. La mayor parte de la escritura estaba concentrada alrededor de seis puntos enumerados:

1. *Poulnabrone*
2. *Slea Head*
3. *Torc Manor*
4. *Pub An Bohair*
5. *Roca de Cashel*

Y, el gran final, en letras grandes:

ELECTRIC PICNIC

Genial. Podía reconocer un proyecto de Ian tan pronto como lo veía. Cada vez que encontraba algo que le interesaba, se sumergía y no había negociación o convencimiento suficientes que lo alejaran de ello. Una vez que se comprometía, se metía de lleno. Eso lo hacía un atleta tan increíble. Saqué su nota de mi bolsillo trasero.

Addie:

Cambio de planes. No voy contigo a Italia. Dile a Lina y a su papá que tuve que regresar a casa para entrenar. Dile a Mamá y a Papá que estoy contigo. Nos vemos para el viaje de vuelta. Te explico después.

Ian

¿Era en serio? Me impulsé hacia adelante de nuevo y le embarré el papel en la nariz.

—¿Esta fue tu nota, tu gran explicación? ¡Ni siquiera parece tu letra! ¡Podría haber pensado que te secuestraron!

Ian se sobresaltó, como si se le hubiera olvidado que yo venía ahí atrás. Tal vez sí lo había olvidado. Me arrancó la nota de la mano.

—Intenté ser breve.

—Lo lograste —dije.

—Déjame verla. —Rowan tomó la nota y la leyó en voz alta; su musical voz la hizo sonar aún más críptica—. ¡Guau! Es pésima.

Ian tomó el papel y lo metió en su mochila.

—Quería hacerla como en las películas de guerra, donde la gente sólo recibe la información que necesita. Así, cuando los captura el enemigo, no les pueden sacar más información cuando los torturan.

—¿Cuando los torturan? —dije incrédula.

Hundió los hombros con timidez.

—Ya sabes a qué me refiero. Pensé que sería mejor si no tenías toda la información a la mano.

—Todavía no la tengo. —Jalé mi pierna y la logré sacar del resquicio en el que estaba.

Si Ian no iba a decirme qué estaba pasando, tal vez Rowan lo haría. Fijé los ojos en su nuca. Su cabello era un poco más largo ahí.

—¿Quién eres exactamente? —pregunté con mi voz más amigable, aprobada por Catarina.

Catarina era muy aficionada a la curiosidad como método de persuasión. Comienza por mostrarte interesada.

No sé si fue mi pregunta o mi burbujeante tono, pero sus ojos se dirigieron a mí con cautela.

—Soy Rowan. ¿Nos conocimos en el hotel? ¿Me dijiste que tenía el trasero caído?

—Eso suena sucio —dijo Ian.

—Era el escape —grité, rompiendo el juego—. Olvídalo. Esa parte no tiene importancia. Lo que quiero saber es por qué tú —señalé a Rowan—, que eres claramente irlandés y mi hermano —señalé a Ian—, que es claramente

estadounidense, actúan como si fueran mejores amigos. Y no me vuelvan a decir que se conocieron *en línea*. Las personas que se conocen en línea no terminan las oraciones del otro.

—¿No es esta una violación de los términos y condiciones? —preguntó Rowan, haciendo referencia a lo que Ian había dicho antes.

Ian esbozó una sonrisita sarcástica equivalente a chocar las palmas con él.

—Cierto. Es una clara violación... —comencé, pero hice una pausa para pensar.

Lo que necesitaba era un argumento coherente. Había funcionado antes, cuando convencí a Rowan de que me diera las llaves.

—Rowan, la cosa es que es mucho más probable que apoye los planes de Ian si sé qué está pasando.

—Sí, claaaro —dijo Ian, estirando la palabra.

—De verdad —insistí—. No vine con ustedes a su primera parada para sentarme aquí atrás a escucharlos discurrir sobre la industria musical.

Decir *primera parada* parecía una peligrosa concesión. Sugería la posibilidad de que su viaje continuara.

Rowan quitó las dos manos del volante para ajustarse los anteojos.

—Tiene razón. Por eso vino: para tener tiempo para hacerse a la idea.

«O convenceste de que es una mala idea», agregué para mis adentros.

—Está bien. Que te convenzan sus planes malévolos. Pero no vengas a llorar cuando haga de tu vida un infierno. —Ian se dejó caer pesadamente contra la ventana.

Siempre pensaba que Ian se había equivocado de vocación al no dedicarse al teatro.

Rowan alzó la cara con curiosidad y me miró por el retrovisor.

Me encogí de hombros.

—Por favor, continúa. Yo te informo cuando mis planes malévolos surtan efecto.

Su hoyuelo me guiñó.

—Bien. Pues Ian y yo hablamos mucho, casi todos los días. Y nos conocemos desde el verano pasado. Bueno, supongo que *conocernos* no es la palabra correcta, ¿o sí? —Silencio de Ian; Rowan continuó con nerviosismo—. Primero, yo conocía sólo su trabajo. Leí la primera serie de artículos y luego comenzamos a escribirnos correos. Después...

—¿La primera serie de qué? —interrumpí.

Ian soltó un quejido bastante audible, y las cejas de Rowan se torcieron, confundidas.

—Lo siento, creí que ya se conocían. Addie, te presento a Ian, popular periodista musical adolescente. Ian, conoce a Addie, excelente tacleadora de estacionamiento.

¿Periodista musical? Golpeé las rodillas contra el respaldo del asiento de Ian.

—Es broma, ¿verdad?

Rowan se aclaró la garganta.

—Eh, perdón, pero ¿es *esto* una broma?

—Escribo artículos, Addie, ¿ya? —Subió los pies al tablero y se jaló las agujetas con rabia—. Tenía un blog, pero ahora me pagan por escribir artículos en revistas en línea.

—Ja, ja —dije—. Y también te encanta *Mi pequeño pony*, ¿no?

—¿Cómo les dicen a esas personas? —preguntó Rowan—. ¿*Bronies*?

Ian me lanzó una mirada sucia como el lodo y me sobresalté. Hablaba en serio y se sentía herido. Lo podía ver en cómo empujaba la mandíbula hacia adelante.

—Momento. ¿De verdad tienes un blog? ¿En internet y así?

—Sí, en internet. ¿Dónde más? —refunfuñó.

—Pero... —dudé, a la espera de que las piezas se acomodaran como solían hacerlo. No lo hicieron—. ¿Tienes un blog *blog*? ¿Uno de esos donde publicas entradas?

—Sí... ¿una de esas páginas personales? Son bastante informales —agregó Rowan intentando ser de ayuda y sonar bondadoso—. Es muy fácil abrir uno.

Parpadeé un par de veces. Cualquiera otra persona se habría burlado de mí. Era demasiado bueno para su propio bien.

—Gracias, Rowan, pero no es el concepto de un blog lo que me tiene confundida. Me está costando trabajo procesar que Ian tenga uno.

La idea de que Ian llegara a casa después de entrenar y vaciara sus sentimientos en un diario electrónico estaba tan lejos del plano de la realidad que prácticamente era inexistente.

—¿Por qué no puedes creerlo? —exigió saber Ian con los labios apretados en una delgada línea.

Sonaba idéntico a cómo soné yo la noche anterior al hablar con Archie. «¿Qué? ¿Crees que es imposible que a un popular jugador de americano le guste alguien como yo?».

—Porque los atletas no tenemos permiso de hacer nada que no sea deporte, ¿verdad? Gracias por el estereotipo.

—Ay, Ian, nadie te está estereotipando.

Desde hacía tiempo, Ian cargaba con un enorme resentimiento por ser visto como *el deportista*, lo que en realidad era imposible de hacer cuando se esforzaba tanto por mantener una imagen alternativa. Como fuera, ¿por qué le molestaba tanto? Lo elevaba al rango de dios de la preparatoria.

—Es que no entiendo cómo tienes tiempo para escribir. Durante el año escolar siempre estás haciendo deporte o tarea.

—Me hago tiempo —dijo Ian—. Y ¿qué crees que he estado haciendo todo el verano?

Por fin algo tenía sentido. Cuando no estuvo en los entrenamientos, Ian pasó el resto del verano pegado a la computadora.

—Mamá dijo que estabas escribiendo tus ensayos de admisión para la universidad.

Soltó uno de esos ruidos que a veces podían pasar por risa.

—Por supuesto que no estaba haciendo ensayos de admisión. A menos de que cuentes un portafolio para escuelas de periodismo como solicitudes de admisión. Si lo cuentas, entonces sí.

—¿Escuela de periodismo? ¿Por lo menos hay escuela de periodismo en Washington State?

Ian golpeó el tablero con las manos. Rowan y yo brincamos.

—No voy a ir a Washington State.

—Caray. ¿Ian, estás bien? —preguntó Rowan.

Ian alzó la barbilla un poco, como si se preparara para pelear.

—¿Cómo que no vas a ir a Washington State? Te reclutaron a principios del verano. Te van a dar una beca completa —le recordé.

Y, si esa beca no funcionaba, habría otra. Buenas calificaciones + buen jugador = dinero.

—No me importa la beca deportiva —dijo Ian, bajando la voz a punto de ebullición.

—¿Qué? ¿Ganaste la lotería?

—Pónganme al corriente, por favor —interrumpió Rowan en un tono de confusión desbordante—. Ustedes dos, claramente, son hermanos. ¿Los separaron al nacer? ¿Mamá se llevó a uno y Papá al otro? ¿O acaban de aprender a hablar y por eso nunca se habían comunicado antes?

Las puntas de las orejas de Ian se tornaron rojas.

—Es bastante difícil comunicarse con alguien que pasó todo el verano mintiéndote.

Tomé el respaldo de su asiento. Yo también tenía las orejas tan rojas como las suyas. Era la señal inconfundible de nuestra furia.

—No intentes ligar esto con Cubby. Además, mira quién habla. Al parecer tienes una vida secreta.

—No es una *vida secreta* —respondió, imitando mi voz—. Fue sólo este verano. Y te habría dicho si no hubieras estado tan ocupada saliendo a escondidas con Cubby.

—Deja de hablar de eso —grité.

Rowan pisó el freno de Trébol con firmeza, lo que nos lanzó a Ian y a mí hacia adelante. Si no hubiéramos sido los únicos en la carretera, sin duda nos habrían chocado.

—Miren, chicos —comenzó Rowan—. Entiendo que tengan algunos problemas, pero he presenciado suficientes discusiones como para dos vidas enteras. Así que, Ian, ¿por qué no le informas a Addie de lo que parece ser tu doble vida? Yo también tengo bastante curiosidad por saber cómo lograste mantener todo esto en secreto en tu familia.

—No es tan difícil. Si no es fútbol americano, a nadie le importa lo que haga. —Bajó los hombros; la tensión le enmarcaba los ojos—. Está bien. ¿Qué quieres saber, Addie?

¿Por dónde comenzar?

—¿Cómo se llama tu blog?

—Mi Léxico —dijo Ian.

—¿Cómo se escribe? —saqué mi teléfono y tecleé mientras Rowan deletreaba.

El blog no sólo existía, sino que se veía más profesional de lo que un chico de diecisiete años debería poder hacer, con un elegante tema monocromático y MI LÉXICO escrito en mayúsculas en la parte superior.

—Es una referencia a Bob Dylan —explicó Rowan antes de que lo preguntara—. «Las canciones son mi léxico. Creo en las canciones».

Ian se cruzó de brazos, molesto.

—El blog es como conseguí el trabajo en IndieBlurb. Escribo una columna semanal ahí.

—Se llama «La Semana de Indie Ian en Cinco» —dijo Rowan.

—¿Indie Ian? ¿Es como tu personaje? —Esperé a que alguno de los dos sonriera, pero ninguno lo hizo—. Está bien. ¿Qué son los Cinco?

—Son categorías musicales. —Ian las enlistó con los dedos—. Cumple con las expectativas, sobrevalorado, *cover*, clásico y desconocido. Cada semana escojo una canción para cada categoría. —Exhaló con fuerza—. ¿Por qué te cuesta tanto trabajo crearlo? Siempre me ha gustado escribir. Y la música. Intenté entrar al periódico de la escuela el año pasado, pero el entrenador no me dejó. Dijo que no quería que me distrajera.

¿El entrenador dijo eso? Me inundó una avalancha de instinto protector de hermana. Rowan intervino.

—Ian es muy popular en Twitter. Cada vez que publica algo, circula el hashtag #IndieIanHabla. Así es como lo encontré.

—No soy muy popular —dijo Ian con modestia, escarchada con un poco de orgullo.

—Tienes diez mil seguidores. ¿Cómo es que eso no es ser muy popular? —dijo Rowan.

¿Diez mil?, nada mal.

Ian se sacudió el cabello de los ojos.

—No. Nunca he tenido diez mil. Siempre que me acerco, publico algo en la categoría de «sobrevalorado» que ofende a la gente y hay un éxodo. Mi tumba va a decir «Siempre le faltaron cincuenta seguidores para los diez mil».

Rowan resopló.

Volví a sacar mi teléfono para comprobar la cuenta de Twitter. La foto de perfil de @IndieIan11 era un acercamiento de sus ojos y su cabello largo que enmarcaba el lado derecho de la foto; 9.9 mil seguidores. Una enorme fiesta a la que no había sido invitada. Ni siquiera sabía que estaba ocurriendo.

Apreté el teléfono con fuerza mientras un rebaño de sentimientos me galopaba por el pecho. Por lo menos ahora sabía por qué Ian había estado tan distante todo el verano. Había estado llevando una vida secreta.

—¿Por qué no me contaste nada de esto? —pregunté.

Ian sacudió la cabeza.

—¿Por qué lo haría? No es como que le hagas caso a lo que te digo.

Excusa barata.

—Ian, por última vez: esto no tiene nada que ver con Cubby. Si Rowan te encontró hace un año, eso significa que estabas —dudé— *periodisteando* mucho antes de que Cubby y yo comenzáramos a salir.

—*Periodistear*. Me gusta. —Rowan bien podría haber traído un uniforme de árbitro puesto; estaba desesperado por detener la pelea.

Ian, impaciente, volteó hacia atrás.

—Dime otra vez, ¿planeas decirle a Mamá y a Papá sobre Cubby durante o después de tu viaje a Florencia?

—Ian, ya lo hablamos mil veces. No les voy a decir.

—Mis palabras vibraron por todo el auto. ¿Cómo había brincado a eso?—. Y no es mi viaje a Florencia; es *nuestro* viaje.

Ni siquiera yo sonaba convencida.

La primera vez que le mentí a Ian en la vida fue sobre Cubby y fue sorprendentemente fácil.

Fue durante nuestra última excursión juntos. De inmediato supe que había algo diferente en este viaje en comparación con los otros. Por lo general, nuestras excursiones eran a los últimos y más recientes descubrimientos de mi hermano, pero no esta vez.

—He estado viniendo aquí desde que me dieron la licencia de manejo —dijo mientras yo apuntaba con la linterna al ojo visible del troll, que brillaba como un foco.

Los autos zumbaban en el paso a desnivel encima de nosotros.

Ian trepó por la mano retorcida de la estatua y se asentó en el hueco entre la cabeza y el cuello. Dejé que mi luz vagara por la estatua. El troll de concreto tenía unos seis metros de altura, y una de sus robustas manos apretaba un auto de tamaño real.

—¿Por qué nunca había estado aquí?

Ian se estiró sobre el brazo.

—Me gusta venir después de los entrenamientos, a pensar.

—¿Pensar en qué? ¿Cómo vas a dominar el siguiente partido? —Lo molesté.

Hizo un ruido con la garganta y cambió el tema de prisa.

—¿Ya viste lo abultado que está el troll? Es porque la gente lo pinta con grafiti y la única manera de borrar las pintas es cubrirlo con más cemento.

—Buen cambio de conversación —dije.

A últimas fechas, Ian había evadido todas las preguntas relacionadas con el fútbol americano. Pero esa noche, yo no iba a insistir. Era lindo estar con él. Sentía como si no hubiera pasado mucho tiempo con él.

Me guardé la linterna en la sudadera y batallé por acompañarlo. Durante un rato, escuchamos el paso rítmico de los autos encima de nosotros. Los ruidos predecibles eran reconfortantes. Entendí por qué a Ian le gustaba estar ahí.

—¿Dónde estabas ayer en la noche? —preguntó de pronto y mi corazón se aceleró más que los autos en la carretera.

Evité mirarlo a los ojos.

—Me acosté temprano.

Negó con la cabeza.

—Entré a tu habitación para preguntarte si querías ver SNL conmigo. Tampoco estabas el martes en la noche. ¿Cómo te sales? ¿Por la ventana? Se necesitan muchos pantalones para bajar por la ventana de Mamá y Papá.

Muchos pantalones en efecto. Sobre todo para alguien que medía metro y medio si se paraba de puntas e intentaba bajar por un árbol cuyas ramas estaban separadas unos tres metros.

—Seguro estaba en la cocina —dije, sorprendida por la facilidad con la que la mentira me había salido de la boca.

Nunca le había mentado a Ian, ni siquiera lo había considerado. Pero supongo que por fin tenía una razón para hacerlo. Una pequeña sonrisa me invadió el rostro. No pude evitarlo.

Ian alzó las cejas.

—Ahora que sé que te has estado escapando, la pregunta es: ¿con quién te has estado escapando?

Apreté los labios; sellé el secreto. A veces sentía como si todo lo que tenía hubiera sido de mis hermanos en algún momento. Y, por más que los quisiera, me encantaba la idea de tener algo que fuera todo mío.

Unos segundos después, Ian soltó un suspiro largo y exagerado.

—Okey. No me digas. —Se deslizó del troll y cayó pesadamente en el suelo con los pies—. Pero sabes que me voy a enterar.

Llevarme al troll fue el intento de Ian por descubrir mi secreto: yo te muestro el mío, tú me dices el tuyo.

Por desgracia, no sería yo quien se lo diría.

El auto de Rowan aceleró por la carretera mientras yo veía cómo Irlanda se transformaba en algo remoto y feroz. Estructuras de piedra sin techos enmarcaban el estrecho camino; el moho las cubría de un suave verde. Todo se veía abandonado, lo que, por alguna razón, hacía que mi reloj interno corriera más de prisa. Tenía menos de una hora para convencer a Ian de abandonar su plan.

Por suerte, tenía un arma secreta. Dos semanas antes, mi mamá y yo condujimos una hora hacia el norte para visitar a su tía, y me vi obligada a escuchar una nueva grabación de Catarina Hayford titulada *Modos de persuasión*. En ese entonces creí que nunca la iba a necesitar. Pero en esta ocasión requería de ayuda especializada. Paso uno: muestra curiosidad.

—Exacto, ¿qué tiene que ver el Burren con Titletrack?

El golpe bajo el ojo de Ian me dirigió una mirada acusatoria.

—Mira, Catarina. El plan es que vas a recibir sólo la información que necesitas. Además, nadie te invitó, así que deja de hacer preguntas.

—No era Catarina —respondí con violencia.

Supongo que él también había escuchado esa cinta.

—Claro que sí. Regla número uno —dijo en una sorprendentemente buena imitación de la ronca voz de Catarina—: muestra curiosidad.

—Les preguntaría quién es Catarina, pero seguro que los dos me querrían arrancar la cabeza —dijo Rowan.

—Es un tema seguro —afirmó Ian—. Es una gurú de los bienes raíces que pasa todo su tiempo libre en salones de bronceado. Transformó a nuestra mamá en una magnate de los bienes raíces.

—No sabía que su mamá trabajaba en bienes raíces. —Rowan deslizó la mirada curiosa hacia Ian.

Para alguien tan cercano a mi hermano, sabía realmente poco sobre él. Ni siquiera sabía el nombre de Walt.

—Regla número dos: nunca encuentres a tu cliente a medio camino. Ve siempre hasta donde ellos quieren. —Ian se pasó una mano por el cabello, se lo acomodó detrás del hombro y apretó los labios de manera convincente—. Regla número tres: sé realista y optimista. El futuro es de quienes tienen esperanzas.

Le di un golpe en el hombro.

—Ya, Ian.

Ian resopló y dejó de imitar a Catarina y se agachó para mirar por la ventana.

—¿Aquí es Corfin, Rowan?

—No. Ese fue el primer pueblo. Este es Killinaboy. Y voy a desechar tus términos y condiciones. —La mirada de Rowan aterrizó sobre mí, ligera como una mariposa—. Tu hermana necesita saber qué estamos haciendo.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó.

—Porque, si sabe por qué te vas sin ella, tal vez su reacción sea menor.

—Rowan, créeme: su reacción no será menor —dijo Ian.

—Estoy aquí, ¿eh? —les recordé.

Me quedé hipnotizada por otro intento de Rowan por acomodar sus anteojos. La forma en que los empujaba hacia arriba era la combinación perfecta entre nerd y adorable. Si no fuera porque parecía ser muy poco consciente de ello, habría creído que lo hacía a propósito.

—Ian, me empieza a caer bien tu amigo. Toma en cuenta los sentimientos de los demás, no como tú.

Mi intención había sido que aquello fuera gracioso, pero escuché el error en cuanto salió de mi boca. Ian se tomaba la lealtad muy en serio. Tan sólo sugerir que había decepcionado a alguien era suficiente como para hacerlo estallar.

Se dio vuelta.

—Claro, porque nunca me ha importado lo que sientes. Porque nunca, nunca te defiende ni te ayudo con la escuela ni arreglo tus desastres.

Mis mejillas hirvieron. ¿Acababa de poner en el mismo saco ayudarme con la escuela y a Cubby?

—¿En serio dijiste eso? —exigí saber.

Rowan interpuso su voz entre nosotros.

—Bien, chicos. Hablemos sobre Titletrack. Cuando recién empezaban, no lograban que nadie los contratara, así que comenzaron a publicar sus canciones en línea y a tocar en pubs por Irlanda. Llegó un momento en el que convencieron a una estación de radio de poner una de sus canciones, y fue pedida tantas veces que terminó en el Top 10 de las listas. Después de eso, las disqueras no podían ignorarlos. —Hubo una larga e incómoda pausa, pero la descripción y su extraña incursión habían funcionado. Ya no estábamos peleando. Ian se hundió en su asiento, con el mentón sobre el pecho. Rowan continuó, tal vez con la esperanza de prevenir otra erupción—. Y el último

concierto de Titletrack es en tres días. Lo anunciaron a principios de año y juraron que no van a hacer esa estupidez que hacen las bandas cuando se retiran y luego hacen un montón de giras de reunión.

—Odio eso —dijo Ian, reencauzando su ira.

¿Era el último concierto de Titletrack? La situación era más complicada de lo que creí al inicio.

—¿Y qué tiene que ver el Burren con todo eso? —pregunté de nuevo con cierta cautela.

Rowan tomó la estafeta otra vez, con valentía.

—Entonces, la idea de Ian, que fue brillante, debo agregar, es visitar algunos de esos lugares de los primeros años que fueron importantes para la banda y escribir un artículo que culmine con el picnic. Es como seguir sus pasos hasta Electric Picnic. —Hizo una pausa—. ¡Ian, así deberías llamarlo!

—Hmmm... —dijo Ian, sin comprometerse.

—Como sea, el Burren es donde filmaron su primer video, para una canción que se llama «Classic» que, en mi humilde opinión, es la mejor canción del mundo.

—Lo es —confirmó Ian.

Se inclinó hacia adelante y el cabello le cayó en cascada alrededor del rostro.

—Te la puse un par de veces de camino a la escuela. Es la que habla de la resbalosa simpleza.

Sí recordaba la canción. Incluso la había pedido algunas veces, sobre todo por la forma en que el cantante pronunciaba *resbalosa simpleza* como si tuviera un caramelo en la boca.

—Bien —dijo Rowan—. Vamos a documentar todo el viaje con publicaciones de Ian en su blog y en las redes sociales. Luego, cuando terminemos, enviaré el artículo completo a una publicación grande.

—Tal vez la envíe a una publicación grande —dijo Ian de prisa.

—¿Cómo que *tal vez*? —La voz de Rowan sonaba incrédula—. Si tú no lo haces, lo hago yo. Tu escritura tiene la calidad necesaria, sin duda, y tengo toda una lista de revistas irlandesas de música que se volverían locas por el artículo.

—Entonces este es un viaje de fanatismo investigativo —dije.

Cada dato nuevo con el que me topaba me empujaba un poco más a perder la esperanza.

—Exacto. —Rowan dio un golpe al aire con entusiasmo—. ¿Y la boda de tu tía? La coincidencia más maravillosa en la historia del universo.

Ian le sonrió a Rowan, parecía haber olvidado el enojo. De cero a cien y de cien a cero. Podía suceder en cualquier dirección. Después de años de peleas debería haber estado acostumbrada, pero aún me sorprendía a veces. Sobre todo ahora, cuando pensé que íbamos de camino a otra pelea gigante, como la del acantilado.

—No podía creerlo —dijo Ian—. Digo, ¿cuál era la probabilidad de que estuviera en Irlanda para su último concierto?

¿Para Ian? Bastante altas. A la vida le gustaba hacer que las cosas le salieran bien a Ian.

Me hice bolita en el asiento trasero, mientras una delgada capa de resignación se asentaba sobre mí. Irlanda era encantadora; Rowan era el alma gemela de Ian, y la banda favorita de Ian iba a dar un concierto único. Perdí antes de entrar siquiera a la batalla.

Me acurruqué con determinación, enganchando los brazos alrededor de las piernas.

—Necesito que no se tarden en el Burren. Ian, ¿cancelaste tu boleto a Italia? Ian comenzó a voltear hacia atrás, pero se detuvo a medio camino.

—No, pero hablé con la aerolínea. Cuando no me presente, le darán mi asiento a alguien más. —Tuvo la compasión suficiente para no aderezar su tono de voz con ánimo victorioso.

Italia y Lina me llamaban, cálidas y tentadoras. Sol, *gelato*, motonetas, espagueti, mi mejor amiga. Cerré los ojos y me aferré a la imagen. Dejar a Ian en Irlanda no era lo que había pensado, pero tal vez sería bueno para los dos. La siguiente hora no podía pasar más de prisa.

—Está bien —dije, dejándome caer abatida contra el respaldo del asiento—. Tú ganas. Tú siempre ganas.

El Burren

Ah, el Burren. An Bhoireann. El lugar de piedra. Tal vez el intento de paisaje más desolado, parco y miserable en la viña del Señor. Uno de sus primeros admiradores dijo alguna vez: «No hay un solo árbol de donde colgar a un hombre, agua para ahogarlo ni tierra para enterrarlo».

Te va a encantar.

Pero antes de que este romance comience, revisemos un poco de la geografía de Irlanda. Hace trescientos cuarenta millones de años, la isla Esmeralda se veía un poco diferente a como se ve hoy. No sólo no había pubs ni preadolescentes vagando por las tiendas departamentales, sino que estaba cubierta de agua, un enorme océano tropical que, de hecho, estaba completamente repleto de vida. Animales, peces, plantas, lo que te imagines, todos navegando por ahí, atacándose unos a otros con una cierta dicha barbárica. Pero, como nos han enseñado todas las películas de Disney, en algún momento esas criaturas tienen que morir (por lo general de forma horrenda y frente a sus crías) y, conforme sus huesos se acumularon en el fondo del mar, una ancestral receta primordial se puso en marcha, una receta que podría resumirse con la siguiente ecuación:

$$\text{huesos} + \text{compresión} + \text{millones de años} = \text{piedra caliza}$$

Y eso fue precisamente lo que se formó: piedra caliza. Quince kilómetros cuadrados de piedra caliza, de hecho. Y una vez que terminó su turno como suelo marino, esa piedra caliza subió a la superficie para formar el paisaje único y magro en el que tus piecitos están ahora parados. Lo que me lleva a otra ecuación, no del todo relacionada pero sí de mucha ayuda:

$$\text{valor} + \text{tiempo} = \text{corazón reparado}$$

Si lo ponemos así, parece posible, ¿no, mi niña? Quiero decir que el hecho de que lograste llegar a la isla Esmeralda me deja ver que tenemos la parte del valor bajo control. En

cuanto al tiempo... pues, ya llegará. Minuto a minuto, hora por hora, el tiempo se estirará, se ampliará y se comprimirá hasta que un día te encuentres parada sobre la superficie de algo que acaba de surgir y vas a pensar: «Oh, lo logré».

Lo vas a lograr, corazón. De verdad lo vas a lograr.

TAREA PARA EL CORAZÓN ROTO: ¿Ves esas flores que salen de entre las piedras, cariño? No te preocupes, no voy a lanzarte una larga y torturada metáfora sobre la belleza del dolor. Pero sí quiero que recojas algunas de esas flores, una por cada una de tus personas. Por *tus personas* me refiero a aquellas con las que puedes contar mientras navegas en estas aguas. Pon un círculo de ellas a tu alrededor y absorbe su poder. Asegúrate de tomar una por mí.

—Fragmento de *Irlanda para corazones rotos: una guía poco convencional de la isla Esmeralda*, tercera edición

—¿Qué es lo que estoy viendo? —le pregunté a Rowan mientras él enfilaba el auto a un pegajoso estacionamiento.

El Burren era más invasión violenta que paisaje. En un principio era sutil, unas cuantas rocas planas que coloreaban el campo como lirios, pero gradualmente la proporción de piedra a césped creció hasta que el gris consumió por completo al alegre verde. Para cuando Rowan bajó la velocidad para estacionarse, estábamos rodeados de roca fría y deprimente. Un letrero mostraba el nombre POULNABRONE.

La señora de la guía había dicho que el Burren era deprimente, pero esto era demasiado.

Ian señaló una pequeña y triste estructura a la distancia. Estaba listo para arrancar, con el cinturón de seguridad desabrochado y libreta en mano.

—Poulnabrone es una tumba. Tiene más de dos mil años.

Entrecerré los ojos, lo que convirtió a la tumba en una mancha gris.

—¿Una tumba? Nadie me dijo nada sobre una tumba.

Rowan detuvo el auto e Ian se lanzó con los pies por delante por el marco de la ventana, con la libreta asegurada bajo el brazo.

—¡Los veo allá! —gritó por encima del hombro.

Sus tenis chapoteaban mientras corría hacia la tumba.

Rowan silbó con admiración, manteniendo la mirada fija sobre mi hermano. Se quedó callado desde que acepté mi derrota ante el plan de Titletrack. Ian había hablado más, pero se veía un poco incómodo, como si trajera una sudadera con una etiqueta que le picaba. Detectar la culpa en Ian era un arte delicado; su energía natural lo hacía difícil.

—Parece una de esas lagartijas Jesucristo. ¿Sabes? Una de esas que corren tan rápido que pueden caminar sobre el agua —dijo Rowan.

Me impulsé hacia el asiento del copiloto.

—Prométeme que no se lo vas a decir. Lo que menos necesitamos es que Ian desarrolle complejo de Mesías, aunque sea de lagartija Mesías.

El hoyuelo reapareció.

—Te lo prometo.

El estacionamiento era un largo y fangoso charco que se metió en mis tenis en cuanto toqué el suelo. Un delgado manto de nubes cubría el sol, borrando siquiera la ilusión de calor, y me abracé con mis propios brazos desnudos. ¿Por qué nadie se había molestado en informarme que Irlanda era el equivalente climático de un congelador industrial? Una vez que llegara a Italia, planeaba pasar mis primeras horas ahí horneándome al sol como una barra de *ciabatta*. Y hablando con Lina.

«Lina lo sabrá pronto». Un violento escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Tienes frío? —preguntó Rowan al mirarme por encima del auto.

—¿Por qué lo dices? —pregunté en broma.

Mis dientes estaban a unos segundos de castañetear.

—Tal vez porque estás temblando como un cachorrito en uno de esos anuncios contra la crueldad animal. ¿También los pasan en Estados Unidos? «Por tan sólo 63 centavos al día, tú también puedes evitar que una chica rubia tiemble...». Salían en la televisión todo el tiempo.

—Sí, también los pasan allá.

Archie tenía debilidad por los animales, y, cuando éramos más chicos, esperábamos a que los comerciales aparecieran para llamarlo a la habitación y verlo soltar una lágrima. Los hermanos pueden ser crueles de formas muy particulares.

Cuando mi papá se enteró, nos dio un sermón sobre el hecho de que estábamos siendo crueles con un comercial de crueldad familiar, y tuvimos que donar nuestras mesadas a una asociación de rescate animal.

Me jalé los shorts.

—Cuando empaqué, estaba pensando en Italia, así que lo único que traje fue ropa de verano. No me imaginaba que en Irlanda siempre hay un invierno como del Ártico.

—Y te tocó un buen día. Dame un segundo. —Se asomó adentro de Trébol.

Saqué el celular. 9:03. Quería estar en el aeropuerto a las diez.

—Oye, Rowan, ¿cuánto tiempo nos tomará llegar al aeropuerto? —pregunté.

—Unos cuarenta y cinco minutos.

—Entonces más nos vale que esta parada no dure mucho. No quiero llegar apurada.

Resurgió del auto con el cabello un tanto revuelto.

—¿Qué es esto, Addie?

Por un momento pensé que hablaba del suéter azul marino que tenía enredado en un brazo, pero luego me di cuenta de que tenía algo más en la otra mano: la guía.

—¡Rowan, eso es mío! —Avancé a tropezones hacia él; una avalancha de vergüenza se me venía encima.

Estudió la portada.

—Sí, ya sé que es tuyo. ¿Es la guía de la que hablabas? ¿Por qué dice algo sobre los corazones rotos?

—Necesito que me lo devuelvas. —Brinqué y él me dejó arrancarle el libro de las manos.

Lo presioné contra mí.

—¿Por qué estabas husmeando entre mis cosas?

—Estaba buscándote un suéter y el libro estaba debajo del asiento. Pensé que era uno de los míos. —Dio un paso hacia mí—. Pero ahora tengo curiosidad.

Sus ojos eran suaves, como los de un cachorro, y sentí que estaba a punto de ceder. Además, explicarle lo de la guía no implicaba contarle todo sobre mi desamor.

—Lo encontré en la biblioteca del hotel. Habla de sitios importantes en Irlanda y te deja tareas para hacer en cada lugar. Se supone que te ayuda a superar un corazón roto.

—¿Y de verdad crees que funcione?

La urgencia en la voz de Rowan me hizo disparar los ojos hacia arriba. Miraba la guía con voracidad.

—Eh... no estoy muy segura —dije—. La autora es un poco excéntrica, pero parece que sabe de lo que habla. ¿Quién sabe? Tal vez funcione.

—¿Entonces estás usando el libro para superar a Cubby? —persistió.

¿Ahora él también quería hablar de Cubby? Me enderecé para detenerlo, pero debió haberlo visto venir porque se arrepintió de prisa.

—Perdón. Eso es demasiado personal. Es sólo que yo, eh... —Empujó sus anteojos hacia arriba y jugueteó con el armazón—. Yo también he tenido que lidiar con un corazón roto. —Sus ojos se encontraron con los míos, y esta vez su mirada parecía una súplica—. Así que, si has descubierto alguna guía mágica para superarlo, por favor no me la ocultes.

La vulnerabilidad en sus ojos hizo que mi corazón se enterneciera y, antes de que pudiera sacarme de ese estado, puse el libro en sus manos y las palabras se me escaparon.

—Tal vez deberías intentarlo. Hay una tarea para el Burren, y te puedo ayudar si quieres. —Siempre hacía lo mismo: cada vez que alguien sufría, yo quería arreglarlo de inmediato—. Si quieres, puedo dejarte el libro en el auto. Podrían detenerse en los sitios de camino al festival.

Le dio vuelta en sus manos y levantó los ojos lentamente hacia los míos.

—¡Guau! Qué linda. —Se mordió el labio—. También quería pedirte disculpas por mi participación en impedir que Ian fuera a Italia. De haber sabido...

Lo detuve con un movimiento de la mano.

—Sobreviviré. Y de verdad necesito tiempo de calidad con Lina, así que tal vez sea mejor que Ian no esté ahí.

Rowan asintió; luego alzó animoso el libro, con un rayo de esperanza atravesándole el rostro.

—Si no te molesta, creo que voy a intentar eso de las tareas.

—Claro que no. No me molesta —dije, ansiosa. El vientre me pulsaba como hacía siempre que ayudaba a alguien.

—Entonces te veo por allá. Y ten, para ti. —Me lanzó el suéter azul marino y yo me lo puse cuanto antes.

Olía un poco a cigarrillo y me caía hasta las rodillas, pero se sentía fantástico, como recibir un abrazo justo cuando te das cuenta de que te hace falta uno. Ahora, la tarea para el corazón roto. Me di vuelta y miré el paisaje gris y parco.

Flores silvestres. Ya.

Para mi suerte y la de mi tarea, el Burren de cerca se veía muy distinto al Burren desde el auto. Para empezar, tenía mucha más dimensión. Sí, rocas grises y planas cubrían 90% del terreno, pero el pasto y las flores explotaban en las ranuras entre ellas, brillantes flores silvestres se asomaban por donde podían.

Me alejé tanto de la tumba como me atreví y recogí un racimo de flores. Una vez que estuve segura de que Ian me estaba dando la espalda, comencé a colocar las flores una por una en un círculo, nombrándolas mientras lo hacía.

—Mamá, Papá, Walter, Archie, Ian, Lina y la señora de la guía —dije en voz alta.

Lo malo era que sólo uno de ellos sabía de mi desamor.

«Bien, señora de la guía, ¿ahora qué?». Metí los brazos al suéter de Rowan e hice un círculo despacio. ¿Cómo se suponía que rodearme de representaciones florales de *mis personas* me iba a hacer sentir mejor?

—¿Cómo va? —Levanté la mirada para ver a Rowan caminando hacia mí, con sus piernas de saltamontes llevándolo de roca a roca.

—Eso fue rápido —dije—. ¿Ya leíste el capítulo del Burren?

—Sí. Leo rápido. —Se detuvo; se quedó de manera respetuosa fuera del círculo—. ¿Está funcionando?

—No lo sé —dije con toda honestidad—. Más bien me siento bastante tonta.

—¿Puedo entrar?

Asentí y él dio un paso hacia adentro con una flor amarilla en la mano.

—Toma. Quería ser una de tus flores. —Retorció un poco el rostro—. Perdón. Qué cursi.

—Me pareció lindo —dije mientras pasaba el dedo por los suaves pétalos.

Ningún chico me había dado flores antes. Ni siquiera Cubby.

Puse la flor de Rowan junto a la de Ian. Luego —porque sentía como que debía hacer algo— di vuelta en un círculo lento y consciente, enfocando mi atención en cada flor, una por una. Cuando regresé a la flor amarilla de Rowan, él me miró expectante.

—¿Y? ¿Algo?

—Hmmm...

Me toqué el corazón. No me dolía menos, pero sí se sentía más ligero, como si alguien hubiera puesto sus manos debajo de las mías para ayudarme con el peso.

—De hecho, sí me siento un poco diferente. Deberías intentarlo.

—¿Tengo que hacer un círculo? —Un rubor de vergüenza le coloreó las mejillas—. ¿O decir sus nombres o algo así?

—Creo que puedes hacer lo que quieras. ¿Quieres estar solo?

—Sí —dijo con decisión—. Creo que sería mejor no tener público para esto.

Salí del círculo y me fui a alcanzar a Ian en el sitio. La tumba tenía unos tres metros de altura, con varias planchas de roca paradas en paralelo para formar los muros y una más encima para formar el techo. El lápiz de Ian raspaba con furia por su libreta. ¿Sobre qué podía escribir?

—Pues... está bien —dije para romper el silencio—. ¿Dices que aquí filmó Titletrack su primer video?

Ian no quitó los ojos de sus notas.

—Justo en donde estamos parados. La calidad era horrenda. Hay partes en las que apenas si puedes escuchar cantar a Jared. El camarógrafo tuvo un ataque de estornudos al minuto dos. Pero, aun así, tuvieron más de un millón de vistas. Así de buena es la canción.

Dejó caer la libreta a un costado y nos quedamos parados en silencio, con el viento golpeándonos en la espalda. El Burren se sentía tan solemne como una iglesia e igual de pesado. Las palabras de la señora de la guía se proyectaron en mi cabeza: «valor + tiempo = corazón reparado. Si lo ponemos así, parece posible, ¿no, mi niña?».

Ahí es donde la señora de la guía se equivocaba, porque no parecía posible. Para nada: sobre todo cuando Ian y yo apenas podíamos hablarnos sin caer en una discusión. Volteé la mirada hacia Rowan. Seguía en el círculo, dándonos la espalda.

—No vas a decirle a Mamá sobre Cubby, ¿verdad? —dijo Ian, leyéndome la mente, como de costumbre.

Odiaba la frustración en su voz; su decepción siempre se sentía más pesada que la de cualquier otra persona.

Negué con la cabeza. Sabía que Ian podía tener razón. No decirle a Mamá y que luego se enterara por alguien más era un riesgo enorme. Pero, si ni siquiera había logrado contarle a Lina, ¿cómo podía llegar a confesárselo a mi madre?

La voz de Ian retumbó en mi mente. «Sabes lo que ha estado haciendo Cubby, ¿verdad?». Me alejé de él, incapaz de decir una palabra.

Tal vez estar separados un tiempo nos haría bien.

9:21. Pasé unos minutos vagando por el Burren y, cuando por fin volví al auto y vi la hora, mi ansiedad se elevó a un nivel sin precedentes. ¿De verdad llevábamos veinte minutos ahí?

—¡Chicos! —grité y agité los brazos hacia Ian y Rowan.

Estaban parados hombro a hombro en la tumba. ¿Cómo es que esa cosa había atrapado su atención tanto tiempo?

—¡Chicos!

Ian volteó y señalé un reloj imaginario en mi muñeca.

—Tenemos que irnos. Ya.

Ian sacó su teléfono con toda la calma antes de que él y Rowan comenzaran a trotar hacia mí. Me apresuré a entrar en la parte trasera del auto, pero algo llamó mi atención.

—Ay, no.

El escape estaba ya asentado en el suelo, la punta sumergida por completo en un charco. Me agaché para examinar el daño.

—Perdón. Perdimos la noción del tiempo —dijo Rowan casi sin aliento al acercarse a mí—. Por suerte manejo muy rápido. —Se dio cuenta de mi postura agazapada—. Ay, no, ¿se zafó el tubo?

—Creo que perdimos un tornillo. Tenemos que arreglarlo antes de salir.

Rowan se cruzó nerviosamente de brazos.

—¿Hay posibilidad de que lo arreglemos después? No quiero arriesgarme a llegar tarde al aeropuerto.

Luché contra ello, pero mi lado práctico ganó. Si el escape se soltaba mientras conducíamos, eso sería el fin. Sin auto. Sin aeropuerto. Sin Italia y sin Lina. Tenía que encontrar una solución, aunque fuera a corto plazo.

Me puse de pie.

—Mientras logremos que no golpee el suelo, vamos a estar bien. ¿Tienes algo con lo que podamos amarrarlo?

Rowan se dio golpecitos en la barbilla, estudiando las calcomanías como si fueran a ayudarlo.

—¿Hilo dental? Debo tener una cuerda de *bungee* en algún lugar.

Negué con la cabeza.

—Tiene que ser de metal o se va a derretir y vamos a tener que parar para amarrarlo otra vez.

—¿Qué tal estos? —Rowan sacó un par de audífonos con los cables enredados de su bolsillo—. ¿Los cables no son de cobre?

La boca de Ian se quedó abierta.

—De ninguna manera. Son audífonos Shure. Cuestan como doscientos dólares.

—¿Me estás ofreciendo tus audífonos de doscientos dólares? —pregunté asombrada.

Sabía que Rowan era lindo, pero aquello era demasiado.

Me los lanzó.

—Fueron un regalo de culpabilidad —dijo con una amargura que recubría toda su voz—. Las ventajas de ser hijo de padres divorciados.

Sus hombros se cayeron un poco e Ian le lanzó una mirada de sorpresa, pero era obvio que Rowan no quería más preguntas al respecto.

Era una oferta demasiado generosa, pero tenía que aceptarla de todas formas. Había demasiado en juego. Asentí a manera de agradecimiento y me fui al suelo.

—Ian, sostén el escape por mí.

Me obedeció, y yo gateé bajo la defensa. El agua se colaba por mis shorts mientras yo tanteaba el auto.

Estaba acostumbrada a ser la mecánica de la familia. El verano después de que Walter cumplió dieciséis, a mis hermanos y a mí se nos ponchó una llanta en una carretera cerca de la casa. Saqué el manual del auto y, para cuando mi papá llegó, la llanta de refacción estaba lista. Contrario a la escuela, los autos siempre habían tenido sentido para mí; había algo reconfortante en el hecho de que la respuesta siempre estuviera ahí, tras echar un vistazo en el cofre o hacer un par de ajustes con una llave.

La parte de abajo del auto de Rowan estaba cubierta de lodo, así que me tomó mucho más tiempo del necesario ajustar el escape. Los nervios no eran mis amigos. Tras lo que se sintió como una hora, me puse de pie; la ansiedad me recorría el vientre.

—Listo. Vámonos de aquí.

—Tal vez deberías cambiarte antes de entrar al auto de Rowan —dijo Ian al ver mi ropa—. Pareces una bola de lodo.

—No tenemos tiempo —dijo Rowan, dirigiéndose a la puerta—. Arriba, bola de lodo.

Rebotaba en el asiento trasero, intentando ignorar el hecho de que los números en el reloj del tablero de Trébol se movían a la velocidad de la luz, cuando Rowan soltó de la nada una palabreja que sonaba mal pronunciada.

—¡Carjo!

«¿Carjo?». Levanté la mirada.

—¿Qué pasa?

Rowan señaló al parabrisas.

—Eso es lo que pasa.

Me lancé hacia adelante con desesperación, y lo que vi me hizo un nudo en el estómago. Unos quinientos metros más adelante había un tractor. Pero no era un tractor cualquiera; este tractor era gigantesco y ocupaba los dos carriles como una langosta gigante. Se notaba a leguas que no tenía prisa. Rowan soltó el acelerador y se acercó a él despacio.

—Tenemos que rodearlo —dije.

¿Tenían permitido los tractores adueñarse de toda la carretera?

«Addie, no entres en pánico. No entres en pánico». Ya íbamos tarde. ¿Cómo sucedió esto?

—¿Cómo? —Rowan se pasó una mano por el cabello—. Es demasiado grande como para hacerse a un lado y dejarnos pasar. Ocupa todo el camino.

—No hay forma de que se quede ahí mucho tiempo —dijo Ian con mucha calma, pero su rodilla estaba rebotando al máximo—. No se pueden quedar mucho tiempo ahí, ¿o sí, Rowan?

—Pues... —contestó Rowan; hizo una mueca—. Tal vez debería dar vuelta. Debe de haber otra ruta hacia la carretera.

La sugerencia me puso nerviosa. Otra ruta sonaba complicada. Y arriesgada. Un estruendo detrás de nosotros nos hizo voltear a todos.

—¡Carjo! —esta vez fue Ian quien lo gritó.

El gemelo del tractor se nos acercaba por detrás. Era igual de grande e igual de lento.

—¿Qué es esto, un desfile de tractores? —me exalté.

El tractor número dos era color calabaza, y el conductor devolvió nuestras miradas furiosas con un alegre saludo.

—Genial. Amigos del tractor —dijo Rowan.

—Voy a ir hablar con ellos. —Ian bajó su ventana y, antes de que Rowan y yo entiéramos qué había querido decir, salió del auto en movimiento, trastabillando al caer al suelo.

—¡Ian, ven acá! —grité.

Pero Ian corrió a toda velocidad hacia el primer tractor, con lodo volando a su paso.

—¡Guau! Ustedes los Bennett no se andan por las ramas, ¿verdad? —dijo Rowan.

—Sobre todo ese Bennett —dije.

El conductor vio a Ian y bajó la velocidad. Ian brincó al escalón y comenzó a mover los brazos de forma frenética mientras hablaba con el conductor.

Estaba a punto de saltar detrás de él cuando Ian bajó del escalón y corrió de vuelta hacia nosotros.

—No puede quitarse del camino en los próximos diez minutos. Pero dijo que hay un atajo hacia la carretera. Nos lo va a señalar cuando nos acerquemos.

—Bien. —Rowan exhaló aliviado.

—¿Diez minutos? —dije, mirando al reloj, nerviosa.

Ya eran las 9:39. La procesión comenzó de nuevo con una bola de lodo que voló hacia nuestro parabrisas.

Al instante que llegamos a la carretera, Rowan hundió el pie en el acelerador.

—¡Rowan, dale! —grité.

—Voy tan rápido como puedo —dijo Rowan con voz temblorosa—. Addie, creo que todavía podemos llegar. No vas a documentar equipaje, ¿cierto? Y tal vez se retrase el vuelo.

Quería creerle, pero la adrenalina que me recorría el cuerpo no me lo permitía. Los vuelos nunca se retrasaban cuando uno lo necesitaba. Ocurría sólo cuando tenías una escala importante en un aeropuerto del tamaño de una isla. Y, según el GPS de mi teléfono, seguíamos a unos treinta kilómetros del aeropuerto. El tiempo nos comía. 10:16.

Trébol golpeó un bache, y la torre de cosas de Rowan se deslizó a mi lado. Luché por contenerla. El corazón me latía como un martillo mecánico. Me sentía como uno de los cohetes de botella que mis hermanos y yo solíamos lanzar el 4 de julio. En unos segundos más, saldría disparada por el frágil techo del auto.

—Está bien, Addie. Lo vamos a lograr —dijo Ian.

Tenía los dedos apretados con fuerza alrededor de la manija de la puerta. Había dicho que lo lograríamos cuatro veces ya. 10:18. No habían pasado dos minutos en realidad, ¿o sí?

—No puede ser. —Las palabras salieron de mi boca tan frenéticas como me sentía yo por dentro.

Esta vez, nadie intentó reconfortarme. Todos estábamos en el mismo estado de temerosa desesperanza. Nos había llevado unos diez minutos siquiera llegar a la desviación, y lo que el conductor del tractor no nos había dicho era que nuestro *atajo* era un angosto camino de terracería que nos obligó a ir a una velocidad apenas mayor a la del tractor.

—¡Aeropuerto! —gritó Rowan.

Suspíré aliviada. Un gran letrero verde mostraba las palabras AEROPUERTO/AERFORT, la palabra en gaélico, seguidas de la imagen de un avión. No habíamos llegado, pero estábamos cerca. Siempre y cuando llegara al aeropuerto una hora antes de mi vuelo de las 11:30, estaría bien. Rowan aceleró como un piloto de NASCAR, coincidiendo por desgracia con un sorpresivo bache. Golpeamos el suelo con fuerza y, de pronto, un fuerte ruido agudo estalló debajo del auto.

—¡No! —grité.

—¿Qué? ¿Qué fue eso? —Ian estaba tan inquieto que bien podría haber estado bailando tango.

Giré para mirar hacia atrás, pero no pude ver nada. Sonaba como si el escape estuviera rebotando contra el suelo, chirriando cada vez que chocaba con el asfalto. Los audífonos de doscientos dólares no iban a soportar mucho más.

—Resiste, por favor; resiste, por favor; resiste, por favor —recé en voz alta.

BANG. Un ruido estruendoso llenó el auto. Me lancé a la parte trasera de Trébol para ver chispas que volaban hacia atrás. El vehículo detrás nuestro tocó el claxon y cambió de carril.

—¡No! —grité de nuevo.

—¿Qué? ¿Addie, qué? —dijo Rowan—. ¿Se cayó?

Me agazapé en el asiento, las lágrimas inundándome los ojos.

—Tenemos que parar.

Rowan e Ian se desinflaron de manera evidente, y Rowan se orilló. Salté hacia afuera. El acotamiento era angosto, y los autos pasaban demasiado cerca para mi gusto. Corrí hacia atrás y me agaché. El escape apenas se sostenía; los

audífonos de Rowan colgaban indefensos. ¿Cómo estaba pasando todo esto?

—10:21. —Los brazos de Ian cayeron a sus costados; la voz le temblaba.

La miseria en su voz lo decía todo. 10:21. No había forma de que llegáramos a tiempo.

Había perdido el vuelo. Caí de nalgas en el lodo. Un enorme y estremecedor llanto se me atoró en la garganta.

Ian se acuclilló a mi lado y me dio palmaditas rítmicas en la espalda.

—Está bien, Addie. Te vamos a conseguir otro vuelo. Yo lo pago si es necesario.

—Me siento fatal —dijo Rowan, agachándose a mi otro costado—. Debí de haber tomado en cuenta los tractores. Yo también puedo ayudar a pagar.

—No lo puedo creer —dije débilmente, mis ojos inundados por las lágrimas.

Un avión pasó por encima de nosotros; las turbinas soltaron un sordo y doloroso rugido. Llovía sobre mojado. Y sabía la verdadera razón por la que estaba frustrada: todo este tiempo había estado contando los segundos para el momento en el que pudiera quitarme la carga con Lina, y ahora eso se había retrasado. El secreto que traía dentro presionaba las paredes de mi pecho y quemaba. No podía esperar un segundo más.

Me puse de pie y dejé atrás a los chicos mientras buscaba mi teléfono a tientas. ¿Qué iba a decir? «Hola, Lina. ¿Tienes un segundo? Porque no sólo perdí mi vuelo, tengo además que decirte algo importante». Contarle a Lina de Cubby desde la orilla de una carretera en Irlanda no era precisamente lo que había imaginado, pero tendría que ser suficiente.

¿Por dónde empezar?

Si tuviera que señalar con exactitud el día en que las cosas comenzaron con Cubby, supongo que tendría que empezar con la noche en que se metió a mi auto.

Me encontraba esperando a Ian después de su entrenamiento, como de costumbre. La lluvia chapoteaba alegremente en el parabrisas. Abracé mis rodillas contra el volante. Me negaba, por cuestión de principios, a encender la calefacción. Era julio. ¿Por qué Seattle no lo entendía?

—*Ian, vámonos* —murmuré mientras miraba las puertas de la escuela. Mi amiga y compañera de equipo, Olive, me había invitado a su casa para una de sus famosas proyecciones de películas serie B. Tenía una forma particular de convertir las peores películas en las cosas más entretenidas, e Ian, sin duda, iba a hacer que llegara tarde. De repente una sudadera de los TIGERS apareció en la ventana del copiloto y la puerta se abrió—. *Por fin. ¿Por qué tardaste tanto?* —me quejé mientras me estiraba para tomar el cinturón de seguridad y él se acomodaba en el asiento del copiloto—. *Para la próxima, te dejo.*

—*¿En verdad me dejarías?* —La voz me sobresaltó. Era Cubby. Recién bañado, con mejillas rosadas y gotitas de agua que le caían de las puntas del cabello. Me sonrió y sus brillantes ojos se encontraron con los míos—. *Me estás viendo como si fuera un fantasma. ¿Por qué?*

—*Porque...* —Mis palabras intentaban alcanzar a mi cerebro. «*Porque pienso en ti todo el tiempo y ahora estás en mi auto*»—. *Eh... supongo que ya terminó el entrenamiento —logré decir por fin.*

Brillante.

Tomó el ajustador del asiento y se reclinó unos centímetros.

—*Qué bueno que terminó. El entrenamiento fue brutal. —Dejó caer su cabeza.*

Si no hubiera sido por mi sorpresa al verlo en mi auto, probablemente habría notado lo deshecho que se veía. Ian había dicho algo sobre que el entrenador había sido particularmente exigente con Cubby ese año. Supongo que había comenzado a afectarlo.

—*Ian puede tardar todavía. El entrenador lo arrinconó para hablar de estrategia. —Hizo una pausa; su mirada era pesada y estimulante al mismo tiempo—. ¿Todavía quieres pasar el rato? Podemos ir a algún lugar.*

Una espiral caliente se me formó en el estómago. «¿Esto es real? ¿Las cosas con las que fantaseas pueden suceder?».

—*¿A dónde?* —pregunté, cuidadosa de mantener la voz estable.

Él se asomó por la ventana de su lado y pasó el dedo por el cristal empañado.

—*A donde sea.*

Necesité de todas mis fuerzas para no hundir el pie en el acelerador. Cuando se trataba de Cubby, ese era mi problema: nunca me detenía a pensar, ni una sola vez.

—Perdí mi vuelo y mis papás no pueden saber e Ian y yo estamos peleados y había tractores, e Ian va a ir a un festival y, Lina, perdí mi vuelo. —En vez de la explicación calmada que había planeado, todo salió en una sola masa galopante en la que las palabras se encimaban unas sobre otras.

—Addie, tranquilízate —dijo Lina con firmeza—. Necesito que te tranquilices.

—¿Qué pasa?

Era Ren, el novio de Lina, en el fondo. Últimamente, siempre estaba ahí, en el fondo. ¿Alguna vez se separaban? Deseé que no me molestara tanto.

—Dame un minuto —lo calló Lina—. Le estoy intentando entender. ¿Addie, qué está pasando?

—Ya te dije. Pe... Perdí el vuelo. —Las lágrimas escurrieron por mis párpados cerrados y mi voz sonaba tan traqueteada como el auto de Rowan.

Lina le sopló al teléfono; la estática viajó por la línea hasta mi oído.

—Sí, eso lo entendí. Lo que quiero decir es ¿qué está pasando contigo? Llevas ignorando mis llamadas y mensajes una semana y media, y ahora estás en la orilla de la carretera en medio de una crisis. Eso no es sólo sobre el vuelo o la boda. ¿Por qué me estás evitando?

Cubby cayó como una marioneta, bailando en el espacio entre nosotras. Por supuesto que no logré engañar a Lina. Siempre había tenido un sexto sentido, sobre todo cuando la necesitaba. La mitad de las veces ni siquiera tenía que llamarla; ella tan sólo aparecía.

Y la evasión no iba a funcionar. No si me arrinconaba así. Inhalé profundo.

—Lina, hay algo que tengo que decirte. Sobre el verano. Iba a contártelo en cuanto llegara a Florencia, pero...

—¿Es sobre Cubby Jones? —preguntó impaciente.

—Yo... ¿Qué? —El rostro se me retorció; los hombros se me engarrotaron. ¿El rumor había llegado hasta Italia?

—¿Quién te lo dijo?

La voz de Lina era toda seriedad ahora.

—Nadie me dijo nada. Te has estado escondiendo desde julio. Cada vez que hablábamos, apenas te podías contener. Y luego metías su nombre casualmente en todas las conversaciones, como: «¿Te acuerdas cuando estábamos en clase de cerámica y la vasija de Cubby explotó en la rueda?». No era una gran historia, Addie.

Sostuve mi cabeza entre las manos. Nunca había sido buena para mentir, peor aún cuando intentaba mentirle a alguien a quien quería. Walter decía que era la peor mentirosa del mundo. Papá decía que eso era un cumplido.

—Sí, supongo que te quería contar. Pero no tanto.

Hubo una larga pausa y presioné el teléfono contra mi oído en un intento por leer su silencio. ¿Podía el silencio sonar crítico? Volteé a ver a Ian. Él y Rowan estaban recargados con aspecto miserable sobre el auto; Ian tenía las manos metidas hasta el fondo de sus bolsillos.

—Entonces, ¿a qué aeropuerto debería llegar? ¿Shannon o Dublín?

Me tomó un momento entender qué me estaba diciendo Lina.

—Momento. ¿Me acabas de preguntar a qué aeropuerto deberías llegar?

—Sí —exhaló, impaciente—. Es lo que tiene más sentido, ¿no? Me dijiste que perdiste tu vuelo y que tus papás no se pueden enterar, así que, obviamente, yo tengo que ir contigo.

—Tú... ¿volarías para acá? —Quedaba claro que me había perdido de algo—. Pero ¿cómo? —Me limpié una nueva oleada de lágrimas que me caían por las mejillas.

Lina soltó otro gruñido exasperado que tenía un claro gusto italiano.

—Escúchame. Tengo un montón de millas de viajero frecuente, Ren también. Y los dos nos morimos por visitar Irlanda. Sólo le voy a decir a Howard que me necesitas. Tú quédate con Ian y yo estaré contigo lo más rápido que pueda.

Cerré los ojos y dejé que el plan de Lina se desplegara en mi mente. Yo me quedo con Ian. Lina viene a mí. Tal vez nuestros padres no se enteren. Tal vez todavía pueda jugar fútbol. Tal vez encuentro la manera de hacer que Ian me deje de ver como si fuera una piedra en su zapato. Era el mejor plan, dada la situación.

—¿Segura? —logré decir—. Volar a Irlanda no es poca cosa.

—Volar a Irlanda tampoco es la gran cosa, no si la amistad está de por medio. Y, Addie, todo va a estar bien. Sea lo que sea, va a estar bien.

Quise decirle lo que ese momento significaba para mí, pero las palabras se atoraron en mi garganta. Había propuesto una solución que yo ni siquiera había pensado. Me hacía sentir mal por haber siquiera dudado de ella.

—Gracias —logré decir por fin entre lágrimas.

—De nada. Es una lástima que no hayas podido comer *gelato*, pero por lo menos vamos a estar juntas. Eso es lo importante, ¿no?

—Sí.

Abrí los ojos para encontrarme con una larga franja de luz del sol. Una pequeña burbuja rosada se me formó en el pecho. Era precaria, pero tenía algo de esperanza adentro.

—No. De ninguna manera. —Eso fue todo lo que se necesitó para que Ian apagara la chispa en mi pecho—. Este es mi viaje. Nuestro viaje. Es una oportunidad única. Llevamos meses planeándolo.

Ian se acercó de manera protectora al auto. Rowan había logrado encontrar un gancho de ropa de metal en la cajuela y lo usó para volver a atar el escape.

—Y por eso estoy en esta posición —respondí de inmediato. Cada vez que un auto pasaba, sentía que me iba a jalar hacia la carretera—. Si no hubieras cambiado el plan original, nada de esto estaría pasando. —Mi voz sonaba aguda y chillona, pero no me importaba; su viaje me había costado el ir a Italia—. ¿Tú crees que yo quería perder mi vuelo?

Sin embargo, mientras más pensaba en el plan de Lina, más sentido tenía. Nuestra mejor oportunidad de sobrevivir a este viaje sin grandes daños era si estábamos juntos.

—Ian, piénsalo... Sí tiene mucho sentido. ¿No crees que la probabilidad de que no los descubran es mucho mayor si se quedan juntos? —preguntó Rowan, haciéndole segunda a mi razonamiento.

Lo miré con gratitud, pero él estaba enfocado en mi hermano.

Ian pateó el suelo con rabia.

—Está bien. ESTÁ BIEN. Pero escúchame: sin peleas, sin dramas de Addie, sin nada de Cubby. ¿Entendiste?

—¡No quiero hablar de Cubby! —grité—. Tú eres el que no deja de mencionarlo. —Un enorme camión zumbó junto a nosotros y me revolvió el cabello en la cara.

—Oye. —Rowan se interpuso entre nosotros con las palmas alzadas en señal de *alto*—. Necesitamos dejar algo muy claro antes de comenzar. Estoy totalmente a favor de este nuevo plan, pero no voy a pasar los siguientes días atrapado en el medio de lo que sea que está pasando entre ustedes dos. Si vamos a hacer esto, tiene que haber una tregua. Sin pelear.

Para mi sorpresa, Ian se calmó casi al instante; sus labios se voltearon en un gesto apologetico.

—Tienes razón. Addie, no voy a hablar de Cubby si tú no lo haces.

¿De verdad? ¿Así de fácil?

—Está bien —dije con cautela.

—¿Bien? —Los ojos de Rowan se paseaban entre Ian y yo, una y otra vez —. ¿Estamos todos bien?

Bien era un poco exagerado, pero logré asentir, igual que Ian. Podía haber sido una tregua forzada, pero era una tregua. Tendría que ser suficiente.

Habían pasado quince minutos del nuevo plan, con la carretera desenrollándose frente a nosotros, todavía estábamos un poco desconcertados, cuando un aspecto de mi vida se volvió más que claro: necesitaba un baño. De inmediato.

Me abrí paso con los codos hacia el asiento delantero del auto.

—Rowan, ¿te detendrías en la próxima oportunidad que tengas? De verdad necesito ir al baño.

Ian se dio vuelta; su rostro estaba tenso.

—Pero nuestra siguiente parada es hasta Dingle.

—¿Qué tan lejos está eso? —pregunté, mirando su mapa.

Dingle era una península con forma de dedo que se estiraba hacia el océano Atlántico, a unos ciento cincuenta kilómetros. Sin duda estaba más allá de las capacidades de mi vejiga.

—¿Es en serio? —me aventuré a decir.

Apretó la boca con firmeza. Era en serio.

—Tenemos todo el viaje planeado. El escape y los tractores ya nos tienen retrasados.

—Ian, es una locura. La última vez que tuve acceso a un baño, todavía pensaba que iba a ir a Italia. O me dejas ir al baño o me hago en el asiento.

Levantó una mano como para desestimar mi amenaza.

—Genial. Haz allá atrás. Será como aquella vez con la lata de café de camino a Disneylandia.

—¡Ian! —gruñí.

El incidente de la lata de café podía ser una parte de la mitología de los viajes de la familia Bennett, pero eso no quería decir que yo tuviera interés alguno en escuchar de él todo el tiempo. ¿Por qué mis hermanos no podían dejar pasar las cosas?

—¿Qué es el incidente de la lata de café? —preguntó Rowan. Sus ojos daban indicios de una sonrisa.

—¿Tú qué crees? —ladré.

—Entiendes los elementos básicos, ¿no? —dijo Ian—. Viaje en auto, lata de café, chica que...

—¡Ian! —Pasé los brazos alrededor del asiento para taponarle la boca—. Cuéntale la historia a Rowan y te juro que no te vuelvo a hablar.

La risa de Ian retumbó en mis manos y se las quitó de encima, pero el ambiente se había aligerado. Por lo menos la historia de la lata de café sirvió de algo.

—De hecho, necesito llamar a mi mamá, así que pararnos me caería muy bien. ¿Qué les parece si nos detenemos en Limerick?

Rowan apuntó a un letrero. LIMERICK: 20 KM.

—Perfecto —contesté, agradecida.

Podía soportar veinte kilómetros.

Resultó que veinte kilómetros de carretera irlandesa con parches de césped eran muy diferentes a veinte kilómetros de, digamos, cualquier otro tipo de carretera. Y, para cuando Rowan salió del camino a una gasolinera, tenía que ir al baño con tanta urgencia que estaba casi inmóvil.

—¡Fuerafuerafuera! —grité.

Ian se dio vuelta; tenía una mano sobre el reposacabezas.

—Tienes cinco minutos. Y esta es la última parada hasta Dingle.

—¡Sólo quítate! —rogué.

Ian salió del auto con un grácil brinco y se dirigió a la tienda. Hice mi mejor esfuerzo por seguirlo, pero perdí un zapato a medio camino y, cuando intenté recuperarlo, perdí el equilibrio y caí con la barriga al suelo, lo que no fue ideal para la situación de mi vejiga.

Giré hacia un costado. El suéter de Rowan estaba empanizado de grava y mi codo gritaba de dolor.

—¿Estás bien, Addie? —Rowan salió corriendo del auto para ayudarme a ponerme de pie—. ¿Dónde está tu zapato?

—No hay tiempo —logré decir.

El pie descalzo pulsaba mientras corría hacia la tienda, pero mi vejiga había entrado en cuenta regresiva. No era momento para el calzado protector.

Adentro, desperdiicé unos cinco segundos a tropezones por los pasillos de chucherías desconocidas antes de darme cuenta de que no había un baño adentro de la tienda. Por fin, me apresuré para llegar a la caja. Una mujer mayor con trenzas anudadas en su cabeza tenía la cadera pegada al mostrador.

—Le dije, cástate con él o no te cases con él. Pero no vengas a llorarme...

—Hola, cariño —dijo el empleado, con su mirada ansiosa puesta sobre mí; «Sálvame», me rogaban sus ojos—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Dónde está el baño? —No tenía tiempo para separar las palabras; la situación era desesperada.

Entendió mi urgencia, y gritó las instrucciones con una prontitud admirable.

—El baño está afuera, atrás. Por allá.

Pasé corriendo junto a Ian, que estaba llenando una canasta color neón con bombas de cafeína. Mi estómago gruñía. Llegué al fin a la parte de atrás, pero, cuando jalé la manija de la puerta del baño de mujeres, esta no se movió.

—¿Hola? —llamé mientras golpeaba la puerta con el puño.

—Ocupado —respondió una alegre voz irlandesa.

—¿Podría apurarse, por favor? —Sacudí la perilla con desesperación.

Me iba a hacer en los pantalones, era inevitable.

De pronto, la puerta del baño de hombres se movió, y me lancé hacia adentro justo mientras un hombre con barba salía.

—Eh, es el baño de hombres, cariño —dijo, nervioso.

—Soy estadounidense —contesté, como si eso fuera una explicación.

«Soy estadounidense, así que las normas de género no aplican para mí». Pareció aceptarla como una explicación válida —eso o pensó que estaba loca— y se apartó de mi camino con rapidez. Incluso bajo una terrible iluminación, el piso era asqueroso. Húmedo y cubierto de rastros de papel de baño mojado. Por instinto, me tapé la nariz y la boca con las manos.

—Tú puedes, Addie —me motivé.

Tenía que poder. Mi única otra opción era apretarme en un carro de payasos hasta Dingle.

Mientras entré y salí del baño, Rowan se quedó en el auto, con el teléfono al oído. Entré de nuevo a la tienda y tomé la caja de Sugar Puffs más grande que encontré y la llevé a la caja. La situación del empleado no había cambiado mucho.

—...entonces le dije que, si quiere vivir en un basurero, allá ella. No puede esperar que...

—¿Quieres saber dónde está la leche? —El tendero se estiró para tomar el cereal y casi pierde sus anteojos como de Santa Claus.

¿Cuánto tiempo llevaba atrapado ahí?

Negué con la cabeza.

—Gracias, pero estamos de viaje por la carretera. No tendríamos dónde guardarla.

El interés se encendió en sus ojos.

—Yo hice un par de viajes por la carretera a tu edad. ¿Adónde van?

La mujer con las trenzas resopló y se cambió las bolsas de una mano a otra como para asegurarse de dejarme saber la molestia que le estaba causando.

—Ahora vamos a Dingle, pero después vamos a un festival de música.

—¿Electric Picnic? —preguntó.

—¿Lo conoce?

Rowan e Ian habían dicho que Electric Picnic era bastante grande, pero no tenía manera de saber si era grande en el mundo de la música alternativa o en el mundo real. Resultó serlo en el mundo real.

—Por supuesto. Voy a rezar por tus padres. —Guiñó un ojo—. Yo nunca he ido. Pero mi hija fue el año pasado. Tengo la sensación de que escuché sólo una versión censurada de lo que hizo. Pero, claro, tú ya conoces las historias. —Sus ojos se arrugaron un poco—. Personas que se casan disfrazadas de unicornios, jacuzzis al aire libre hechos con tinas antiguas, *raves* en el bosque, un camión de dos pisos hundidos... zoológicos con sólo animales de tres patas. Cosas así. Todos están disfrazados y se portan muy mal.

¿Era broma? No parecía estar bromeado. Además, ¿quién podría inventar una lista así de imprevisto? Lo miré horrorizada.

—No habías oído esas historias —dijo, y sus ojos se arrugaron un poco más. Esto llevaba a la necesidad de mantener las cosas en secreto a un nuevo nivel de urgencia. Mis papás se volverían locos. Una cosa era escaparse para ir a ver un montón de lugares desconocidos de Irlanda, otra era escaparse para ir a una fiesta enloquecida. Si nos atrapaban, necesitarían inventar toda una nueva

escala de castigos—. Bueno, no quería asustarse. —Se rio de mi expresión—. No pierdas la cabeza y estarás bien. ¿Hay algún grupo particular al que van a ir a ver?

Asentí, recobrando la compostura. «No pierdas la cabeza». Mientras Cubby Jones no estuviera involucrado, podía lograrlo.

—Mi hermano va a ver a su banda favorita. Se llaman Titletrack.

—¡Titletrack! Su último concierto —irrumpió la mujer, presionando la mano contra su pecho—. ¡Niña suertuda!

Volteé a verla, sorprendida. ¿Ella era fanática de Titletrack?

—Me encanta esa primera canción suya... Aaron, ¿cómo se llama?, esa del video en el Burren.

—«Classic» —dijo el tendero—. Hay fans por aquí, sin duda.

—De hecho, estamos en un viaje de Titletrack. Acabamos de salir del Burren.

—¡Un viaje de Titletrack! —Parecía que iba a desmayarse; se jaló una trenza—. Qué idea más maravillosa. ¡Aaron! ¿No es una idea maravillosa?

—Maravillosa —respondió él, diligente.

—Sí, mi hermano es un gran admirador. Está justo... —Volteé para señalar a Ian, pero la tienda estaba vacía—. ¡Uy! Tengo que irme. Muchas gracias por los consejos.

—No te deshidrates —me gritó el hombre mientras corría para atravesar la puerta.

—¡Lleva desinfectante! —gritó la mujer—. Y ten cuidado en la península. Va a haber una gran tormenta hoy, una de las peores del verano.

—Gracias —contesté por encima del hombro.

En cuanto puse un pie afuera de la tienda, la voz de Rowan me golpeó en los oídos.

—Mamá, ya te dije: no estoy listo para hablarlo. Dijiste que tenía hasta el final del verano y eso quiere decir que tengo dos semanas más. Y, si quieres hablar de Papá, llámale... Mamá, ya.

Colgó y dio media vuelta. Su expresión rebosaba de preocupación.

Mi primer instinto fue salir corriendo; en cambio, me quedé ahí parada como una idiota, con el pie descalzo sobre el que sí tenía zapato. Probablemente pareció que estaba escuchando su conversación. Digo, sí lo hice. Pero no lo había hecho a propósito. Ahora tenía curiosidad. ¿De qué no estaba listo para hablar?

—Hola, Addie —dijo Rowan con flaqueza—. ¿Llevas mucho tiempo ahí?
«Por favor, di que no», apareció escrito en un globo sobre su cabeza. Negué con la cabeza mientras le daba el cereal.

—No mucho.

En su rostro había tristeza. «Arréglalo», me exigió la voz en mi cabeza. La voz en mi cabeza tenía mucho qué decir sobre los sentimientos de otras personas. Miré a mi alrededor; buscaba una forma de aligerar el ambiente.

—Eh... ¿te acuerdas cuando me aventé de panzazo de tu auto?

El rostro se le iluminó de inmediato.

—En promedio, ¿cuántas veces al día dirías que te tiras clavados en estacionamientos?

Miré al cielo, fingiendo pensar mi respuesta.

—Tres. Ha sido un día tranquilo.

Su sonrisa se amplió; luego, bajó la mirada y pateó una piedra hacia mí.

—Sabes, Addie. No te pareces en nada a lo que había imaginado

—Hmmm... —dije, cruzándome de brazos.

Tenía una pequeña sonrisa, así que estaba bastante segura de que lo decía en tono amable, pero no era algo positivo.

—¿Hmmm qué? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Fue uno de esos cumplidos que bien podría ser un insulto. Como «¿Te hiciste algo en el cabello? Se ve muy bien». Eso quiere decir que se veía fatal antes. —La boca de Rowan se torció en una sonrisa. Estaba hablando demasiado. Regresé la conversación al buen camino—. Si no te molesta que lo pregunte, ¿qué es lo que habías pensado?

Su hoyuelo se hizo más profundo.

—Alguien más promedio. Puedo ver por qué Ian habla tanto de ti.

La sorpresa me inundó.

—¿Te habló de mí? Pensé que no hablaban de cosas personales.

—Sólo las importantes —dijo Rowan—. Me dijo que son muy unidos. Por eso estoy un poco confundido porque están, eh... —Hizo un ademán con la mano.

—Peleando todo el tiempo —terminé su oración.

—Fue un poco sorprendente —admitió.

Rowan cruzó los brazos y volvió a bajar la mirada.

—Como sea, me alegra que hayas venido porque tengo algo que mostrarte. —Metió el brazo por la ventana del asiento trasero y sacó la guía—. Mientras estabas allá adentro cotejé los sitios del libro con el mapa de Ian y muchos están bastante cerca unos de otros. Algunos incluso son los mismos que los de Titletrack. Y ¿adivina qué? Uno de ellos es la península de Dingle ¡que es a donde vamos después!

Me dio el libro y lo abrió en la entrada marcada PENÍNSULA DE DINGLE. Apreté las páginas con fuerza.

—¿Qué hay de Ian? —pregunté, volviendo a mirar hacia la tienda—. No sé si ya te diste cuenta, pero cada vez que mi vida amorosa aparece en la conversación, alguien empieza a gritar.

—¿En serio? Ni en cuenta. —Esbozó una adorable y dispareja sonrisa que se trasladó a mi rostro—. Yo me encargo de Ian. Mira, en teoría, yo podría completar la guía solo. Sólo que se siente un poco... —Torció la boca—. Patético. Pero, si lo hacemos juntos... Tal vez es una tontería.

—No es una tontería —dije de prisa. Mi ceremonia de las flores en el Burren no fue la experiencia transformadora que había esperado, pero sí me había gustado tener algo de tiempo dedicado a lidiar con Cubby. Además, Rowan se estaba exponiendo bastante, no había posibilidad de que lo dejara colgado. Ajusté mi tono de voz para sonar más emocionada—. Digo, ¿por qué no? En el peor de los casos, vemos algunos lugares interesantes. En el mejor de los casos, me voy de Irlanda sin el corazón roto. —«Sí claro». No me lo creí ni un segundo.

En su cara se dibujó una sonrisa enorme.

—Gracias, Addie. Tú ocúpate de encontrar tu zapato. Yo me encargo de encontrar a Ian. Estoy seguro de que puedo convencerlo.

Salió disparado hacia el otro lado del estacionamiento con un galope alegre, y yo me di vuelta para mirarlo. ¿Era posible que hubiera encontrado a la única persona en el mundo con un corazón más roto que el mío?

La península de Dingle

Si Irlanda fuera un pastel y tú la nerviosa receptora de algo salido de mi horno, te serviría una gruesa rebanada de Dingle. El ácido, dulce y correoso Dingle.

Es una combinación de ingredientes absolutamente irresistible: colinas de gamuza peinada, carreteras que desaparecen entre brumas lechosas, edificios con color de gomita que se apretujan en caminos sinuosos, todos batidos y mezclados en una península con forma de bizcocho de soletilla que vas a querer sumergir en un vaso de leche fría.

Ahora bien, sé lo que estás pensando, pequeña: «¿Qué tiene que ver este pedazo de perfección idílica con el patético estado de mi corazón?». Me alegra que lo preguntes. Vaya que aprendes rápido.

Se trata del círculo, querida. El proceso. En algún momento (tal vez ya sucedió), vas a lograr meter tu dolor en una enorme caja café y la vas a cargar hasta la oficina de correos, donde la vas a dejar con un gigantesco suspiro. «Qué bueno que se terminó», pensarás. «Qué alivio». Te irás a casa dando brincos, con el corazón ligero como algodón de azúcar, tan sólo para darte cuenta —con terror— de que la pesada caja café está asentada en tu puerta. Te le enviaron de vuelta. Devolver al remitente. Envío incompleto. «Pero acabo de hacerlo», pensarás. «Ya había lidiado con esto». Yo sé que lo habías hecho. Pero vas a tener que hacerlo de nuevo. Contrario a lo que piensa la gente, superar a alguien no es algo que se hace de un momento a otro y ya.

Puede ser de ayuda ver el proceso de un corazón roto como verías una península. Una península con un largo y sinuoso camino que te lleva por una enormidad de maravillas y delicias. El duelo requiere que le des vueltas al asunto, a veces pasando por él muchas, muchas veces, hasta que deja de ser el destino y se convierte sólo en parte del paisaje. El truco es no dejarse vencer por la desesperanza. Estás progresando, aun si algunos días sientes que te mueves en círculos.

TAREA PARA EL CORAZÓN ROTO: Encuentra Inch Beach, luego camina en el agua tan lejos como te atrevas. Te va a dar frío. Y más frío. Luego vas a dejar de sentir. Y cuando no puedas soportar el frío un segundo más, quiero que soportes un segundo más. ¿Estás sobreviviendo a este momento de incomodidad? ¿Has tenido otros momentos de dolor o incomodidad

en los que pensaste que no sobrevivirías, pero lo hiciste? Interesante, pequeña, interesante.

—Fragmento de *Irlanda para corazones rotos: una guía poco convencional de la isla Esmeralda*, tercera edición

La tormenta azotó justo cuando entramos a la península. Y por *azotó* quiero decir que nos atacó como si fuéramos invasores que tenían que ser devueltos por donde llegaron. No hubo aviso, tampoco; un segundo no llovía, al siguiente las gotas golpeaban el techo del auto con tanta fuerza que bien podrían haber estado cayéndome en el cráneo. La lluvia se resbalaba por las ventanas en pesadas láminas, y Rowan no dejaba de corregir el curso a contraviento.

—De verdad está diluviando —dijo, nervioso.

—Oye, Rowan. Creo que tenemos que parar —sugerí mientras señalaba a Ian.

Ian estaba hecho bola contra la ventana. El tono verde de su cara resaltaba el ojo morado. Había visto a Ian vomitar más veces de las que podía contar, y estaba mostrando cuatro de las cinco señales de alerta. El vómito era inminente.

—No me siento mal, sólo... —comenzó a decir Ian pero ni siquiera pudo terminar la oración antes de apretar la mandíbula.

—Oríllate en cuanto puedas —le pedí a Rowan; tomé la caja vacía de cereal y la puse en las manos de Ian.

Ian era la viva imagen del mareo por movimiento, pero también era la definición de diccionario de necesidad. Nunca quería admitir que algo lo hacía sentir mal, lo que implicaba que siempre hacía cosas que lo hacían sentir mal. Ninguno de nosotros se sentaba junto a él en las montañas rusas desde hacía años.

—Es sólo un poco de clima veraniego irlandés. Estoy seguro de que pasará pronto. —Rowan intentó sonar casual, pero el viento sopló contra nosotros de nuevo y él se quedó sin aliento, jalando el volante mientras Ian se doblaba.

—¿Ian, estás bien? Nunca me dijiste que te mareabas.

—No me mareo —respondió Ian—. Debo haber comido algo malo en la boda.

A veces pensaba que mis hermanos eran incapaces de admitir que tenían alguna debilidad.

—Rowan, te está mintiendo. Es algo que tiene desde hace mucho. Una carretera ventosa durante una tormenta es el peor de los escenarios.

Evadí la mirada fulminante de Ian y presioné la cara contra mi borrosa ventana, enfocándome en la vista. Incluso sin el espectáculo de la tormenta, la península de Dingle era Irlanda 2.0: el factor dramático elevado a su máximo nivel. Seguíamos en un angosto camino de doble sentido, pero todo había sido inflado al nivel de Dr. Seuss. A nuestra izquierda, picos montañosos verde neón desaparecían entre nubes tan espesas como un budín; a nuestra derecha, un grueso nido de lluvia reposaba sobre el océano.

El teléfono de Ian sonó.

—Ay, no. Mensaje de Mamá.

—¿Qué dice?

Intentó girar la nauseabunda cara hacia mí, pero el movimiento lo hizo estremecerse.

—Quiere que nos reportemos cuando aterricemos. Le escribo en unas horas.

De repente, un torrente de viento golpeó a Trébol y nos sacó del camino y nos envió al acotamiento. Esta vez, el lenguaje de Rowan fue un poco más violento que *carjo*.

—¿Rowan, todo bajo control? —pregunté.

Jalaba el volante en un frenesí, intentando recobrar el equilibrio, pero el vendaval más fuerte hasta entonces nos golpeó por el lado contrario. Por un nanosegundo, Trébol favoreció sus ruedas izquierdas. Ian se lanzó hacia la caja de cereal dando arcadas.

Yo hice lo propio. Podía ver a Ian vomitar un millón de veces y nunca acostumbrarme. Le di unas palmaditas torpes en la espalda, manteniendo la cara volteada.

—Está bien, Ian. Está bien.

—Ahora nos detenemos. —Rowan se orilló al acotamiento de medio metro, puso el freno de mano y colapsó sobre el volante.

Ian bajó la ventana, lo que dejó entrar un rocío de lluvia mientras él sacaba la cabeza.

—Pues, eso fue traumático —dije mientras también respiraba profundo unas cuantas veces.

De pronto, el auto comenzó a vibrar.

—¿Qué...? —comenzó a decir Ian, con los ojos bien abiertos, pero un enorme camión salió de la curva frente a nosotros.

—Agárrense —nos advirtió Rowan.

Jalé a Ian adentro del auto y nos preparamos para morir al ver al camión apenas evitar nuestra defensa delantera. Una enorme oleada de agua golpeó el auto. Los tres gritamos como si estuviéramos en una casa embrujada.

—¡Vamos a morir! —exclamé cuando todos terminamos de gritar.

El agua se metió por la ventana de Ian, quien la subió de prisa.

—Muerte por turibús —suspiró Rowan.

De la nada, un terrible pensamiento no relacionado con la tormenta me vino a la cabeza y me hizo tomarme con fuerza del asiento de Ian.

—Ian, no hay forma de que nos encontremos con el tour de la boda, ¿o sí? ¿No dijo la tía Mel que iban a pasear por el oeste de Irlanda?

Ian hizo una pequeña «X» con los dedos, lo que supongo significaba que no.

—Hackeé el correo de Mamá e imprimí una copia de su itinerario. No vamos a estar nada cerca de ellos.

—¿Hackeaste? —dije—. ¿Quieres decir que usaste su contraseña?

Mamá no sabía ni le importaba saber que hay que cambiar las contraseñas cada tanto. Archie la descubrió un diciembre, y la habíamos usado desde entonces para rastrear nuestros regalos de Navidad.

—¿Te imaginas si nos los encontraríamos?

Ian sacudió la cabeza.

—Imposible. Planeé nuestro viaje para asegurarme de que no hubiera manera de que nos encontraríamos. Además, no sé si esa sea nuestra principal preocupación ahora —dijo, señalando al cielo.

Su rostro tenía el tono verde de un trébol.

De repente, un chorro de agua helada me recorrió la espalda y salí catapultada hacia adelante.

—¡Frío! —grité.

El agua caía por mi ventana. Por dentro de mi ventana.

—¡Rowan! El auto tiene goteras.

Se arqueó hacia atrás justo mientras el agua pasó de ser un goteo a un chorro a presión.

—¡No! Max dijo que el toldo nuevo estaba bien.

—¿Qué toldo? ¿Quién es Max? —pregunté, como si esos detalles ayudaran a resolver el hecho de que estaba lloviendo en el asiento trasero.

—El tipo que me ayudó a reparar...

—¡Mi ventana también! —gritó Ian alarmado, su timbre de voz idéntico al mío.

Tomó la manija de su lado e intentó como desesperado subir la ventana que ya estaba arriba.

—Ian, eso no va a ayudar —dije.

Rowan le dio vuelta a la llave y se lanzó a la carretera. Trébol respondió abandonando todo intento por ser a prueba de agua. El agua se metió por cada resquicio posible. Aceleramos sobre un pequeño puente, el agua fluía a toda velocidad cuando nos detuvimos en una diminuta gasolinera con dos bombas.

Ian bajó la ventana frenéticamente y sacó la cabeza, jalando aire como pez fuera del agua. Yo estaba empapada. El agua se encharcaba debajo de mis shorts y el cabello me caía en hebras como de engrudo.

—¿De verdad acaba de pasar eso? —Rowan se dejó caer sobre el respaldo de su asiento.

—¿Cómo lo arreglamos, Addie? —preguntó Ian.

Addie la *mecánica* al rescate. Me estiré para sacudir el techo y las gotas de agua entraron a tumbos.

—¿Nos importa que se vea bonito?

Rowan le dio unas palmadas al tablero.

—¿Te parece que nos importa lo bonito?

—Válido —dije—. Necesitamos cinta. Cinta muy fuerte y muy gruesa.

Rowan asintió con mucha fuerza.

—Cinta. Hecho. Voy a ir a la tienda a preguntar.

Tomó un gorro del portavasos y se lo puso mientras corría hacia la gasolinera.

—Casi nos ahogamos en un Volkswagen —dijo Ian, tamborileando los dedos sobre el tablero—. ¿Te imaginas el obituario? Auto mortal atrapa a tres...

—Ian. —Me estiré para detener sus dedos inquietos. Tenía la teoría de que en su vida pasada Ian había sido un colibrí. O un grano de café atlético—. ¿Qué pasa con la mamá de Rowan?

Me devolvió la mirada, con las cejas arqueadas.

—¿De qué hablas?

—En la otra gasolinera lo escuché gritándole. Dijo algo sobre tomar una decisión antes de que termine el verano.

—¿De verdad? —Ian se metió un mechón de cabello a la boca y lo masticó pensativo—. No sé mucho sobre su familia. Ni siquiera sabía que sus papás estaban divorciados hasta que lo mencionó en el Burren.

—¿En serio?

Era típico de mi hermano. Era típico de todos mis hermanos. Yo quería saber todo sobre mis amigos, hasta el último detalle, como el nombre de su primera mascota o qué les gustaba ponerle a la pizza. Lina decía recordar nuestra primera pijamada más como una interrogación policiaca. Mis hermanos, por su parte, parecían necesitar sólo unas cuantas similitudes para crear lazos. «¿Te gusta el fútbol? ¿Te gustan los tacos? A mí también». Ian siguió una gota de lluvia por el parabrisas con el dedo.

—Rowan y yo no hablamos de esas cosas.

Puse los ojos en blanco.

—¿Porque están muy ocupados hablando de Titletrack?

—No. —Sacó su aliento con mucho volumen—. Digo, claro que hablamos de música, pero la mayor parte del tiempo hablamos de cosas más profundas, como de cosas que nos importan y lo que nos molesta. Cosas así.

No pude evitar sonreír.

—¿Me estás diciendo que Rowan y tú hablan de sus sentimientos?

Archie alguna vez me había preguntado de qué podíamos hablar Lina y yo en nuestras conversaciones telefónicas de horas y por fin le dije «de cómo nos sentimos». Ahora, cada vez que llamaba se burlaban de mí. «¿Cómo está Lina? ¿Cómo están sus sentimientos?».

—Sí, supongo —admitió Ian.

Me mostró una mirada que reconocí de inmediato. Ojos bien abiertos y vulnerables; era lo que veía siempre que Ian estaba por revelar algo de sí mismo.

—¿Alguna vez has deseado que alguien te vea sin todas las otras capas? Como, no que vea qué tan buena eres para los deportes o la escuela o si eres popular, o lo que sea, sino que sólo te vea.

Quería tomarlo por los hombros y gritarle «¿Es broma?». Por supuesto que me sentía así. Era el sentimiento que definía mi vida.

¿Ian se sentía así? Eso sí era noticia.

—¿Como si pudiera ser Addie y no la hermana menor de Archie/Walter/Ian?

—Exacto —dijo Ian.

De pronto, me di cuenta de algo: Ian me estaba hablando como lo hacía antes, como si Cubby no estuviera asentado en el golpe bajo su ojo. Escogí mis siguientes palabras con mucho cuidado, temerosa de romper el hechizo.

—Pero las etiquetas son parte de ser humanos, ¿no? Nos gusta categorizar a la gente, así que todos reciben etiquetas, sean ciertas o no.

Nunca lo había pensado así, pero era cierto. Incluso nos etiquetábamos a nosotros mismos: mala para las matemáticas, coqueta, despistada.

—Nunca son ciertas —dijo Ian con un dejo de veneno en la voz—. Las etiquetas no son lo suficientemente grandes para las personas. Una vez que intentas categorizar a alguien, dejas de buscar quién es en realidad. Por eso me gusta tanto hablar con Rowan. Somos amigos, pero fuera de contexto. Nunca pensé que alguien a quien conociera en línea pudiera ser un amigo tan cercano, pero en verdad necesitaba un amigo y ahí estaba él.

Esperé a que sonriera después de decir: «Necesitaba un amigo», pero sólo bajó la mirada a su regazo y comenzó a mover la rodilla. Si Ian se sentía sin amigos, el resto de nosotros no teníamos esperanzas. No podíamos ir a ningún lugar sin que alguien gritara su nombre y quisiera hablarle de la temporada de fútbol americano; niños, adultos, todos lo hacían.

—No sabía que te sentías así —dije con cautela—. Podrías haberme dicho.

Su cabello se meció hacia adelante y hacia atrás.

—Estabas ocupada... con Lina y el fútbol y... —Cubby. No necesitaba decirlo. Los dos evitamos mirarnos—. Bueno, Rowan me contó de la guía.

—¿Y? —dije, intentando mantener un tono de voz neutral.

—Y él me importa y tú me importas, así que, si ustedes creen que les va a ayudar, pues, adelante. —Se volteó y sus ojos se prendieron de los míos—. Pero, sabes que ir a donde un libro te diga no es lidiar con lo que pasó en verdad, ¿cierto? No va a hacer que desaparezca.

Mi rabia se encendió, caliente y burbujeante.

—¿Y decirle a Mamá sí? Meter a nuestros papás sólo va a hacer las cosas más grandes.

—Ya se están haciendo más grandes —dijo Ian, montado en su caballo de hermano mayor—. Addie, en algún momento lo vas a tener que enfrentar. ¿Quieres que sea en tus términos? Acéptalo: estás rebasada.

No sólo estaba rebasada; estaba ahogándome en el fondo de la piscina. Pero no había forma de que lo admitiera.

—Te lo dije en los acantilados de Moher: ya no quiero hablar de esto —estallé.

—Pues yo sí. Lo vamos a hablar hasta que hagas lo correcto —insistió.

Lo correcto. Lo correcto habría sido escuchar a Ian y hacerle caso a mi instinto, dejar a Cubby en el momento en que las cosas dejaron de sentirse bien. Pero no lo había hecho. ¿O sí? Ahora era demasiado tarde.

—¡Ian, ya! —grité.

—Está bien —exhaló, colapsando sobre su asiento, evidentemente malhumorado.

¿Por qué tenía que arruinar el momento? Por un segundo, las cosas parecieron estar a punto de volver a la normalidad.

No necesité ver el señalamiento para saber que estábamos en Dingle; la descripción de la señora de la guía había sido perfecta. Era *Alicia en el país de las maravillas* combinado con Irlanda: un revoltijo de encanto y color aderezado con extravagancia. Tiendas con nombres como El Sombrero Loco y La Pequeña Tienda de Queso se alineaban por el camino con pinceladas de todos los colores en el espectro del neón: mandarina, rosa algodón de azúcar, turquesa y lima. Rowan serpenteó con cuidado por las inundadas calles empedradas, hablando hasta por los codos.

—Dingle es una gran atracción para los adolescentes irlandeses. Cada verano vienen al campamento irlandés. Aprendes la lengua, los bailes, esas cosas. La península estuvo bastante aislada del resto del mundo un tiempo, así que mucha gente todavía habla gaélico aquí.

El parloteo comenzó justo cuando Rowan salió de la gasolinera con la cinta y captó la tensión entre Ian y yo. Rowan era, claramente, alguien que intentaba enterrar los conflictos bajo muchas palabras; incluso si hubiéramos querido decir algo, no habríamos podido.

—Qué bien —dijo Ian al fin, abriéndole paso a un silencio poco común.

La discusión nos había drenado la energía a ambos. Ian estaba hecho bola, sumergido en su teléfono, y yo estaba pegada a la ventana con mi rabia disolviéndose en tristeza.

—Este... ¿seguros que están bien? —le preguntó Rowan al silencioso auto.

—Estamos bien, Rowan.

Mi voz salió con más fuerza de lo que había querido, y una sombra cubrió el rostro de Rowan. Ian me lanzó una mirada irritada. Pobre Rowan. Él no había pedido esto. Me enderecé y me tragué el tono de voz.

—Perdón por eso, Rowan. Gracias por contarnos algo de la historia. ¿De qué se trata esta próxima parada de Titletrack? —Logré mirar el mapa de Ian—. ¿Slea Head?

—Ah, esta es brillante —dijo Rowan e hizo el movimiento de las dos manos en los anteojos—. Cuando Titletrack comenzaba, firmaron con una disquera muy pequeña llamada Slea Head Records. Ya no existe, pero el lugar de donde tomaron su nombre sí. También resulta ser uno de mis lugares favoritos de Irlanda.

—Por el campamento irlandés, ¿verdad? —dije para demostrarle que sí había escuchado su monólogo.

—Así es. —Rowan se entusiasmó.

La carretera nos llevó hasta el pueblo y desembocó en un camino retorcido que se estrechó hasta que estuvimos emparedados entre una colina y un risco. Una bruma densa y esponjosa se posaba sobre nuestro camino y el océano casi desaparecía a la distancia. Seguimos adentrándonos en la península y, justo cuando pensamos que íbamos a caer al mar, Rowan se salió del camino, deteniéndose en la base de un empinado monte donde un sendero serpenteaba hasta la cima.

—¿Aquí? —pregunté.

—Aquí —confirmó Ian y su rodilla se lanzó en uno de sus peculiares bailes.

—Demasiado. Viento —pujó Rowan, luchando contra la puerta.

Por fin logró abrirla, bañándonos con una dosis de agua salada y lluvia.

—Por favor, díganme que no vamos a ir allá —dije, pero Ian ya estaba apoyándose en la guantera del coche, siguiendo a Rowan por la bruma, así que me apresuré a seguirlos.

No era como si la situación dentro del auto fuera mucho menos húmeda.

Afuera estaba empapado y helando, y la vista era aún más intensa. El agua brillaba con un turquesa profundo, y una gruesa colcha de nubes descansaba con suavidad sobre los curvos cerros. Todos los colores se veían sobresaturados, sobre todo el verde. Antes de Irlanda, creía saber lo que era el verde. Pero no lo sabía. No de verdad.

—Por acá —dijo Rowan, señalando un sendero que se veía más que resbaloso.

Ian se lanzó hacia adelante sin dudarle un segundo. Rowan lo siguió, muy de cerca.

Yo bien podía haber estado intentando escalar una lámina de cristal. Mis Converse, que solían ser de la suerte, eran inútiles en esta situación, así que terminé en cuatro patas, hundiendo las uñas en el lodo y fingiendo no darme cuenta de que había babosas anidadas en el pasto.

En la cima, Rowan estaba esperando para jalarme los últimos metros. Tropecé, por fin de pie, hacia el claro de pasto. Cerca, la roca negra y lisa se clavaba en el agua en un ángulo de cuarenta y cinco grados, el océano salvaje y espumoso frente a nosotros.

—¡Hay gente que surfea aquí! —Rowan nos gritó por encima del ruido del viento.

Miré hacia abajo, incrédula, y vi cómo el agua se lanzaba contra el risco. Rowan se encogió de hombros.

—Gente extrema.

—Qué bueno que la tía Mel no vio Slea Head; habría querido que su boda fuera aquí —le dije a Ian, pero él ya estaba desparramado sobre su libreta, garabateando de manera furiosa bajo la lluvia.

Di un paso hacia la orilla, el viento me embestía como retándome.

—Cuidado —dijo Rowan.

Extendí los brazos y sentí cómo el viento me empujaba y me sostenía al mismo tiempo. Rowan sonrió y copió mi postura. Los dos estábamos parados haciendo una «T», el rocío golpeándonos con toda su fuerza.

Las puntas de sus dedos tocaron los míos. La lluvia le cubría los anteojos.

—Siento como si debiéramos gritar.

—¿Gritar qué? —pregunté.

—Lo que sea. —Inhaló profundo y luego dejó salir un fuerte—: ¡Haruuuuuuuu!

—¡Haruuuuuuuu! —Le hice eco.

Mi voz navegó sobre el agua y se encimó con la de Rowan. El sonido me hizo sentir viva. Valiente, por fin. Quería sentirme así por siempre.

—¿Qué hacen? —Ian soltó su libreta y se paró a mi lado.

El viento hizo que su cabello se moviera con frenesí.

—Gritando —dije.

Rowan apuntó la barbilla hacia la cortina de neblina.

—¿Saben qué hay allá?

—¿El monstruo del Lago Ness? —adivinó Ian.

—Estados Unidos —dijo Rowan—. Este es el punto más occidental de Irlanda. Es lo más cerca que puedes estar de Estados Unidos sin dejar Irlanda.

Entrecerré los ojos para ver hacia el horizonte. Estados Unidos. Con razón me sentía tan bien ahí. Había un océano entero entre mis problemas y yo.

Ian chocó su hombro contra el mío —si fue intencional o no, no supe— y, por un segundo, los tres nos paramos ahí, con el viento empujando con todas sus fuerzas, y nosotros empujando en respuesta. Juntos. Durante un instante, me imaginé cómo sería si esa fuera la vida real. Ian y yo contra la presión de todo en casa.

Quería que esta fuera la vida real, no una desviación.

El verano había estado lleno de desviaciones, por lo general de tipo nocturno.

Era poco después de las once de la noche cuando salí por la puerta trasera, me arrastré por el jardín y corrí por la banqueta hacia el auto de Cubby. Su rostro tenía un brillo azul, iluminado por el celular encendido en la oscuridad, y el radio sonaba a un volumen muy bajo. Me deslicé al asiento del copiloto y cerré la puerta detrás mío con apuro.

—¿Qué pensaría tu hermano de que te escapes conmigo? —La voz de Cubby tenía su habitual tono relajado, pero tenía una delgada franja de nervios grabada en la superficie.

—¿Ian? Buena pregunta. ¿Le vas a decir? —pregunté, apuntando un dedo a su pecho.

—No —contestó con una sonrisa.

Ian no sabía que había salido. Tampoco sabía del paseo después del entrenamiento al que había ido con él ni que, durante ese paseo, la mano de Cubby de forma casual se hizo camino hasta mi rodilla, como si ese fuera su lugar. Yo tampoco quité la mano. Quería que estuviera ahí.

Había muchas razones por las que no iba a decirle a Ian, pero la principal era: durante los últimos años, la voz de mi hermano había adoptado un tono particular siempre que hablaba de Cubby. Era como si acabara de comer un

pedazo de chocolate amargo. Y esa noche no se trataba de la aprobación o decepción de Ian. Se trataba de mí.

Se trataba de Cubby y de mí.

—¿Están seguros de que quieren quedarse aquí? —preguntó Ian con escepticismo.

Estábamos estacionados frente a un edificio descarapelado color naranja quemado que parecía más una cárcel que un hostel. Los muebles estaban atados al pórtico con cadenas de acero, y las ventanas tenían barrotes.

—¿Quieren que la gente no entre o no salga?

—Yo creo que se ve bien —dije—. Muy... hogareño... auténtico.

Rowan y yo intercambiamos miradas. Nos había llevado algo de trabajo convencer a Ian de pasar la noche en Dingle. Él quería continuar, pero la siguiente parada en la guía era un lugar llamado Inch Beach, y el clima no era, digamos, apto para la playa. También estaba el pequeño detalle de la hipotermia, que se empezaba a sentir cada vez más real.

Pero todavía había un problema más: era temporada alta en Dingle. Y eso significaba que no había camas en ningún lugar, salvo por el hostel Final del Arcoíris, cuya página de internet hiperalegre y saturada de animaciones en Flash clamaba ¡SIEMPRE HAY DISPONIBILIDAD! Ahora, al ver el hostel en toda su gloria, entendía por qué.

—Un lugar al final del arcoíris —dijo Rowan en monotonía—. Qué irlandés. —Sacó la llave del encendido.

—Vamos —agregué—. Cualquier cosa es mejor que manejar en esta tormenta.

—Y puedes trabajar en tu artículo. —Rowan me hizo segunda—. Seguro que tienes mucho material después de ir al Burren y a Sleah Head.

—Cierto —admitió Ian—. Estaría bien seguir con mi escritura. Así no voy a tener un trabajo enorme al final. Además, necesito publicar en mi blog.

—¡Perfecto! Vamos —dije.

Medio día dentro de Trébol y ya me dolía cada parte del cuerpo. No podía esperar un segundo más para salir del asiento trasero.

Para llamarse el Final del Arcoíris, el interior carecía casi por completo de color. El único color identificable era café. Pisos cafés, alfombra café, linóleo café y una instalación eléctrica a la que le faltaban dos focos. Hasta el aroma era café: una mezcla de pan quemado y los restos flotantes de un estofado.

Fui hasta la desvencijada mesa de la recepción. La superficie estaba inundada de papeles y una taza de café estaba posada sobre una mugrosa carpeta.

—¿Hola? —llamé.

El café devoró el sonido de mi voz.

—No parece haber nadie. Tal vez deberíamos ir a otro lugar —propuso Ian.

—No hay otro lugar. Créeme, busquemos.

Pasé junto a la mesa y me aventuré por un oscuro pasillo. La luz se escurría por debajo de una puerta.

—¿Hola? —llamé tras abrirla un poco—. ¿Hay alguien aquí?

Un chico con una masa de cabello rubio y rizado estaba sentado jugando un videojuego, sus pies sucios sobre la mesa frente a él. Un enorme par de audífonos le cubría las orejas.

—¿Disculpa? —Me estiré para tocarle el hombro, pero, antes de hacer contacto, se dio vuelta y cayó con un estruendo al piso—. ¿Estás bien? —Me moví rápido para ayudarlo a levantarse.

—¿Bien? No mucho. —Se arrancó los audífonos.

Tenía cerca de veinte años, estaba más que bronceado, y su cuerpo era pequeño y musculoso como de alpinista. Su acento, fuera de toda duda, no era irlandés. ¿Era australiano? ¿Británico? Esbozó una gran sonrisa y sus dientes blancos contrastaron con su cara bronceada.

—¿Cómo vas? —¿Cómo voy? ¿Cuál era la respuesta correcta a eso? ¿Bien? ¿En auto? No esperó a que lo descifrara—. Una disculpa por los colchones. Sé que son una porquería. Pero supongo que por eso somos tan baratos. Y, seamos honestos, no viniste hasta la isla Esmeralda para dormir, ¿o sí? Estás aquí para explorar.

Alcé las cejas, completamente perdida.

—Creo que me estás confundiendo con alguien más. —Alguien con quien había hablado antes.

Sus ojos se ensancharon.

—Ay, no. Tú no vienes con el grupo alemán, ¿verdad? Olvida lo que dije sobre los colchones. Dormir en el Final del Arcoíris es como dormir sobre una nube —cantó la última parte.

—Bien salvado —dije—. ¿Tienes espacio para tres?

Me dio una palmada en el hombro.

—¿No viste el letrero? Siempre tenemos espacio. Ya te conté sobre los colchones, pero déjame venderte las cosas buenas del humilde Final del Arcoíris. Tenemos una maravillosa vida nocturna. Hay fiesta afuera todas las noches después del atardecer, masas de gente, líquidos dorados, todo lo que se te antoje. —Guiñó el ojo, con lo que anuló mi capacidad de discernir si estaba bromeando o no—. Por cierto, soy Bradley. Bienvenida al Final del Arcoíris, el hostel más occidental de toda Europa.

—Soy Addie. —Le estreché la mano—. ¿De casualidad tú escribiste la página web?

Movió la cabeza con entusiasmo.

—Sí lo hice, Addie. Sí lo hice. La eché a andar toda en cuarenta y ocho horas. Es una cosa bastante ordinaria, pero hace casi todo el trabajo por mí, lo que quiere decir que puedo pasar mis tardes surfeando.

—¿Surfeas en Slea Head? —pregunté.

—¿Qué tan loco crees que estoy? —Cruzó los brazos y me estudió con la mirada—. ¿Por qué parece que flotaste hasta acá? No estabas caminando en la tormenta, ¿o sí?

—Manejamos. Nuestro auto no es a prueba de agua.

—Ah —dijo, como si supiera todo al respecto—. Se supone que no debo dejar que nadie entre en la noche, pero esta parece una emergencia. Te caería bien un baño caliente.

—Sí, muy bien —respondí agradecida.

Tomó una lamosa carpeta blanca de la mesa y comenzó a pasar las páginas llenas de nombres y números de teléfono. El registro del hostel, supuse.

—¿De dónde son?

—De Seattle. Bueno, mi hermano y yo. El otro con el que venimos es de Dublín.

Un fuerte rechinado estalló detrás de mí, y Rowan e Ian asomaron las cabezas. Bradley se lanzó de inmediato hacia ellos.

—Tú debes ser el hermano. Y tú el otro. —Les estrechó las manos con entusiasmo—. ¿Por qué no están tan mojados como ella? Pensé que el auto no era a prueba de agua.

Rowan hizo una mueca.

—El asiento trasero es el que más gotea.

—Y atrás es donde me siento —agregué.

—Qué caballerosos —dijo Bradley con brusquedad, su mirada yendo de uno a otro.

Ian jaló los cordones de su sudadera; sus mejillas estaban un tanto rosadas.

—Se suponía que no iba a venir. No estábamos preparados.

—Sí, sí, no me digan. —Bradley los detuvo con un movimiento de la mano—. Ahora, vengan a firmar el registro mientras la hermanita se da un baño —dijo y giró hacia mí—. El baño está después de la habitación de las literas. Las toallas están en el clóset junto al baño.

Salí de la habitación antes de que pudiera terminar su oración.

A pesar de la cuestionable limpieza del lugar, el baño fue transformador. Me puse una muda limpia de ropa y fui hasta el vestíbulo pasándome un cepillo por el cabello. Bradley estaba sentado, hojeando las páginas de un ejemplar de *La enciclopedia del surf* con algunas de ellas marcadas. Cuando me vio, aplaudió como en cámara lenta.

—¡Qué mejoría! Te ves 100% menos como una rata hervida.

—Gracias —dije, conteniendo una sonrisa—. No estaba enterada de que me vi en algún momento como una rata hervida, pero qué gran cumplido. ¿Sabes dónde están los chicos?

Asintió en dirección al comedor.

—El nervioso está ahí, intentando encontrar la señal de internet. Buena suerte con eso. El triste está en las literas.

¿El triste?

—El triste está aquí —interrumpió Rowan al entrar a la habitación.

Auch.

—Lo siento, amigo. Quise decir... —Bradley intentó retractarse.

Rowan lo ignoró.

—¿Lista para Inch Beach, Addie?

—¿Tan pronto?

Me di vuelta para mirar por la ventana. Un parche azul brillaba entre las nubes grises.

—Eso fue rápido.

Bradley dejó su libro.

—El clima cambia bastante rápido por aquí. —Se enderezó y regresó a su modalidad de vendedor—. ¿Podría interesarles rentar dos bicicletas por el módico precio de tres euros cada una? Puedo agregar al paquete el mejor guía que Dingle puede ofrecer. —Abrió los brazos lo más que pudo—. Yo.

Estirar las piernas en una bicicleta sonaba ideal.

—¡Qué buena idea! ¿Rowan?

Rowan dudó y evadió mi mirada tanto como pudo.

—Las bicicletas estarían genial. No tengo interés en volver al auto mojado. Pero... he pasado bastante tiempo en la península, así que creo que puedo ser el guía.

No quería espectadores para su tarea para el corazón roto. De verdad se lo estaba tomando en serio.

—Ahhh —cantó Bradley, mirándonos a los dos.

—Estamos haciendo esta cosa con una guía —dije de prisa.

Las mejillas me hirvieron, a pesar de que no tenía nada que esconder.

—Ah, una cosa con una guía, ¿así le dicen ahora? —Bradley guiñó el ojo—. No se preocupen. Sé cuándo mi presencia no es requerida. Las bicis están en el cobertizo de atrás. Cortesía de la casa. Sólo no le digan a mi tío Ray. Vienen a la fiesta en la noche, ¿cierto? La gente empieza a juntarse en el pórtico como a las nueve.

¿Fiesta? Había olvidado la fiesta.

—Tal vez —respondió Rowan por los dos.

—Ahí estaremos —dije.

Bradley guiñó el ojo de nuevo y desapareció por el pasillo.

Rowan exhaló despacio.

—Ese tipo es demasiado para mí.

—A mí me cae bien.

Estudí la nueva camiseta que Rowan se había puesto. Esta tenía a un gato con una rebanada de pizza en una mano y un taco en la otra. Una galaxia púrpura y negra se extendía en el fondo.

—Creo que esa me gusta más que la del gato hipnótico —dije, señalándola.

—Gracias. —Levantó el familiar libro manchado de café—. ¿Lista para una aventura?

—¿Quieres decir si estoy lista para volver al frío? —Hice un gesto con la mano para apuntar a la puerta—. ¿Por qué no?

Después de la tormenta, Dingle tenía un carácter completamente distinto. Las pesadas nubes habían adelgazado para convertirse en una leve niebla, y el agua golpeteaba con calma la orilla de los riscos. Pasamos junto a una marina llena de botes que chapoteaban y letreros sobre un héroe local, un delfín llamado Fungie, que, según Rowan, había visitado a los turistas durante décadas.

—Llegamos —dijo Rowan.

Salimos del camino principal y nuestras bicicletas tomaron velocidad al bajar y dar vuelta hacia una pequeña ensenada.

—¡Guau! —exclamé.

—Ya sé —reafirmó Rowan.

La arena en Inch Beach resplandecía con un gris profundo, y el sol la besaba con un toque brillante. La marea era baja y pequeñas ondas plateadas de agua se estiraban con cierta pereza en la orilla. Adentro del agua, la luz se fragmentaba en figuras caleidoscópicas. El estrés de mis hombros se derritió, y mis pulmones se abrieron. Respiré profundo por primera vez en días.

Junto a la arena había un pequeño edificio verde cristal con un letrero a un lado que decía SAMMY'S. En letra cursiva grande, se podía leer:

*Querida Inch, debo dejarte
tengo promesas por cumplir,
tal vez kilómetros por recorrer
hacia mi sueño final*

Me recordó un ensayo que escribí para Literatura el año pasado sobre las similitudes entre «Alto en el bosque en una noche de invierno» de Robert Frost y «Un pájaro descendió» de Emily Dickinson. Amaba a Emily Dickinson. No

sabía mucho de cosas como el uso de las mayúsculas o puntuación, pero no importaba porque aun así podías escuchar justo lo que quería decir.

Al acercarnos a la playa, dos niños con el cabello revuelto salieron de la tienda con conos de helado en las manos, persiguiéndose en un animado juego en el que se atrapaban el uno al otro. Su mamá jugaba con ellos, y alzó a la niña por los aires cuando la alcanzó.

—Me recuerda a mi mamá. —Incliné la cabeza hacia la mujer.

La niña estaba ya cómoda sobre los hombros de su mamá, y el niño corría en círculos a su alrededor.

Rowan jaló su gorro por encima de sus orejas.

—¿En qué?

—Cómo corre con ellos. Ella jugaba con nosotros. Mucho. Incluso cuando eso implicara no hacer otras cosas.

Mi mamá nunca había sido una mamá de revista, de esas que siempre tienen una cocina impecable y que son parte de la Asociación de Padres de Familia. Pero era excelente para hacer fuertes con almohadas y cobijas y, cuando nos leía, imitaba todas las voces. Además, siempre estaba ahí. Que hubiera vuelto a trabajar me golpeó más de lo que reconocía.

—Suena genial —dijo Rowan mientras se metía las manos a los bolsillos—. Una vez estaba hablando con Ian, y tu mamá entró para hablarle de la escuela. Pude ver que de verdad le importaba.

—Le importa. —«¿Y por qué no les has contado de Cubby?», preguntó una vocecita en mi cabeza que me quitó de encima—. ¿Tu familia cómo es? —pregunté con cautela.

Tenía que haber estado sorda para no oír la añoranza en su voz.

—Ja —dijo con tono infeliz—. Sólo somos nosotros tres: mi mamá, mi papá y yo. Y somos un desastre; eso somos. A veces quisiera que fuéramos más, para dividir la miseria en más partes.

En mi experiencia, la miseria no funcionaba así. Tampoco la felicidad, a decir verdad. Las dos tendían a expandirse hasta que todos tenían suficiente.

Enterré el dedo gordo del pie en la arena.

—Seguro que hay muchas ventajas de ser hijo único. —Las palabras se sintieron falsas en cuanto pasaron por mi lengua.

No era que serlo no pudiera ser genial —estaba segura de que tenía sus pros y contras, como cualquier situación familiar—, pero yo ni siquiera sabría quién soy sin mis hermanos. Sobre todo Ian.

—Supongo —dijo, sin sonar convencido. Se enderezó y cuadró los hombros hacia el horizonte—. ¿Lista?

El viento escuchó la señal; salió del agua y nos golpeó con su helado paso. Yo ya me había resignado de manera oficial a no sentir otra cosa que no fuera frío durante el viaje.

—Lo que la señora de la guía quiere, la señora de la guía lo obtiene.

Nos dirigimos al agua; nuestros dedos se hundían en la arena. Cuando una fría ola resbaló por nuestros tobillos, nos volteamos a ver en estado de shock. *Frío* no se acercaba siquiera a describir lo que sentíamos. Necesitábamos una palabra más dramática, algo como *ártico* o *glacial*. Tal vez *glaciártico*.

—Nosotros podemos —dijo Rowan, ofreciéndome su mano.

Antes de pensarlo demasiado, la tomé con fuerza. Sentí su mano cálida y cómoda sobre la mía cuando nos adentramos en el agua.

—De vuelta a la guía. ¿Cuál es tu tema? —preguntó Rowan—. ¿Qué fue aquello a lo que lograste sobrevivir aunque pensaste que no lo harías?

—Perder a la mamá de Lina por el cáncer.

Me sorprendió la facilidad con la que las palabras superaron mi filtro. Por lo general no hablaba de eso con nadie más que con Lina. Lo había intentado algunas veces, pero descubrí casi de inmediato que la mayoría de la gente en realidad no quiere saber de tus problemas. Sólo quieren aparentar que se preocupan y luego pasar al siguiente tema lo más rápido posible. Con Rowan parecía ser distinto.

Alzó la mirada; sus ojos grises se veían afectados.

—No sabía que su mamá había muerto. ¿Cuánto tiempo estuvo enferma?

—Unos pocos meses. Fue tan desconcertante. Un día estaba corriendo por la ciudad con nosotras en busca del mejor taco de pescado y al siguiente... —me desvié.

El agua me daba punzadas en las espinillas. Siempre que pensaba en los meses después del diagnóstico de Hadley, recordaba los sonidos: los pitidos de las máquinas del hospital, el zumbido del ventilador, el silencio en su departamento en las tardes, cuando le llevaba la tarea a Lina. Se suponía que yo era la mensajera, que llevaba la tarea en las dos direcciones, pero todos los maestros sabían de la situación y no les preocupaba mucho si algo les llegaba o no.

El agua me llegaba un poco por encima de las rodillas.

—No sé si Ian te lo dijo, pero Lina se mudó con nosotros después del funeral. Estaba como apagada. Incluso dejó de comer, lo que es una bomba, porque Lina ama la comida más que cualquier otra persona que conozca. Terminé obsesionada con los programas de cocina porque la única forma de lograr que comiera era preparándole cosas que no pudiera rechazar.

—¿Sabes cocinar? —preguntó Rowan con voz hambrienta—. ¿Qué le preparabas?

Una ola alta se estrelló en nuestras rodillas, lanzando un rocío de agua salada a mi cara. Me limpié los ojos con el cuello de la camiseta. Estaba usando cada gramo de fuerza de voluntad para no darme la vuelta y salir corriendo del agua.

—Panqué de triple chocolate, espárragos envueltos en tocino, hot cakes con mora azul y crema batida, *mac and cheese* gourmet... Creo que ese era el mejor; tenía cuatro quesos distintos, tocino y aceite de trufa.

Rowan gimió.

—No he comido nada más que Sugar Puffs desde que salí ayer de Dublín.

—Pensé que te encantaban los Sugar Puffs.

—Sí, me encantan —dijo con firmeza—. Pero me encanta más el tocino y el aceite de trufa. —Miró al agua y me apretó la mano—. ¿Cómo vamos? ¿Estaremos lo suficientemente adentro?

Por un instante no supe de qué hablaba, pero luego me di cuenta de que el agua estaba más allá de la mitad de mis muslos, besándome los shorts.

—¿Sientes las piernas?

Hizo una mueca.

—¿Cuáles piernas?

—Esto es peor que el asiento trasero de Trébol.

Nos soltamos las manos y pasé los dedos por encima de la helada superficie del agua.

—¿Qué hay de ti? ¿Qué es lo más difícil que has sobrevivido?

—Este año —anuncio sin titubear, sin hacer contacto visual.

Eso significaba que la puerta estaba cerrada. Pero yo, siendo yo, tenía por lo menos que tocar el timbre.

—¿Este año porque terminaste con alguien?

Rowan exhaló y luego sacudió el hombro como si quisiera quitarse el mal humor de encima.

—¿Es demasiado deprimente todo esto? Sé que estás pasando por tu propio duelo. No quiero ponerte la carga del mío.

—No es una carga —dije, y era verdad: me gustaba que sintiera que podía hablar conmigo, éramos un grupo de apoyo de dos—. ¿Cómo se llamaba tu novia, a todo esto? O... ¿novia?, ¿novio? —No debía hacer suposiciones.

—De hecho era un pez —dijo con toda seriedad—. Salimos todo un año, pero cada par de horas se olvidaba de mí y teníamos que volver a empezar.

—Oh —respondí, imitando su tono serio—. Suena difícil. ¿El pez tenía nombre?

Dudó un segundo y su sonrisa se borró.

—Son mis papás —dijo al fin—. Se están divorciando.

—Oh. —No supe qué decir.

Su respuesta no había sido la que esperaba, peor, no debía haberme sorprendido tanto. El corazón roto tenía muchas formas y colores.

—Lo siento mucho —dije.

—Yo también. —Me lanzó una sonrisa melancólica—. Si pudieran superar sus problemas, creo que podrían estar muy bien juntos, pero... —Su cabeza vagó y su cuerpo se agitó con violencia.

De pronto me volví más que consciente del frío. Rowan esbozó una sonrisa un poco dispareja y sus ojos no se encontraron del todo con los míos.

—Creo que estoy a punto de sucumbir a la hipotermia.

—Eso significa que tenemos que quedarnos aquí un segundo más —dije.

«¿Estás sobreviviendo a este momento de incomodidad? ¿Has tenido otros momentos de dolor o incomodidad en los que pensaste que no sobrevivirías, pero lo hiciste?».

—¡Ya! —dije y me di vuelta hacia la orilla.

Corrimos. Mis piernas estaban tan congeladas que apenas podía sentirlas mover el agua, pero la cálida mano de Rowan logró volver a encontrarse con la mía y, de repente, tuve la misma sensación de levedad que había tenido en el Burren.

Era posible que la señora de la guía supiera de lo que hablaba.

Bradley no exageró cuando habló de la vida nocturna en el Final del Arcoíris. La música retumbaba desde una bocina miniatura, y todas las luces resplandecían. Había más gente congregada en el pórtico y en los escalones de la que había visto en toda la península. Alguien había hecho una fogata en un bote de basura, y las llamas lamían las orillas del metal.

—La infame vida nocturna del Final del Arcoíris —dijo Rowan, derrapando para frenar.

El camino de vuelta nos había llevado el doble de tiempo, pues habíamos tenido que pedalear colina arriba, y mis temblorosas piernas eran señal de que me dolerían mañana.

—¿Hay señales de Ian?

—No, pero ahí está nuestro anfitrión.

Bradley presidía la acción desde una silla de jardín un tanto anémica. Había combinado una camiseta demasiado estrecha con una camiseta que mostraba un Jesús surfista. Me vio y agitó las manos, haciendo un gesto dramático hacia el asiento junto al suyo.

El lugar de honor. Una parte de mí quería llevar la sensación de calma que había traído de Inch Beach hasta la cama, pero Bradley no dejaba de agitar las manos con emoción en dirección mía.

—Yo devuelvo las bicicletas —dijo Rowan, mientras tomaba el manubrio de la mía—. Es mejor que vayas para allá. No queremos dejar esperando al rey.

Mientras me acercaba a Bradley, Ian apareció de repente a mi lado y se colgó de mi brazo. Traía puestas dos sudaderas y su cabello se veía más enredado que de costumbre.

—¿Dónde estaban? —preguntó con urgencia.

Me lo quité de encima.

—En Inch Beach. ¿No te dijo Rowan?

—No pensé que tardarían todo el día.

—¿Todo el día? Nos fuimos unas horas.

Me di cuenta en ese momento de que Ian se balanceaba sobre los talones y las puntas de los pies. Eso en código Ian significaba: «Tengo algo que decirte».

Mi corazón se desplomó. No otro mensaje. Por favor, no otro mensaje de casa.

—Ian, ¿qué es?, ¿qué pasa?

Apretó la boca en una delgada línea.

—Llamó Mamá.

—¿Y?

Sentí una oleada de alivio. Eso era manejable. Mamá era manejable.

—¿Qué dijo?

—Quería hablar con Howard.

Rayos. No había pensado en eso.

—Ah, claro. Deberíamos pensar en qué hacer para la próxima vez que llame.

Ian se miró los tobillos de nuevo y escupió lo demás.

—Me puse nervioso e hice que Bradley fingiera ser Howard.

—¿Qué? —reaccioné en voz tan alta que un grupo de chicas de cabello largo volteó desde la fogata a verme—. ¿Le pediste a Bradley que fingiera ser Howard? Por favor dime que es broma.

Se tomó el cabello y le dio vueltas al mismo mechón enredado.

—En realidad no estuvo tan mal. Su acento fue un poco... cuestionable. Pero creo que Mamá se lo creyó.

—No —murmuré. Eso era un desastre. Llevábamos menos de un día, e Ian ya nos había puesto en peligro. No había manera de asegurar que lo lograríamos—. ¿En qué estabas pensando, Ian? Debiste haber esperado a hablar conmigo.

Alzó las manos, a la defensiva.

—No dejaba de llamar. Ya sabes cómo es de insistente; creo que Catarina le fundió el cerebro. Tuve que improvisar. Además, dijiste que ibas al sitio, no a desaparecer toda la noche.

El tono de acusación en su voz sonaba demasiado familiar: «Sabes qué ha estado haciendo Cubby, ¿verdad?».

—Esto no es culpa mía, Ian —respondí—. Fue tu decisión quedarnos en Irlanda, no la mía. —Lo empujé para apartarlo y me dirigí a los escalones del pórtico.

—¡Addie! —me llamó Bradley—. ¿Oíste que hablé con tu mamá?

—Lo siento, Bradley, este no es un buen momento.

Entré a pisotones al edificio, me fui en línea recta hacia las literas y colapsé en mi cama. Estaba exhausta. Y muerta de hambre.

Pero, en vez de dejar la habitación para buscar comida, saqué mi teléfono del bolsillo y busqué a Indie Ian. Quería ver con mis propios ojos de qué se trataba este viaje, y tal vez el final de nuestras carreras deportivas. Dos artículos

aparecieron de inmediato: «¿Están muertas las bandas de garaje?» y «Fui al centro comercial. Esto fue lo que pasó».

—Aquí vamos —dije en voz alta.

Tras las primeras dos oraciones, estaba sumergida por completo en el mundo de las bandas de garaje. El artículo me voló la cabeza. La voz de Ian saltaba de la página con fuerza y volumen, pero con un poco más de brillo, como si hubiera sido barnizada y dejada al sol para que resplandeciera. Estaba bien escrito, era intelectual, pero amable; estaba lleno de entusiasmo y tenía suficiente personalidad como para que me importara.

Abrí de prisa el segundo, «Fui al centro comercial. Esto fue lo que pasó». Ese era sobre su visita al centro comercial cerca de nuestra casa y su reseña de la música que escuchó en cada una de las tiendas. ¿Cuándo lo hizo? Las únicas veces que lo había visto en el centro comercial era cuando Mamá nos arrastraba hasta allá antes del inicio de las clases.

Dejé caer el teléfono en la cama. Sentía un peso en el pecho. Había toda una parte de la vida de Ian que yo no sabía que existía. Era una parte de la que nunca me había hablado, de la que había decidido no hablarme.

«Tú hiciste lo mismo», me confrontó mi cerebro en silencio.

No le conté a Ian sobre Cubby; él lo descubrió solo. Y me confrontó de inmediato.

—Addie, él no. Quien sea, menos él.

Su voz me sorprendió tanto que casi me caí por la ventana por la que había entrado. Eran las dos de la mañana, unos días después de nuestra excursión al troll, e Ian estaba sentado en mi escritorio a oscuras, con los audífonos colgándole del cuello.

Me recuperé justo a tiempo; tras tropezar al interior de la habitación, me di vuelta para cerrar la ventana casi por completo. El auto de Cubby ya no estaba ahí.

—¿Qué quieres decir? ¿Él quién? —dije mientras me quitaba los zapatos y los lanzaba al piso.

Me había acostumbrado a usar tenis en las noches; hacía que escalar al volver a casa fuera más fácil.

—Te vi salir de su auto. —Ian se puso de pie e hizo que mi silla de escritorio diera vueltas—. Él no, Addie —repitió con gesto de súplica.

Una rabia lenta se acumuló en mi pecho. La intensidad me sorprendió. ¿Qué le hacía creer que podía opinar sobre con quién salía yo?

—Ian, entiendo que Cubby es tu compañero, pero no tienes derecho a decirme si puedo salir con él o no.

Se quitó los audífonos del cuello y los apretó en su puño.

—Addie, paso mucho tiempo con él. Escucho cómo habla de las chicas. No quieres estar con él. Créeme.

Pero no quería creerle. Y no le creí.

Por lo general, puedo contar con que al dormir, lime las asperezas de lo que sea que me preocupe, como cuando una botella rota navega por las olas hasta convertirse en piedra marina. Pero pasé la noche más agitada posible.

Los colchones eran, como se nos había advertido, una porquería, y, poco después de la una de la mañana, toda la fiesta, Rowan e Ian incluidos, bajó hacia las literas en estampida. Por fin llegó la mañana y desperté con la luz que se filtraba con suavidad por las ventanas abarrotadas. Me giré sobre un costado. Una sinfonía de ronquidos y respiraciones llenaba la habitación. Todas las camas tenían aún un bulto humano adentro. Todas, claro, menos la de Ian.

De un brinco me senté. Las camas de Ian y Rowan estaban vacías, y sus sábanas y almohadas ya no estaban. Hasta sus maletas habían desaparecido.

—¿Es en serio? —grazné en el silencio.

Me habían dejado. Otra vez. Rowan también. Salí disparada de la cama; me tropecé con una mochila tamaño infantil que estaba recargada sobre mi cama antes de chocar con un estruendo contra el pilar de una litera.

—*Hallo?* —dijo una voz asustada desde una de las literas de arriba.

—Lo siento.

Corrí descalza por el pasillo y hacia el comedor, donde choqué de frente con Ian, quien, evidentemente, tenía una taza de una bebida caliente en las manos.

—¡Addie! —gritó mientras la bebida se derramaba por todos lados—. ¿Por qué corres?

El alivio fue tan grande que casi me doblo a la mitad. Apoyé las manos sobre las rodillas y esperé a que mi corazón se desacelerara.

—Pensé que me habían dejado.

—¿Dejarte? ¿Por qué lo pensarías?

Abrió los ojos lo más que pudo y resopló, riéndose de su propio chiste.

Se estaba riendo. Riéndose. ¿Se había olvidado de la pelea de la noche anterior? Tomó un manojito de servilletas y limpió lo que había derramado en sus zapatos.

—Sí, muy gracioso. Muy, muy gracioso.

Le di un puñetazo en el hombro. Su ojo morado se veía un poco mejor. Las orillas exteriores habían comenzado a perder color y ahora eran de un verde sordo.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Rowan al unírseles en el pasillo.

—El que ahora tengo síndrome de estrés postraumático por ser abandonada —dije.

El cabello de Rowan se ondulaba de forma agradable. La playera de gato del día presentaba a un felino con anteojos y las palabras HAIRY PAWTER.

—Eso no es nuevo —dijo Ian—. Lo hacías cada vez que uno de nosotros pasaba al siguiente grado escolar. Pensé que ibas a tener un colapso nervioso cuando me gradué de la primaria.

—Cállate, Ian —le exigí, un poco más relajada ya.

Su tono todavía era burlón.

—¿Y, a todo esto, por qué estás tan de buenas?

Levantó su teléfono.

—Estoy a dos seguidores de los diez mil. A todo el mundo le gustaron las fotos de Sleah Head y del Burren.

—Ian, eso es genial —dije con toda sinceridad.

Quería decirle que me habían encantado sus artículos, pero rociada de café en el Final del Arcoíris no parecían ser el momento ni el lugar adecuados. Quería que fuera especial.

Asintió alegremente.

—Con suerte, la próxima parada nos hará superar la barrera. Vístete; nos vamos en cinco.

—¿Seis? —pregunté.

Crucé miradas con Rowan, quien me sonrió.

—Cinco —dijo Ian—. No me piques, hermanita.

Parque Nacional de Killarney

¿Estás disfrutando las boscosas delicias de Irlanda, cariño? ¿Has visto los árboles agrupados de pie, con las ramas entrelazadas en un abrazo de cariño y aprecio mutuo? ¿Te recuerda a nosotras? ¿Te recuerda a cómo nos entendemos?

A mí también, corazón. A mí también.

Reflexiona conmigo un segundo: ¿te has detenido a pensar cuánto trabajo implica un árbol? ¿Por cuántas etapas ha pasado antes de llegar a donde está hoy? Piensa, por ejemplo, en uno de esos árboles gigantescos frente a tu ventana. Sus ancestros tuvieron que migrar a nuestra hermosa isla. Las aves y los animales llevaron semillas de avellanos y robles por los puentes de tierra que alguna vez conectaron Irlanda con Gran Bretaña y Europa. Otras semillas —las ligeras, como el abedul y el sauce— llegaron con una ventisca. Y ese fue sólo el principio. Una vez que estuvieron aquí, esas diminutas semillas también tuvieron mucho trabajo por hacer. Crecer, estirarse, extenderse.

Me hace pensar en todo el trabajo que has estado haciendo.

«¿Cuál trabajo?». La tristeza, cariño. El dolor del corazón. Y, contrario a muchas otras tareas, esta es una que sólo tú puedes realizar. No hay atajos ni puedes delegársela a alguien más. A las personas nos encanta intentar sacarle la vuelta al dolor. Queremos atajos, puertas secretas, algo que nos absorba y nos escupa del otro lado, sin tener que pasar por las partes escabrosas.

Pero las partes escabrosas son necesarias. El proceso lo indica en el nombre. Si quieres superar el dolor del corazón, vas a tener que permitir que tu corazón, pues, sienta el dolor. Y no importa cuántas distracciones le des —litros de helado, compras impulsivas, siestas eternas—, no puedes engañar al sufrimiento. No tiene otra cosa que hacer, ni otro lugar donde estar. Se quedará ahí, limándose las uñas, a la espera de que estés lista.

Es un diablillo insistente.

Así que, a trabajar, pequeña. Dejemos de ahogar el dolor en música y deudas en la tarjeta de crédito y espionaje en internet. Vamos a confrontarlo. Vamos a adueñarnos de él. Tienes un trabajo por hacer y, mientras más pronto te pongas a trabajar, más pronto podrás retozar en el bosque como la brillante ninfa silvestre que sé que eres.

TAREA PARA EL CORAZÓN ROTO: ¿Lista para trabajar, cariño? Eso pensé. Encuentra un árbol que te hable y acurrúcate en su base. Entonces, cuando estés tranquila y cómoda, nombra aquello que te provoque el mayor dolor en esta situación. No titubees. No alejes la mirada. Enfrentalo. ¿Por qué en el árbol, dices? Pues porque los árboles saben escuchar muy bien, claro está.

—Fragmento de *Irlanda para corazones rotos: una guía poco convencional de la isla Esmeralda*, tercera edición

—Bueno, esto apesta —dijo Rowan desde el otro lado del árbol.

—De acuerdo —respondí.

Habíamos decidido usar el mismo árbol; él de un lado, yo del otro. Y, hasta ese punto, la tarea para el corazón roto me estaba haciendo sentir, pues, rota. Creo que ese era el punto. Ver el dolor de frente era como mirar al sol. Quemaba.

Temblé mientras me sobaba los escalofríos. Mi ropa estaba empapada otra vez. Una noche en la cochera del Final del Arcoíris no había sido tan mágica como habíamos esperado. El asiento trasero de Trébol había hecho un cambio sutil de empapado y pulposo, y, a pesar de que Bradley había donado algunas toallas a lo que bautizamos como «Operación impedir que Addie parezca rata hervida», mis shorts se empaparon por completo antes de que llegáramos siquiera a la carretera.

También estaba lidiando con estrés adicional. Lina había encontrado un vuelo que la llevaría, junto con Ren, a Dublín mañana en la tarde. Ren incluso había conseguido tres boletos para Electric Picnic, así que todos podríamos ir juntos al concierto. ¿Y si Ren no me caía bien? Pero, sobre todo: ¿si yo no le caía bien a Ren? ¿Podían coexistir el novio y la mejor amiga si no se agradaban? Y si no, ¿quién sería el sacrificado?

Me abracé y miré entre los árboles, en un intento por reenfocarme. El bosque estaba repleto de musgo. Cada superficie, cada rama brillaba con él y suavizaba todo con un resplandor verde.

—Más nos vale terminar antes de que Ian vuelva —dije.

Lo habíamos convencido de que diera un paseo, pero supuse que no tardaría mucho. Estaba ansioso por llegar al siguiente sitio de Titrack.

—Okey. Tú primero: ¿qué es lo peor de tu dolor? —preguntó Rowan.

Era muy difícil decidir lo mío. ¿Era la humillación pública? ¿Decepcionar a mi hermano? Una respuesta inesperada salió a la superficie.

—Que no me hice caso. Había muchas señales de advertencia, pero las ignoré. Me decepcioné. —Exhalé despacio, la tristeza me cubrió de pies a cabeza—. ¿Y tú? ¿Qué es lo peor?

Rowan se acomodó y rompió algunas ramitas con el movimiento.

—Saber que no tengo control de la situación.

—Tal vez te robe esa.

Rowan dudó una vez más.

—Puedo callarme si quieres, pero ¿qué fue lo que pasó? ¿Tú terminaste con él o...?

—Fue él. —Apoyé la cabeza contra la corteza, y mi cerebro envió otra señal de dolor.

Rowan absorbió mi silencio un instante; se puso de pie y dio una crujiente vuelta al árbol para sentarse junto a mí.

—Oye, Addie, sabes que estoy contigo, ¿verdad? Por si quieres, como... hablar.

Encontré sus ojos. Eran grandes y húmedos, listos para ingerir cualquier cosa horrenda que quisiera darle. De repente, toda la horrible historia se elevó hasta empujarme los dientes. Sí necesitaba a alguien a quien contarle todo, pero me había estado relatando la historia diez días y ya era muy claro cuál era mi papel en ella: la perdedora que se le lanza a un chico porque está desesperada por su atención. No era muy halagadora. Ni atraía muchos amigos.

—Gracias, Rowan, pero creo que ya terminé con esto —dije y me puse de pie a toda prisa.

En el auto, Ian entrecerró los ojos al vernos.

—¿Por qué se ven tan deprimidos?

Tenía razón. Nuestro tiempo en el Parque Nacional de Killarney me había hundido los ánimos. Siempre había escuchado que debías distraerte del desamor, no enfocarte en él. ¿Por qué insistía tanto la señora de la guía en hurgar en el dolor?

—No nos vemos deprimidos —contestó Rowan—. Estamos tristes. Son cosas diferentes.

—Pues esto no va a contribuir —dijo Ian y me lanzó su teléfono—. Mensaje de Mamá. Esa señora no tiene freno.

—Genial —me quejé.

Abrí el mensaje.

¿Qué tal Italia? ¿Cómo van las cosas con Addie?

—Por lo menos parece creer que estamos en Italia —dije.

Ian sacudió la cabeza; no parecía convencido.

—O nos está poniendo a prueba.

Respondí:

Hola Mamá. Soy Addie. ¡Todo está genial! Italia es hermoso
y CÁLIDO. Tenías razón; ¡Necesitábamos pasar tiempo juntos!
¡Siento vibras de hermanos increíbles!

Me arrepentí del mensaje en cuanto lo envié. Sonaba como si lo hubiera escrito una porrista maniática. Una porrista maniática que estaba obsesionada con el hecho de que su temperatura corporal no había sido normal desde hacía días. Si el cameo de Bradley no la había alertado, el mensaje lo haría. Respondió de inmediato:

No tenía idea de que Howard era australiano. ¡Qué interesante!

Ridículo. O nos estaba tendiendo una trampa o pasar tanto tiempo con la tía Mel le había licuado el cerebro. Sabía que Howard era estadounidense; era un requisito para estar a cargo del cementerio estadounidense.

Estaba tan absorta en intentar descifrar el mensaje de mi mamá que me tomó varios minutos darme cuenta de que Rowan e Ian estaban discutiendo.

—Ian, es en serio. No me pueden descubrir. —Las manos de Rowan estaban tan tensas como su voz y sus ojos se disparaban nerviosos hacia el retrovisor.

Me di vuelta para ver hacia atrás, pero la carretera estaba vacía con la excepción de una larga y felpuda tira de pasto que crecía en el centro. Los caminos no tenían oportunidad aquí; a Irlanda le gustaba tragárselos enteros.

—No creo que debamos arriesgarnos.

La boca de Ian se asentó en una tensa línea.

—Rowan, nos tomó tres semanas encontrar El Cuarto Rojo. ¿Quieres tirar todo eso a la basura? —Lo picoteó con el dedo a manera de acusación—. Pensé que eras un fan.

—Epa —dije, animándome.

Esas eran palabras violentas. Pero no parecieron alterar a Rowan.

Rowan sacudió la cabeza con fuerza.

—No te hagas tonto. No querer verlo y no querer que me atrapen son dos cosas distintas.

Esto sonaba interesante. Abandoné el teléfono de Ian y me impulsé hacia el frente para leer el siguiente punto en el mapa.

—¿Qué es Torc Manor?

Rowan inclinó la cabeza un poco hacia Ian.

—¿Le digo o le dices?

—Adelante —dijo Ian y hundió la cabeza de nuevo en el mapa.

En el Final del Arcoíris, Ian le había arrancado la cinta a su ventana y ahora tenía la mano derecha afuera, con los dedos extendidos en el viento.

—Estoy esperando —los incité.

Rowan suspiró con pesadez y luego miró mis ojos ansiosos.

—Torc Manor es una casa de verano que era del tío del baterista. Grabaron un disco entero en la sala.

—Se llama El Cuarto Rojo —agregó Ian, apoderándose de la conversación.

Siempre que una historia lo emocionaba, tenía que involucrarse en el relato.

—Empezaron a grabar creyendo que el disco sería más animado y algo pop, pero la habitación estaba llena de cortinas y alfombras pesadas, y toda la tela absorbió parte del sonido y cambió por completo el tono de las canciones. Después de eso, comenzaron a producir canciones con esa misma vibra. Incluso recrearon la misma atmósfera en estudios de grabación con almohadas y otras cosas. Esa habitación cambió toda su dirección musical.

Era justo el tipo de dato musical con el que Ian amaba obsesionarse. Gracias a Ian sabía millones de datos curiosos musicales: cosas como que Paul McCartney escuchó la melodía de «Yesterday» en un sueño y que a Bill Wyman lo habían invitado a ser parte de los Rolling Stones sólo porque tenía un amplificador. Con razón la rodilla de Ian había pasado de rebotar a marchar. Ver algo tan icónico para él como El Cuarto Rojo era un sueño hecho realidad.

—Bien... —Estudié el rostro parco de Rowan y dejé que los puntos suspensivos se asentaran; luego, le di un golpecito en el hombro—. Y ¿cuál es el problema? ¿Por qué estás tan nervioso?

Rowan exhaló y empujó sus anteojos un poco.

—No quiero que nos atrapen por allanar. La escuela está por empezar, y si me meto en cualquier tipo de problema con la policía, me van a expulsar.

—*Allanar* es una palabra demasiado fuerte —dijo Ian mientras una sonrisa le consumía el rostro entero—. Prefiero *entrada indebida*.

¿*Allanamiento*? Transferí mi dedo acusador de Rowan a Ian.

—De ninguna manera. Nuestra prioridad es que Mamá y Papá no se enteren de nuestra pequeña desviación. Eso significa que no vamos a hacer nada que pueda involucrar a la policía.

—Nadie va a llamar a la policía. —Ian se jaló el cabello—. ¿Por qué son tan dramáticos? Lo único que vamos a hacer es conducir hasta allá, tomar unas cuantas fotos e irnos. Los dueños ni siquiera se van a dar cuenta de que estuvimos ahí.

—Hasta que las fotos de la casa estén en línea y recuerden que los hostigaste con correos todo un mes. —Rowan sacó los ojos del camino y se dio unos golpecitos de contemplación irónica en la barbilla—. ¿Qué decía ese último correo que te enviaron? Ah, sí. Creo que sus palabras exactas fueron: «Si te acercas a nuestra propiedad no dudaremos en avisar a las autoridades».

—Pero no dijeron a qué autoridades —respondió Ian con la sonrisa aún tapizándole el rostro—. Tal vez quisieron decir las autoridades del agua. O una autoridad mundial en temas de cambio climático.

«Ay, Ian».

El plan —sin importar lo que implicaba— era típico de mi hermano. Una porción de peligro, dos porciones de trivia musical, tres porciones de rebeldía. Agrégale un puñado de jalapeños y algunos malvaviscos y tienes una receta perfecta para Ian. Nada de lo que le dijéramos importaría. Sería mejor guardar mis energías, las podría necesitar para correr. Intenté que Rowan me viera encogerme de hombros para comunicarle que esto *es un caso perdido*, pero sus ojos estaban fijos en la carretera.

—Busquen una barda rota y enlamada unos kilómetros más adelante del señalamiento de velocidad que está doblado. —Leyó Ian en su teléfono.

Sacó la cabeza al viento y su cabello se convirtió en un enorme diente de león.

—¿Viste el letrero allá atrás, Addie? ¿Te pareció doblado?

—Era un anuncio de Guinness —dije.

—Ian, ¿qué hay de la fan a la que arrestaron? —Rowan no conocía a Ian lo suficiente como para saber a qué se enfrentaba—. La invasión no fue hace mucho. Sabes que los dueños van a estar muy alerta. Seguro duermen con una escopeta bajo la almohada.

—¿Arrestaron a una fan? —Le di un golpecito a Ian en la nuca.

¿Sería que la parte de su cerebro que era fan de Titletrack había tomado control sobre la parte del sentido común?

La sonrisa de Ian tan sólo se hizo más grande.

—Eso fue hace un año, y esa chica era una acosadora. Uno no se mete a casa de alguien cuando está ahí.

—¿Porque uno debe entrar cuando los dueños no están? —intenté aclarar.

—Oh, ella hizo mucho más que entrar. —Rowan se quitó los anteojos y se talló los ojos con un gesto que lo hizo parecer un hombre de negocios viejo y cansado (pero, como era Rowan, era un hombre de negocios viejo, cansado y adorable)—. Se hizo un sándwich de jamón y plátano en la cocina y se lo comió mientras se revolcaba en la alfombra. Los dueños estaban dormidos arriba, y los despertó.

—Asco —gemí—. ¿Jamón y plátano? ¿Es algo de Titletrack o es algo irlandés?

—Nada irlandés —dijo con una sonrisa seca en los labios—. ¿No lo sabes? Nosotros sólo comemos papas y estofado.

Ian juntó las manos frente a sí como si fuera a rezar y sacó el labio inferior como para hacer puchero.

—Vamos, chicos. Prometo no hacer un sándwich asqueroso ni revolcarme en la alfombra. Nadie nos va a ver; nadie lo va a saber.

Sacudí la cabeza con disgusto.

—Ian, la cara de puchero dejó de funcionar hace como diez años.

Sacó el labio aún más.

—La cara de puchero es exitosa 75% del tiempo. ¿Cómo crees que pasé Literatura Inglesa el año pasado? Miss Murdock no se resiste a ella.

Volví a sacudir la cabeza, impaciente.

—Deja de cambiar de tema. Rowan te está diciendo que no quiere ir a Torc Manor, lo que significa que no vamos a ir a Torc Manor.

—¡Ese era el letrero doblado! —gritó Ian, lanzando una parte del cuerpo afuera de la ventana—. Ya casi llegamos. Rowan, tenemos que ir, tenemos que ir, tenemos que ir.

—Está bien. —La mirada de Rowan se mecía entre mi hermano y la carretera—. Pero, escúchame: no me pueden atrapar, NO. ME. PUEDEN. ATRAPAR. Mis papás ya viven en estrés permanente. No puedo echarle leña al fuego metiéndome en problemas.

—¡Es esa! —gritó Ian.

Rowan golpeó los frenos, e Ian casi se lanzó por la ventana, extendiendo la cara hacia la enorme reja cubierta de hiedras. Un gigante letrero de NO PASAR reposaba junto a un todavía más grande letrero de CUIDADO CON LOS PERROS. Apunté hacia la imagen en el letrero.

—Qué bonita sombra de un perro que gruñe.

Ian me detuvo con un movimiento de la mano.

—Es falso. La mitad de las veces la gente los pone y lo único que tienen es un pez.

—Rowan tiene un pez —dije.

El labio le tembló.

—Tenía un pez. Tenía, Addie.

—Mira, siempre y cuando nos apeguemos al plan, vamos a estar bien. Ya sabemos que la habitación está en la planta baja y da hacia el jardín trasero. No me toma más de diez segundos encontrarla. Rowan, lo único que tienes que hacer es meter el auto y esperar. Yo hago el resto.

Este era Ian en modo locomotora. Yo no podía detenerlo. Rowan no podía detenerlo. Una avalancha no podría detenerlo. Nuestra mejor esperanza era hacer justo lo que él quería: entrar, tomar una fotografía y correr.

—Está bien. —Suspiró Rowan, girando los ojos hacia el techo.

Ian dio brinquitos de ánimo y sacó su libreta.

—Gracias, Rowan. Te debo una.

Rowan puso el auto en reversa.

—Sí, me la debes.

—¿Y yo qué? —pregunté mientras jalaba las piernas para sacarlas del hueco detrás del asiento delantero.

Durante el día, había alcanzado un nuevo y alarmante estado mental en el que aceptaba que tener las piernas dormidas era algo normal.

Ian me dio unas palmaditas en la cabeza.

—Gracias, Addie. También te la debo, supongo.

Le quité la mano.

—No. Lo que quise decir es: ¿qué quieres que haga mientras tú sacas las fotos de la casa? ¿Quieres que vaya contigo?

—No. Es mejor que te quedes donde estás. Cuida las cosas de Rowan. — Intentó darme palmaditas otra vez, pero logré esquivarlas.

Estaba a punto de insistir que debía ir con él pero para cuando me enderecé, Ian había comenzado con su ritual de preparación, un ritual que había visto casi un millón de veces. Primero se amarraba y desamarraba las agujetas —una, dos y tres veces—, luego se tronaba el cuello hacia adelante y hacia atrás, y terminaba con una firme sacudida de hombros.

Verlo me tranquilizaba. Si alguien podía ganarle una carrera a un perro guardián, era Ian. Si no fuera el mariscal de campo, sería el corredor. Era el más rápido del equipo.

Había algo también casi reconfortante en el hecho de que Ian tenía una suerte increíble. Si, por ejemplo, los dueños nos vieran y decidieran atacar el auto con un lanzallamas, Trébol elegiría ese momento para caer en un bache, e Ian saldría volando del auto en el instante exacto, caería sobre pasto suave y sobreviviría el incidente sin un solo rasguño. Seríamos Rowan y yo quienes terminaríamos rostizados.

—¿Dónde está? Ya pasaron años —murmuró Rowan.

Nuestros ojos se encontraron sobre el reloj del tablero. No sabía si años, pero sí había pasado mucho más tiempo de los dos minutos que Ian había prometido que tardaría cuando desapareció tras salir por la ventana. Ahora, los dos lo imitábamos y nos movíamos con nerviosismo.

Torc Manor se esforzaba en exceso por verse encantadora, y tenía todos los ingredientes: un techo muy inclinado, ventanas con marcos blancos, un jardín de flores muy bien cuidado. Pero, mientras más tiempo pasábamos ahí sentados, más me daba cuenta de que también tenía algo tétrico. Las sillas del patio estaban cubiertas con gruesas cobijas blancas, y los árboles de los alrededores crecían y se enredaban de formas alocadas que llenaban el cielo de ramas y hacían que la tarde se sintiera más oscura de lo que en realidad estaba.

Por lo menos, Ian tenía razón sobre que no había nadie ahí. No había señales de vida: no había autos en la cochera, ni zapatos en la puerta ni ruido. Hasta las aves y los insectos guardaban silencio.

De repente, Rowan se agachó.

—¿Viste eso?

Mi corazón dio un vuelco mientras seguía la mirada de Rowan hacia la ventana de arriba. Pero las cortinas estaban cerradas, no había movimiento en ningún lado.

—¿Ver qué?

—Pensé que había visto algo, como un destello. —Se aclaró la garganta—. Perdón por ser tan tonto. No soy muy bueno con el estrés.

Ian apareció de pronto afuera de la ventana y me asustó tanto que lancé mi brazo al pecho de Rowan y lo golpeé con un tumbo sordo.

—¡Uf! —Exhaló.

—Perdón, Rowan —dije.

Ese no había sido un incidente aislado. Addie Asustada era igual a Addie Golpeadora. Una vez, en el cine, en una escena particularmente intensa, bañé de palomitas a toda una fila de asistentes. Ahora, cuando iba al cine, me dosificaban las golosinas.

Ian se cruzó de brazos, regocijándose con una sonrisa que mostraba lo satisfecho que estaba con él mismo.

—¿Por qué tan nerviosos? Ya les dije que no hay nadie.

Miré la casa una vez más. No podía evitar sentir que nos observaban.

—¿Nos podemos ir? Este lugar me incomoda.

Ian negó con la cabeza.

—Las ventanas están demasiado altas. Necesito que vengas para que pueda levantarte.

Mi instinto me decía que tomara el auto y nos sacara de ahí, pero la razón me indicaba que siguiera el plan de Ian y termináramos con el asunto. Además, me agradó que me hubiera pedido ayuda. Fue como volver a la época antes de Cubby.

—Que sea rápido.

Ian me jaló hacia la parte de atrás. El jardín trasero estaba cuidado a la perfección, con un muro de rosales bien contenidos. El viento hacía estremecer los árboles y producía un leve silbido.

—Creo que es esa —dijo Ian, señalando hacia una ventana enorme.

—Vamos a ver.

Ian se puso de rodillas para que yo me subiera a sus hombros y se bamboleó un poco al ponerse de pie. Me incliné hacia el frente, con cuidado de no tocar la inmaculada ventana.

—Impresionante —dije—. Encontraste El Cuarto Rojo en el primer intento.

—¿Sí? ¿Cómo se ve? —Brincoteó con alegría y lo tuve que tomar del cabello para no caerme.

—Pues... rojo.

Pesadas cortinas rojas caían hasta la alfombra color sangre, y sofás con mechones y sillas completaban los tonos rojos restantes. Incluso el retrato sobre la repisa mostraba a una pelirroja con un ramo de amapolas.

Ian me entregó su teléfono, pero entre el brillo y lo cerca que estaba, lo único que se podía ver en la imagen era mi reflejo.

—¿Puedes moverte a la derecha? Hay mucho brillo aquí.

Ian se movió. Tropezó con una manguera, pero recuperó el equilibrio de inmediato. Esta vez la imagen era perfecta. Tomé una serie de fotografías, desde tantos ángulos como pude.

—Van a estar geniales.

—Addie, muchas gracias. ¡Qué bien que lo hiciste!

—Leí tus artículos —dije, mientras me detenía con fuerza del pequeño puente entre nosotros.

El tambaleo debajo de mí se detuvo de pronto; Ian tensó los hombros. Mi opinión todavía le importaba.

—¿Y?

—Están increíbles —dije sin más—. Muy, muy, muy increíbles. Naciste para escribir sobre música.

Me apretó el tobillo.

—Gracias, Addie. Significa mucho para mí. Había querido enseñártelos desde hace mucho, pero al principio era lindo mantenerlo en secreto, porque había menos presión. Luego, este verano... —Se detuvo.

Un largo y torpe silencio llenó el aire y sentí una desesperación repentina por mantener viva la camaradería. Extrañaba las partes fáciles de nuestra amistad.

—Ian, puede ser que tengas razón. Tal vez debería decirle a Mamá. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

«Ay, no». ¿Por qué había dicho eso?

—¿De verdad? —La voz de Ian rebotó contra la casa, su alivio era pesado como un ancla—. No tienes idea de lo feliz que me hace escuchar eso. Decirle a Mamá es lo correcto. Eso es ser adulto, ¿sabes? Tienes que enfrentar tus errores.

Errores. Sentí que la palabra me dio escalofríos. Pero no podía darme el lujo de enojarme; tenía que concentrarme en decepcionarlo con gentileza.

—Ian, escucha...

Posé las yemas de los dedos sobre el vidrio e inhalé profundo. Pero antes de que pudiera hablar, algo me llamó la atención y levanté la mirada. Una mujer estaba parada en la ventana, una vena le palpitaba en la pálida frente, su rostro estaba tan cerca como mi reflejo. Abrió la boca para aullar sin sonido.

—¡Aaaaaaaah! —El grito salió desgarrando mi cuerpo y lanzó mi cuerpo hacia atrás.

—¡Addie! —Ian intentó atraparme, meciéndose hacia adelante y atrás.

Perdí el equilibrio y caí de espaldas; me golpeé la cabeza con algo sólido. ¿Una roca? Mi visión se llenó de manchas y puntos.

—¿Estás bien, Addie? ¿Por qué gritaste? —Ian estaba parado sobre mí, sus ojos apretados por el pánico.

—Porque... —Mi cerebro estaba demasiado confundido como para explicar.

De repente, la puerta de la terraza se azotó y me devolvió la coherencia.

—¡Brutus, Marshall, a ellos!

El sonido del desasosiego estalló por el patio, seguido de inmediato por ladridos.

—¡Addie, tenemos que correr! —Ian me levantó de un jalón y me arrastró detrás suyo mientras corría hacia el auto.

Rowan tenía el teléfono pegado a la oreja y sus ojos se abrieron por completo cuando nos vio.

—¿Qué pasó? ¿Qué...?

—¡Maneja! —Ian me metió al auto de cabeza y brincó adentro detrás de mí.

Rowan bajó el teléfono y salió disparado por la calzada mientras los dos perros más grandes que había visto en mi vida se lanzaban hacia nuestras llantas traseras.

A pesar de que los perros se detuvieron en la orilla de la propiedad, Rowan pasó los siguientes diez minutos manejando como un demente, cambiando de carril y rebasando a cada auto que se le atravesaba.

Mis manos no dejaban de temblar. Ver a la mujer en la ventana me recordó a un juego que jugábamos en la primaria llamado Verónica. Un grupo de niñas apagábamos todas las luces del baño y decíamos *VE-RÓ-NI-CA* frente al espejo con la esperanza de que su fantasma apareciera. Nunca sucedió nada que nos asustara, sin contar la ocasional aparición del conserje gruñón, quien entraba a sacarnos de ahí. Siempre me había preguntado qué haría si una cara apareciera de verdad. Ahora lo sabía: me haría bolita y esperaría a que Ian me rescatara.

—Sigue mi dedo —me ordenó Ian, moviendo el índice de izquierda a derecha—. ¿Náusea? ¿Mareo?

—Ian. —Le alejé el dedo con un manotazo.

Estaba realizando el protocolo de conmociones. A todos los atletas estudiantiles nos habían obligado a asistir a una reunión informativa en marzo.

—¿Qué hay de la sensibilidad a la luz? —Ian me lanzó la luz del teléfono a los ojos; yo de prisa la bloqueé con las manos.

—¡Ian! Olvídate de una conmoción. Me vas a dejar ciega. —Lo empujé de vuelta al asiento del copiloto y me toqué la nuca con cuidado—. Duele, pero es sólo el golpe.

—Hice una mueca al sentir el chichón que había comenzado a formarse—. No es una conmoción.

—Bien —Ian asintió y señaló su ojo morado—. ¿A mano?

Me encogí de hombros. Trébol voló sobre un tope y se elevó por los aires.

—No me vio, ¿verdad? —no dejaba de decir Rowan—. ¿Estamos seguros de que la mujer no me vio?

Su teléfono no había dejado de sonar desde que lo dejó, y Rowan metía las manos entre los asientos buscándolo a tientas.

—¿Cómo podía verte, Rowan? Estuviste en el auto todo el tiempo —dijo Ian con tono alegre.

Por lo menos estaba feliz; tenía sus fotografías para mantenerlo de buen humor.

—Addie, están increíbles.

Sabía que su júbilo no se debía sólo a mis aptitudes como fotógrafa, se trataba de lo que dije antes de caer sobre la cama de flores. «Tal vez debería decirle a Mamá». ¿Qué me había llevado a decir eso? Sólo empeoraría las cosas.

Con mucha cautela me toqué la nuca e hice una mueca de nuevo.

—Taclear personas en estacionamientos, sobrevivir lesiones en la cabeza... —Rowan sonaba entretenido; la preocupación de que lo hubieran visto se había esfumado—. Addie, te tengo un nuevo apodo y creo que te queda a la perfección. —Sus ojos se encontraron con los míos en el retrovisor e hizo una pausa dramática—. Reina Maeve.

—¿Quién es esa? —pregunté.

—Era una famosa reina irlandesa. Parte mitología, parte realidad. Y era una guerrera. Voy a buscar una foto.

Silenció otra llamada entrante y me dio su teléfono. Ian se acercó para mirar. Una mujer de cabello largo y rubio estaba desparramada sobre un trono, como si alguien intentara —y no pudiera— entretenerla. Tenía un pie recargado sobre un escudo dorado.

—Parece... genial —dije, en un intento por esconder lo halagada que me sentía.

Siempre me había identificado con personajes así. Las princesas debiluchas nunca me habían sentado muy bien. ¿Quién quiere quedarse en una torre todo el día?

Rowan asintió.

—La enterraron de pie; de ese modo, siempre está esperando a sus enemigos. Lo mejor es que su tumba no deja de crecer porque, cada vez que alguien escala la colina donde está enterrada, lleva una piedra consigo y la pone en la pila. —Volteó de prisa hacia mí para decir algo más—. Es cada vez más fuerte.

Me encantó cómo sonó aquello.

Justo cuando estaba por agradecerle, el teléfono de Rowan sonó una vez más, así que se lo devolví de inmediato. Presionó el botón con rabia para silenciarlo.

—¿Quién no deja de llamarte? —preguntó Ian con la nariz alejada sólo un par de centímetros de las fotografías.

—Mi mamá. —Las palabras salieron con violencia de su boca, con suficiente fuerza como para ignorarlas.

Era el mismo tono que usó al hablar con ella en la gasolinera.

Los ojos de Ian buscaron los míos con apuro.

—¿Todo bien? —preguntó.

Rowan negó con vehemencia.

—No soy su amigo. Soy su hijo. No puede seguir echándome sus problemas encima.

Hundió el pie con pesadez en el acelerador y pasamos repentinamente de ir rápido a ir volando. El paisaje se convirtió en una mancha verde.

Ian y yo intercambiamos miradas de preocupación. El velocímetro se elevaba. Seguíamos en un rango aceptable, pero las velocidades extremas eran una posibilidad en nuestro futuro inmediato.

Le di una leve palmadita en el hombro.

—Eh... Rowan. Vas bastante rápido. ¿Quieres descansar? Yo podría manejar un rato.

—Yo también —se ofreció Ian, doblando las manos por los nervios—. No puedo prometer que no nos vamos a estrellar contra un muro, pero lo puedo intentar.

—Soy el único que tiene licencia para manejar aquí. —Rowan aligeró el paso un poco, pero aún íbamos muy por encima del límite de velocidad.

Rowan apretó el teléfono con fuerza.

—Rowan, déjame tomar eso. —Me estiré hacia el frente y le quité el teléfono de las manos con delicadeza—. Creo que tu teléfono y tú necesitan estar separados un tiempo. —Le lancé el teléfono discretamente a Ian y apoyé la mano sobre el hombro de Rowan—. Oye, Rowan, no sé bien qué es lo que está pasado, pero no estás solo. Estamos aquí contigo.

Era casi lo mismo que él me había dicho en Killarney.

Un largo momento de silencio inundó el auto; Rowan se dejó caer ligeramente hacia el frente; la velocidad fue disminuyendo de a poco. Rowan me dirigió una mirada de agradecimiento.

—Lo siento, chicos. Mis papás me están presionando mucho. Ha sido un año difícil. Sólo... —La voz le tembló.

Ian volvió a mirarme; el mensaje fue claro: «Ayúdale».

—Eh... —Bajé la mirada y mis ojos aterrizaron en la guía—. ¿Y si agregamos una parada más de la guía al viaje? Hay un castillo entre Killarney y Cobh. Está un poco alejado de la ruta, pero suena muy interesante.

—¿El Castillo de Blarney? —La voz de Rowan se animó de inmediato—. Qué gran idea. Me hace falta algo de tiempo para despejarme.

—Eh... —irrumpió Ian—. Por supuesto que quiero que te despejes, pero me preocupa que una parada más nos haga llegar tarde a Cobh. Me llevó un mes de correos lograr que la dueña del pub respondiera, y dijo que sólo tenía

un espacio de una hora. De verdad no quiero arriesgarme.

¿Por qué era tan despistado? ¿No podía ver lo mal que estaba Rowan?

—De verdad necesita un descanso —dije, lanzándole dagas a Ian con los ojos—. No nos tardamos. Y, ¿a cuántos irlandeses has acosado por e-mail este verano?

Pobres. Cuando Ian tenía una fijación con algo, podía ser implacable.

—Sólo a dos —farfulló Ian, con las puntas de las orejas brillándole en un rojo intenso.

—Tenemos tiempo de sobra. Además, allá atrás dijiste que me debías una.
—Rowan miró ilusionado a Ian.

Ian dudó; se metió un grueso mechón de cabello a la boca antes de ceder.

—Está bien. Siempre y cuando sea rápido, no debería haber problemas. Lo único que no quiero es otra situación como la del tractor.

Rowan y yo compartimos una sonrisa victoriosa en el espejo.

La piedra de la elocuencia

Llega un momento en la vida de toda viajera con el corazón roto en la que una se encuentra colgada de cabeza en la cima de un castillo, besando una roca babeada y piensa «¿Cómo rayos llegué aquí?».

Déjame asegurarte que esta es una parte de lo más natural en el proceso de sanación.

¿El lugar? El Castillo de Blarney. ¿La roca empapada de saliva? La piedra de la elocuencia, un pedazo enorme de piedra caliza con una sórdida historia y la capacidad de atraer a más de trescientos mil visitantes al año. Cuenta la leyenda que cualquiera que le plante un beso a la roca mágica se verá favorecido con una «lengua de plata», la capacidad de poder salir de cualquier problema hablando.

No estoy muy segura de eso de la lengua de plata, pero sí sé de dos cosas para las cuales la piedra de la elocuencia es maravillosa: el esparcimiento comunal del herpes bucal y las discusiones sobre el rechazo. Hablemos de rechazo, ¿de acuerdo?

Porque eres humana y porque estás viva, voy a suponer que ya has enfrentado tu propio momento Blarney, una ocasión en la que te has expuesto —vulnerable, colgada de cabeza— y, en vez de la bendita reciprocidad que tu corazón deseaba, lo único que recibiste fue una piedra babeada que, en efecto, NO te otorgó dones retóricos.

Me ha pasado. Y sé lo que se siente. También sé que es tentador pensar que tú eres la única persona a la que han dejado colgada. Pero no lo eres. Claro que no. De hecho, el dolor del rechazo es tan común que ha sido la inspiración para la mitad del arte en la historia (y, diría yo, algunos actos de locura). Y, sin embargo, cuando te toca a ti, sientes que es algo completamente nuevo, como si el mundo hubiera cocinado lo peor que se le pudo haber ocurrido y te acabara de llamar a cenar.

Así es el amor. Es universal y TAN personal. Solidaridad, hermana. Cualquiera que diga que nunca lo han herido es un robot o un mentiroso, y todos sabemos que los robots y los mentirosos son pésimos amigos. Además, pensemos en la rebelión de las máquinas. ¿Podemos discutir sobre lo poco que hablamos de eso?

TAREA PARA EL CORAZÓN ROTO: Sabes lo que vas a tener que hacer, ¿cierto, tórtola? Vas a subir al castillo, vas a sumergirte en el enorme agujero, y le vas a dar un beso a la maldita piedra.

Acepta los gérmenes comunales. Están ahí para recordarte que no estás sola.

—Fragmento de *Irlanda para corazones rotos: una guía poco convencional de la isla Esmeralda*, tercera edición

Como ya se había hecho costumbre, a Irlanda no le importaba apegarse a nuestra agenda. Había construcciones y reparaciones por todos lados en el camino a Blarney, casi todas con trabajadores que se gritaban alegremente unos a otros mientras colocaban conos de tránsito innecesarios. El sitio estaba repleto de turistas y sus innumerables medios de transporte.

Tras veinte largos minutos detrás de una ruidosa fila de autobuses, Ian lanzó las manos al aire.

—¿Qué tal que yo me estaciono y ustedes se bajan a hacer lo suyo?

—¿No quieres ver el castillo? —pregunté mientras arqueaba el cuello para asomarme un poco.

El castillo lograba verse al mismo tiempo imponente y decrepito, como si una anciana llevara una corona en la cabeza.

Ian sacó la cabeza por la ventana.

—Ya lo vi.

Rowan se rio.

—Muy bien, Ian. Toma el volante.

Rowan y yo salimos del auto; Ian se deslizó al asiento del conductor.

—Cuidado con las glorietas —dije.

—Ja, ja, muy graciosa. Seguro habré avanzado un metro para cuando regresen. —Bajó la voz para dirigirse a mí—. ¿Se tardan poco?

—Claro.

Rowan y yo nos fuimos juntos, siguiendo los letreros que indicaban la posición de la piedra de la elocuencia en la cima del castillo. Nos apretujamos para entrar, empujando a las masas de fotógrafos para llegar a las escaleras de caracol.

Yo comencé a subir primero, y debí hacerlo rápido porque, cuando llegué, tuve que esperar varios minutos a que Rowan apareciera. Cuando por fin salió de la escalera, se había quedado sin aliento y tenía la frente glaseada con una capa de sudor.

—No era una carrera, Maeve —dijo y puso el brazo alrededor de mis hombros antes de colapsar en un gesto dramático.

Me dio gusto escuchar mi nuevo apodo una vez más.

—He estado trabajando en mi acondicionamiento este verano. —No logré esconder el tono de orgullo en mi voz.

Había faltado a sólo dos sesiones de entrenamiento en todo el verano. El plan era estar lo más preparada posible para los reclutadores universitarios.

—Sólo para aclarar: ¿sí sabes que acabas de correr como cien pisos de escaleras para formarte en una fila para besar una piedra mugrosa?

—No. *Acabamos* de correr como cien pisos de escaleras para besar una piedra mugrosa —lo corregí, disfrutando la oportunidad de usar las frases irlandesas.

Al frente de la fila, un empleado de Blarney ayudaba a una mujer a descender de espaldas y con mucho cuidado por el agujero de una piedra; el torso de la mujer desapareció por el hueco.

—Mira qué divertido se ve. Puedes colgarte de cabeza.

—Aventurera, ¿eh? —dijo Rowan con un brillo en los ojos grises.

—Cien por ciento.

Mis hermanos decían que era adicta a las emociones, lo cual era, para ellos, algo negativo. Pero era la verdad. Alturas, montañas rusas, más siempre era mejor. Rowan hizo una mueca.

—No esperaba menos de ti. Pero, lo siento, Maeve, lo que intento decirte es que no hay *nosotros* en esta misión. Mi boca no se va a acercar ni por error a la piedra de la elocuencia.

—¿Por qué? ¿Es una cosa de altura?

Me paré en puntas para ver por encima del muro. Después de los acantilados de Moher, la cima de Blarney tenía la mejor vista panorámica del viaje. Abajo había un mar de verde cambiante, con gente espolvoreada como un colorido confeti. Me daba además la misma sensación que los acantilados: me sentía libre, desconectada de toda la pesadez que me esperaba allá abajo.

Rowan también se paró de puntas, a pesar de que podía ver por encima del muro sin problemas.

—La altura no es el problema, Maeve. —Empujó sus anteojos hacia su rostro—. Mira, no me gusta ser quien te lo diga, pero los locales le hacen muchas cosas a la piedra: la orinan, le escupen, cosas así. Créeme, no quieres besarla.

Le mostré el dedo medio, mientras una brisa golpeaba la cima del castillo.

—¿Necesitas que te vuelva a leer la entrada en la guía? Esos gérmenes comunales son la razón por la que estamos aquí. Además, crecí compartiendo el baño con tres hermanos. Tenerle miedo a la pipí no es opción.

Rowan alzó las cejas, entretenido, como sabía que lo haría. Me gustaba sorprenderlo. Además, era cierto. Una vez, en la primaria, me harté tanto de la situación que dibujé un montón de flechas y la palabra AQUÍ en el excusado con plumón indeleble. Mi mamá se rio como una hora.

—Reina Maeve, su valentía no tiene límites. Si besa la piedra de la pipí, yo la besaré. Tiene usted mi lealtad eterna. —Hizo una pequeña reverencia.

—Gracias, milord —dije y devolví el gesto.

Cuando por fin llegó nuestro turno, incluso mi espíritu aventurero flaqueó un poco. El hueco en el que estaba la roca era de verdad sólo un agujero, y la larga bajada hacia el pasto estaba resguardada sólo con tres barras de metal.

El trabajador me animó.

—¿Lista para obtener la lengua de plata, cariño? —Traía puesta una gorra, y el cuello de su camisa llegaba casi hasta su irregular bigote.

—Lista —dije con decisión, ignorando la forma en que mi estómago daba vueltas.

Rowan me dirigió una sonrisa reafirmante.

Me senté en el suelo y me arrastré hacia atrás hasta que mi trasero estuvo en la orilla. El agujero se sentía como una caverna detrás de mí; el viento me golpeaba por ahí.

—Muy bien, pues. Inclínate hacia atrás, pon una mano en cada barra; atrás, atrás, hasta atrás —canturreó el hombre, como debía haberlo hecho un millón de veces.

Seguí sus instrucciones hasta que estuve de cabeza por completo, con las manos del hombre firmes sobre mi cintura. La sangre me corrió hasta la cabeza junto con las palabras de la señora de la guía. «Porque eres humana y porque

estás viva, voy a suponer que ya has enfrentado tu propio momento Blarney, una ocasión en la que te has expuesto —vulnerable, colgada de cabeza— y, en vez de la bendita reciprocidad que tu corazón deseaba, lo único que recibiste fue una piedra babeada».

El rostro de Cubby apareció y una flecha de dolor viajó desde mi corazón al resto de mi cuerpo. Pero, en vez de luchar por quitarme los sentimientos de encima, me quedé sentada con ellos. Me quedé colgada con ellos, supongo. Como lo había hecho en Killarney. De nuevo, nada del dolor desapareció, pero sí se movió un poco y reveló algo que había estado escondido. Mis sentimientos —el corazón roto, la vergüenza, el dolor, todos— no eran yo. Eran algo por lo que tenía que pasar, pero eran tan parte de mí como una de mis camisetas. Yo era otra cosa.

—Besa la piedra, cariño —me pidió el hombre con mucha paciencia, sacándome de mi epifanía.

«Claro». Le planté un beso rápido a la piedra. Era una piedra, en efecto, mugrosa. Y algo empoderante. Le di un beso más, esta vez por Rowan.

—¡Lo lograste! —Rowan me tomó de la mano para ayudarme una vez que mi cuerpo estuvo en la dirección correcta—. ¿Estás bien?

—Un poco mareada.

No estaba muy segura de qué hacer con mi reciente descubrimiento. No era como si pudiera tirar mi dolor como si fuera una sudadera sucia. Pero ¿cómo podía verlo de una forma nueva, como algo que no me definía?

Miré a Rowan.

—No tienes que besar la piedra. Ya lo hice por ti.

Sonrió.

—Y ahora, en verdad te has ganado mi lealtad eterna. —Mantuvo un brazo firme alrededor de mis hombros mientras volvíamos hacia la escalera.

De vuelta en la planta baja, estaba a punto de intentar enunciar mi revelación cuando una voz se elevó por encima del ruido de la multitud y atrapó mi atención. Era el tipo de voz que no podía ignorarse: mandona, de mujer, estadounidense.

Mis pies se congelaron. No podía ser...

—Muy bien, todos, escuchen. Los camarógrafos van a pasar primero. ¿Los demás? En una sola fila. Necesito una buena toma y después pasamos a la siguiente locación. Ya vamos retrasados, así que necesito que nos apuremos.

—No —susurré.

—¿Qué?

Sentí a Rowan girar hacia mí más de lo que lo vi.

A diez metros, justo después de una larga banca de metal, mi tía Mel estaba parada, maquillada para las cámaras.

—No —dije con más fuerza.

La tía Mel se movió hacia a la izquierda mientras se jalaba el saco ajustado a la perfección, y una segunda oleada de pánico me invadió. Era Walter. Y Mamá. Walter debió haber sentido mi mirada, pues levantó los ojos de pronto y su rostro se cruzó con el mío. Un único pensamiento apareció en mi cerebro: «Corre».

No hubo tiempo para advertirle a Rowan. Mis pies golpeaban el pavimento y di vuelta a la esquina del castillo con tanta velocidad que me resbalé en el lodo. Necesitaba un buen lugar para esconderme, algún lugar donde pudiera pensar. Algún lugar...

... Como ese. Vi una pequeña apertura en la base del castillo y me lancé sobre ella, agachándome por el bajo umbral y tropezando para subir dos pequeños escalones hacia un pequeño cuarto. Era apenas del tamaño de un armario, y estaba oscuro con la excepción de una pequeña barra de luz que entraba por una grieta en la pared. Caí de rodillas con la adrenalina recorriéndome el cuerpo. ¿Ahora qué? Tenía que avisarle a Ian.

—¿Addie? —Se me detuvo el corazón, pero por fortuna era Rowan quien estaba en el marco de la puerta con cara de pocos amigos—. Sé que no nos conocemos desde hace mucho, pero existe algo conocido como buenos modales. No te puedes alejar de tu compañero de travesía sin explicaciones.

¿Buenos modales? ¿Compañero de travesía? Rowan adoptaba el papel de maestro de Literatura gruñón cuando se enojaba. Antes de ponerle a esa peculiar característica la etiqueta de *adorable*, lo tomé de la manga y lo jalé hacia adentro.

Nuestros cuerpos chocaron con torpeza mientras Rowan tropezaba al subir los escalones. El techo era demasiado bajo para él y terminó medio encorvado sobre mí.

—Mi mamá está allá afuera. Todo el grupo de la boda está allá afuera —tartamudeé.

Su mandíbula casi tocó el piso —nunca había visto a alguien quedarse boquiabierto de esa manera antes— y se dio vuelta para mirar anonadado hacia la puerta.

—¿Quién es? ¿Te vio?

—No, pero Walt sí. Tenemos que encontrar a Ian e irnos. —Me hice bolita en el piso e intenté calmar mis piernas temblorosas.

—Ahora mismo le escribo.

Rowan comenzó a buscar su teléfono, pero justo cuando lo sacó una segunda voz estalló en la caverna, lo que me mandó de bruces y el teléfono de Rowan al piso.

—¿Addie?

Me levanté de inmediato. Walt tenía los ojos tan abiertos como jamás los había visto, y parpadeaba de manera extraña en la oscuridad.

—Pensé que me estaba volviendo loco. Te vi, pero se supone que tú deberías estar en Italia y... —Su mirada se disparó hacia Rowan, quien aún buscaba su teléfono, y el rostro de Walt entró de inmediato en modo hermano mayor. —¿Quién rayos eres tú?

—¡Walt! —Me lancé hacia él justo mientras embestía a Rowan y logré contenerlo contra la pared.

Las cosas se salían de control demasiado rápido.

—Oyeoyeoyeoye. —Rowan trastabilló hacia atrás, alzando su teléfono como si fuera su escudo—. Soy su amigo.

—¡Escúchenme! —grité con todas mis fuerzas.

Era un riesgo, pero funcionó.

Me alejé de Walter cuando se quedó quieto.

—Walt, él es Rowan. Es amigo de Ian. Todo está bien.

—Pero... pero no estás en Italia. —La voz de Walt se elevó a frecuencias supersónicas; si pudiera haberse oído estaría mortificado—. Mamá piensa que estás en Italia. TODOS piensan que estás en Italia.

—Y así se tiene que quedar. Mamá no puede saber que estamos en Irlanda. Tienes que guardar el secreto. —Me acerqué un poco para subrayar mi punto y me golpeó un muro de olores.

Walt tenía muchas cosas a su favor: era dulce y sencillo y podía ser muy considerado. Pero no era bueno para medirse con la loción. Y eso era desafortunado, porque también adoraba ponerse loción.

—¿Addie, en qué estás pensando? —Su aguda voz subió una octava más, y con ella mi ansiedad se elevó también.

Si no lo sacaba de este camino, iba a salir corriendo y a arruinarlo todo. Hora de distraerlo.

Agité las manos frente a mis ojos enrojecidos.

—¡Walt, la loción! Pensé que Mamá te había dicho que no la podías traer.

—Sólo me rocié dos veces —protestó—. Dos rociadas y una al aire. Esa es la cantidad recomendada. ¿Por qué nadie lo entiende?

Rowan entendió de pronto y me siguió el juego.

—Debe de ser una John Varvatos. ¿Cuál es? ¿Artisan Acqua?

El cambio fue instantáneo.

—Artisan Blu —dijo Walter y retorció la boca en una sonrisa reticente—. ¿La usas?

Varvatos al rescate. Rowan asintió animado, a medida que la tensión en la caverna disminuía.

—Me he dado cuenta de que a veces tengo que rebajar la mía con agua un poco porque tiene aromas muy fuertes. Tal vez podrías intentarlo.

Rowan era un genio para disolver peleas. Mamá lo adoraría. Pero deseaba que no estuviera a punto de conocerlo.

Walt bajó las manos y habló con una voz ahora tranquila.

—¿Por qué no estás en Italia, Addie?

Inserte explicación plausible/convincente/no-inculpante aquí. Pequeño problema: no era buena para reaccionar en el momento. Tal vez si comenzaba a hablar, algo brillante saldría.

—Nos quedamos por Ian. Está... —Busqué algún salvavidas en mi cerebro, pero nada apareció.

—Se quedaron porque Ian está haciendo una investigación para un ensayo de admisión a la universidad. —Rowan al rescate otra vez—. Yo soy mentor estudiantil en Trinity College. Estamos investigando sitios históricos famosos.

Nada mal. Por desgracia, Walt nunca lo iba a creer. Todo el mundo caía en el acto de Walt de surfista relajado; pero sólo eso era: un acto.

Más allá de su falta de conciencia respecto a la loción, Walt no tenía un pelo de tonto. Tenía calificaciones perfectas y estaba en camino a conseguir un título avanzado en ingeniería química.

—Pero Ian no necesita un ensayo para entrar a la universidad —dijo Walt, mientras, sin darse cuenta, mostraba el bíceps izquierdo—. Podría reprobado todo su último año y aun así entrar a cualquier programa deportivo en Washington. ¿Por qué está perdiendo el tiempo con un ensayo?

Salí en automático a la defensa de Ian, con un gruñido en la voz.

—Tal vez le gusta escribir.

«Esto es de lo que hablaba Ian». Siempre que el tema de su futuro salía a colación, sin falta venía envuelto en un casco y hombreras. De repente, una idea me llegó a la cabeza, una idea que tal vez funcionaría. Suavicé mi voz de inmediato.

—Ian va a intentar entrar a Notre Dame o a Penn State. Esas universidades tienen criterios de admisión más estrictos, así que el ensayo es importante.

—¿Penn State? —Walt silbó con admiración—. Tienes razón. Tal vez necesite un poco más para entrar ahí.

—¡Exacto! —Mi voz tenía demasiada emoción.

—Y... ¿por qué es un secreto? —preguntó Walt con la duda asomándose en su tono.

Examinó a Rowan de arriba a abajo. Rowan se enderezó y levantó un poco el mentón, tal vez en un intento por verse más profesional.

—Quiere sorprender a Mamá y Papá —añadí de prisa—. ¿Te imaginas lo emocionado que estaría Papá si Ian jugara para Penn State? Y fue tan difícil que Ian encontrara un buen... asesor estudiantil. Tuvo mucha suerte de conseguir a Rowan.

Walt se veía aún poco convencido, pero asintió despacio.

—Muy bien. Te entiendo, hermanita. Su secreto está a salvo conmigo.

—Gracias, Walt. Lo aprecio mucho. Creo que deberías volver con el grupo; no queremos que se den cuenta de que no estás.

Suspiró con tristeza.

—Recuérdame nunca volver a viajar con la tía Mel. Los últimos dos días han sido una pesadilla. —Inclinó la cabeza hacia Rowan—. Gusto en conocerte, amigo. Cuida a mis hermanitos.

—Ella es bastante buena para cuidarse sola, pero lo haré —respondió Rowan.

Walt me dio un breve y oloroso abrazo y se agachó para salir de la caverna.

—No estuvo tan mal, ¿o sí, Maeve? —Rowan colapsó contra el muro de la caverna.

Me dejé caer junto a él.

—Gracias por intervenir con lo de la admisión. Creo que pudo haber funcionado.

Quizá había funcionado en el corto plazo, pero no tenía duda de que fracasaría a la larga. Guardar secretos era algo que simple y sencillamente no estaba en el ADN de Walt. Acabábamos de activar una bomba de tiempo.

Esperé tanto como la adrenalina me lo permitió —unos siete minutos— mientras Rowan le escribía a Ian y luego me cambiaba su sudadera por el suéter azul marino para que pudiera cubrirme la cara. Dadas las circunstancias, era el mejor disfraz que podíamos idear. Nos deslizamos con mucho cuidado afuera de la caverna y después corrimos a toda velocidad. Yo rezaba con todas mis fuerzas porque alguien del grupo no estuviera vigilando los alrededores.

De vuelta en el auto, Ian era un manojito de nervios. Estaba tan agitado que apenas si pudo bajar la ventana. Los dos nos acuclillamos mientras Rowan intentaba salir a toda velocidad del estacionamiento.

—No se suponía que estuvieran aquí hasta mañana —dijo Ian—. Revisé el itinerario.

—Parece que no están siguiendo el itinerario.

—No puedo creer que vieras a Walt —se quejó—. Walt, de entre todas las personas.

Lo mismo que pensaba yo.

—Tal vez esté todo bien. —Intenté imitar a la instructora de yoga que a veces iba a la escuela antes de nuestros partidos. Su voz era tersa y musical, y siempre me ayudaba a calmarme—. Rowan inventó una gran historia sobre cómo te quedaste en Irlanda a trabajar en un ensayo de admisión. Además, prometió no decirle a Mamá.

—Addie, es Walter.

Abandoné la voz de instructora de yoga.

—Ya sé que es Walter. ¿Qué quieres que haga?

—Chicos, ¿recuerdan el pacto de hermanos? ¿Sin pelear? —Rowan se encorvó sobre el volante y miraba ansioso el camino.

Estábamos en un cruce peatonal, y un mar de personas nos bloqueaba la salida.

—No puedo creer que haya pasado. —La pierna saltarina de Ian había bajado la velocidad, y él estaba desplomado sobre el costado del auto. Mi teléfono sonó de pronto e Ian volteó a toda velocidad.

—No es Mamá, ¿o sí? Walt aguantó diez minutos.

—No es Mamá —dije.

Pero mi alivio fue pronto reemplazado por confusión. El mensaje era de una de mis compañeras de equipo, Olive, en su clásico estilo en mayúsculas.

DE VERDAD SACARON A IAN DEL EQUIPO?????
TODO EL MUNDO ESTÁ HABLANDO DE ESO
Y SE ESTÁN VOLVIENDO LOCOS!!!!!!!

«¿Qué?».

Alcé los ojos y me encontré con la mirada nerviosa de Ian.

—¿Quién es? —preguntó con la voz tensa como tambor.

—Es... Lina —dije, decidiendo mentir en un microsegundo.

Olive estaba orgullosa de siempre saber qué sucedía, pero ese mensaje no podía ser cierto. Y hablar de un tonto rumor sólo haría enojar más a Ian.

—Sólo está confirmando su vuelo.

El cruce por fin se despejó y Rowan avanzó.

—Mañana en la tarde, ¿cierto? ¿Y van a tomar el tren al festival?

Asentí. Tenía la mente demasiado nublada como para formar palabras. ¿Qué había desatado ese rumor? Claro que la gente estaría volviéndose loca. Ian era la estrella, el jugador más valioso. Si lo expulsaban, habría desmanes en las calles.

Pasé el pulgar por la pantalla, y un pensamiento incómodo se asomó en mi cabeza. Era uno de los dichos favoritos de mis papás: «Si el río suena es que agua lleva».

Algo había iniciado ese rumor. ¿Qué fue?

Cuando logramos salir de Blarney, la carretera se volvió mucho más retorcida, lo que obligó a Ian a retomar su posición de hacerse bola contra la puerta del auto. Lo había estado estudiando con cuidado desde que leí el mensaje de Olive. Una parte de mí quería embarrárselo en la nariz y preguntarle qué quería decir todo eso, pero la otra parte tenía miedo de abrir una nueva puerta. ¿Qué clase de horrores podría haber detrás de ella?

La voz de Rowan perforó el silencio.

—Oye, Addie, ¿sabes qué significa esta luz del tablero? Se acaba de encender.

Bajé la guía y me escurrí hacia adelante para poder ver. El medidor de la temperatura estaba hasta arriba, junto a la «H» roja, y al lado brillaba una pequeña luz anaranjada. Casi deseé no saber qué significaba.

—Son malas noticias, ¿verdad? —dijo Ian al mirar mi expresión.

—El auto se está sobrecalentando.

Me alcé para ver el cofre. Por lo menos no había humo... todavía.

—¿Es importante? —preguntó Rowan, golpeteando el volante con el pulgar.

—Sólo si quieres conservar el motor. —Su absoluta ignorancia automovilística era casi enternecedora; *casi*, porque no dejaba de meternos en problemas—. Oríllate, pero no lo apagues.

Ian alejó su cara de mareo de la ventana y habló con voz temblorosa.

—Addie, no tenemos tiempo para detenernos. Mi cita para la entrevista es en una hora.

—Con más razón, no tenemos tiempo para que se descomponga el auto. Tenemos que parar. Ahora.

—Hazlo, pues. —Ian suspiró, aceptando la derrota.

Yo tenía la última palabra en asuntos de cuidado del auto, y él lo sabía. Hasta nuestro padre obsesionado con los autos había comenzado a pedirme consejos para su viejo BMW.

Rowan se orilló junto a una hilera de árboles. Me acuclillé cerca del cofre y quedé cara a cara con un pequeño y constante goteo de líquido. Puse la mano por debajo, y una gota verde y pegajosa me cayó en la palma.

—Genial —murmuré y me limpié la mano en los shorts.

Los chicos se agacharon a mis costados.

Ian apretó los puños con gesto nervioso.

—¿Qué es? ¿Qué es esa cosa verde?

—Anticongelante. Seguramente, Max llenó de más el radiador. Eso provoca demasiada presión, y así terminas con fugas, y el motor no puede enfriarse.

—Lo voy a matar. —Rowan golpeó un puño contra su otra mano—. Luego voy a recuperar mi dinero y después lo voy a matar otra vez.

—¿Y ahora qué? ¿Amarramos el radiador con un gancho? ¿Lo tapamos con chicle? —preguntó Ian, jalándose las puntas del cabello con ansiedad—. Porque no llegar a la entrevista no es una opción. Miriam es muy importante en el mundo de la música. El que haya aceptado verme fue...

—Sí entiendo, Ian —lo interrumpí.

Intenté pensar en una solución rápida. Alguna vez vi un programa en el que rompían un huevo en el radiador, para que el calor lo cocinara y así se tapara el hoyo. Pero no teníamos huevos, y seguramente taparía el motor.

—¿Qué tan lejos estamos de Cobh?

Rowan se cubrió los ojos para ver hacia adelante en la carretera.

—¿Unos veinte kilómetros?

Me puse de pie. Nunca era buena idea andar con un motor que se sobrecalentaba, pero si nos quedábamos a esperar una grúa, sin duda llegaríamos tarde a la cita de Ian. ¿Valía la pena arriesgarse?

Miré los puños todavía apretados de Ian. Era Trébol o Ian. Alguno de los dos iba a estallar. Hojeé en mi mente el ejemplar de *Reparación automotriz para dummies* que siempre tenía en mi buró. Era el único libro que me sabía de memoria y me tranquilizaba. Creo que eso no era normal.

—Ian, enciende la calefacción. Nos vamos a quedar parados unos minutos. Rowan, necesito que abras el cofre y consigas algo de agua. Voy a rellenar el radiador y vamos a observar el medidor todo el tiempo. Ian, por último, encuentra un mecánico en Cobh. Necesitamos ir directamente ahí.

Su sonrisa iluminó la carretera entera.

—Hecho.

Cobh

Cobh, se pronuncia COUB. O, como me gusta llamarle, el pueblo de ESCUCHA A TU TÍO. NO, DE VERDAD, ESCÚCHALO.

Sí, hay una historia ahí, panecito. Pero, primero, contexto.

Cobh es como un lugar de despedida. ¿Ves ese muelle junto al agua? Fue el punto de partida de 2.5 millones de migrantes irlandeses. También fue el sitio de una despedida algo famosa: el Titanic. ¿Lo recuerdas? El Barco Insumergible hizo su última parada en Cobh, donde algunos pasajeros subieron y otros bajaron antes de lanzarse a las heladas aguas del Atlántico y a la infamia. Te voy a contar sobre uno de los pasajeros afortunados.

Francis Browne era un joven seminarista jesuita con un tío que disfrutaba dar regalos. Su tío Robert (obispo de la puntiaguda catedral que puedes ver en el centro del pueblo) le envió un boleto para un viaje de dos días en el Titanic. El plan era comenzar en Southampton y terminar en Cobh, donde desembarcaría, disfrutaría una rebanada de pastel de chocolate y pasaría un agradable rato con el buen tío Rob.

Era un gran plan. Y era un viaje emocionante. Además de tomar más de mil fotografías, Francis hizo mucha labor de lambiscón. Una pareja de americanos ricos quedó tan encantada con él que se ofreció a pagar su viaje completo hasta Estados Unidos a cambio de que los acompañara en la cena. ¡Hurra! Siendo un sobrino de lo más diligente, Francis le envió un mensaje a su tío donde le pedía permiso para quedarse a bordo. Recibió una sutil respuesta: «BÁJATE DE ESE BARCO».

Francis y sus icónicas fotografías desembarcaron. Puede decirse que fue la decisión más importante que tomó en su vida.

Todo este preámbulo fue para darte un sutil mensaje, mi alegre marinera: BÁJATE DE ESE BARCO.

¿Qué barco? Tú sabes qué barco, corazón. Ese que construiste antes de que el agua se enfriara y las olas se volvieran traicioneras. El barco que llenaste de optimismo y emoción y «¡Mira qué hay a la vista; qué emoción!». Cuando el corazón se involucra, a la cabeza le gusta acompañarlo; crea futuros hipotéticos llenos de aguas cristalinas y mareas favorables. Pero ¿y si esos futuros no ocurren? Pues esos barcos no se alejan solos. Tenemos que hacer un esfuerzo consciente por levar anclas y dejarlos ir.

Así que, bájate del barco, tórtola, y deja que siga su camino. De otra forma, corres el

riesgo de dejar que la cosa que antes te hacía avanzar, se convierta en la cosa que te detenga. La tierra firme no es tan mala. Te lo prometo.

TAREA PARA EL CORAZÓN ROTO: Encuentra un pedazo de papel razonablemente resistente y dibuja tu barco, pequeña. Los planes, los sueños, todo. No me importa qué tan mala seas para dibujar. Ponlo todo sobre el papel. Luego vamos a tener una pequeña fiesta de despedida. Usa las instrucciones BARCO DE PAPEL 1 al final del libro para hacer un pequeño contenedor. Dobla ese futuro tuyo en un barco y ponlo en el agua. Deja que el agua haga el resto.

—Fragmento de *Irlanda para corazones rotos: una guía poco convencional de la isla Esmeralda*, tercera edición

Llegamos a Cobh hechos un desastre acalorado y sudoroso. Para sacar el calor del motor, tuvimos que mantener la calefacción encendida al máximo. Para cuando llegamos al taller, estábamos empapados en sudor. Y la temperatura sólo subió cuando el mecánico —un hombre llamado Connor que olía ligeramente a atún— me vio y decidió por adelantado que no había manera de que supiera de lo que estaba hablando.

—Mejor lo reviso yo —dijo.

—Hay un hoyo en el radiador —insistí—. Ya lo encontré.

Retorcó la boca con una sonrisa condescendiente.

—Ya veremos.

Antes de que estallara, Ian me jaló hacia la puerta.

—Estaremos en contacto.

Nos apresuramos por las calles que daban al mar, cargando nuestras maletas junto a hileras de casas color dulce con tendederos en los patios traseros. Los barcos rebotaban contra los muelles de madera como enormes patos de hule, y una puntiaguda catedral de piedra se imponía por encima de todo, con una torre que perforaba las nubes.

La iglesia estaba rodeada de visitantes y, mientras nos acercábamos, las campanas partieron el aire de pronto con una canción sorpresivamente alegre para una estructura de apariencia tan parca.

—¡Guau!

Me deslicé para detenerme y arqueé el cuello para mirar el campanario.

—Hombre abajo —gritó Ian por encima de las campanadas y se dio vuelta para tomarme por el codo—. Esas campanas significan que ya tendríamos que estar ahí. Puedes ver las iglesias después.

—Tenemos que regresar para hacer la tarea de todas formas —dijo Rowan, señalando el puerto.

—Está bien —suspiré y me reacomodé la mochila en el hombro para soltarme a correr.

Era imposible no ver el pub Au Bihair. La estructura de dos pisos había sido pintada de un azul como de huevo de petirrojo y estaba apretada entre una tienda de sombreros verde limón y una panadería color arándano. Incluso a esa hora tan temprana en el día, tenía una vibra festiva, como de partido de fútbol, con música y gente que se desbordaba hasta las banquetas y una nube de humo de cigarrillo colectivo que flotaba en el aire. Cuando llegamos a la orilla de la multitud, Ian corrió hacia un hombre que estaba parado cerca de la puerta y traía puestos desgastados overoles de mezclilla.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a Miriam?

—¿Miriam Kelly? —Esbozó una amplia sonrisa que nos dejó ver sus dientes amarillos como un elote—. A la izquierda del escenario. Siempre está a la izquierda del escenario. Sólo asegúrate de no molestarla durante un set. Yo cometí ese error una vez.

Ian asintió nervioso y me colocó la agarradera de su maleta en la mano con lujo de violencia.

—¿Te molesta, Addie?

Salió disparado por la puerta y desapareció entre el mar de gente.

—No, para nada —grité mientras se alejaba.

No era como si yo tuviera una maleta propia de la cual ocuparme. El hombre me sonrió, entretenido con la situación.

—Déjame ayudarte —dijo Rowan y discretamente me quitó la guía de debajo del brazo y desapareció con tanta velocidad como Ian.

—¿En serio? —farfullé mientras tomaba todas las maletas.

Pasé dando tumbos por la entrada, atropellando pies y derramando tragos en el camino. Fue sólo cuando logré abrirme paso hasta el centro del lugar que me tomé un momento para mirar a mi alrededor. El piso estaba plagado de mesas de madera y las paredes estaban tapadas casi por completo por posters de música. Una barra bien surtida estaba en una orilla y los clientes llenaban cualquier espacio libre que quedaba.

—¡Ian! —grité.

Él y Rowan estaban parados en puntas, mirando hambrientos al escenario. *Escenario* era demasiada palabra para aquello. Era, en realidad, una pequeña plataforma de madera, elevada unos treinta centímetros del piso, y que lograba

acomodar a un enorme conglomerado de músicos y sus instrumentos que producían una melodía de lo más irlandesa.

Me apretujé para llegar hasta donde estaban.

—Me podían haber ayudado.

Ninguno de los dos pareció percibir mi presencia. Estaban demasiado ocupados obsesionándose. Eran unos locos.

—Ese es el primer escenario de Titletrack —decía Rowan, sus anteojos casi empañados por la emoción—. Este lugar es letal... *letal*.

—No puedo creer que estemos aquí —dijo Ian—. Estamos parados en el lugar donde Titletrack tocó por primera vez.

Me escurrí en medio de ellos para llamar su atención.

—¿Recuerdan que me dejaron con todas las maletas?

—¿Es ese mi niño periodista? —Retumbó una voz rasposa detrás nuestro.

Todos nos dimos vuelta y quedamos frente a frente con una mujer bajita y redonda, con gruesos anteojos y un vestido café sin forma, el cabello amarrado hacia atrás en un apretado nudo.

—¿Este... usted... es...? —Ian logró balbucear.

—Miriam Kelly. —Lo jaló hacia sí para abrazarlo y darle efusivas palmadas en la espalda—. ¡Llegaste! Pensé que me habías dejado plantada.

Ian se aclaró la garganta; intentó sin éxito sacudirse la impresión de que la mujer más importante en la industria musical en Irlanda se veía como el tipo de persona que hornea pan de elote y teje bufandas en su tiempo libre.

—Este... —dijo de nuevo.

De pronto, Miriam dejó la sonrisa y amenazadoramente señaló a Ian con toda seriedad.

—Dime, pues, Ian. ¿Está muerta la banda de garaje?

—¡Leyó su artículo! —grazné al reconocer el título de cuando lo había leído en el Final del Arcoíris.

Sus brillantes ojos se dirigieron a mí.

—Por supuesto. Este joven me dejó cinco mensajes de voz y una cantidad inhumana de correos. Tenía que denunciarlo a la policía o agendar una cita con él. Tú debes ser la hermanita.

—Soy Addie —dije mientras aceptaba su firme apretón de manos—. Y él es nuestro amigo Rowan, que también es fanático de Titletrack.

—Qué enorme gusto conocerla. —Rowan le tomó el brazo entero con una sonrisa de oreja a oreja—. Es un honor.

—Un irlandés entre los americanos. Me gusta. —Giró hacia mí—. Addie, tu hermano es un gran escritor. Me impresionó mucho.

—¿De... de verdad? —El rostro de Ian se iluminó como árbol de Navidad. Dio unos pasos hacia atrás. Nunca había visto que un cumplido le pegara con tanta fuerza, y cuando jugaba le caían por millones—. Gracias —logró decir con voz ahogada.

Miriam le dio una animada palmada en la espalda.

—Y me encanta que seas tan joven. Cuando tienes mi edad te das cuenta de que la edad no tiene nada que ver con lo que puedes lograr; si lo tienes, lo tienes. ¿Para qué esperar a ser más grande? Y, cuando ya creciste, ¿por qué detenerse? O, por lo menos, ese es mi lema. —Olvidemos a Titletrack. Iniciemos un club de fans de esta mujer. Continuó—: Quiero que busquen una mesa. He estado de gira todo el verano, pero hoy me dejaron usar la cocina y preparé mi famoso estofado de Guinness. Bruce Springsteen jura que le cambió la vida.

—¿Bruce Springsteen? —Ian estaba a punto de colapsar.

Miriam se tocó la barbilla con un dedo.

—¿O fue Sting? Es curioso: siempre confundo a esos dos. Voy a avisar en la cocina que están aquí. Los veo en un parpadeo. —Se alejó de prisa y dejó ondas de shock a su paso.

—¡Ian, eso estuvo salvaje! —Rowan burbujeó.

Ian volteó a verme, sus ojos parecían platos.

—Acabo de hablar con Miriam Kelly.

—No, Miriam Kelly te acaba de elogiar. —Señalé con el pecho inflado por el orgullo.

Siempre que Ian estaba así de feliz, me contagiaba.

Miriam llevó a Ian hacia una mesa cerca del pequeño escenario, así que Rowan y yo decidimos sentarnos en una más cercana a la puerta en un intento por darle a mi hermano un poco de espacio para su entrevista.

—¿Por qué es tan importante Miriam? —pregunté con un ojo fijo en Ian.

La piel de su rostro se había asentado en un sutil rojo cereza y, hasta ese momento, había logrado tirarse estofado en la playera y soltar la pluma dos veces. Si iba a ser un periodista musical, tendría que aprender a estar frente a las

estrellas.

Rowan asintió.

—Es como una directora de talento informal. Al principio sólo contrataba gente para que tocara en su pub, pero después de que impulsó algunos de los actos más importantes de Irlanda, todas las disqueras le empezaron a pagar para que buscara talento. Hace quince años escuchó a Titletrack en un concurso universitario y los invitó aquí un verano. Así comenzaron a hacerse de seguidores.

Hundí la cuchara en mi tazón.

—También es una cocinera maravillosa.

El estofado Springsteen de Miriam era una combinación de zanahorias, papas y gravy cubiertas con dos bolas de puré de papa servidas como helado. Era tan denso y estaba tan caliente que quería nadar en él.

—Oye, ¿ya leíste la tarea de la guía? —preguntó Rowan y deslizó el libro por la mesa—. Tenemos que hacer un barco de papel y ponerlo en el agua.

—¿Sí lo vas a hacer o te vas a acobardar otra vez? —lo molesté mientras abría la guía en la sección de Cobh.

—Mira, mientras no haya fluidos corporales de por medio, lo haré.

—Me parece justo.

Me recliné en la silla con toda felicidad. Estaba llena y relajada por primera vez en varios días. La música en vivo había sido reemplazada por un álbum de Queen que reconocí por las veces que Papá limpiaba el garaje. Pero, por encima de todo, lo que mejor alcanzaba a escuchar era a Ian. No dejaba de echar la cabeza hacia atrás y reírse.

¿Cuándo fue la última vez que lo vi reírse así? En los últimos años se había vuelto más solemne, lo que seguramente tenía que ver con el fútbol americano. Una pensaría que ser la estrella significaba recibir trato especial, pero, en realidad, hacía que los entrenadores fueran más duros con él. Y se tomaba los juegos tan en serio. Yo ni siquiera necesitaba consultar su calendario para saber cuándo se acercaba un juego porque siempre se volvía callado e irritable unos días antes.

Pensar en fútbol americano me recordó el mensaje de Olive. Miré mi teléfono con un nudo en el estómago. DE VERDAD SACARON A IAN DEL EQUIPO????? Era claro que el mensaje era algo que tenía que resolver. Si había rumores sobre Ian circulando en casa, entonces él merecía saberlos. «¿Y si no es un rumor?»,

preguntó mi cerebro en silencio. Lo callé de inmediato. Claro que era un rumor. Ian tendría que haber incendiado la escuela para que hicieran algo tan descabellado como echarlo del equipo.

Más allá de todo, necesitaba decírselo en cuanto tuviera oportunidad. Lo que menos necesitaba nuestra relación era otro secreto.

Eché un vistazo en dirección suya y me encontré con su mirada y un gesto que nos llamaba para acompañarlo. En su mesa, el tazón de Ian estaba a medio terminar, y los renglones de su libreta estaban repletos de su apretujada letra. Su rostro brillaba de emoción.

—¿Adivinen qué? Miriam dice que nos podemos quedar aquí.

—¿En serio? ¿En dónde? —Rowan miró a todos lados como si una cama fuera a aparecer sobre la barra.

Miriam sonrió y echó su silla hacia atrás.

—Arriba. Tenemos unas habitaciones arriba para rentar. Suelen ser para el talento. Jared debió quedarse como un mes en la habitación principal. Lo que me recuerda: todavía me debe ese mes, el cabrón. Creo que ya puede pagarlo, ¿no? Le voy a llamar.

—¿Jared? —La boca de Rowan estaba casi en el piso—. ¿Jared el vocalista? ¿Se quedó aquí? ¿Y tiene su número?

—Claro que lo tengo. —Miriam se encogió un poco de hombros y miró a Ian—. Avísame cuando termines el artículo. Si quieres, se lo puedo enviar a Jared.

—Vas... —Ian se atragantó con sus palabras y su rostro volvió a un tono de rojo carmesí—. Yo...

Se quedó sin aliento y le di un golpe en la espalda.

—Ian, respira.

Miriam alzó las cejas.

—Ian, vas a estar bien. Cuando lles tanto tiempo en este negocio como yo, te darás cuenta de que los músicos son sólo personas. Son personas interesantes, pero personas al fin. —Volteó a verme—. Hablando de personas interesantes, hablemos de ti, Addie.

Mi cara intentó imitar la de Ian. La atención de Miriam era relampagueante y un poco pesada.

—¿Qué hay de mí?

Me picó con un dedo.

—Me cuentan que eres una gran mecánica. Ese es un talento. Tal vez no es un talento que yo pueda promocionar, pero es un talento. Ian dijo que este viaje no habría funcionado sin ti.

La felicidad floreció en mi pecho.

—¿Dijiste eso, Ian?

Se encogió de hombros con una pequeña sonrisa en el rostro.

—Pues, es cierto, ¿no?

Rowan intervino.

—Si no hubiera sido por Addie, seguiríamos arrastrando el escape por toda Irlanda. También nos salvó hoy. Justo después de Blarney, mi auto comenzó a sobrecalentarse, y Addie logró llevarnos con un mecánico cercano.

Miriam suspiró.

—Déjeme adivinar: ¿el taller de Connor Moloney? Odio decirlo, pero ese hombre es tan inútil como una tetera de chocolate. —Se cruzó de brazos—. Entonces, señorita, mecánica, ¿qué tienes que decir?

¿Qué tenía que decir?

—Eh, es algo que me gusta.

—Y algo para lo que eres buena —insistió Miriam.

—Le digo Maeve —dijo Rowan—. La primera vez que la vi, estaba tacleando a Ian en un estacionamiento. Es como una reina guerrera.

Ahora sí estaba sonrojada.

—Perdón, pero ¿por qué estamos hablando de esto?

—¡Porque es necesario! —Miriam agitó el brazo—. Necesitamos más reinas guerreras, sobre todo reinas guerreras que no se avergüencen de su poder. —Se acercó a mí y estudió mi expresión avergonzada—. ¿Sabes a qué me dedico, Addie? ¿Cuál es mi trabajo?

Asentí, incómoda.

—Sí... Contratas talento.

—Falso. —Me enterró el dedo en el costado y su voz se elevó en un crescendo lleno de entusiasmo—. *Empodero*. Encuentro personas que están allá afuera cantando sus canciones y les pongo un micrófono enfrente para asegurarme de que el mundo las escuche. ¿Y sabes qué? Quiero hacer eso por ti, Addie.

¿De qué estaba hablando?

Antes de que pudiera descifrarlo, Miriam se puso de pie, me tomó del brazo y me arrastró al escenario.

—Oye, Miriam, yo no sé cantar. Ni tocar nada.

Ni estar en un escenario. Si no era en un campo de juego, odiaba ser el centro de atención. Intenté con desesperación zafarme, pero ella sólo me jaló a la plataforma y me colocó frente a un atril con un micrófono. Ian y Rowan lo habían visto todo con los ojos bien abiertos, pero ninguno de los dos intentó rescatarme. Traidores.

—¡Pat! ¡El micrófono! —gritó Miriam.

Uno de los cantineros se agachó por debajo de la barra y, de la nada, el micrófono cobró vida. Miriam me lo embarró en la cara.

—Anda, Addie. Diles a estas buenas personas lo que hiciste.

La miré horrorizada. Ciertamente, el pub no estaba tan lleno como había estado durante la presentación en vivo, pero aún había bastante gente, y cada una de esas personas miró desde su mesa, con expresiones risueñas de entretenimiento. Era obvio que estaban acostumbrados a las excentricidades de Miriam.

—Anda —insistió con un empujoncito—. Diles a estas buenas personas lo que hiciste y lo ruda que eres. Hacer una declaración puede ser algo muy poderoso.

«¿En verdad tengo que hacer esto?». Justo mientras la pregunta circulaba por mi cabeza, su brazo me apretó como si fuera una boa. No había forma de que me dejara bajar del escenario. Me aclaré la garganta.

—Eh, hola, todos. Me llamo Addie Bennett.

—¡La reina Maeve! —gritó Ian desde el público, formando un megáfono con las manos alrededor de la boca.

Me sonrojé hasta los dedos de los pies. Cuando eso acabara, lo iba a asesinar.

—Pues... Miriam quiere que les cuente que en los últimos días he estado en un viaje por la carretera. Nuestro auto no ha dejado de descomponerse, así que lo he estado arreglando. Y... eso es todo. —Empujé de prisa el micrófono a las manos de Miriam e intenté lanzarme del escenario, pero ella me tomó por la camiseta.

—Un minuto, Addie. ¿Sabes qué me gusta ver? A una mujer que conoce su fuerza, a una mujer que acepta que es inteligente y creativa, que hace lo que tiene que hacerse. Addie, eres una mujer poderosa. —Me tomó de la mano y la levantó como si hubiera ganado una pelea de box—. Anda, Addie. Dilo.

Me retorcí un poco.

—¿Decir qué?

Rowan e Ian compartieron una sonrisa. Les estaba encantando toda la escena.

—Di «soy la heroína de mi propia historia».

—Soy la heroína de mi propia historia —dije a toda prisa.

—No, no, no. Más fuerte. Abre el diafragma. Suéltalo.

¿Qué no veía la ironía en obligar a alguien a declarar lo fuerte que era? «Sólo hazlo y ya», me dije.

Inhalé profundo y grité al micrófono.

—¡Soy la heroína de mi propia historia!

—¡Sí! ¡Otra vez! —gritó Miriam.

Esta vez, en verdad me dejé ir.

—¡SOY LA HEROÍNA DE MI PROPIA HISTORIA!

—Bien hecho. —Miriam me soltó el brazo; el rostro le brillaba por el sudor.

De hecho, se sintió bien gritarlo. Seguro se habría sentido mucho mejor si lo creyera.

—Eso estuvo raro —logré decir mientras arrastraba mi maleta y la de Ian por las escaleras.

En cuanto Miriam me dejó ir del escenario, Ian se dirigió a ver las habitaciones.

Rowan sonrió.

—Te paraste en un escenario y le gritaste a un montón de extraños que eres una heroína. ¿Qué tiene de raro?

Intenté golpearlo, pero las maletas lo hicieron imposible.

Rowan tomó una y la empujó por las escaleras.

—Voy a ir al taller, a asegurarme de que Connor tenga listo nuestro auto para mañana. ¿Puedes creer que Electric Picnic es mañana?

—No.

Y no, no podía creerlo. ¿Los últimos días habían pasado volando o arrastrándose?

—Yo me quedo aquí. Creo que lo mejor es que Connor y yo no nos volvamos a ver.

Esbozó una nueva sonrisa.

—Qué mal. Tenía la esperanza de volver a ver a la heroína Maeve en acción.

—Ja, ja.

Seguí a Ian por las escaleras. El peso de las maletas me hacía rebotar contra las paredes de lado a lado. Por fin, llegué hasta arriba y lancé todas las cosas en una sola pila.

—No lo puedo creer.

Seguí la voz de Ian por la puerta. El techo de la habitación estaba inclinado, y dos camas matrimoniales estaban amontonadas junto a la pared más lejana. La luz que se desvanecía entraba por una ventana octagonal.

Ian se retorció en la primera cama.

—¿En cuál crees que durmió Jared? ¿En esta?

—No tengo idea —dije, desviando la mirada.

La dedicación de Ian a Titletrack rayaba en lo vergonzoso. Hui hacia la siguiente habitación y tomé mucho más tiempo del necesario para acomodar mi maleta junto a la cama. El mensaje de Olive me quemaba el bolsillo. Tenía que hablar con Ian. Ya.

Cuando volví a entrar a su habitación, Ian se había cambiado de cama y estaba con los brazos bajo la cabeza y una sonrisa pacífica en el rostro. ¿De verdad lo iba a hacer? «Soy la heroína», pensé con tristeza.

—Gracias por hacernos llegar —dijo Ian antes de que yo pudiera abrir la boca—. Significa mucho.

—Claro, no hay problema —respondí, asentándome en la otra cama—. Oye, Ian, hay algo de lo que quiero hablar contigo.

—¡Yo también! —Se volteó para quedar bocabajo y tomó su libreta—. Quería decirte que deberías contarle a Mamá sobre Cubby lo más pronto posible. Tal vez antes de que lleguemos a casa. Si quieres, puedo distraer a Archie y a Walter en el aeropuerto mientras le dices.

«¿Qué?». Sentí que el puente entre nosotros se derrumbaba de golpe. ¿No sólo insistía en que le dijera a Mamá, ahora además quería decidir el momento y el lugar?

Se sentó.

—Creo que deberías decirle a Mamá de Cubby antes de...

—Ian, te escuché —dije mientras me reclinaba de golpe sobre el armario a mis espaldas—. Pero todavía no estoy lista para decirle, no tan pronto.

Cerró su libreta de golpe.

—Pero me dijiste que tenía razón sobre contarle cuando estábamos en Torc Manor.

—Dije que tal vez tenías razón. Nunca dije que era seguro que lo iba a hacer.

Ian se puso de pie de un brinco y comenzó a dar vueltas furiosas en la habitación.

—No hablas en serio. ¡Addie! ¿Por qué no?

—Porque no estoy lista. Si quiero decirle a Mamá, le diré a Mamá. —Y a pesar de que sabía que causaría una explosión, no pude evitar agregar la última parte—. Además, lo que pasó con Cubby no es asunto tuyo.

—¿No es asunto mío? —Se detuvo; sus ojos brillaban con rabia—. Addie, me encantaría que ese fuera el caso, pero los dos sabemos que no es verdad. Se volvió asunto mío en cuanto entré al vestidor.

Mi garganta se cerró. El vestidor. Cada vez que intentaba evocar la imagen de Ian entrando, de mi hermano deteniendo a Cubby, mi cerebro tomaba un pesado par de cortinas y las cerraba.

—¿Cómo iba a saber que Cubby iba a hacer eso? —respondí.

Tenía la boca seca.

Me apuntó con el dedo.

—Porque te lo advertí. Te dije que era mala persona.

Era la misma pelea que habíamos tenido todo el fin de semana. Me hacía sentir exhausta hasta los huesos.

—Addie, aunque sea una vez, escúchame. Ya no puedes mantener esto en secreto. Tienes que decirle a Mamá en cuanto puedas.

—¡Deja de decirme qué hacer! —exploté; el corazón me martillaba el pecho—. ¿Y quién eres tú para hablar de secretos, Indie Ian?

Escupí el nombre y sus ojos se endurecieron.

—No me voltees esto.

—¿Por qué no? —Extendí los brazos lo más que pude; cubrí la habitación entera—. Amigo irlandés secreto. Carrera como escritor secreta. Planes secretos para la universidad. —Necesitaba hacer una pausa, contenerme, pero estaba demasiado irritada; metí la mano a mi bolsillo y le puse el teléfono en la cara—. Y esto. ¿Qué es esto?

Me arrancó el teléfono de las manos y su postura comenzó a desinflarse conforme leía el mensaje de Olive.

—¿Ella cómo lo sabe? —dijo en voz muy baja.

Sus palabras me pararon en seco y provocaron un cortocircuito en mi cerebro.

—Espera, ¿estás diciendo que es cierto? ¿Te sacaron del equipo? ¿Por qué no me lo dijiste?

Lanzó el teléfono a la cama.

—Fue por ti, ¿ya? Me sacaron del equipo por ti.

«No».

Salí de espaldas de la habitación. Las manos me temblaban mientras en mi pecho se formaba una montaña pesada y nueva.

La voz de Ian ahora era de súplica.

—Addie, me echaron del equipo. Mamá y Papá no lo saben todavía, pero no lo puedo mantener en secreto por siempre. Tienes que decirle a Mamá. Tienes que contarle de la foto y que Cubby la circuló...

—¡Ian, para! —grité y me tapé los oídos con las manos.

Mi cuerpo giró y pronto estaba corriendo; los escalones se alzaban frente a mí e Ian se acercaba a mis espaldas.

Llegué hasta el puerto antes de bajar la velocidad. El pecho me palpitaba y las lágrimas me dificultaban respirar. Caí con pesadez en una banca, donde los fríos tablones me comprimieron la espalda.

Eso es lo que pasó este verano que no debió haber pasado, ni a mí ni a nadie. Después de que me lo pidiera durante semanas, le envié una foto desnuda a Cubby. No me había sentido del todo bien al respecto porque, primero, todas sus bromas sobre el tema habían comenzado a ejercer una presión incómoda, y, segundo, sin importar cuántas veces ahuyentara la advertencia de Ian, esta no dejaba de zumbarme en la cabeza. «Escucho cómo habla de las chicas. No quieres estar con él. Créeme».

Pero Cubby y yo habíamos estado juntos todo el verano. ¿No significaba eso que lo conocía mejor que Ian? ¿No significaba eso que podía confiar en él? Además, tal vez así era como se pasaba de las escapadas nocturnas a andar juntos por la escuela. Una tenía que arriesgarse.

Así que presioné «Enviar». Lo hice aunque me temblaban las manos. Lo hice aunque el zumbido en mi cabeza era cada vez más fuerte.

Y entonces, dos días después, Ian llegó a casa después del campamento de fútbol americano y casi atravesó la puerta de mi habitación con lágrimas de rabia inundándole los ojos. «Sí sabes lo que está haciendo, ¿verdad? Le ha estado enseñando tu foto a todo el mundo. ¿Por qué no me hiciste caso?».

Había estado demasiado aturdida como para siquiera preguntar qué había pasado después, pero ahora lo sabía. Después de que Ian descubrió a Cubby circulando la fotografía con todo el equipo, había peleado con él. Claro que lo había hecho. Y entonces lo expulsaron del equipo. Y el hecho de que yo no hubiera querido involucrar a mi hermano —que no había querido que mi vida invadiera la suya— no importó, porque eso era ser familia. Lo quieras o no, tus acciones siempre afectan al grupo entero. Inhalé profundo, con respiración temblorosa. Necesitaba decirle a Ian por qué no le había hecho caso, la verdadera razón. Merecía saberlo.

Unos segundos después, oí sus pasos detrás de mí, como era de esperarse.

—Addie... —comenzó, pero me di vuelta de inmediato yforcé las palabras antes de que pudieran replegarse.

—¿Sabes lo difícil que es ser tu hermana menor, Ian?

Se congeló, y una expresión de extravío comenzó a circular por su rostro.

—¿Qué quieres decir? Fuera de este verano, siempre he sentido que tenemos una gran amistad.

—La tenemos. —Sacudí la cabeza y busqué las palabras mientras Ian se deslizaba junto a mí en la banca—. Lo que quiero decir es si entiendes lo difícil que es ser la hermana de Ian Bennett.

Ian meció la cabeza de manera casi imperceptible.

—No entiendo.

—Eres la estrella de la preparatoria, la estrella del equipo de fútbol americano, el atleta estrella en una familia llena de atletas estrella. —Mi voz flaqueó, así que busqué un punto en el océano para fijar mi mirada—. Eres bueno en la escuela, en los deportes, para escribir... Y claro que tenías razón sobre Cubby. Tenías toda la razón. Y, en el fondo, siempre lo supe.

Ian hundió las manos en el cabello; se veía confundido.

—¿Y por qué...?

Lo interrumpí una vez más. En verdad necesitaba que me escuchara.

—Ian, estuve con Cubby este verano porque quería que alguien me viera, que de verdad me viera. Y no sólo en comparación con ustedes tres. —Inhalé profundo—. Quería ser alguien más que la «Bennett número cuatro», la que

sólo es mediocre.

—¿Mediocre? —Ian abrió los ojos con incredulidad—. ¿Por qué nunca me dijiste que te sentías así?

—¿Por qué tendría que decírtelo? Es penosamente obvio. —Un pajarito pasó dando alegres brincos con una papa a la francesa en el pico. —Ian, siento mucho haber enviado la foto, pero...

—Oye, oye, oye. Momento. —Ian lanzó las manos al aire—. ¿Crees que estoy enojado porque enviaste la foto? —Me miró directo a los ojos, con la rodilla rebotando—. Addie, no se trata de eso. Enviar la foto fue tu decisión. Es tu... cuerpo. —Los dos nos retorcimos. Esto estaba muy lejos del terreno de las conversaciones entre hermanos, al menos para nosotros—. Perdón —dijo de prisa mientras sus mejillas se enrojecían—. No sé si lo estoy diciendo bien, pero a lo que me refiero es que no estoy enojado porque la enviaste. Que la foto pasara por todo el equipo no fue tu culpa; el que lo hizo fue Cubby. —Pateó una piedra suelta en la banqueta—. Estaba enojado porque no confiaste en mí cuando te dije que no te acercaras a él. He estado cerca de Cubby muchos años. He visto cómo ha cambiado y quería protegerte.

Las lágrimas hicieron que los ojos me ardieran. Me incliné, apoyé los codos sobre las rodillas. Sentía que el nudo en mi pecho jamás se desharía.

—Ian, siento mucho lo del equipo —susurré.

Exhaló despacio.

—Okey. Ahora es mi turno de confesar algo. Lo que dije en la habitación no fue en serio. Sólo estaba enojado y quería tener la razón.

Me enderecé de inmediato.

—¿O sea que sigues en el equipo?

Negó con la cabeza.

—No, estoy 100% fuera del equipo. Lo que quiero decir es que es culpa mía, no tuya.

—¿Entonces no fue por la foto?

—Pues... —dudó—. No diría eso exactamente. Pero pasaron más cosas además de que confronté a Cubby en el vestidor. Digo, por supuesto que me volví loco ese día. Pero la gota que derramó el vaso fueron todas las demás peleas.

—¿Peleas? —Giré la cabeza como un látigo—. ¿En plural? ¿Cuántas fueron? Dudó de nuevo.

—No estoy muy seguro. Y, voy a serte honesto: al principio fueron sobre ti, gente que hacía comentarios estúpidos para molestarme. Pero luego fue como si hubiera estallado. Ya no soportaba a mis compañeros y todo me hacía enfurecer. El entrenador me advirtió varias veces y entonces...

Se enderezó y echó los hombros hacia atrás.

—Pero está bien que me hayan expulsado, porque odio el futbol americano. Siempre lo odié y siempre lo voy a odiar.

—¿Qué? —Arranqué la mirada del océano.

Disfrutar escribir más que jugar americano no era lo mismo que odiar el americano. No podía odiarlo, ¿o sí? No cuando tenía tanto talento.

—¿Odias entrenar o...?

Sacudió la cabeza y terminó con todo el cabello sobre la cara.

—No, odio el futbol americano, todo. —Sus ojos se encontraron con los míos—. Odio los entrenamientos, odio los juegos, las asambleas, los banquetes, los uniformes... Odio cómo la gente me trata distinto, como si fuera especial sólo porque soy bueno en esa única cosa. Y ha sido así demasiado tiempo. Una vez que todo el mundo se dio cuenta de que era bueno, fue como si alguien me hubiera puesto una sábana de futbol americano encima: nadie podía ver otra cosa. Todos querían que encajara en ese estereotipo y, pues, nunca... encajé.

Jamás había siquiera considerado que a Ian no le gustara el futbol americano. De pronto, todo tuvo sentido: salir corriendo de los entrenamientos, el malhumor antes de los juegos, lo mucho que se esforzaba por no hablar de futbol americano cuando eso era de lo que todos querían hablar. Había estado en mis narices todo el tiempo.

—Ian, no tenía idea. Debió haber sido...

—¿Horrible? —dijo, bajando las cejas.

—Horrible —repetí—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Movió la cabeza.

—No quería decepcionarte. Todos se emocionan tanto con que juegue, y siempre ibas a los partidos... —Exhaló con fuerza—. Quisiera ser como Walter, Archie y tú. Cuando están en el campo, es como si se convirtieran en quienes son en realidad. Se divierten tanto. Yo nunca me he sentido así.

—Pero sí lo sientes cuando escribes y con Titletrack —dije.

—Exacto —respondió él—. Por eso este viaje era tan importante para mí. Pensé que, tal vez, si podía escribir algo en verdad increíble, podía lograr que lo aceptaran en una revista grande. Mamá y Papá estarían menos molestos porque

dejé el fútbol americano.

Apreté los labios; apenas pude contener la sonrisa.

—¿Me estás diciendo que tú tienes algo que decirles a Mamá y Papá?

Gruñó, pero una sonrisa se asomó en su rostro también.

—Ya sé. Pero no me molestes con ello, ¿está bien? Estoy lidiando con eso.

—¿En serio? Por supuesto que te voy a molestar. Por lo menos tan seguido como lo hiciste tú.

—¡Ahí están! —Rowan apareció de pronto junto a la banca, asustándonos—. No tenía idea de a dónde habían ido. Terminé por preguntarle a un cantinero y me dijo... —Se detuvo; mis mejillas empapadas por las lágrimas le habían llamado la atención—. Esperen. ¿Qué pasa? ¿Pasó algo?

—Podría decirse.

Rowan tenía la guía en la mano y, al verla, me dio una idea.

—Oye, Ian, ¿quieres hacer la tarea de Cobh con nosotros? De hecho, creo que te haría muy bien.

—Buena idea —dijo Rowan—. Seguro que esta te va a gustar.

Ian se llevó el cabello hacia atrás y lo ató con una liga que tenía en la muñeca.

—No lo sé. ¿Tengo que hablar con un árbol? ¿O besar algo?

Negué con la cabeza.

—Se supone que tenemos que dibujar algo que no salió como queríamos que saliera. Entonces vamos a doblar los papeles para hacer barcos y los vamos a echar al mar.

—Hmmm —dijo Ian, pero supe que estaba interesado por la forma en que posó los ojos sobre el libro.

—Los estaba buscando porque quería hacer la tarea antes de que oscureciera. Pedí un poco de papel en el pub, pero lo único que tenían era esto.

—Rowan me dio un alero de viejos volantes que anunciaban el concierto de un violinista local.

—Por mí está bien.

Le di un papel a cada uno y nos extendimos, sentados en el suelo con nuestros dibujos frente a nosotros. El mío llegó con facilidad. Éramos Cubby y yo, caminando por el pasillo, su brazo a mi alrededor, murmullos de admiración llegando en todas direcciones.

El dibujo en sí era terrible, apenas un poco mejor que uno de bolitas y palitos, pero sacarlo todo movió algo dentro de mí. De nuevo, el dolor estaba ahí, pero algo del dolor atravesó por el lápiz y se materializó en algo que podía ver, algo que podía dejar ir.

Nos reunimos en la orilla del agua, según las instrucciones de la señora de la guía para el Anticrucero del Amor y, al poner mi barco en el agua, me permití imaginar por un segundo más cómo sería todo si las cosas hubieran sido distintas. Si a Cubby le hubiera importado como a mí me importaba. Y luego lo dejé ir y miré cómo las olas se lo llevaban para que la sal lo disolviera.

Y cuándo se fue, Ian y Rowan seguían a mi lado. Fuertes. Significaba más para mí de lo que jamás habría imaginado.

Hubo una tormenta esa noche, un gentil golpeteo que se infiltró en mis sueños e infundió el cielo de la madrugada con un brillo color durazno. Antes de salir de la cama, me quedé bocarriba y miré las grietas como telarañas en el techo para poner a prueba mi nueva ligereza. Seguía teniendo un nudo en el pecho, pero que Ian y yo estuviéramos en el mismo equipo hacía que todo pareciera más sencillo.

Me vestí y entré a la habitación de los chicos para verlos desparramados en sus camas, Rowan con una playera rosa con un gato montando una orca e Ian estudiando su mapa.

Señalé la playera de Rowan.

—¿Cuántas de esas tienes?

—No las suficientes. Buenos días para ti también —dijo y su hoyuelo me hizo sonreír.

Señalé después el mapa.

—¿Una parada más antes de Electric Picnic?

Sonrió y rebotó para salir de la cama.

—La Roca de Cashel. No puedo creer que el concierto sea hoy.

—No puedo creer que Lina va a estar aquí hoy.

Seguía nerviosa, pero ahora que la tensión entre Ian y yo había disminuido, contarle a Lina ya no parecía imposible.

Rowan alzó su teléfono.

—Connor dice que podemos recoger el auto después de las diez. ¿Alguien quiere ir a desayunar antes?

—Yo —dijimos Ian y yo al unísono.

Miriam había salido muy temprano a Dublín para una junta, así que, después de despedirnos del equipo del pub, rodamos nuestras maletas por la calle principal y nos detuvimos en una cafetería con un cartel escrito en letras doradas pegado a la ventana que decía: BERTIE'S: TÉ GRATIS CON CADA ORDEN. Una pequeña campana sonó cuando cruzamos la puerta, y una vez adentro le pedimos huevos y pan tostado a una mujer detrás del mostrador.

Quería mirar el mar el mayor tiempo posible, así que, mientras esperábamos el desayuno, escogí una mesa cerca de la ventana y puse las manos alrededor de mi taza de té de menta.

Afuera, los turistas fluían frente a nosotros por las banquetas, y yo los miraba sin poner mucha atención, poniéndole azúcar a mi taza y desconectándome de la conversación entre Ian y Rowan para pensar en Lina. No la había visto en más de tres meses. ¿Cómo sería esa noche? ¿Sería como si no hubiera pasado el tiempo? ¿Nos tendríamos que reacostumbrar a estar juntas?

Nuestra mesera acababa de colocar los platos frente a nosotros cuando, de pronto, uno de los peatones me sacó de mi estupor mental. Era alto, con hombros anchos, un enorme par de audífonos y un innegable pavoneo que me recordó a...

—¡Walter! —grité.

Miró a la ventana y se frenó en seco con la mirada fija sobre Ian.

—NO.

Ian tiró la cuchara adentro de su taza e hizo que el agua caliente brincara en todas direcciones. Mi instinto fue esconderme bajo la mesa, pero los ojos fulminantes de Walter viajaron desde Ian hacia mí, y ahora estábamos haciendo contacto visual, un furioso contacto visual.

—¿De verdad está pasando esto de nuevo? —se quejó Rowan—. Esta isla es demasiado pequeña.

—¿Quién es? —preguntó la mesera con una jarra de agua en la mano.

Walter presionó la cara contra la ventana; su aliento empañaba el vidrio.

—¿Es peligroso?

—Un poco —murmuré mientras me ponía de pie.

Walter se quitó los audífonos y se enfiló hacia la puerta. Ya iba moviendo los labios en un furioso sermón que tuvimos el privilegio de escuchar en cuanto cruzó la puerta.

—¡...Son de lo peor! —gritó—. Aquí estoy, haciendo mi mejor esfuerzo por olvidar que Addie apareciera de la nada en el Castillo de Blarney y, ahora, aquí están, DESAYUNANDO —rugió al decir *desayunando* como si estuviera en el primer lugar de la lista de crímenes que la gente podría cometer en su contra.

Los secretos no le sentaban bien a Walt.

—Señor, cálmese —le ordenó la mesera, usando su charola como un escudo—. ¿Puedo ofrecerle una rica taza de té? Tal vez uno de nuestros sabores calmantes. ¿Manzanilla? ¿Lavanda con limón? Cortesía de la casa.

—No es un gran aficionado del té, pero gracias —dije con toda amabilidad.

—Walt, tranquilízate —le pidió Ian, alejándose de la ventana—. ¿Dónde está Mamá?

Walt se arrancó los audífonos de alrededor del cuello.

—¿Qué hacen aquí?

Hice un gesto en dirección de Ian.

—Rowan y yo te lo dijimos en el Castillo de Blarney: estamos haciendo el ensayo de Ian.

Movió la cabeza con evidente disgusto.

—Tonterías. Hablé con Archie y él también pensó que eso era mentira. No necesitas ir a otro país para hacer investigación para un ensayo de admisión. Eso te convierte en un mentiroso —dijo lanzando un dedo hacia Rowan—. ¿Por lo menos usas loción John Varvatos?

Rowan hizo una ligera mueca, pero no dijo nada.

—¿Le contaste a Archie? —le exigió Ian, poniéndose de pie con un brinco.

Su mapa estaba sobre la mesa; lo empujó a un lado de prisa.

Walter frunció el ceño.

—Claro que lo hice. Tenía que contarle a *alguien*.

Lancé una mirada nerviosa a la ventana. No había respondido la pregunta de Ian.

—¿Dónde está Mamá? —repetí.

—En la catedral. La convencí de que me dejara faltar.

La catedral estaba a tan sólo dos cuadras. ¿Qué tan cerca habíamos estado de encontrarnos con ellos?

Walter se enfocó en Ian.

—Ahora, por última vez ¿qué están haciendo en Irlanda?

La mesera se encogió con su tono de voz, y yo miré con deseos mi plato de esponjosos huevos. El desayuno no iba a suceder. Y Walter ya no iba a creer ninguna de nuestras mentiras. Hora de confesar.

—Ian, sólo dile —suspiré.

Ian tomó un manojito de servilletas y limpió el té derramado.

—Vamos a un festival de música que se llama Electric Picnic a ver a mi banda favorita, Titletrack, tocar su último concierto. Lo planeé desde el principio. Addie me interceptó en el camino y por eso también está aquí.

Walter levantó las cejas hasta el techo.

—¡Lo sabía! Sabía que estaban mintiendo. Y eso convierte a nuestro mentor internacional en...

—Amigo de Ian —intervino Rowan—. Y colega fanático de Titletrack. Y, de hecho, sí uso John Varvatos. Artisan Acqua es mi aroma favorito.

Walt lo examinó con mirada crítica. Tenía que dejar de tomarse los aromas tan en serio.

Ian comenzó a hablar de nuevo.

—Walt, este es el plan: después del festival nos vamos a encontrar en Dublín para viajar...

—¡Basta! —Walter alzó los brazos y volvió hacia la puerta—. No me digan nada más. Sólo cuídense y dejen de cruzarse con nosotros.

—Hecho —contesté, animada.

—Es obvio que no están cumpliendo con el itinerario —insistió Ian—. ¿A dónde van después?

—No sé. ¿A ver una piedra?

—¿A la Roca de Cashel? —Ian le dio un puñetazo a la mesa—. Nosotros vamos hacia allá.

Rowan sacudió la cabeza.

—Es un sitio turístico muy popular. No me sorprende.

—Pues ya no van a ir —dijo Walt con la manzana de Adán exaltada—. Porque, si se aparecen por allá, se acabó. Apenas estoy logrando mantenerme bajo control.

—Walt, por favor. —Junté las manos como si estuviera rezando—. Tienes que quedarte tranquilo. No me pueden sacar del equipo de fútbol. Sólo no le digas a nadie más.

De todos nuestros hermanos, Walt y yo éramos los que más disfrutábamos los deportes. Tenía que comprender.

—¿Qué crees que he estado haciendo desde el castillo? Estoy intentando ayudarles. —Caminó a tropezones hasta la puerta y miró a la calle antes de abrirla—. Van a estar en la catedral unos veinte minutos más. Más les vale irse. Ya. —Se lanzó a la banqueta y la puerta se azotó detrás de él.

—¿Ahora qué hacemos? —dije, alejándome de la ventana.

—Pues no vamos a ir a la Roca de Cashel. —El rostro de Ian se sumió debido a la decepción—. Iba a ser una parte muy importante de mi artículo.

Rowan empujó sus anteojos hacia su nariz.

—De hecho... Creo que tengo un mejor lugar que la Roca de Cashel. Es una pequeña desviación, pero está cerca de Stradbally. Y, si los rumores son ciertos, es un lugar que podría tener algo que ver con Titletrack.

—¿De verdad? ¿Qué? —pregunté.

Rowan me sonrió.

—Es secreto.

Anillo de hadas secreto

No exagero cuando digo *secreto*, corazón. Esta siguiente parada es una verdadera joya no turística. Es una experiencia que puedes poner en tu equipaje de mano y sacar cuando el idiota en el asiento 23A comience a presumir de todos los lugares nada convencionales que visitó en su viaje (sin que le hayas preguntado).

Por lo general, estoy muy a favor del método de viaje *vagar hasta encontrar*, pero, en este caso, la improvisación no va a ser suficiente. No puede serlo cuando hay magia de por medio. Sigue el mapa de la siguiente página al pie de la letra y nos vemos de vuelta por acá.

¿Llegaste? Sabía que lo lograrías. Qué pajarita tan más capaz.

Ahora, antes de que empieces a abrirte paso entre ese montón de árboles poco especiales del lado este de la carretera, voy a darte unas cuantas reglas esenciales: El ABC de la etiqueta para hadas. Y no quiero sonar muy dramática, pero el que cumplas o no con las reglas puede cambiar tu destino por completo.

Así que, ya sabes: cúmplelas.

Regla #1 Camina con cuidado

Las hadas necesitan un lugar para hacer sus bailes de hadas y tener sus fiestas de té de hadas. Y, si son hadas irlandesas, pues, entonces también necesitan un lugar para planear la muerte segura de cualquiera que las haya siquiera mirado de mala manera. Lo que me lleva a la siguiente regla.

Regla #2 No hagas enojar a las hadas

Las hadas irlandesas tienen la reputación de ser un poquito vengativas; vengativas al estilo de *me robo a tu bebé* y *quemo tu granero*. Las hadas irlandesas no se andan por las ramas, y tú tampoco deberías. Habla con delicadeza, no pises las flores y haz tu mejor esfuerzo por pensar sólo las cosas más amables.

Regla #3 Deja un regalo para las hadas

Sugeriría algo pequeño y bello o delicioso. Monedas, miel, dedales, tacos de pescado, el primogénito de tu vecino... Todas son excelentes opciones.

Regla #4 Pide un deseo

Ir al hogar de un hada y no pedir un deseo es como ir a una boda y no participar en la danza celta. No sólo nunca ha ocurrido, sino que es de mala educación. También, ten en cuenta que las hadas de verdad son menos cumplidoras de deseos y más guías de deseos: te ayudan a descubrir qué es lo que tu corazón quiere en verdad y luego te empujan hacia allá. Así que, pon atención, pequeña. Puedes oír algo que te sorprenda.

TAREA PARA EL CORAZÓN ROTO: Escribe tu deseo. Te prometo que no lo voy a leer.

—Fragmento de *Irlanda para corazones rotos: una guía poco convencional de la isla Esmeralda*, tercera edición

El motor de Trébol estaba fresco como lechuga, el escape fijo con algo más confiable que un gancho. Habíamos corrido hasta el taller, juntado nuestro dinero para pagar las reparaciones y salido de Cobh como contrabandistas en la frontera. Teníamos tanta prisa que hasta dejé pasar el discurso de «Te dije que era el radiador», que había preparado para Connor.

Después del segundo encuentro con Walter, era cada vez más claro que la pregunta no era si Mamá se iba a enterar, sino cuándo lo haría. Me aferré a mi último rayo de esperanza. Tal vez Walter no nos delataría. Pero estaba al borde de la combustión espontánea, y cualquiera lo notaría. Cada vez que un auto se integraba a la carretera detrás de nosotros, me daba vuelta, esperando ver el turibús de la tía Mel recortando distancias entre nosotros con mi furiosa madre al volante.

—¿Crees que Mamá ya lo sepa? —pregunté mientras miraba los árboles pasar—. ¿Y ahora?

—Addie —gruñó Ian, pero una sonrisa rondaba justo debajo de la tensión en su voz.

A veces bromear era la única manera de sobrevivir, sobre todo cuando estabas a punto de que te atraparan después de escaparte para un viaje europeo en carretera y en camino a perder lo que más te importaba en la vida. Miré el cabello revuelto de Ian. Bueno, tal vez el fútbol no era lo que *más* me importaba. Pero la cosa no cambiaba: habíamos comenzado el viaje con la firme esperanza de que nuestros padres nunca se enteraran y ahora sólo deseábamos sobrevivir unas horas más para poder llegar al concierto.

¡Caray! Las vueltas que da la vida.

Ayudaba que Lina y Titletrack fueran luces que ya se alcanzaban a ver al final del camino. El estómago me daba vueltas de ilusión.

—Yo todavía creo que Walter no los va a delatar —sugirió Rowan.

Conducía a unos veinte kilómetros por encima del límite de velocidad, cortando las curvas; pero, después de tres días, ni siquiera me inmutaba. De hecho, era un conductor bastante atento, y la sensación de seguridad que me transmitía se había transferido a su auto. Ian, por su parte, había canalizado a su Rana René interna y había cobrado un color verde profundo.

Señalé a Ian.

—Creo que es mejor que bajemos el ritmo. Este no se ve muy bien.

—No pasa nada —insistió Ian, pero en un poco común momento de honestidad, se retractó—. No. Tienes razón. Sí pasa. —Miró a Rowan—. Sigo sin entender qué tiene que ver esta parada de la guía con Titletrack.

Rowan estaba radiante.

—Ya verás.

Cualquiera que fuera la conexión, Rowan estaba muy orgulloso de sí mismo. La luz del sol golpeaba nuestras ventanas por momentos y, cada vez que se posaba en su cara, iluminaba una constelación de pecas sobre su nariz. Tenía un extraño efecto hipnótico.

Encontrar el anillo de hadas no fue un proceso tan sencillo. En vez de instrucciones normales, el mapa de la señora de la guía usaba referencias como «roca que se parece a David Bowie en 1998» y «granero color pecado» para guiarnos. Tuvimos que dar varias vueltas y buscar fotos de David Bowie sólo para lograr acercarnos.

Por fin, nos detuvimos y cruzamos el camino hacia un montón de árboles nada prometedor. Para ese momento, Ian era un manojo de nervios, nervios vomitivos. Con suerte, todas esas vueltas en «U» habrían valido la pena.

—A todo esto, ¿qué es un anillo de hadas? —preguntó Ian al bajar los pies del auto y ponerlos en el lodo.

—Los anillos de hadas en realidad son anillos de fuertes —dijo Rowan—. Son ruinas de granjas medievales. La gente solía cavar fosas y usar la tierra como barreras circulares. Hay restos así en toda Irlanda. Pero, durante mucho tiempo, la gente no sabía qué eran, así que inventaron explicaciones mágicas.

No necesité más convencimiento.

—Vamos.

Avancé por el bosque como si supiera lo que hacía. Dudé un segundo antes de zambullirme en el lodo. Tenía la consistencia de una crema de cacahuate mal hecha. Mis Converse no iban a sobrevivir a aquel viaje. Ian gruñó mientras avanzaba por el fango. Rowan se atrincheró junto a mí.

—Sabes lo que estamos buscando, ¿verdad? Es una pared circular de piedra, de piedra o...

—¿Como esa? —apunté hacia un dique cubierto de parches de pasto y musgo y los tres nos apresuramos hacia él.

Pero encontrar el anillo de hadas y entrar al anillo de hadas eran dos cosas muy distintas. El dique medía unos dos metros y medio y me recordaba a un tobogán vertical.

—¿Cómo vamos a...? —comenzó a decir Rowan, pero Ian avanzó decidido desde atrás de nosotros y llegó a la cima con cuatro enormes pasos—. Supongo que así.

—¡Guau! ¿Qué es este lugar? —gritó Ian cuando terminó de escalar el dique.

—¡Ian, sin gritar! —dije, rompiendo mi propia regla—. Vas a hacer enojar a las hadas.

—¿Crees que les tengo miedo a las hadas cuando *Mamá* está allá afuera? —Dudó y su voz resonó con tono reverencial—. Ya, en serio, ¿qué es este lugar?

Rowan y yo intercambiamos miradas y subimos tan rápido como pudimos. Pero, como de costumbre, Ian había hecho que se viera mucho más sencillo de lo que en realidad era. Me caí hacia atrás dos veces, las dos perdí el equilibrio y aterricé en el lodo.

—¿Necesitas ayuda, Maeve?

Levanté la mirada para encontrarme a Rowan mordiéndose la lengua.

—¿Te estás riendo? —lo increpé.

—De ninguna manera. Te tengo demasiado miedo como para reírme. Sólo estaba aquí parado preguntándome si alguna vez había visto a alguien fracasar tanto en el intento por subir dos metros.

—Son mis zapatos. Se suponía que iba a estar en Italia paseando en motoneta, no escalando en el lodo.

Ataqué la colina de nuevo; esta vez, permití que Rowan me jalara.

Una vez que logré recuperar el equilibrio, me acerqué a Rowan.

—Bien, dime la verdad: ¿este sí es un sitio de Titletrack o sólo querías disminuir la tragedia de Ian?

—De verdad lo es.

Rowan era una de esas pocas personas que se ve aún más lindas de cerca. Su ojo gris tenía destellos azules, y la constelación de pecas bailaba por su nariz iluminada por el sol.

—¡Chicos! Miren.

Arranqué mi mirada clavada en Rowan y de inmediato me olvidé de las pecas. A nuestro alrededor, árboles enormes y hermosos replicaban el círculo en el que estábamos, sus ramas se estiraban para crear una sombrilla sobre el anillo.

Pero fue la luz la que me atrapó. La luz del sol tenía que filtrarse por tantas capas de hojas que, para cuando alcanzaba el anillo, emitía un cálido y afortunado brillo.

Si en algún lugar había hadas, tenía que ser ahí.

Sin romper el silencio, Rowan y yo nos deslizamos con cuidado por el dique y hasta el anillo. En el suelo, todo estaba un poco más callado, con el viento agitándose como seda por el pasto. Baratijas pequeñas y brillantes cubrían un parche gris en el centro del círculo: tres dedales dorados, un encendedor plateado, dos pasadores con incrustaciones de perlas y muchas monedas.

—¡Guau! —susurró Rowan.

Se metió la mano al bolsillo y sacó unas cuantas monedas y un envoltorio de chicle de aluminio.

«Las hadas de verdad son menos cumplidoras de deseos y más guías de deseos: te ayudan a descubrir qué es lo que tu corazón quiere en verdad y luego te empujan hacia allá. Así que, pon atención, pequeña. Puedes oír algo que te sorprenda».

Busqué en mi bolsillo, y logré producir unas cuantas monedas sobrantes después de haber pagado nuestros huevos desperdiciados en la cafetería. Le di una a Ian.

—Tenemos que pedir deseos y luego ponerlas en el tronco como ofrenda.

—Igual que Jared —dijo Rowan con tono triunfal.

Los ojos de Ian se abrieron, y no sólo porque la voz de Rowan estaba por encima de los decibeles aprobados por las hadas.

—¿*Jared* estuvo aquí?

Rowan asintió y por fin dejó salir su sonrisa.

—En la mañana estuve leyendo más sobre los primeros años de Titletrack, y encontré una entrevista vieja en la que Jared contó una historia sobre haber estado en un anillo de hadas cerca de Cobh. De hecho, iba camino a Kinsale, que está más al sur, pero decidió detenerse en Au Bohair para almorzar, y ahí conoció a Miriam.

Di unos brinquitos de alegría.

—Se detuvo a pedir un deseo y el resto es historia. ¿De verdad crees que este es el anillo en el que estuvo?

Rowan se encogió de hombros.

—No hay manera de saberlo, pero dijo que estaba cerca de Cobh y esta es casi la única carretera desde Dublín. Y esta es la parte que de verdad me encanta de la historia: en lugar de desear convertirse en un músico famoso, dijo que les pidió a las hadas «lo que sea que necesitara a continuación». Unas horas después conoció a Miriam, y el resto fue historia.

—¡Rowan, es perfecto! —gritó Ian, sin importarle los delicados oídos de las hadas.

Señaló el tocón.

—Este es el verdadero inicio de Titletrack. Aquí.

Rowan extendió los brazos, lleno de orgullo.

—¿Qué no dije que iba a cumplir?

Le apreté el brazo.

—Bien hecho, Rowan.

—Muy bien pues, hora de los deseos —anunció Ian—. Si funcionó para Jared, funcionará para nosotros. Rowan, tú encontraste este lugar, así que tú vas primero.

Rowan caminó hacia el tocón y colocó su envoltorio junto al pasador. Al asentarlos, algo cambió en su postura; se abrió. Hubo una larga y silenciosa pausa, y cuando habló, su voz era baja y clara.

—Deseo que mi mamá y mi papá se dejen ir.

Me sentí de pronto como una invasora que se topaba con un momento privado. Ian y yo intercambiamos una rápida mirada. ¿Necesitaba un momento a solas? Comencé a retroceder, pero la voz de Rowan me mantuvo en mi lugar.

—Toda mi vida han peleado. —Volteó a vernos con un gesto tranquilo—. Peleas serias, hasta en público. Una vez salimos a cenar y la pelea se volvió tan grave que alguien llamó a los guardias. —Se estremeció un poco—. Estaba tan aliviado cuando en Año Nuevo me dijeron que se iban a divorciar, porque pensé: «Por fin se terminó». Pero no se terminó. Ya no viven en la misma casa, pero de cierta forma siguen tan unidos por la rabia como lo estuvieron por el matrimonio. Y ahora siempre estoy en medio, no puedo escapar. —Hizo un

gesto en dirección de Trébol—. Quieren que decida con quién viviré el siguiente año escolar. Por eso todas mis cosas están adentro de Trébol. Aún no decido. Las dos opciones suenan terribles.

El corazón se me estrujó.

—Rowan... —comencé a decir, pero no supe hacia dónde ir después.

La luz del sol se derramaba sobre él y resaltaba todas las capas de su tristeza. Nunca pensé que pudiera haber una conexión así, que el odio pudiera unir tanto como el amor. El pecho me dolía por él.

—Lo siento mucho —dijo Ian—. No sabía que estabas pasando por todo eso. Te habría intentado ayudar.

—Sí me ayudaste, pero no lo sabías. —Rowan hundió la punta de uno de sus tenis en el lodo—. Necesitaba a alguien que me conociera fuera del contexto de mi familia. Perdón por molestarlos tanto con sus peleas, me traían malos recuerdos. Sé que su mamá puede ser ruda con ustedes, pero ustedes se cuidan, y puedo ver que su familia es auténtica. —Levantó la mirada; tenía los ojos bien abiertos, vulnerables—. Sólo quisiera tener lo que ustedes tienen.

Los pies me llevaron hasta él, y mi brazo se deslizó por su espalda.

—Rowan, nos tienes a nosotros. Estamos aquí contigo y aquí estaremos todo el tiempo que nos necesites.

Ian lo flanqueó por el otro lado; los tres mirábamos el tocón. Con cuidado, asenté una moneda.

—Mi deseo es para Rowan —dije, midiendo mis palabras—. Deseo que Rowan sea feliz y que sepa que no está solo.

—El mío también —dijo Ian y puso su moneda junto a la mía—. Mi deseo es para Rowan.

Rowan no nos agradeció. No tenía por qué hacerlo. Durante los últimos tres enloquecidos días, Rowan había cargado con nosotros y nos había mantenido cuerdos en medio de nuestras peleas y comentarios ácidos. Esto se trataba de agradecerle a él.

Por fin, Rowan rompió el silencio.

—Creo que eso ayudó. ¿Alguien quiere ir a Electric Picnic?

—Supongo —dije con tono de indiferencia e Ian sonrió—. Creo que no tengo otros planes.

Estábamos saliendo del lodoso dique cuando mi teléfono sonó. Ian se tensó.

—Ay, no. ¿Walt no aguantó más?

Alcé la pantalla hacia mi cara. Era Olive.

¿ESTÁS BIEN, ADDIE? TODOS ESTÁN HABLANDO DE CUBBY Y UNA FOTO TUYA.

No. Me congelé e intenté reacomodar las palabras con la mente, lograr que el mensaje dijera algo distinto. Mi respiración se entrecortó, mis manos comenzaron a sudar.

El *todos* de Olive era más grande que el de cualquiera. Era una de esas pocas personas que lograba encajar en cualquier grupo en el espectro social de la preparatoria. Estaba tan cómoda con las demás jugadoras de fútbol como lo estaba con el equipo de debate. Si ella decía *todos*, quería decir TODOS.

La cara de Ian se enrojeció mientras estudiaba mi expresión.

—¿Qué pasa, Addie? ¿Es Mamá? —Logré darle el teléfono. Su rostro se endureció al leer el mensaje—. Ay... no.

Lloré sin parar durante veinticinco minutos. Las lágrimas no dejaban de salir. Rowan e Ian se turnaron para dirigirme miradas de preocupación, pero apenas las registré.

Todos sabían. To-dos.

Peor aún: ¿y si todos la habían visto?

Ian y Rowan no dejaban de intentar preguntarme si estaba bien, pero yo estaba dentro de una burbuja, separada por completo de ellos. Por fin, Ian utilizó sus energías para escribirle a uno de sus compañeros.

—Mi entrenador se enteró, Addie —dijo nervioso.

Me miraba como si fuera algo frágil, rompible. ¿Qué no veía que ya estaba destrozada?

—¿Cómo? —Mi voz no sonó como si fuera mía.

—No lo sé. Yo no le dije, ni siquiera cuando nos acorraló a Cubby y a mí para preguntarnos por qué nos peleamos. Pero se enteró. Y...

—¿Y qué? —Mi garganta se sentía como si estuviera llena de algodón; no podía pasar saliva.

La rodilla de Ian se disparaba desde el asiento.

—Hay rumores de que van a suspender a Cubby del equipo, tal vez más. Son sólo rumores, pero creo que así es como será esto.

Esto.

Esto era yo. Era mi corazón, era mi cuerpo, expuestos para que cualquiera les lanzara piedras. ¿Qué tanto iba a crecer esto? ¿Cuánto tardaría Mamá en enterarse? ¿Y Papá? Me hice bolita en una orilla de Trébol, tan miserable que mis lágrimas se secaron. Tanto Ian como Rowan intentaron consolarme, pero fue inútil. Ya podía oír los murmullos en los pasillos; podía sentir las miradas de chicos que habían visto más de mí de lo que jamás les mostraría. Los maestros lo sabrían. Mis entrenadores lo sabrían. Quería vomitar. Sobre todo cuando mi teléfono comenzó a inundarse con mensajes de mis compañeras, algunas preocupadas, algunas sólo con curiosidad.

¿De verdad pasó?

Mientras más nos acercábamos a Stradbally, mi cuerpo se contraía más y más hasta formar una pequeña pelota. Supe que estábamos a punto de llegar cuando el tráfico se detuvo casi por completo y unas pequeñas flechas blancas nos dirigieron hacia un camino de terracería con luces de hadas.

Avanzamos despacio en un largo desfile de autos hasta el recinto, con personas gritándose unas a otras y música que retumbaba desde cada estéreo. Me recordaba al estacionamiento de la escuela antes de la primera campana. Pensar en casa me pesó tanto que apenas podía respirar.

—Lo logramos —dijo Rowan, mirándome a los ojos.

Su entusiasmo estaba 98% por debajo de lo que debía haber estado. Incluso Ian se veía dócil; su cuerpo estaba sorprendentemente quieto.

Ian volteó a verme y apuntó hacia un campo abierto en el que florecían refugios improvisados (tiendas de campañas, tipis y casas rodantes), todos apretujados como un enorme circo.

—Genial, ¿no? —preguntó con voz suave—. Y piensa que Lina va a llegar pronto. Todo va a mejorar cuando llegue.

«O a empeorar», agregué en silencio, con el estómago dándome vueltas. Hacía sólo un par de horas me había sentido bien contándole a Lina, pero escuchar de todos en casa había cambiado eso.

Los nombres de los sitios para acampar reflejaban la luz que se debilitaba. Estaban acompañados de caricaturas de personajes famosos: Oscar Wilde, Janis Joplin, Andy Warhol y Jimi Hendrix. Un hombre con un chaleco naranja

brillante nos condujo a nuestro espacio de estacionamiento. Ian brincó afuera del auto y estiró los brazos.

—No puedo creer que por fin estemos aquí.

—Parece que nos tomó mucho más de tres días llegar hasta aquí —añadió Rowan.

Tenía que estar de acuerdo con él. El hostel Final del Arcoíris e Inch Beach parecían haber pasado hacía años.

Yo también salí y seguí ciegamente a los chicos para recoger mi boleto. Tras cruzar las puertas, mi primer pensamiento fue «caos». El área estaba repleta, la gente caminaba, brincaba y andaba en bicicleta con algunos de los atuendos más estrafalarios que había visto en mi vida: caras pintadas y disfraces que iban desde capas de cuero hasta tutús. Y había música en todas partes; las melodías separadas se anudaban en una trenza. Incluso los chicos parecían abrumados.

Al fin, Ian se dio vuelta para dirigirnos una sonrisa.

—Yo digo que hagamos un recorrido, lo absorbamos todo y averigüemos dónde va a tocar Titletrack. ¿Suena bien? —Me miró esperanzado.

Lo que en realidad quiso decir fue «Vamos a distraer a Addie».

—Suena genial —dije, en un intento por igualar el rayo de esperanza en su voz.

Había pasado por muchas cosas para llegar ahí; lo menos que podía hacer era intentar disfrutarlo.

Incluso con los disfraces y las multitudes, Electric Picnic comenzó bastante normal, con todos los ingredientes usuales de un festival: escenarios, puestos de comida, ocho millones de baños portátiles, niños que gritaban en los juegos de feria, lecturas de tarot... pero, mientras más caminábamos, más parecía que estábamos del otro lado del espejo.

La primera cosa realmente extraña que vi fue el camión hundido. Un enorme autobús de dos pisos rojo brillante inclinado en el lodo con toda la mitad inferior sumida en una zanja. Junto, había una rockola humana, una estructura del tamaño de un elevador que contenía una banda que tocaba las sugerencias de la gente. Luego, un trío de chicos de edad universitaria pasó corriendo con trajes de luchadores de sumo enlodados.

—¿Acaba de pasar eso? —preguntó Rowan, incrédulo al verlos.

El chico que iba atrás tenía un tutú con diamantina amarrado a la cintura.

—¿Acaba de pasar eso? —preguntó Ian cuando un hombre pasó sobre una bicicleta hecha con un piano.

—Siento que acabo de entrar a otra dimensión —dije, deseando que fuera suficiente como para distraerme de la vibración de mi teléfono en mi bolsillo.

El aroma a canela flotó hasta nosotros, y Rowan olisqueó el aire.

—Muero de hambre. No sé qué sea eso, pero lo quiero. ¿Alguien más tiene hambre?

—Yo —dije, y me sorprendieron mis palabras.

Por lo general, cuando estaba así de alterada, no tenía apetito, pero la comida de feria sonaba muy bien. Además, mi mamá sostenía que la mayoría de los problemas de la vida podía resolverse con mantequilla y azúcar. Estaba dispuesta a intentarlo.

—Ustedes vayan a comer —propuso Ian mientras sacaba la libreta de su mochila—. Voy a intentar encontrar el escenario donde va a tocar Titletrack y ver si puedo tomar algunas fotografías.

—¿Quieres que te compre algo? —pregunté.

—Nah. Nos vemos aquí —gritó Ian y se echó a correr; él y su chongo masculino se mezclaron con la manada de amantes de la música.

Rowan y yo vagamos por los *food trucks*, y por fin elegimos un puesto de waffles que ridiculizaban mis intentos de hacer waffles. Yo pedí una Nube de Chocolate —un waffle belga bañado en una mezcla de chocolate blanco y chocolate amargo—, y Rowan pidió un Cerdo Volador, una combinación que incluía tocino, caramelo y crema batida.

Nuestra orden tomó mucho tiempo, y cuando por fin estuvo lista, nos sentamos en una mesa de picnic casi vacía y comimos despacio y en un silencio que agradecí. La mayoría de la gente habría intentado hablar conmigo para cambiar mi mal humor, pero no Rowan; él sólo se sentó a mi lado, y cada tanto me ofrecía pedazos de tocino. Para cuando nuestros platos estuvieron limpios, el día comenzaba a verse desgastado, y las orillas del cielo se tornaron doradas.

Tamborileé los dedos sobre la mesa.

—¿Dónde está?

—¿Ian? —preguntó Rowan, lamiéndose crema de los dedos.

—Ya pasó un rato. Pensé que ya habría regresado. —Entrecerré los ojos para mirar hacia la multitud.

La dirección en la que había ido estaba oscura y vacía, era obvio que ahí no era donde Titletrack tocaría.

—Tal vez perdió la noción del tiempo —dijo Rowan, acercándose—. No sé si sabes esto de tu hermano, pero se emociona bastante con las cosas que le apasionan.

De mi nariz salió un resoplido.

—¿De verdad? Nunca me había dado cuenta.

Su hoyuelo apareció.

—Ahí está, Maeve.

—¿Ahí está qué? —Supuse que estaba hablando de otro disfraz extraño, pero, cuando levanté la mirada, me estaba estudiando.

—Tu risa. —Bajó la mirada y jugó con su servilleta—. Oye, Addie, sé lo que es que el mundo se te venga encima... —Rowan perdió el hilo y yo apreté mi tenedor, y esperé a que dijera algo como «Tus amigos tendrán un ataque de amnesia colectiva y nadie va a recordar la foto», o «En realidad soy un viajero en el tiempo que vino a salvarte de tu pasado», pero dijo otra cosa—. Hoy es un mal día, pero no siempre será así. Te lo prometo.

Asentí, con los ojos nublados por las lágrimas. Sabía que tenía razón, por supuesto. Las personas sufrían cosas que las tiraban todo el tiempo, y se levantaban y seguían adelante. Pero en ese momento tenía una montaña frente a mí, además de un bolsillo lleno de mensajes de texto, y no tenía idea de cómo iba a llegar a la cima.

Me retorcí en la mesa; estaba a unos segundos de que mis ojos compitieran en serio con la lluvia irlandesa. Pero, en ese momento, Rowan estiró un brazo. Su mano era tan cálida y reconfortante como lo había sido en Inch Beach.

—¿Lo que dijiste en el anillo de hadas? ¿Que Ian y tú están conmigo? Siento lo mismo por ti. Sé que no puedo arreglar esto, pero estoy aquí contigo.

Detrás de los lentes, sus ojos eran honestos, y una punzada de calma cayó justo en mi centro y empezó a enviar ondas hacia afuera. La vida podía ser tan inesperada: se suponía que yo tendría que estar comiendo pasta en Italia, pero estaba aquí, terminando de comer un waffle bajo la llovizna irlandesa con un nuevo amigo en quien sabía que podía confiar.

—Gracias, Rowan. Significa mucho para mí.

Rowan rompió el contacto visual y su mano se alejó de la mía mientras miraba sobre mi hombro.

—Volvió Ian.

Me puse de pie de prisa, pero antes de que pudiera darme vuelta, un huracán de cabello rizado me golpeó con tanta fuerza que casi me tiró.

—¡Lina! —grité y, en respuesta, ella me abrazó al grado de casi asfixiarme y enterró mi cara en sus rizos con aroma a limón—. Lina, no puedo respirar —logré decir.

—Ay, perdón.

Se echó hacia atrás y yo me solté a reír sin otra razón que el alivio que sentí al verla. Casi no lo soportaba.

—¡Lina, te ves increíble! —dije.

Y era verdad. Italia le sentaba bien. Su piel tenía un tono aceitunado y, en vez de intentar controlar su cabello como había hecho siempre, estaba suelto alrededor de su cara en rizos saltarines y voluminosos. Tal vez era la salvaje familiaridad la que me golpeó, pero de repente estaba hecha un mar de lágrimas otra vez. «Por favor, no empieces a llorar a los cinco segundos de verla».

—No puedo creer que esté aquí. ¿Qué es este lugar? En la entrada había dos tipos corriendo adentro de una pelota de plástico gigante. —Lina dio un paso hacia atrás y vio a Rowan—. ¿Tú eres Rowan?

—Ese soy yo —dijo Rowan, estrechándole la mano.

Esperé a que le diera la «mirada Lina». Todos los chicos lo hacían —entre el cabello y los ojos enormes, era bastante que asimilar—, pero sólo sonrió amablemente y volteó hacia mí.

—Ya veo por qué son buenas amigas. A las dos les gustan las entradas espectaculares.

Lina sonrió y me puso un brazo alrededor de los hombros.

—Nos esforzamos.

Ian apareció de pronto, sumergido en una conversación con un chico como de la estatura de Lina y una masa revuelta de cabello negro y rizado que le enmarcaba el rostro.

—Ian nos encontró cerca del bosque —explicó Lina.

—¿Ren? —le pregunté al desconocido de cabello enchinado.

Su nariz era de lo más italiana y, cuando sonrió, un pequeño hueco entre sus dientes frontales me tranquilizó de inmediato.

Ren me jaló para abrazarme.

—Qué gusto conocerte. He oído muchas cosas.

Sabía a qué se refería, pero aun así me tensé un poco. «Esas cosas no», me regañé. No se refería a los mensajes ni a Cubby. Pero era demasiado tarde; el pánico se asentó en mi centro y mi cabeza comenzó a dar vueltas de repente.

Contarle a Lina había sido hipotético, pero el momento había llegado.

Por supuesto, Lina se dio cuenta de mi incomodidad.

—¿Addie? ¿Estás bien?

Mejor decirle en ese momento. Mejor quitármelo de encima. Pasé saliva nerviosamente.

—Lina, podemos hablar en pri...

—Encontré un museo de Titledrack en el bosque —interrumpió Ian y se sentó a mi lado—. No sé quién lo hizo, pero lo tienen que ver.

Antes de que pudiera protestar, nos arrastró a Lina y a mí en la dirección de donde había venido, y Rowan y Ren nos siguieron. Intenté clavar los pies, pero su impulso era demasiado para mí.

—Ian, detente. Necesito hablar con Lina. Necesito contarle lo... —Me detuve a la espera de que entendiera.

En cambio, comenzó a ir más rápido y comenzamos a trotar.

—Lo siento, pero esto no puede esperar. El concierto empieza en menos de una hora.

Los rizos de Lina rebotaban al mismo ritmo que nosotros. Giró el cuello para mirar a los chicos.

—¿Vienen todos?

—*Ma certo* —afirmó Ren.

Fue en ese momento que me di cuenta de que no sólo era Ian quien me jalaba, Lina también. Estaba tan decidida como Ian a llegar al museo.

—¿Qué está pasando? —les exigí—. ¿Por qué corremos todos?

—Confía en nosotros —dijo Lina y me apretó el brazo y los cuatro me miraron con enormes sonrisas de gato de Cheshire.

Oficialmente, las cosas se habían vuelto extrañas.

Ian se detuvo por fin en un claro bajo un pabellón de árboles decorados. Viejos CD colgaban de listones que se mecían suavemente en la brisa de la tarde, y luces de hada serpenteaban entre los troncos y las ramas. Una colección de velas parpadeaba sobre el tocón de un árbol que me recordó al del anillo de hadas.

—¿Qué es esto? —pregunté y frené de golpe.

—Lo siento, Addie. Sé que tenías mucha ilusión de ver el museo de Titletrack, pero no es este. —Ian me sonrió y luego se dirigió a Lina—. ¿Trajiste las prendas ceremoniales?

—Por supuesto.

Desenganchó su brazo del mío, tiró su enorme mochila al suelo y sacó cuatro largas piezas de tela blanca y se las lanzó a todos.

Miré como todos comenzaron a retorcer la tela en unas togas hechizas.

—¿Son sábanas? ¿Qué pasa?

Ian se anudó la suya sobre el hombro.

—Nos ponemos nuestras prendas ceremoniales.

—¿Qué ceremonia?

—Y esto es para ti. —Lina sacó un largo chal color ciruela del fondo de su bolsa, me envolvió cuidadosamente en él y sacó la cola de caballo por debajo.

Tomé la esquina de abajo y la sostuve a contraluz. El tejido estaba lleno de complicados mandalas.

—¿Dónde lo he visto antes?

—Era de mi mamá. Lo usaba en todas sus noches de galería; decía que la hacía sentir como de la realeza.

Mi corazón se aceleró.

—Lina, esto es muy especial. ¿De verdad quieres que me lo ponga?

—No. Quiero que te lo quedes.

Enderezó el chal para que estuviera parejo en mis hombros, y yo me mordí el interior de la mejilla para contener mi protesta. Cada fibra de mi cuerpo quería rechazar el regalo, pero no pude; significaba demasiado.

—Gracias —dije con voz temblorosa.

—De nada. Ahora, vamos. ¿Asistente? —Lina hizo un gesto para llamar a Rowan, quien se colocó a mi lado y me condujo hacia el brillante tronco.

—Rowan, ¿me vas a decir qué está pasando? —susurré—. ¿Sabías algo de esto?

Su hoyuelo se iluminó bajo las luces parpadeantes.

—Lo siento, Maeve, pero juré guardar el secreto. Lo que puedo decirte es que este no es un museo de Titletrack.

Ian señaló el tocón del tronco.

—Todos, tomen una vela para que Addie se pueda parar ahí.

Su cabello se veía más enredado que de costumbre, y el gorro de su sudadera se asomaba por debajo de la toga.

Sacudí la cabeza con fuerza.

—No, no. No vamos a recrear Au Bohair.

El tocón estaba repleto de luces, y aunque estábamos en la orilla del área del festival, varios asistentes al festival pasaban cerca de nosotros y algunos incluso se habían detenido a vernos.

—Relájate. No tienes que decir nada. Nosotros seremos los que hablemos. Así que, sube —dijo Ian con firmeza.

—¿Por qué?

Exhaló con fuerza.

—¿Puedes, por una vez, por favor, no discutir conmigo? ¿Por favor?

Fue el *por favor* adicional el que me derrotó. Subí y me di vuelta para ver a mis amigos. Habían formado un semicírculo a mi alrededor; las velas proyectaban extrañas sombras sobre sus caras. Parecía que estaba a punto de ser iniciada en un culto... o sacrificada.

—¿Qué está pasando?

Compartieron una sonrisa conspiratoria. Luego, Ian le asintió a Ren.

—Muy bien, maestro de ceremonias, demos inicio.

Ren se aclaró la garganta y dio rienda suelta; su voz retumbó entre los árboles.

—Damas y caballeros. *Stradballas y stradballos*. Tenemos frente a nosotros a una doncella...

—Ren, no improvises —lo interrumpió Lina—. Sigue el libreto, lo que discutimos.

—*Nessun problema*. —Se aclaró la garganta una vez más—. En este bello día de verano, había un grupo de personas que amaba a alguien y quería hacerle saber que la apoyaba. Así pues, se llevó a cabo la primera ceremonia de la reina Maeve, aquí en Stradbally, a la vista de muchos.

A la vista de muchos era correcto. El público crecía a cada segundo y, sin duda, esperaba un espectáculo. Ren hizo un gesto dramático y elevó la voz hasta las copas de los árboles.

—Y así, como la reina Maeve de antaño, la hemos colocado en un lugar elevado y la honraremos al fortalecerla una piedra a la vez.

De pronto, vi un montón de rocas del tamaño de puños a sus pies y entendí lo que estaban haciendo. Estaban recreando la tumba creciente de la reina Maeve, aquella de la que Rowan me contó cuando me bautizó como Maeve.

—Un minuto. ¿De quién fue la idea? —pregunté.

—De Ian —respondió Lina.

Ian negó con la cabeza.

—Todos tenemos algo de responsabilidad. Rowan te puso el apodo, yo tuve la idea de la ceremonia, Lina trajo todo el material y Ren es el maestro de ceremonias.

—Ian me llamó justo antes de que saliéramos al aeropuerto. —Lina completó la información—. Sólo tuve quince minutos para prepararme.

—Mi mamá ayudó —agregó Ren—. Tiene una cantidad sorprendente de luces de hadas a la mano.

—Esto es... —Me mordí el labio, sin saber qué decir.

Los ojos me ardían por las lágrimas.

—¿Qué tengo que hacer? —logré decir.

—Quedarte ahí parada. —Ren se dirigió a Lina—. Tu turno, *principessa*.

Lina tomó la roca que tenía más cerca y pisó su toga al caminar.

—Una buena amiga es como un trébol de cuatro hojas: difícil de encontrar y afortunada de tener. —Hizo una pausa y sopesó la roca en su mano—. Yo no inventé eso. Lo vi en una playera en el aeropuerto. —Giró un poco para mirar al grupo—. Para quienes no lo saben, mi mamá murió el año pasado. Su enfermedad fue muy repentina y se la llevó muy pronto. —Su voz tembló, pero levantó la mirada, fijó los ojos sobre los míos y bajó un poco la voz—. ¿Recuerdas, casi al final cuando mi mamá ya no podía respirar sola y sabían que le quedaban unas horas nada más?

Asentí. El recuerdo estaba grabado en mi mente. Jamás olvidaría contestar esa llamada. Lina lloraba tan fuerte que no podía entender lo que decía. Lo único que supe es que tenía que llegar al hospital. Pronto. La vieja y conocida garra me rasgó la garganta.

Lina exhaló e hizo que la flama en su vela titilara.

—Eran las cuatro de la mañana y, aunque sabía que eso iba a pasar, de pronto sentí que todo era nuevo. Era como si los diagnósticos y los tratamientos hubieran sido sólo una complicada broma. Mi abuela estaba ahí, estaba llorando tan fuerte, y mi mamá estaba conectada a todas esas máquinas. Fue la primera vez que en verdad comprendí que la iba a perder. —Las lágrimas le rodaban por el rostro, pero no se molestó en limpiárselas. Ren le pasó la mano por la espalda—. Pero ¿sabes qué es lo que más recuerdo de esa noche? —Negué con la cabeza, sin confiar en mi voz—. A ti. Menos de diez minutos después de que te llamé, llegaste corriendo por el pasillo. Todas las

enfermeras te gritaban para detenerte, pero no te importó: corríste hasta mí. Y habías salido de tu casa tan rápido que ni siquiera te habías puesto los zapatos. —Hizo una pausa; los ojos le brillaban—. Eso es lo que voy a recordar siempre: a ti, corriendo descalza por el pasillo, con enfermeras gritando y persiguiéndote. Esa es quien eres, y nunca voy a olvidar que cuando te necesité más, no esperaste un solo segundo. Apareciste. —Dio un paso al frente y puso la roca en la base del tronco—. Salve la reina Maeve, mi mejor y más rápida amiga.

Las dos estábamos llorando, las lágrimas lavaban nuestras mejillas. Nunca había considerado que esa noche tan terrible pudiera contener algo más que dolor, algo que Lina cargaría consigo como un consuelo.

—Ahora yo. —Ren tomó una roca y dio un paso el frente tras apretar el hombro de Lina—. ¿Todos han comido Starbursts?

El cambio de tema tan brusco me hizo reír. Hubo un asentimiento general, casi todo desde afuera del círculo, y yo mantuve los ojos sobre Ren intentando no pensar en que el público ahora era de tres filas. Lina me confió una vez que Ren tenía una apariencia que era un gusto adquirido, mientras más lo conocías más guapo se volvía. De inmediato me di cuenta de lo que quiso decir. Continuó.

—Pues, a mí me encantan los Starbursts. Siempre que estoy en Estados Unidos, los como sin parar. ¿Sí sabes que hay un orden social para comerlos? Sacas todo de la bolsa, y te comes todos los rosas primero, luego los rojos y naranjas y dejas los amarillos para un momento de desesperación. —¿A dónde iba con todo eso? Miré a Lina, pero ella sólo sonreía—. Como sea, el punto, Addie, es que eres rosa. Todo el mundo sabe que eres rosa. Más bien, olvida eso. Eres de otro nivel; eres esa edición especial que sólo tenía rosas. Y lo sé porque cuando Lina te necesitaba, ahí estabas —colocó su roca—. Salve la reina Maeve, la más rosa de los Starbursts rosas.

—Gracias, Ren —susurré.

Mi cuerpo no sabía cómo manejar lo que sucedía. ¿Reír? ¿Llorar? ¿Disfrutar? Decidí disfrutar.

Luego, Rowan dio un paso al frente con su roca a un costado. El tocón hacía que quedáramos casi a la misma altura, pero no me miró a los ojos y sus nervios volaron hasta mí. Mi corazón comenzó a latir aún más fuerte.

Exhaló.

—Okey. No es fácil ir después del Starburst rosa, pero aquí va —se meció sobre los pies, un movimiento que parecía inspirado por Ian—. Hace tres días, estaba sentado en mi desastroso y horrendo auto cuando vi a esta chica taclear a su hermano en un estacionamiento. Pensé que era sorprendente. Y diferente. Así que convencí a su hermano de que la dejara venir con nosotros, lo que arruinó por completo sus planes. —Alzó la mirada con una expresión de culpa y arrastró un poco los pies—. Pero, entonces, los siguientes tres días fueron increíbles, porque descubrí que ella era mucho más que sólo aguerrida. Era inteligente. Era leal. Era inexplicablemente incapaz de vestirse dependiendo del clima. Y hablamos de cosas de las que nunca había hablado con nadie. E incluso cuando nuestro auto se inundó y nos persiguieron perros guardianes... no dejaba de pensar: «Espero que esta semana nunca termine».

Levantó la barbilla y me miró a los ojos.

—Y quería decirte que no necesitas a ese tipo allá en Seattle. No necesitas a nadie, a menos de que lo quieras. Vales mucho por ti misma. Eres demasiado valiosa. Eres Maeve.

Una sensación cálida y plácida se posó sobre mis hombros, ligera como un segundo chal. Eso era lo que había olvidado este verano: que ser elegida —o no ser elegida— no era lo que me hacía ser valiosa. Yo era valiosa sin importar nada más. Bastaba por mí misma. Quería bajarme y poner la cabeza sobre su hombro, pero sólo bajé la mirada al suelo.

—Gracias, Rowan —susurré.

—De nada. Salve la reina Maeve. —Se agachó para dejar la roca y bajó la voz para que sólo yo lo escuchara—. Quisiera no tener que despedirme de ti mañana.

—Yo también —susurré en respuesta.

Lina capturó mi mirada alegre por encima de la cabeza de Rowan, y fue incapaz de contener la sonrisa. Le sonreí también.

Rowan volvió a su lugar, e Ian dio un paso al frente y sostuvo una vela sobre su libreta abierta con una fila de palabras marchando por la página. Había preparado algo. Me enderecé.

—¿Te acuerdas de esa pregunta que le gusta hacer al profesor Hummel al principio del semestre? «Si un árbol cae en un bosque y nadie está cerca para oírlo, ¿hace algún sonido?».

Asentí. Era uno de esos problemas de lógica diseñados para que tu cabeza no dejara de dar vueltas.

La vela se meció.

—Pues, la primera vez que lo escuché pensé en ti, porque toda mi vida he sentido que, si no estás ahí, ayudándome a apagar las velas de mi pastel de cumpleaños, apoyándome en las gradas, en nuestras excursiones, lo que yo haga no importa, no cuenta. Tú eres la única persona que conoce mi vida entera, que ha estado conmigo en todo. Eso te convierte en testigo de mi vida. —Bajó la libreta a un costado—. ¿Cuál es la respuesta entonces? Si un árbol cae y tu hermanita no está ahí para escucharlo, ¿hizo algún sonido? No estoy muy seguro. Sólo me alegra que estemos en el mismo bosque. —Colocó su roca y retrocedió junto a los demás—. Salve la reina Maeve, mi mejor y más antigua amiga.

Las lágrimas se acumularon en mi barbilla, y me quedé parada mirando a Ian; sus ojos formaban un brillante espejo que reflejaba todas las cosas que él veía en mí. Entonces, una voz más se sumó, la que estaba en mi cabeza. «¿Y tú, cariño? ¿Qué ves en ti misma?».

Me fijé en lo que veía. Eran muchas cosas: valentía, compasión, perseverancia, inseguridad, incluso miedo. Pero, por encima de todo eso, vi a Maeve. Su cabello brillaba, y sostenía su escudo con el trono firme a sus espaldas. Y, de pronto, era yo la que estaba en el trono, rodeada con mi manto grueso y suave.

El año siguiente sería difícil, sin duda. Pero yo era lo suficientemente fuerte. Y valiente. Era Maeve y lo iba a lograr.

Salté del tocón y dejé que mis amigos me rodearan en un capullo cálido y apretado.

Todas las personas que no estaban todavía en el pasto frente al escenario de Titletrack iban hacia allá, saliendo de todos los rincones posibles. No era sólo nuestro evento principal, era el evento principal de todo el mundo.

Un ruido ahogado y lejano salió de una bocina y provocó un rugido del público e hizo que todos nos apresuráramos. Ian se lanzó al frente, arrastrando la toga por el piso. Ninguno de nosotros se había molestado en quitarse las prendas ceremoniales; no había tiempo. De hecho, nos hacían encajar más con el resto de los asistentes al festival.

—Nos buscaré un buen lugar. —Ian desapareció entre la gente.

—Espero que lo podamos encontrar cuando lleguemos.

Apreté la mano de Rowan con fuerza, en parte para que no nos separáramos y en parte porque simplemente ocurrió después del abrazo grupal. No podía superar lo bien que encajaban nuestras manos juntas. Era como si hubieran estado en orillas separadas del mundo esperando encontrarse algún día.

La masa de gente se estaba volviendo brutal, casi absurda. Después de estar a punto de chocar con un hombre disfrazado de pavorreal en una bicicleta, un ruido agudo y ahogado parecido a un «ay, no» estalló detrás de mí.

—¿Qué pasa, Lina? —preguntó Ren.

—Addie. —Lina puso una mano en mi espalda con la voz aún quebrada.

Me di vuelta para encontrarme con sus enormes ojos, pero en vez de eso vi algo que se acercaba a mí como un cohete entre la gente. ¿Era...?

Sí era.

El cohete era mi madre.

—Ay, no. —Mi voz se quebró igual que la de Lina. «Corre», me aconsejó mi cerebro, pero incluso en mi estado de pánico sabía que era una pésima idea. Correr sólo implicaría una persecución.

Mi mamá estuvo junto a mí en cuestión de milisegundos.

—Hola, Addison. Lina. —El timbre de su voz había alcanzado profundidades aterradoras—. Más te vale empezar a hablar. Pero ya.

—¿Cómo... nos encontraste? —tartamudeé.

La respuesta a mi pregunta apareció a su izquierda. Walter, seguido de inmediato por Archie, quien tenía una enorme bolsa de algodón de azúcar.

—¿Le dijiste, Walter? —grité.

Alzó las manos en protesta.

—Yo no fui. Fue Archie. Me sacó el secreto y le contó a Mamá.

—¡Oye! —Archie intentó golpear a Walter con el algodón de azúcar, pero Mamá lo detuvo a medio trayecto—. No me eches la culpa.

—Basta. —Mamá se dio vuelta hacia mí con una mirada dura.

No mucha gente lo sabe pero en sus días universitarios, Mamá fue una de las más feroces competidoras de *roller derby* del estado. Era en ocasiones como esta que entendía por qué patinaba con el nombre de Medusa Dolorosa.

—Addison, se supone que deberías estar en Italia. ITALIA. —Mientras buscaba una respuesta, se dirigió a Lina—. ¿Howard sabe que estás aquí?

—Rowan, ve a avisarle a Ian —susurré, sacando ventaja de la pequeña distracción.

Rowan asintió y salió corriendo entre las personas, encantado, sin duda, de escapar de Medusa.

Lina asintió y su cabeza rebotó más de lo que debería.

—Qué bueno verla, señora Bennett. Y, sí, lo sabe. Él compró mi boleto. —Empujó a Ren unos centímetros hacia el frente en contra de su voluntad—. Él es mi novio, Ren.

—Hola, hola —alcanzó a decir—. Mucho gusto en conocerla.

Ren se encogió frente a la mirada de mi mamá, así que salí al rescate.

—Mamá, lo puedo explicar todo. Este concierto es muy importante para Ian...

Levantó la mano con furia para silenciarme.

—¿Dónde está Ian?

¿Ahora qué? Lo último que quería era desencadenar la furia de Mamá sobre Ian. ¿Y si no lo dejaba ver el concierto?

—Eh... no estoy segura.

—¡Chicos! —Mi mamá chasqueó los dedos y Archie y Walter se pusieron firmes—. Son las dos personas más altas de este lugar. Encuéntralo.

Walt se paró de puntas, arqueando el cuello por encima de la gente, y Archie corrió hacia una bocina y comenzó a escalar.

—Sí, eh, no creo que eso esté permitido —dijo Lina justo cuando un guardia de seguridad se dirigió directo hacia él.

—Chongo de hombre y toga blanca a las 12 —gritó Archie mientras el guardia lo bajaba al suelo.

—A todo esto, ¿por qué traen togas? —preguntó Walter.

De pronto, una fuerte ovación estalló a la distancia, seguida de tintineantes compases de música. Mi corazón dio un vuelco.

—Mamá, el concierto está empezando. No tengo tiempo para explicarte por qué, pero esto es lo más importante que ha pasado en la vida de Ian. Tienes que dejar que lo vea.

Mi intensidad me sorprendió. Catarina habría estado orgullosa. «Regla número cuatro: sé apasionada. Nadie puede discutir con la pasión».

Mi mamá retrocedió un poco y sus cejas depiladas a la perfección se alzaron.

—Parece que se están llevando bien otra vez.

Asentí.

—Mejor que nunca.

Dudó y le hizo un gesto a Walter y Archie.

—Todos, síganme.

Está de más decir que todos la obedecemos.

A pesar de que Rowan le había dado algunos minutos de advertencia, la imagen de nuestra madre aproximándose le drenó toda la sangre del rostro a Ian.

—Mamá —dijo con voz ahogada.

Era la única forma en la que parecía que podíamos saludarla.

—Ian —dijo con mucha calma—. Tengo muchas cosas que decirte en este momento, pero tu hermana dice que esto es lo más importante del mundo para ti. Así que te voy a dar esta noche. —Le puso un dedo en el pecho—. Pero, después del concierto, ustedes dos serán sometidos a interrogatorios extremos y probablemente estarán castigados por el resto de sus vidas. ¿Entendido?

—Entendido. Gracias, señora —dijo Ian y me lanzó una mirada de agradecimiento.

En nuestra familia, *señora* era código para «Sé que me vas a hacer pedazos, y te respeto por ello». Mi mamá asintió en señal de aprobación.

Rowan dio un paso al frente, frotándose las manos con nerviosismo.

—¿Señora Bennett? Soy Rowan. Gusto en conocerla.

Mamá inclinó la cabeza.

—Ah, el tutor irlandés.

—Es mi amigo —dijo Ian.

—Mío también —añadí.

—Dime, pues, amigo Rowan, ¿por qué estamos aquí parados cuando Titletrack está a punto de tocar hasta allá? —Levantó la cara hacia el frente de la serpenteante masa humana—. ¿Cómo vamos a ver?

—Ese es un problema —dijo Rowan—. Debimos de haber llegado mucho más temprano, por ejemplo ayer.

Ian se mordió el labio. Su rostro se nubló y la rebeldía se despertó en mí. «Oh, no». No había pasado por todo lo que había pasado para quedarme al fondo de un concierto viendo a mi hermano retorcerse en una bola de desilusión.

Pero, antes de que pudiera idear una solución, mi mamá aplaudió.

—Muy bien, gente. Hagan una cadena. Vamos a entrar.

—¿Entrar a dónde? —preguntó Ian—. Esta gente parece que lleva una semana aquí.

—Ian, no rezongues. Bien podría ser lo último que hagas en tu vida, así que más te vale disfrutarlo.

Un destello brilló en sus ojos mientras estudiaba al público, y recordé de pronto la caja de discos viejos que llevaba guardando en el ático desde que tenía memoria. De tal palo tal astilla.

—¿Necesito hablar más fuerte? —preguntó cuando ninguno de nosotros se movió—. Hagan una cadena.

Todos los no-Bennett abrieron los ojos, sorprendidos e incrédulos, mientras nos tomábamos de las manos.

—¿Listos? —Mamá se dio vuelta con decisión hacia el muro de personas frente a ella, y Medusa Dolorosa se reveló en todo su aterrador esplendor—. *Permiso.*

—¡Hey, cuidado! —gritó un hombre con un sombrero azul cuando Mamá le enterró un codo.

—No, tú ten cuidado —estalló mi mamá—. Estoy a punto de castigar a estos niños por el resto de sus vidas por este concierto. Lo menos que pueden hacer es disfrutarlo.

—Caray —dijo el amigo de sombrero azul—. Adelante.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres tu mamá? —susurró Rowan con la mano firme sobre la mía—. No sé quién da más miedo, Maeve o la Madre de Maeve.

—Lo tomaré como un cumplido —respondí.

Nos tardamos casi todo el concierto de los teloneros, pero mi madre y sus codos nos acercaron al frente e incluso abrieron un pequeño claro en el que pudimos pararnos todos juntos. Una vez que dejó de agredirlos, los demás sellaron los huecos y nos apretaron bien juntos.

—Mamá, eso fue increíble —dijo Ian con rostro de éxtasis—. Gracias.

—No voy a decir *de nada*, porque entonces parecería que apruebo esto —le dijo.

Pero el brillo seguía en sus ojos.

Hice mi mejor esfuerzo por asentarme entre el público. Todo mi cuerpo se sentía golpeado y pegajoso por chocar con tantos fanáticos de Titletrack. Todo el mundo estaba sudando. La temperatura dentro del público era, por lo menos, diez grados mayor a la de afuera.

Láseres comenzaron a desparramarse del escenario hacia afuera y nos bañaron con un rojo brillante, y entonces cuatro siluetas aparecieron en el escenario como por arte de magia.

—¡Son ellos! —gritó Ian, tomando mi brazo con la fuerza de un torniquete—. ¡Rowan! ¡Addie! ¡Son ellos!

—¡Ian, cálmate! —grité, pero mi voz se perdió en el vórtice de gritos.

Los primeros acordes sonaron y reconocí la canción de inmediato. «Classic». La canción que se convirtió en video en el Burren. En un principio, Ian parecía demasiado atónito como para reaccionar, y luego, en vez de sonreír, una lágrima zigzagueó por su mejilla iluminada de rojo.

—¿Qué pasa? —grité.

Me volvió a apretar el brazo; sus uñas se quedaron marcadas en mi piel.

—Estamos aquí —fue lo único que dijo.

El resto de la banda se sumó a la canción, llenando mis oídos y anclándome junto a Ian en ese momento. Y, de repente, estaba pensando en otra parte de mi futuro. En un año, mi hermano mayor se iría a la universidad y estaríamos separados por primera vez. ¿Cómo sería la vida sin Ian a mi lado?

Intenté imaginarlo, pero lo único que me vino a la mente fue el camino que nos había llevado a Electric Picnic, Ian cantando Titletrack, Irlanda en la ventana, verde y misteriosa.

Lo único que en realidad sabía era lo que tenía que hacer después.

Antes de perder mi momento de claridad, me atravesé frente a Ian y jalé con delicadeza la manga de mi mamá.

—Mamá, cuando termine el concierto, necesito decirte algo, algo importante.

Quitó los ojos del escenario justo cuando Ian se estiró para apretarme la mano.

El camino se estrechó y se ensanchó, y desapareció a la distancia, demasiado lejos como para ver lo que había por delante. Y así lo dejé.

Amor y suerte

Has recorrido un largo camino, cariño. Cariño de mis cariños. No puedes imaginar el orgullo que se infla en mi considerable pecho en este momento al saber que no sólo has explorado la isla Esmeralda, sino que tu corazón roto ha *sanado*. Estás 100% mejor, mejor estilo en-las-nubes, una-puerta-se-cierra-otras-diez-se-abren, belleza-en-el dolor.

¿Verdad?

¿Verdad?

Dejémonos de tonterías, cariño. Porque ahora que nos acercamos al final de nuestro tiempo juntas. Creo que es hora de confesar algo: no quiero que ese corazón tuyo sane. Nunca lo quise.

«¿Qué? ¿En realidad fue mala todo el tiempo?». No, cariño. Claro que no. Tenme paciencia un momento.

¿Sabes qué es lo que más me gusta de los humanos, corazón? Es nuestra completa y absoluta estupidez. Cuando se trata del amor, nunca aprendemos. Jamás. Aun cuando conocemos los riesgos. Aun cuando tiene mucho más sentido mudarnos a cavernas climatizadas donde nuestros corazones tendrían por lo menos oportunidad de mantenerse intactos. Conocemos los riesgos de abrir nuestro corazón y, aun así, lo hacemos. Nos seguimos enamorando y teniendo bebés y comprando zapatos que se ven increíbles, pero son incomodísimos. Seguimos adoptando cachorros y haciendo amigos y comprando sillones blancos en los que sabemos que vamos a tirar un pedazo de pizza. No dejamos de hacerlo.

¿Es ignorancia? ¿Amnesia? ¿Es algo más? ¿Algo más valiente?

Abriste este libro porque tenías el corazón roto y querías arreglarlo. Pero ese nunca fue el plan cósmico. Caray, nunca fue *mi* plan. Los corazones se abren hasta que se quedan abiertos. Es para lo que son. ¿El dolor? Es parte del asunto. Algo pequeño a cambio del salvaje y alegre desastre que recibirás.

Odio las despedidas, así que, en vez de eso, permíteme dejarte un último pensamiento, un pequeño amuleto irlandés para que pongas en un brazalete. ¿Sabías que cada hoja en un trébol representa algo? Es cierto, tórtola. Fe, esperanza y amor. ¿Y si te encontraras con un trébol de cuatro hojas? Pues, esa cuarta representa la suerte. Entonces, corazón, te deseo todas esas cosas. Fe, esperanza, amor y suerte. Pero, sobre todo, te deseo amor. El amor es

su propia clase de suerte.

EPÍLOGO

Con un movimiento fluido, Ian metió el auto a un cajón de estacionamiento; apagó el motor, pero dejó la música encendida. Era Titletrack, claro está. Desde que regresamos a casa, había sonado sin parar; las canciones se encimaban en el espacio entre nuestras habitaciones, a veces competían y a veces se mezclaban. Había hecho que una semana difícil fuera mucho más tolerable.

Hubo bastantes disgustos. Yo había querido que todo quedara muy claro, así que, en el momento en que estuvimos todos juntos, convoqué a una junta familiar y lo expuse todo.

A mis hermanos hubo que detenerlos literalmente para impedirles que fueran a casa de Cubby, y mi papá estuvo callado y lacrimoso durante diez terribles minutos, pero todos me apoyaron. Y hubo un pequeño beneficio: mi anuncio le abrió paso al de Ian. El que dejara el fútbol americano fue un cohete junto a mi bomba atómica.

Bajé el visor para revisar las bolsas bajo mis ojos. El *jet lag* combinado con los nervios me provocaron varias noches sin sueño. La noche anterior terminé por llamar a Rowan, y nos quedamos en el teléfono hasta las dos de la mañana, viendo una película terrible que Rowan encontró en YouTube sobre una princesa guerrera celta llamada Maeve, quien mataba a todos los que se interponían en su camino. Creo que estaba intentando animarme.

Ian bajó el volumen.

—¿Navidad, eh?

Mis mejillas se calentaron. Juro que a veces podía leerme la mente.

—¿Qué tiene?

—Cierta irlandés me dijo que sólo quedan sesenta y ocho días antes de las vacaciones de Navidad. Somos buenos amigos y todo, pero esa cuenta regresiva no tiene nada que ver conmigo. Es sobre ti.

—Basta. Ya.

Justo como lo había pensado, una vez que se aclararon las cosas, mi mamá y Rowan congeniaron de inmediato. Y ahora vendría de visita. Cada vez que pensaba en que volvería a verlo, una pequeña y delicada mariposa aleteaba en el centro de mi pecho.

Nos asomamos por el parabrisas. Ninguno de los dos tenía prisa alguna por salir del auto. ¿Era cosa mía o la población de la escuela se había triplicado? Mi vista se ladeó un poco. ¿Cuántos de ellos sabían de mi fotografía?

Muchos, seguramente.

—¿Lista, Maeve? —preguntó Ian por fin, mientras el golpeteo de sus dedos interrumpía mis pensamientos.

—Sí —dije, sonando más segura de lo que me sentía.

«Actúa como si lo tuvieras todo bajo control».

—No te preocupes, Addie. Estoy aquí contigo —dijo, como si no me hubiera escuchado—. Te voy a acompañar a todas tus clases. Ya revisé tu horario. Tu salón principal está en el corredor C y el mío en el B, así que nos podemos ver en la oficina. Y, si alguien te dice algo...

—Ian, yo puedo —dije con más fuerza—. Acabamos de sobrevivir un viaje por Irlanda en una carcacha. Creo que puedo soportar caminar por la escuela.

—Está bien. —Volvió a tamborilear; sus ojos eran serios—. Sé que tú puedes pero, si hay un momento en el que no puedas, me tienes a mí. Y no importa lo que nadie diga, tú eres Maeve.

—Soy Maeve —repetí, permitiendo que los nervios de su voz borrarán los míos.

¿Era posible que él estuviera más preocupado por mí que yo? Me recargué en ese sentimiento.

Nos bajamos y sacamos las mochilas. La mía estaba extrapesada, porque, junto con mis libros, traía rocas. Cuatro rocas, para ser exacta. Fue una decisión de último minuto, pero me gustaba cómo su peso presionaba mis hombros, anclaba mis pies a mis tenis y mis tenis al suelo. Además, la seguridad del aeropuerto no supo qué hacer al verme tan decidida a viajar con ellas. Más me valdría darles buen uso.

—Ian, relájate. —Comencé a trotar para alcanzarlo.

—Estoy más que relajado —protestó, pero un mechón de cabello había encontrado su boca.

Ese hábito, por desgracia, parecía que había llegado para quedarse. Llegamos frente a las puertas, e Ian se detuvo, ignorando la marabunta de alumnos que se acercaba mientras se balanceaba sobre los talones.

—¿Lista, Maeve?

Era una buena pregunta. ¿Estaba lista?

Ese verano me había mostrado que era muchas cosas. Era desordenada, impulsiva, a veces insegura y a veces hacía cosas de las que me arrepentía y que no podía deshacer, como no hacerle caso a mi hermano, o entregarle mi corazón a alguien a quien no podía confiárselo. Pero, a pesar de todas esas cosas —más bien junto con todas esas cosas— era Maeve. Y eso significaba que, sin importar qué tan lista o no me sintiera, iba a entrar. Esa, a final de cuentas, era mi vida.

«Lo vas a lograr, pequeña. En verdad lo vas a lograr».

—Estoy lista —afirmé.

Miré los ojos azules de Ian y me armé de una última dosis de valor. Entonces tomamos las manijas y empujamos la puerta. Juntos.

AGRADECIMIENTOS

Nicole Ellul y Fiona Simpson. ¿Todos lo vieron? NICOLE ELLUL Y FIONA SIMPSON. El momento en el que llegó este libro fue casi cataclísmico y hubo muchos, muchos momentos en los que me subieron a sus hombros y me cargaron. Gracias por su bondad, apoyo, sabiduría y genialidad en general. Las considero diosas de la edición (¿sería muy vergonzoso si mandara a hacer unas coronas?).

Mara Anastas. Gracias por tu paciencia, apoyo y entusiasmo. Sueño con tener la energía de Mara.

Simon Pulse. Son un grupo extraordinario de personas que ponen libros extraordinarios en el mundo y es un PRIVILEGIO publicar con ustedes. Gracias.

Sam. En algún punto del torbellino de 2016/2017, te acercaste a mí y dijiste: «Chica, te estoy mirando y me agradas». Esa frase no sólo inspiró uno de los grandes temas de este libro, sino que me pareció una de las cosas más profundas que una persona podía decirle a otra. Ser vista con el cabello revuelto en tu cocina desastrosa y ser considerada agradable, de eso se trata todo. Te veo, Sammy. Y, caray, vaya que me agradas.

Nora Jane. Cada segundo que estás aquí hace que el mundo sea un mejor lugar. Podría compararte con un cupcake con glaseado rosa o un éclair de chocolate perfecto, pero sería tonto. ¡Eres una niña, no un panecillo! (Aunque es fácil ver por qué alguien cometería ese error). Gracias por compartir tus lágrimas de bebé con *Amor y Suerte*. Ni siquiera puedo empezar a decirte lo mucho que me emociona que 90% de tus berrinches tengan que ver con que quieras que te lean. Te amo, Bertie Blue.

Liss. ¿Te he dicho que estás en el top cinco de mujeres a quien más admiro? Lo estás. A veces, cuando el mundo se vuelve aterrador, cuadro los hombros y voy de frente, intentando imitar esa combinación única de Liss de amar con

todas tus fuerzas y, al mismo tiempo, que te importe un camino, que es lo que te he visto hacer durante veinte años. Gracias por mantenerme por el buen camino.

Ali Fife. Aquí es donde te agradezco por dejarlo todo para pasar setenta y dos horas en una carretera irlandesa conmigo y escucharme intentar decir groserías, pero me voy a saltar eso y hablaré de otra cosa. También fue en la locura de 2016/2017. La vida había ido cuesta arriba por tanto tiempo, y estaba desgastada de todas las formas en las que una persona puede estar desgastada. Terminé, literalmente, en el suelo sin tener idea de cómo iba a levantarme. Y ¿quién entró por la puerta? Tú. Ni siquiera tuve que llamarte. Te apareciste, estudiaste el desastre que era mi vida y te quedaste. Varios, varios días. ¿Quién hace eso? Tú. Gracias por hacerlo por mí.

Las mujeres en mi grupo de apoyo para la depresión posparto en Healing Group. Incluso si nunca vuelvo a ver a ninguna de ustedes, nunca, nunca voy a olvidar esa mañana en la que toqué fondo y ustedes me rodearon y me dieron la fuerza que necesitaba para salir de ahí y ser madre un día más. Gracias.

Mary Stanley. Gracias por darme sabiduría e irreverencia y enormes cajas de pañuelos. Además, gracias por ser la primera persona a quien le dije las palabras «Soy artista».

El Children Center. Gracias por darme esperanza cuando ya no tenía.

Mamás de Preescolar Salvajes. Las amigas que no sabía que necesitaba hasta que aterrizamos en la misma mesa de picnic. Gracias por hacer que la Maternidad 2.0 fuera menos solitaria y por hacerme reír más fuerte que nadie. Creo que todas son divinas. (¿Cuándo vamos a hacernos nuestros tatuajes?).

Andrew Herbst. Gracias por saber cosas de autos y por pacientemente inventar maneras para que yo las arruinara. (Oye, hemos sido amigos durante mucho tiempo).

Eli Zeger. La inspiración para Indie Ian y sus artículos. Gracias por la llamada. Eres un escritor increíble. No puedo esperar para ver a dónde te lleva tu talento. Todos, búsqenlo en Twitter, @elizeger.

Roisin y Ross. Creo que la sobrecarga que nos cambió de asientos actuó por designio divino. Gracias por mostrarme los modos de los adolescentes irlandeses y por sus ganas de ayudar. Y... ¡felicidades por su compromiso!

El Ejército de Niñeras. Dana Snell. Hannah William, Sarah Adamson y Malia Helbling. Gracias por cargar a mis bebés cuando mis brazos no eran suficientes.

Mi familia. Rick, Keri, Ally, Abi, Brit, McKenna, Michael. Gracias por estar a su manera. Soy muy afortunada.

DAVID. Mi amor, mi paz, mi fuerza. Durante un año y medio tuvimos una conversación continua que implicaba que yo dijera «No puedo, es demasiado» y tú respondieras «Sí puedes, para esto existes». Eres mucho más de lo que me merezco y no te voy a soltar.

Y este último es sólo para mí, pero necesita estar aquí. Gracias a la pequeña niña en la balsa. Nuevo trato: tú guías, yo sigo. No puedo esperar a ver a dónde iremos después.

Acerca del autor

JENNA EVANS WELCH. Era una devoradora de libros en su infancia, así que no le quedó más opción que convertirse en escritora. Su primera novela, *Amor y helado*, se convirtió en un *bestseller* del *New York Times*, fue uno de los libros del Top Ten de YALSA en 2017, estuvo nominada al mejor libro juvenil en los Goodreads Choice Awards en 2016 y también fue seleccionada para la Texas Lone Star Reading List en 2017. Actualmente, *Amor y helado* se ha publicado en dieciocho países.

Cuando no está escribiendo historias de chicas viajeras, está persiguiendo a sus bebés o haciendo maravillosos desastres en la cocina. Vive en Salt Lake City, Utah, con su esposo y dos hijas.

Era una devoradora de libros en su infancia, así que no le quedó más opción que convertirse en escritora. Su primera novela, *Amor y helado*, se convirtió en un *bestseller* del *New York Times*, fue uno de los libros del Top Ten de YALSA en 2017, estuvo nominada al mejor libro juvenil en los Goodreads Choice Awards en 2016 y también fue seleccionada para la Texas Lone Star Reading List en 2017. Actualmente, *Amor y helado* se ha publicado en dieciocho países.

Cuando no está escribiendo historias de chicas viajeras, está persiguiendo a sus bebés o haciendo maravillosos desastres en la cocina. Vive en Salt Lake City, Utah, con su esposo y dos hijas.

Diseño de portada: © 2018 por Karina Granda
Ilustración de portada: © 2018 Karina Granda
Fotografía del autor: © 2016 por Maggie Herbst / Echo Photography

Título original: *Love & Luck*

© 2018, Jenna Evans Welch

Traducido por: Ariadna Molinari Tato

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DESTINO INFANTIL & JUVENILM.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: marzo de 2019
ISBN: 978-607-07-5672-6

Primera edición en formato epub: marzo de 2019
ISBN: 978-607-07-5671-9

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas —vivas o muertas— es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

 **Planeta**



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE